

# NINA BERBEROVA

## EL CABO DE LAS TORMENTAS



se

Lectulandia

En *El Cabo de las tormentas*, una vez más, Nina Berberova analiza con el corazón el pasado, el presente y el futuro de su país, entre el recuerdo de una cruenta revolución y el temor de un nuevo conflicto bélico que ya se anuncia. Una obra, en fin, intimista y esclarecedora, de obligada lectura para conocer el rico universo de una gran novelista.

**Lectulandia**

Nina Berberova

# **El cabo de las tormentas**

ePub r1.0

Titivillus 21.07.2019

Título original: *Le cap des tempêtes*  
Nina Berberova, 1950  
Traducción: Juan Abeleira, 2004

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1



---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

*El Cabo de las Tormentas*

forma parte de las obras que Nina Berberova deseaba que no aparecieran traducidas hasta después de su muerte.

*(El editor original).*

## I

El Cabo de Buena Esperanza, situado a 34° 22' de latitud Sur, 16° 8' de longitud Este, fue descubierto en 1486 por Bartolomeu Dias, quien lo bautizó con el nombre de Cabo de las Tormentas, por no haber podido cruzarlo. En 1497, Vasco de Gama logró doblarlo con cielo despejado, para adentrarse en el océano Índico, a consecuencia de lo cual Juan II de Portugal le cambió el nombre.

La Gran Enciclopedia<sup>[1]</sup>

Dacha solía tener la impresión de que cuanto había en ella se asemejaba a un cielo estrellado. En esos momentos, creía verse dentro de sí como si estuviera al borde de un abismo. Allí —no en el cerebro, no en la cima, sino muy al fondo, en el núcleo, allí donde nace el pensamiento— todo era quietud, silencio, serenidad. Las estrellas dibujaban para ella una imagen familiar, la Vía Láctea fluía centelleando. Allí, las leyes de las matemáticas y la astronomía probablemente se concertaban: todo era misteriosamente hermoso, y, cuando Dacha hundía su mirada en lo más profundo de su interior, era su propio equilibrio lo que contemplaba. A ella le gustaba admirar esa profundidad que, desde luego, seguía los mismos cauces que las profundidades del mundo que la rodeaba, y que también eran las suyas. Cuando alcanzaba esa hondura en la que convergían todas sus reflexiones, todas sus dudas, todos sus desvelos, se percataba de que, en realidad, todo cuanto parecía estar por encima de ella, estaba en su propia sangre. Era como si, sentada al borde de un precipicio, se diera cuenta de que las estrellas brillaban a sus pies. Dacha solía quedarse largo tiempo en su compañía. La idea de que nadie sabía ni sabría jamás aquello que era para ella lo esencial de su vida, la sorprendía, la colmaba de dicha. En ese cielo estrellado, invertido

en su interior, Dacha adivinaba su unión con el universo, y ya no intentaba crear otros.

Una noche sombría de agosto, se quedó sentada mucho tiempo, con la cabeza echada hacia atrás, mirando a lo alto y pensando en ella misma, en su destino, en el verdadero, pues todos los acontecimientos de su vida estaban lejos de formar parte de su destino, el que ella sentía acercarse constantemente. En Dacha, todo estaba al acecho, como preparándose para recibir ese golpe terrible, fulminante, todopoderoso: la dicha o la desdicha. No era el anhelo de conocer, de intuir, de razonar lo que nacía entonces en ella, sino tan sólo el de obedecer a aquello que ascendía en su fuero interno como una música, una advertencia o una premonición de algo. Y allí, a veces, los recuerdos —esa cadena pesada pero armoniosa— avanzaban, y el más lejano de ellos se volvía, de repente, el más cercano.

Aquello había ocurrido hacía tiempo. Tanto que las tres vidas que Dacha había vivido desde entonces deberían haberla separado definitivamente de ese recuerdo, volviéndolo tan exangüe como la historia de un libro. Pero no era así. Aquel día, ella estaba de pie en la escalera, a dos pasos de la puerta principal que se iba partiendo y rajando por todas partes, aunque sin llegar a ceder del todo, atrancada por una barra metálica. De repente, el cristal de la parte de arriba de la puerta estalló en pedazos, reventado por la culata de un fusil. Un brazo grueso se deslizó cuidadosamente por el agujero negro. Aquello duró un minuto, un minuto terrible. El brazo se coló por el agujero, encontró la barra a tientas y la levantó. Después de dejarla caer estrepitosamente sobre el mármol, el brazo se retiró con suma precaución, para no cortarse. Y sólo entonces, cuando el brazo desapareció, se abrió la enorme puerta e irrumpieron varios hombres gritando.

Todos iban vestidos con uniforme de combate, llevaban el pecho cargado de medallas, y un gorro caucásico puesto de través. Uno de ellos, sin nariz, todo babeado, llevaba un trapo ensangrentado alrededor del cuello. Los otros dos arrojaron a la vez sus fusiles y tiraron a su madre al suelo. Entonces se oyó un grito inhumano y el crujido de la nuca al chocar con el escalón inferior. En ese instante, Dacha sintió que le nacían alas. Voló hacia lo alto, sobre los grandes escalones blancos, a través de un piso abierto, hacia la ventana redonda de una escalera de servicio que daba al patio de otro edificio. Allí, suspendida en la cornisa, vio bajo sus pies la ropa tendida en una cuerda y pilas de leños. Alguien tiró de ella hacia dentro agarrándola por las piernas y le tapó la boca con la mano. «¡Cállate, niña, cállate!», dijo una voz

desconocida, porque ella estaba a punto de gritar. Al sentir un poco de agua corriendo por su cara, por su boca, Dacha volvió en sí.

Ahora todo el mundo decía, a su alrededor, que debía disfrazarse de chico. Ella obedeció, castañeteando los dientes. Se puso el pantalón y la camisa, las botas y la chaqueta de Aliocha<sup>[2]</sup> Boiko, un alumno de cuarto que vivía detrás de aquella ventana, con su padre y su abuela. Con frecuencia, al volver del colegio, Dacha se cruzaba con él en la calle y, con frecuencia, al pasar a su lado, Aliocha le decía en voz alta, a posta, para enojarla:

—¡Conozco un lugar donde cortan las trenzas como ésas! ¡Te rasuran y te pelan gratis!

Eso lo decía por lo que había ocurrido seis meses atrás. Cuando Dacha, después de haberse curado del tifus, había salido de casa con la cabeza rapada, él se había plantado delante de ella, boquiabierto, y luego la había seguido un buen rato con la mirada, consternado, como si hubiera sido él, y no ella, la víctima de aquella jugarreta.

Ahora ella llevaba su ropa, la ropa de Aliocha, y, al verse en el espejo, dejó de temblar. Por primera vez en su vida, Dacha se veía vestida de hombre, como cubierta con un gorro de elfo, invisible, completamente oculta a los ojos de los demás. Ahora, además, podía volver a su casa sin miedo, ya no tenía nada que temer, porque se había vuelto como todo el mundo... ¿Tal vez lo más terrible ya había pasado? ¿Tal vez nunca volvería a suceder algo tan terrible?

Mientras Dacha se contemplaba vestida así, una sensación extraña se apoderó de ella: de pronto se sintió libre, segura de sí misma, protegida, dispuesta a todo. Era como si la vida acabara de empezar.

Dacha atravesó el patio con precaución, apretando la manzana que llevaba en la mano; rodeó el edificio y se paró delante de la puerta cochera, que estaba abierta de par en par. Alguien salió por ella corriendo, con la cabeza gacha, pero ella no pudo ver quién era. La puerta desfondada, la escalera, los rastros de barro y de sangre que había en el suelo: todo era singular, igual que el silencio del aire, de las paredes, de la luz, de los objetos. La petrificación estaba en su apogeo: Dacha tuvo la impresión de que la sangre que le hinchaba las venas iba a hacerlas estallar, cuajando para siempre su aliento. Un ruido leve y regular, similar al que hacen las gotas al caer, volvía aquel silencio glacial —tan inaudito en aquel edificio— aún más perceptible. Dacha se obligó a caminar un poco; el ruido no cesó. Las gotas seguían cayendo, a no ser que fueran sollozos en vez de gotas, sollozos regulares, demasiado regulares... Y entonces la vio: tendida de espaldas, con la cara y el cuello



cubiertos de hematomas violeta, las piernas desnudas, los cabellos alborotados y esparcidos. Sentado junto a ella, *Médor*, el setter pelirrojo (que había conocido al abuelo del padre de Dacha), lamía su rostro muerto, haciendo un ruido regular y sollozando. No, aquel ruido no se parecía al de una gota al caer. *Médor* le estaba lamiendo los ojos (uno de los cuales ya no era más que una órbita vacía), sin llegar a reconocer a Dacha vestida con la ropa de Aliocha Boiko.

Allá, detrás de los muros de la casa de los Tiaguine, estaba la guerra, una guerra cuyos culpables nadie habría podido encontrar. En ella se estaban enfrentando dos verdades: de hecho, las verdades del mundo eran múltiples. Desde hacía ya dos años, la gente intentaba descubrir en la historia de su ciudad, de su país, el origen del odio que atizaba aquella guerra; intentaba comprender en qué momento y por culpa de quién se había desencadenado aquella violencia. Dacha miraba fijamente hacia allá, como sumida de repente en aquel caos. Sí, había muchas verdades en el mundo, y eso siempre tiene un precio. ¡Todos tenían que pagar por ello!

Dacha salió tambaleándose y apoyándose en la pared, hasta enfiar la calle. Los transeúntes, muy numerosos, no la veían; tan sólo veían la calle a través de ella. La ropa de un hombre era como la piel de un animal... Mimética... «Jamás había pensado que uno pudiera esconderse de esta manera... Esta ropa es muy cómoda para las piernas, aunque aprieta un poco en las axilas... Esto me supera, no logro entenderlo...».

Dacha tenía quince años. Su cabeza era de nuevo morena, le había vuelto a crecer el pelo, aunque, después del tifus, su rostro consumido se había vuelto triangular. Por todas partes se oían disparos. Era una tarde de verano polvoriento, asfixiante, había cierta oscuridad en el aire y en la cara de la gente. De la bodega que había en la esquina de la calle de los ingleses salían gritos sin cesar, y toda la calzada estaba inundada de alcohol. La calle en cuesta iba a dar a ese lugar: un reguero de champán corría por la cuneta, espumeando ligeramente, con un suave murmullo. Olía a vómito.

¿El bien o el mal? ¿La dicha o la desdicha? ¿Por dónde pasaba la línea que dividía en dos el mundo? ¿Era una línea vertical u horizontal? ¿Por cuál de las dos mitades había que decidirse? En aquel momento, la gente prefería la horizontal: perseguía la dicha antes que el bien. Quería reorganizar el mundo. «Ha llegado la hora de que también yo organice mi vida —se dijo Dacha mirando a su alrededor—. Dado que aún no me he echado a llorar, debo tomar conciencia de este día, de este hoy. De la vida. Pero algo ha muerto en mí. Algo muy vivo, muy sensible, muy tierno. El golpe ha sido

demasiado duro. Tal vez eso haya muerto para siempre. Pero, entonces, ¿por qué sigo con vida?».

Ya se estaba haciendo de noche cuando regresó a casa de los Boiko. La abuela le abrió la puerta y la condujo hasta el comedor (donde, hacía poco, le habían entregado su nueva vestimenta) mascullando algunas palabras, santiguándose; luego, con su manita reseca, le acarició la cabeza. Probablemente la abuela creía sentir bajo sus dedos la cabeza de Aliocha; de hecho, él y Dacha eran de la misma altura. La abuela temblaba un poco a causa de su vejez. Llevaba una bata larga, adornada con motivos oscuros, que le llegaba hasta los talones, y un abrigo de piel por encima; los cabellos, grises y lisos, recogidos en un moño. Sus ojos grandes y negros, penetrantes y profundos, destacaban sobre su rostro bronceado. Ante ella, Dacha flaqueó de repente: estaba descubriendo la compasión, algo que, hasta entonces, nunca había necesitado (porque le daba un poco de miedo), y de lo que el futuro, con su implacable dureza, debía carecer. La compasión estaba en el calor de esa mano, en las costumbres que se remontaban al siglo pasado, en el aparador falto de gracia, en el samovar, en los iconos del rincón. Aquello era un gran descubrimiento: sí, alguien se estaba compadeciendo de Dacha por primera y, quizá, por última vez, porque todo había acabado para siempre y nunca más habría necesidad de ella. «Y nosotros, a los sesenta, setenta, ochenta años, ¿cómo seremos? —se preguntó—. ¿Qué tendremos, qué podremos dar entonces? ¿Qué, sin iconos, sin samovar, sin una mano que haga el signo de la cruz, sin este bisbiseo, sin esta lágrima agazapada en la esquina del párpado? Sin el recuerdo de este mundo anterior al resquebrajamiento total de un universo tan sólido, sin esta fe...». Por un momento, Dacha vio con absoluta nitidez ese mundo en el que nadie se podría apoyar ya en nadie.

La puerta se abrió lenta, silenciosamente, y el dueño de la casa, Alexis Andréievich Boiko, vestido con una chaqueta que podía pasar por militar, entró en el comedor. Por aquel entonces, ya pasaba de los cuarenta. Boiko, director del teatro dramático de la ciudad, solía ver citado su nombre en el periódico, sobre todo últimamente, a causa del suicidio de la actriz Dumontel. Ahora estaba muy pálido, casi lívido. Su cara había cambiado por completo: unas sombras negras se habían deslizado en sus mejillas huecas, sus pómulos sobresalían más que nunca, tenía los ojos enrojecidos. Era como si hubiera envejecido de golpe. Sobre sus labios resecos había unas manchas negruzcas.

Boiko se sentó en una silla cerca de la puerta. Dacha lo conocía, pero aquel hombre jamás había despertado su interés. En el teatro, lo que la fascinaba de verdad era mirar a las actrices. Dacha había visto a la Dumontel

tres veces, una de ellas en *Roman*, una obra a la que había asistido a escondidas. A veces se cruzaba con Boiko en la calle. Normalmente, él la saludaba, pero ni su cara ni su mirada sombría y fría, algo altanera, cambiaban de expresión. La última vez que se topó con él, cinco días antes de los acontecimientos, fue una tarde al volver del colegio, cerca de la puerta principal de su casa: él se había vuelto y la había mirado de arriba abajo, cosa que a Dacha le había traído sin cuidado.

Boiko se levantó, como si hubiera tomado una decisión, le dijo algo a la abuela, suspirando: ella se apartó de la puerta para dejarles pasar. Dacha y Alexis Andréievich bajaron al patio. La luna, brillante, estaba en su cénit, y los escalones se iban alternando: uno negro, uno blanco, uno negro, uno blanco. Boiko no decía nada. Por el modo en que *Médor* pasó por delante de ellos, impasible, antes de salir a la calle, Dacha comprendió que se habían llevado a su madre y empezó a temblar. Él le agarró el brazo, por encima del codo, y se lo apretó, también sin decir nada. ¿Algo así era la compasión? ¿O más bien se había unido Boiko a «los nuestros» —pensó Dacha—, volviéndose inaccesible a la piedad? Entonces, ¿el abismo se había ensanchado, no entre «nosotros» y él, sino entre él y la abuela? ¿Es que ya no había ninguna manera de ayudar a los demás ni de ayudarse a uno mismo?

Su madre, cubierta de tul, yacía ahora sobre la mesa, en medio del salón. Tres velas iluminaban a dos mujeres gruesas, plácidas, sentadas a un lado y al otro de ella, profundamente dormidas. Eran la cocinera y su hija, a la que aún le duraba la resaca que le había provocado una juerga en compañía de varios oficiales. El rostro de la difunta, ese rostro que Dacha tanto amaba y que ahora permanecía oculto, había estado siempre tan al descubierto... (Cosa que no se podía decir de su alma, la cual apenas había desvelado: Dacha la había visto llorar con frecuencia). Ahora su rostro había desaparecido. Disimulado por la tela, pronto se desvanecería por completo. Mañana por la mañana, ya no sería igual que antes. De hecho, ya no existía. Como tampoco existía su voz, como tampoco existía ya nada. Tan sólo las huellas de un postrero y vergonzoso sufrimiento.

Boiko quiso despertar a la cocinera, pero Dacha le rozó la mano para impedirselo. Luego se agarró a él con las dos manos, aunque teniendo la impresión de que era él quien se aferraba a ella.

—Váyanse a su casa —dijo él sin mirarla y en un tono tan cruel que Dacha notó al fin cómo le afluían las lágrimas a los ojos—. Vuelvan mañana, cuando estén despiertas.

Incapaz de articular una palabra, Dacha sacudió la cabeza agarrándose a él aún más. «Qué vergüenza.

He reflexionado tanto, he aprendido tantas cosas. He despreciado la pusilanimidad, y ahora ¡la vergüenza! ¡Con lo orgullosa que yo era!». Pero ya se había echado a llorar. Dacha no se atrevía a quedarse allí, se abandonaba al miedo, temblorosa y desconsolada.

—¡Ellos van a volver! —dijo reprimiendo un sollozo.

—No lo creo —respondió él, dubitativo.

Pero Dacha no se quedó. Muy despacio, sin decir ni una palabra, los dos salieron a la calle y regresaron a casa de los Boiko.

Todo estaba en silencio. La abuela ya se había ido a dormir. Dacha siguió a Alexis Andréievich hasta su habitación. Éste sacó una botella de oporto y se bebió un buen vaso de él. Dacha se acomodó en su cama; en ese momento, sonó un cañonazo más allá del río, y el obús cruzó el cielo de la ciudad.

—¡Pobre chiquilla! ¡Pobre muchachita! —dijo él de repente, volviendo hacia ella una cara muy distinta, una tercera cara que no se parecía en nada a la primera, la que ella había conocido antaño—. ¡Qué terrible es todo esto! Pero, ahora, debe dormir.

Dacha se quitó las botas, la chaqueta y se tumbó en la cama de Alexis Andréievich. Él se sentó junto a ella, se sirvió un poco más de oporto y bebió, escuchando el estruendo de la guerra que atravesaba las paredes del edificio. Boiko volvió a beber, le agarró la mano a Dacha y se la besó. Luego se la soltó, pero se quedó contemplando un buen rato su propia mano, delgada, en la que llevaba un anillo con sello. Varios obuses estallaron por encima de la ciudad. En los instantes de silencio, bajo la ventana, bajo la luz de la luna y el aroma de los árboles en flor, el canto del ruiseñor resonaba en el bulevar, rivalizando en fuerza con el rugido del cañón: el ruiseñor intentaba concluir su trino quejumbroso entre la primera detonación y la explosión final, mientras el obús sobrevolaba las calles y los jardines.

—Alexis Andréievich —dijo Dacha—, deme alguna medicina, por favor, para que deje de temblar.

Él se recobró, se levantó, y echó otro chorro de oporto en su vaso. A ella, sus ojos le parecían cada vez más impenetrables.

—Beba. Éste es el mejor remedio. Lo cura todo. Es cosa sabida. Emborráchese, y se le pasará todo.

El alcohol le hizo efecto: un agradable torpor comenzó a expandirse suavemente por el cuerpo de Dacha hasta hacerla sentir del todo embotada. Ahora estaba mirando fijamente el techo, con el rostro bañado en lágrimas.

Unos horribles cupidos de escayola, con unas piernas rollizas como salchichones, trituraban, con sus manos regordetas, unas guirnaldas muertas. «Yo elegí el bien, no la dicha; mi línea divisoria del mundo es vertical — pensó—. Pero ahora tan sólo deseo olvidar, quiero embrutecerme». Dacha se quedó sorprendida por la ligereza con la que le planteó a Boiko una cuestión completamente nueva, una que nunca antes le había preocupado:

—Alexis Andréievich, ¿por qué se suicidó la Dumontel?

Él tardó en comprender la pregunta, o al menos simuló no entenderla.

—¿Quién?

—Dumontel, la actriz.

Él se levantó.

—¿A qué viene eso ahora? Yo no sé nada. Los periódicos no han contado más que mentiras.

Boiko bebió otro trago y quiso volver a servirle un poco, pero ella apartó el vaso: ya había bebido bastante. Aunque, desde luego, aquello era mejor que cualquier medicina.

«Debe de ser por su causa», pensó Dacha.

Pasó un buen rato. Él se quedó sentado, sin mirarla, tal vez esperando que ella se adormeciese. La botella estaba casi vacía.

—Mi pobre muchacho —dijo él de repente, echándole un vistazo—, ¿qué será de ti?

Luego se sentó en la cama, a su lado.

—¿Por qué no llora? —preguntó posando la mano en el hombro de Dacha.

Ella se le echó al cuello de golpe, lo estrechó entre sus brazos, pegó los labios a su mejilla y estalló en sollozos. Dacha llevaba tiempo intentando expulsar ese llanto, intentando sacarlo fuera, y ahora, de golpe, se le había escapado. Él primeramente se apartó pero luego la abrazó y la estrechó con toda su fuerza. «¡Mi desdichado muchacho! ¡Mi pobre muchachito!», repetía una y otra vez sin comprender lo que decía, lo que eso significaba. El dolor lo embriagaba más que el alcohol. Con suma dulzura, Boiko fue tumbando a Dacha en su cama, se tendió a sus pies, le agarró la mano y no se la soltó hasta que ella se quedó dormida. Luego, posó esa mano inerte sobre su propio rostro y se durmió a su vez.

Pero, antes de dejarse vencer por el sueño, aún tuvo tiempo de decirse a sí mismo que, en la vida de toda persona, había un día, veinticuatro horas en las que todo se rompía, todo cambiaba y en las que lo confuso se volvía claro. Entonces, la respuesta a los acontecimientos del pasado resonaba con fuerza,

semejante a los disparos del cañón más allá del río, mientras el destino desgranaba su melodía igual que el ruiseñor. En un día así, uno podía ver con sus propios ojos cómo la gota caía en el cuenco y lo desbordaba, el eslabón débil por el cual se rompía la cadena; uno sentía en sus propios músculos el peso que inclinaba la balanza. Después de eso, bien podía esperar una tregua en la que las cosas volverían a su sitio.

Por la mañana, cuando Dacha se despertó, Boiko ya no estaba en la habitación. Lo primero que vio fueron los cupidos de escayola resplandeciendo bajo un rayo de sol. La desdicha estaba ahí, en su pecho, oprimiéndola de un modo insoportable, como ella nunca había podido imaginar. Una infelicidad monstruosa, sin límites ni fin. El instante en que Dacha se había arrojado al cuello de Alexis Andréievich le parecía ahora, al recordarlo, una debilidad vergonzosa: él había dejado de ser un extraño para ella en el momento en que la había acostado tan suavemente en su cama, antes de tenderse a sus pies para mirarla mientras dormía. Pero ¿quién era ese hombre? ¿Qué había ocurrido entre ellos? Dacha no lo veía claro. ¿Por qué le había hecho compañía? ¿Y cómo era su cara, su última cara, la que ella había visto después del primer vaso? ¿Quién era ese Boiko en realidad?

Dacha miró su reloj: las nueve y cuarto. La habitación estaba teñida de rojo, la luz inundaba las paredes, el techo y los brazos de Dacha: alguien había prendido fuego a los almacenes de madera. Una siniestra campana tocaba a rebato, la sirena de las fábricas de Fassov aullaba sin cesar. Dacha se levantó de un salto, se puso de nuevo la ropa que alguien había colocado junto a ella y abrió la puerta del comedor. Ante la mesa recién puesta para el desayuno, a la luz roja de los almacenes que ardían en la otra orilla del río, sentado entre Aliocha y su abuela, frente a Alexis Andréievich, estaba Tiaguine, su padre, vestido con una guerrera ajada pero limpia, con los botones desabrochados y la charretera izquierda rota: al alba, los suyos habían retomado la ciudad.

Llevaba más de un mes sin verlo. Su unidad no estaba entre las tropas que se batían en retirada y cruzaban la ciudad: Dacha se había enterado por una fuente fiable. Pero de lo que sí estaba segura era de que vendría en cuanto estuviera cerca; no por su madre —sus padres se habían divorciado seis años antes— sino por ella, por Dacha. ¡En él sí se podía confiar! ¡Su padre era una de esas personas con las que siempre se podía contar! ¡Y ésta era la prueba! Había entrado al alba en la ciudad, y, a las nueve, ya estaba ahí.

—Dacha —dijo, volviendo hacia ella su rostro todavía joven, demacrado y cubierto de polvo—. Mi pequeña Dacha: tu mamá...

Entonces se levantó y, ocultando con una mano la parte inferior de su cara, apartó la silla con la otra y se acercó a ella.

Ninguno de los presentes lloraba, salvo la abuela. Aliocha bajó los ojos y se puso colorado, como si pensara que aquella escena debería haberse producido en la intimidad. Alexis Andréievich guardó absoluta calma, como alardeando de su impasibilidad: había recuperado su primer rostro, el de siempre. En ese instante, la dicha del reencuentro le reveló de repente a Dacha lo que ya había adivinado confusamente la noche anterior: que existía un secreto entre su padre y Boiko, entre esa casa y la de los Tiaguine.

A la mañana siguiente, tras volver del funeral, Dacha y su padre hallaron la casa ordenada. Las puertas arrancadas de sus goznes estaban apoyadas sobre los armarios, y los cajones rotos habían vuelto a sus cómodas. Los pedazos de cristal y porcelana habían sido barridos. Tan sólo las marcas de las balas sobre el papel pintado, el cuadro perforado por un bayoneta y las manchas de agua que habían quedado en el suelo después de limpiarlos excrementos atestiguaban el saqueo. Las habitaciones vacías tenían un aspecto terrible y triste. ¿Era ésa la antigua casa de los Tiaguine? Aquella noche, el bulevar de los ruisseños ya no era el mismo.

Tiaguine se acercó a la ventana y se quedó largo tiempo mirando la amplia y fastuosa avenida por la que caminaban varios grupos de soldados dispersos. Dacha estaba de pie junto a él; el tiempo volaba. Su padre se caía de cansancio, pero tenía que marcharse. Un ordenanza se afanaba en hacer cosas cerca de un camión; dos campesinas pasaron por delante de la ventana llorando. El tiempo volaba. Había que decir algo. Cuatro días antes, mientras su padre iba montado en él, le habían matado el caballo. Desde entonces, le dolía la rodilla. «¡Dacha!». No, aún había que esperar un poco. Sí, ya eran las tres, ¡la hora de hacer las maletas!

—Te llevaré conmigo, Dachenka<sup>[3]</sup>. Nos iremos juntos, ¡cómo debe ser! Arinuchka te ayudará a preparar tu equipaje. No lleves demasiadas cosas. No, no nos quedaremos aquí; esta noche, probablemente nos veremos obligados a partir. No puedes seguir viviendo aquí, sola. Compréndelo, ¡es imposible! Puede que nuestro ejército no regrese nunca. Y eso es algo insoportable, insoportable...

Su voz resonaba con pasión y tristeza. Dacha estaba de pie junto a él, sin quitarle ojo.

—Intentaré que llegues a Crimea, hallaré un medio de hacerlo. Allí te reunirás con tu hermana pequeña y con mi mujer...

En ese instante, el reloj de pared empezó a sonar, a sonar, a sonar sin fin. Estaba roto, por eso siempre sonaba de ese modo.

—Tú ya eres mayor —dijo Tiaguine—, pero, aun así, hay muchas cosas que no puedes comprender. Boiko, como ya habrás adivinado hace tiempo, cometió una falta grave contra mí. Pero la muerte de tu madre lo ha borrado todo, la muerte siempre lo borra todo... Cualquier muerte es algo terrible, Dachenska. En este momento estoy tan cansado que ya no siento nada al verlo, nada salvo indiferencia, y también gratitud, sí. Perdóname, no quería hablarte de esto, pero, de no haber sido por él, tal vez no habrías sobrevivido. Así que, ¿cómo no voy a estarle agradecido?

Para Dacha, todo se concentró entonces en un solo punto; todos sus pensamientos, todos sus sentimientos convergieron en un solo recuerdo: Alexis Andréievich saliendo de casa de los Tiaguine, la semana anterior (cuando ella volvía de clase, hacía un tiempo tan agradable, todo estaba sombrío y silencioso, como recubierto por un manto de terciopelo). Habían estado mintiéndole durante años, a ella, que no había sospechado nada, que no se había percatado de nada. ¿Por qué le habían ocultado *eso*? ¿Por ella misma, quizá? ¿Qué habían pretendido al hacerlo? Su madre la quería. Igual que ella a su madre. Cuánto le habría gustado a Dacha estar allí todos juntos, tenerlos a los tres a su lado. Pero eso era imposible, imposible del todo y para siempre.

Dacha no pudo responder: Arinuchka entró en ese momento, trayendo el café, y, además, había que preparar el equipaje. Mientras lo hacían, su padre se tumbó en el amplio sillón y se durmió; a través de su guerrera desabotonada, bajo el cuello abierto de su camisa, se veía brillar aquella crucecilla junto a la cual había colgado un objeto. Sin duda, ése era el objeto máspreciado que poseía. «Y nosotros, ¿qué cosa preciadas poseeremos luego?», se preguntó Dacha.

De noche, antes de que se fueran, Boiko pasó a verlos. Él conocía bien aquella casa: no necesitaba preguntar dónde estaba Tiaguine, y por eso se dirigió directamente a la habitación en la que éste estaba descansando.

—Coronel, sin duda jamás nos volveremos a ver —dijo Alexis Andréievich—, y tengo algo importante que decirle.

Tiaguine se sentó, se alisó el pelo con un peine, y, de manera inconsciente, se llevó la mano a la barbilla, como preguntándose si necesitaba afeitarse o no.

—Mejor no, Alexis Andréievich. Mi gratitud hacia usted, por salvar a Dacha, es infinita, créame. Aparte de eso, no tengo nada que decirle, en realidad.



Con todo, Alexis Andréievich se acomodó en el sofá y sacó un cigarrillo de su pitillera verde, adornada con un monograma.

—Usted es un hombre que nunca rechaza un pequeño placer —empezó diciendo—, pero no ha podido perdonarme un gran amor. (Tiaguine frunció el ceño). ¿Le molestan mis palabras? Ya veo: a usted le choca que yo quiera poner los puntos sobre las íes, ¿no? Pero todo es cierto, coronel, es la verdad, así que ¿por qué no podemos hablar de ello?

—Está bien, aunque confío en su delicadeza y espero que no se alargue demasiado...

—Mire, yo soy un hombre de mi época, coronel... Alguien dijo una vez, Bielinski, creo que fue: «Yo no soy un hijo de mi siglo; no soy más que un hijo de perra». Bueno, pues, en lo que a mí concierne, yo sí soy un hijo de mi siglo, y jamás he sido ni seré un hijo de perra. Y mi siglo...

—Oiga, no comprendo ni quiero comprender sus alusiones escabrosas...

—Y mi siglo —prosiguió Boiko, elevando levemente el tono de voz— me gusta, pues, aunque nací en el siglo pasado, estoy consagrado del todo a éste.

—Pues yo lo odio.

—Pero eso no le impide sacrificar por él su vida.

Tiaguine se disponía a limarse las uñas con una pequeña lima que llevaba en el bolsillo izquierdo de su guerrera, pero no le pareció adecuado. En ese momento, detestaba con toda su alma a Alexis Andréievich.

—Y, precisamente por eso —insistió éste—, nunca llegará a nada; porque odia su época; porque no entiende que usted va con cien años de retraso; porque es un apasionado de las utopías retrógradas. Pero no he venido aquí a decirle esto, ni para hablarle de mi «gran amor». El caso es que usted y yo nos despedimos para siempre, por decirlo de alguna manera, porque, como usted bien sabe, no volverán a tomar la ciudad por segunda vez. Sólo Dios sabe adónde irá, más allá del Cáucaso, o incluso más allá del río Ural. O quizá al extranjero. Le compadezco, coronel, porque hace todo cuanto puede, y no puede hacer otra cosa.

Tiaguine se levantó y se acercó a él.

—¿Cómo se atreve *usted* a decirme eso a *mi*? ¿Cómo se atreve *usted* a hablarme así? Usted que destrozó mi vida, mi familia...

—¡Eso es falso! Usted mismo destrozó su familia, lo sabe muy bien, y desde el primer año de su matrimonio. En cuanto a su vida, todavía es joven.

Tiaguine no respondió.

—Pero usted sigue creyendo que se puede vivir así, a la buena de Dios. Y no, coronel —sus ojos brillaron de repente—, ¡ya no se puede vivir a la

ligera! ¡Hay que tener algo de conciencia!

Esa nueva alusión le hizo comprender a Tiaguine por qué Boiko estaba ahí, por qué había venido a hablar con él.

—Culpable con respecto a usted —dijo éste bajando de nuevo la cabeza—, sí, lo soy. Pero, créame, los dos, tanto ella como yo, hemos pagado con creces nuestra culpa. Nada fue como queríamos: no tuvimos dicha, ni vida en común. Y, encima, ese miedo permanente...

—Toda la ciudad conocía su relación.

—Pero Dacha no, ni tampoco Aliocha. Siempre vivimos separados, y nos amamos en secreto. Mi primera mujer no me concedió el divorcio. Los dos vivimos en un infierno, en el infierno que puede llegar a convertirse una ciudad de provincias como ésta en época de guerra y de revolución. Los dos teníamos un hijo de nuestro primer matrimonio... Pero había amor entre nosotros. Amor y fidelidad. Y ahora mi vida ha acabado.

«A saber si estás diciendo la verdad», pensó Tiaguine al escucharlo. Él jamás había sufrido a causa de las mujeres; ahora se sentía un poco molesto, la presencia de Alexis Andréievich lo irritaba, lo que tenía que decirle le inquietaba.

—Como ve, nuestros caminos se han cruzado dos veces —dijo Boiko—. El destino lo ha querido así: mi destino y el suyo. En Dumontel, la actriz, halló usted una pequeña distracción. Pero para mí era una valiosa compañera de trabajo. Trabajamos juntos durante muchos años, y estábamos muy unidos. Mi madre la quería, no sé por qué. Y ella solía venir a visitarnos... La gente dijo que había muerto por culpa de mi crueldad, de mi frialdad, pero usted, ¡usted sabe bien cuál fue la causa de su desesperación! Usted fue la causa, coronel: usted le ocultó que tenía una familia en Crimea y que no tenía la menor intención de abandonarla, y luego se libró de ella como quien tira un trapo viejo.

Tiaguine hizo una mueca: aquello empezaba a enervarlo seriamente.

—Alexis Andréievich —dijo en un tono cada vez más desagradable—, ¿ha venido aquí a darme lecciones de moralidad? ¿Realmente piensa que es usted la persona apropiada para ello? No necesito que me recuerde mi parte de responsabilidad en esa historia, la sé muy bien, pero ya no soy ningún niño, y puedo responder de ello. ¿Quiere usted batirse conmigo? De acuerdo, estoy dispuesto. ¡Pero, desde luego, ha elegido usted muy mal momento!

—¡No lo he elegido yo! —gritó de repente Boiko—. ¡No tenía elección! Ahora usted está aquí, eso es todo. Dentro de una hora se marchará, y ya no

volveré a verle. Dumontel tuvo un bebé suyo. Una criatura que tiene ahora seis meses, y que yo voy a adoptar.

Tiaguine dio un paso hacia atrás: ya lo había presentido. Sí, sabía que iba a escuchar esas palabras. Recordó fragmentos de aquellas cartas lastimeras, escritas como en un delirio febril, que había recibido cerca de Oriol, después cerca de Kursk, y luego cerca de Poltava. Él se había defendido a su manera: permaneciendo impávido.

—Se lo agradezco, Alexis Andréievich —dijo con una ironía apenas perceptible—, pero ¿está usted seguro de que el bebé es mío? Aunque, qué más da: lo cierto es que va a hacer usted una buena acción.

Boiko se levantó.

—¿Eso es todo lo que tiene que decir? —preguntó mirando a Tiaguine como con desconfianza, como dudando que fuera el mismo hombre que él había conocido, tan semejante a él, a fin de cuentas—. Primero me suelta eso del duelo, todas esas palabras huecas, y luego la pregunta de rigor, la que *conviene* hacer. Y, para terminar, un cumplido. ¡Dios mío, qué ingenuos somos comparados con usted! ¡Qué directos, qué faltos de malicia! Le aseguro que ni siquiera se me había pasado por la cabeza la idea de que estuviera haciendo una buena acción.

Boiko se dirigió hacia la puerta, alterado. ¿Había hecho bien en ir allí? No, tenía que marcharse de esa casa, y enseguida... No debería haber ido, aquél era un mundo diferente, extraño, incomprensible, incluso hostil; el mundo de la indiferencia, de la ironía, de la desconfianza... Frases huecas, evasivas caducas. Ese hombre había sido hecho con un molde muy distinto al suyo. El espíritu caballeresco, la nobleza de antaño habían dado paso a algo indefinido, turbio, un tanto sucio.

De pronto, Tiaguine se acercó a Alexis Andréievich y le agarró la mano:

—No me tome por un cerdo —dijo—. Usted es un hombre maravilloso, siempre lo he sabido, y le estoy agradecido. La vida no es fácil, ya lo sabe. No se puede cambiar de la noche a la mañana. Vendrán hombres nuevos a reemplazarnos, hombres con una psicología distinta. Incluso puede que la vida se vuelva más sencilla. Y usted estará entre ellos.

—Se equivoca, coronel —dijo Boiko—. Yo no soy un bolchevique ni lo seré jamás.

Boiko salió a la antesala. Tiaguine, de pie en el umbral de la habitación, miraba directamente hacia delante; su mirada no expresaba ni desprecio, ni rabia: tan sólo tristeza. La pena aplanaba su hermoso rostro juvenil que tanto gustaba a las mujeres. Boiko no acababa de irse.

—Es una niña. Creo que debería ser usted quien le pusiera el nombre. Aún no está bautizada.

Tiaguine volvió la vista hacia él.

—Gracias por habérmelo dicho. Póngale Elisabeth. Todo esto es una locura, Alexis Andréievich.

—No, ¿por qué? En la vida, todo puede suceder. La gente del teatro conoce incluso cosas peores.

«¡Y encima nosotros partimos en campaña!», estuvo a punto de decirle Tiaguine, pero se contuvo.

—Adiós, coronel —dijo Boiko, en un tono de voz algo brusco—. Espero que logre sobrevivir.

—Adiós. Y gracias. Gracias por lo de Dacha.

Estuvo a punto de añadir «gracias por todo», pero volvió a contenerse a tiempo, porque lo que más temía en el mundo era hacer el ridículo. Esta última conversación, esta última y terrible semana lo habían agotado. Por un instante tuvo la impresión de que la causa a la que servía estaba del todo perdida. Pero el hábito del coraje había arraigado muy hondo en él, y en el Ejército —no en la vida— Tiaguine era muy exigente consigo mismo. Allí, olvidaba su desidia; y, además, a partir de ahora, tendría que cambiar su manera de pensar, recuperar sus reflejos. Ni siquiera se había percatado de que Dacha estaba en la antecámara, preparada para el viaje. El coche correo ya había pasado dos veces y el ordenanza se había llevado su equipaje.

Cuando Dacha cruzó por fin el umbral de la puerta, aquella casa en la que había nacido le pareció tan triste, tan vieja como si llevara mucho tiempo abandonada. No era más que un envoltorio vacío, tirado para siempre; un decorado alzado de golpe, desapareciendo ante sus ojos. Y además, ¿era ésa realmente su casa? ¿Qué significaban esas palabras: «su casa»? ¿Dónde se hallaba?

## II

Zai<sup>[4]</sup> tenía catorce años cuando se enteró de que, en realidad, estaba viviendo en casa ajena, con gente a la que no la unía ningún lazo de sangre. Hasta entonces había creído que Alexis Andréievich Boiko era su tío, el hermano de su difunta madre, y que la anciana era su abuela, su abuela real. Pero un día la llamaron a la habitación que ella llamaba «nuestra» y le anunciaron que quizá tendría que marcharse, dejarlos a los dos. ¿Adónde? ¿Por qué?

Zai siempre había tenido la impresión de que, de las tres personas entre las cuales había pasado su infancia, una parecía un libro misterioso, otra un insecto tembloroso y la tercera un complicado nudo marinero. La abuela era el libro misterioso. Ya era muy mayor y a veces, de noche, cuando iba a darle su bendición, tan bajita, tan delgada, vestida con su larga bata de motivos oscuros, y esa aureola de cabellos grises encima de sus grandes ojos negros, le decía:

—¡Mi niña! ¡Ya es hora de que la muerte venga a buscarme! ¡Dios se ha olvidado de mí! Pero Zai pensaba que la anciana quizá no pudiera morir, que Dios jamás le concedería ese deseo, pues, durante toda su vida, no había hecho otra cosa que prepararse para la muerte; toda su existencia, a decir verdad, no había sido nada más que una continua preparación para la vida eterna. La abuela pasaba de un quehacer a otro con una sorprendente confianza en el porvenir, entregándose en secreto y cumpliendo en silencio sus distintas tareas, como si estuviera viviendo, aquí y ahora, en la eternidad, como si no hubiera ninguna transición y la vida eterna hubiera comenzado para ella el día de su nacimiento. Todo cuanto pudiese haber *allá arriba* ya lo sabía, le era familiar, estaba acostumbrada a ello; todo cuanto había aquí abajo, ya lo había perdonado y aceptado de entrada. Tenía tan organizada su alma que nada podía asustarla ni sorprenderla. La abuela tenía respuesta para todo, y esa respuesta era Dios. Vivía en un estado de maravillosa concentración, pasaba por la vida como si tuviera alas, sabiendo

perfectamente lo que tenía que hacer en cada momento. Aunque su tarea principal consistía en rezar y lograr un espíritu humilde.

La persona que se parecía a un insecto tembloroso era su nieto, Aliocha Boiko. A veces hablaban de él (casado desde hacía dos años, ahora vivía en Moscú) como quien habla de un granujilla o de un bribonzuelo que se mete en la calle con las chicas como Zai. Pero eso ya había acabado hacía tiempo. En la época en la que Zai lo había conocido, Aliocha daba la impresión de ser un hombre embrutecido por los cuestionarios y los exámenes de la instrucción pública, siempre a la caza y captura de algún papel, un talón de aprovisionamiento<sup>[5]</sup>, un bono para viajar, siempre a punto de ser expulsado, primero del liceo técnico y luego de la unidad de producción, ocupado en diversas reuniones en las que, por supuesto, jamás había tomado la palabra. Aliocha tenía miedo de todo y no veía más allá del día de hoy con su lluvia, su ración de gachas, su horario de trabajo... Desde el día en que se casó había temido a su mujer, codiciosa y viperina, y resultaba realmente asombroso que esa clase de vida aún no lo hubiera aplastado, que la tormenta no lo hubiera barrido, de una vez por todas.

La tercera persona, la que parecía un complicado nudo marinero, era Alexis Andréievich Boiko. Sin duda también él, al igual que Aliocha, había cambiado. Pero nadie hablaba nunca de ello; tan sólo Zai se divertía imaginándolo cuando era joven, alegre, saludable, brillante y feliz... Ahora estaba viejo, menos de lo que decía la abuela, pero completamente arrugado. Trabajaba como apuntador en el Teatro Obrero, e iba a buscar su ración a la cooperativa, para traerla a casa. La ropa que llevaba últimamente estaba tan gastada que, un día, un oficial del Ejército rojo le había dado limosna en la calle. A sus doce años, Zai había comprendido que el tío Liocha<sup>[6]</sup> pertenecía a aquella generación que gustaba de los amores enrevesados, que había dejado a su mujer hacía tiempo, que en su vida había habido otra mujer, a la que habían matado unos soldados rojos o blancos durante la guerra civil (había que decir que habían sido unos soldados blancos, aunque en realidad habían sido unos soldados rojos). Pero tampoco había logrado formar una vida en común con ella, cosa que era bastante frecuente en aquella época.

Todo lo que Zai sabía de la vida y del mundo lo sabía gracias a Boiko, porque, desde la época más lejana que ella podía recordar, él siempre había estado a su lado en sus momentos libres. Sentada en sus rodillas, Dacha le oía contar historias. Luego se dormía y, al volver a despertar, él aún seguía a su lado. Durante los dos últimos años, desde que se marchó su hijo, Boiko había cambiado. Siempre estaba esperando algo. En la casa, se notaba una gran

tensión y angustia. Zai se percataba de que Boiko temía que lo despidieran, que cerraran el teatro, lo cual sería una desgracia para él, para los tres. La abuela iba penosamente de una habitación a otra. Un buen día, llamaron a Zai para decirle que tal vez se tuviera ir pronto, sola y para siempre.

Por aquel entonces, Zai acudía a una escuela de danza. Su cuerpo era flexible y ligero, su cabeza pequeña y redonda. Zai tenía una idea muy personal y misteriosa acerca de lo que ocurría en su interior, y escribía versos que ocultaba a todo el mundo, salvo a Boiko.

Pero nadie le respondió cuando preguntó adónde la enviaban y por qué. La abuela le dijo que se arrodillara delante del icono. «Yo no creo en Dios», le dijo Zai con firmeza, pero la abuela le respondió que eso era una bobada y le prometió que algún día Dios también se le revelaría a ella, sin ninguna duda. Entretanto, Zai debía arrodillarse junto a ella, repetir la oración palabra por palabra y ser humilde de corazón, siempre humilde, sin olvidar nunca que todas las revoluciones, las raciones de pan, los arrestos y las escuelas de danza no eran más que naderías, pequeñeces, y que no existía verdad alguna, ni grandeza, ni terror, ni misericordia fuera de Dios.

Zai hizo todo lo que la abuela le pidió, para no apenarla.

La abuela le rogaba a Dios (o eso al menos creyó entender Zai entonces) que le indicara el camino a seguir.

—Si llega la carta, será porque ésa era tu voluntad —decía la abuela, mientras las lágrimas le corrían por las mejillas.

A Zai, la idea de que, en vez de rebelarse y de exigir, había que ser humilde, le daba ganas de llorar, también.

—Y si no llega la carta, será porque debía ser así.

Pero la carta llegó, unos dos meses después de aquella velada, y Zai se enteró de que tenía que reunirse con su padre.

—¿Por qué tengo que ir a su casa, tío Liocha, si él no me conoce en absoluto?

Alexis Andréievich le respondió, con una sonrisa:

—Pues tendrás que ser tú la que le cuente todo.

—Pero ¿qué puedo contarle yo? ¡Si no sé nada sobre mí!

—Cuéntale, por ejemplo, que una vez, cuando tenías seis años, besaste todas las flores del jardín.

—¿Y eso es interesante?

—Mucho. O que una vez, el día 1 de mayo, fuiste a recoger fuegos de artificios: incluso te llevaste una bolsa para hacerlo.

—Era una red para cazar mariposas.

Boiko sonrió de nuevo. Su boca, desdentada por delante, se estiró, larga y fina, aunque su mirada era triste.

—Zai —dijo—, he pensado mucho en ello, y no veo otra solución para ti. La abuela está muy mayor. Y yo... ya no valgo para nada. Acabarán arrinconándome en cualquier sitio. Pronto seré viejo. Un completo inútil.

Ella lo abrazó y le dio un beso. Se daba cuenta de que Boiko se separaba de ella a disgusto, que se había resignado a perderla, o que quizá ésa era su manera de rebelarse. Que si ellos la enviaban allí no era para sustituirla por otra.

El día de su partida, la abuela le prendió en el pecho un cartelito con la dirección de Aliocha. Zai se marchaba al extranjero haciendo una parada en Moscú. Dos días antes, Boiko había sido arrestado. Habían venido a buscarlo de noche y se lo habían llevado junto con otras dos personas del edificio. Boiko se había marchado muy tranquilo, tras despedirse de la abuela y de Zai. «Jamás olvides», le había dicho al oído, en voz baja, señalándose a sí mismo (en casa, llamaban a eso «hablar en clave»). Con los brazos pegados al pecho, Zai lo había visto subir al coche desde la ventana, pero él no se había vuelto.

—¡Mi niña querida! ¡Dios se ha olvidado de mí! —había exclamado la abuela.

¿Estaría empezando a chochar?

Con su cartelito en el pecho, Zai subió al tren. La dirección de Aliocha saltaba a la vista, atraía todas las miradas.

El otro cartel, el que indicaba la dirección de París, se lo colgó Aliocha al cuello cuando Zai se marchaba de Moscú, en la estación. La semana pasó volando, llena de preparativos. Ella era consciente de lo que ocurría, como si la hubieran sacado de un probando sueño. Una noche de Navidad, Zai abandonó el país de las nieves azules donde todo era tremendo, sobre todo la inmensidad, la extensión melancólica, perdida, infranqueable de esas nieves azules a las que se habían llevado a Alexis Andréievich.

Zai quedó al cuidado del jefe del vagón, y se sentó en su rincón, con el dedo inmovilizado por una venda: tenía un absceso. Zai llevaba con ella todo su porvenir, todo su ser, todo su destino. Por primera vez en su vida, se hallaba sola entre extraños, iba a un país extraño, a vivir con un padre extraño, en una familia extraña. Boiko estaba muy lejos. La abuela... Todo eso era ya otro mundo. Pero ¿a qué mundo pertenecía ella? ¿Quién era en realidad? Aún no lo sabía. ¿Por qué le había acontecido todo aquello? Su rostro, todo tembloroso, daba una impresión penosa, igual que sus medias zurcidas y la cinta descolorida que llevaba en el pelo. La dejaron sentarse



junto a la ventana. Al anochecer, a la hora de dormir, se encaramó a la litera de arriba. El tren avanzaba balanceándose, contando, en todos los tonos posibles, una y otra vez, la misma historia: erase una vez la abuela, el tío Liocha y ella, Zai; hacía ya mucho tiempo que el reloj del comedor había dejado de funcionar... las frases en clave... es hora de morir... me molesta este cartel... papá... un poema que ella había escrito recientemente acerca de la colada... La mujer de Aliocha que, en el último minuto, en la estación, le había quitado su chaleco calentito: «Tú no lo vas a necesitar, y a nuestro Vassenka le vendrá muy bien...».

En Varsovia, un hombre entró en el compartimento y se sentó enfrente de Zai. Tenía una cara grande y redonda, y el pelo completamente gris. El hombre observó con atención a Zai, miró su cartelito, se fijó en su cesta de provisiones, y luego abrió un libro de pequeño formato pero bastante grueso y estuvo leyéndolo un buen rato. Zai y él intercambiaron algunas palabras en alemán; el hombre le dijo que iba a Bélgica y que ya sabía todo sobre ella. Y tamborileó con los dedos sobre su libro como si hubiera descubierto todo lo que necesitaba saber.

El tren seguía avanzando, contando sin cesar la misma historia, tan familiar y triste. Zai miraba por la ventana los campos cubiertos de nieve, las cornejas, el horizonte lejano. Sentado frente a ella, el hombre dormitaba. «En Berlín, pararemos tres horas», dijo echando un vistazo a su libro. Pero Zai no se atrevió a preguntarle qué clase de diccionario era.

Cambio de tren. La segunda noche. Los viajeros ya han pasado todos los controles y todas las aduanas. Zai se tumba de nuevo en la litera de arriba. El hombre sale al pasillo y se queda un buen rato pegado a la ventana, tras la que no se ve nada, salvo su cara redonda, unos cabellos blancos y un brazo apoyado en el marco. La lamparilla oscila y temblequea por encima de la cabeza de Zai, que ha decidido quitarse el cartelito.

Por la mañana, ya están en Berlín. El hombre consulta su libro y anuncia: «Hoy estamos a viernes». ¡Qué extraño! El hombre se pone a hablar, un buen rato, con el jefe del vagón. Seguramente de ella, adivina Zai. Y se asusta. El hombre quiere llevarla a la ciudad, verá que sus zapatos están gastados.

Ella le da la mano y, juntos, caminan por la calle, compran varios periódicos, comen bocadillos en una tienda muy curiosa, donde no hay ninguna vendedora y todas las cosas —una manzana, una cerveza, un poco de jamón— salen por unas aberturas especiales. Zai experimenta el placer de asombrarse. Hasta ese momento, jamás había tenido la oportunidad de sorprenderse.

Siguen andando. Zai tiene frío, están cayendo unos copos de nieve muy húmedos, pero Vassenka se quedó con su chaleco y ahora Zai no lleva más que un abrigo de paño que le queda terrible, vergonzosamente pequeño. Al ver su reflejo en el cristal de los escaparates, siente que no se parece a los demás niños. «Eso es un museo, y eso la avenida de la Victoria —dice su acompañante—, pero no vamos a ir a ese lugar, sino a éste». Y entonces entran en una tienda de zapatos.

Zai no tenía ni un solo agujero en sus medias zurcidas por varios sitios, y cuando el dependiente le introdujo los pies en unos zapatos marrones con las suelas relucientes, se sintió tan feliz que a punto estuvo de dar saltos de alegría. Luego la pusieron delante de un aparato complicado que parecía una gruesa balanza. A través de su nuevo calzado, de su media zurcida, de su pie, Zai vio cinco huesecillos paralelos, separados los unos de los otros: el esqueleto de su pie. Zai no podía dar crédito a sus ojos; el hombre buscó algo en su libro misterioso. Zai quiso ver su otro pie, y luego su mano. Jamás se había visto a sí misma por dentro.

El tren arrancó. Zai y el hombre colocaron sobre sus rodillas el tentempié que habían comprado y se pusieron a comer.

—¿Cómo es la gente en su país? —preguntó el hombre que, después del paseo, la tienda de zapatos y la comida, había recuperado sus colores y su buen humor.

Zai reflexionó. Quería responder de la mejor manera posible a su pregunta (a la cual, a todas luces, el hombre no había hallado respuesta en su diccionario). Se acordó de Aliocha y de su mujer, de la abuela y de aquellos que habían ido a buscar a Boiko. ¡Qué lejos quedaba todo eso!

—Hay dos clases de personas —dijo—. Unas se parecen un poco a los insectos: mitad transparentes, apenas visibles, tiemblan bajo la menor luz. Las otras son como clavos: cuantos más martillazos les dan, más duras se vuelven. Meten miedo, sobre todo cuando vienen de noche. En cuanto a las primeras, los demás suelen aplastarlas sin tan siquiera darse cuenta. ¿Qué quiere que le diga? Yo más bien formo parte de la primera clase.

—¿Tal vez a causa de la servidumbre y del yugo mongol? —preguntó el hombre.

Zai no respondió. Estaba reflexionando. Cada vez que pensaba intensamente en algo, su rostro delgado, no muy hermoso, revelaba sufrimiento.

Antes de bajarse en Lieja, el hombre la despertó en plena noche y le dio su dirección.

—Si se acuerda de mí el día de Año Nuevo, envíeme una postal.

—¿Y por qué ese día? Puedo enviarle una en cualquier otro momento.

—Bueno, yo, por lo general, me acuerdo de mis amigos el día de Año Nuevo —respondió sonriendo—. Adorable muchachita: espero que sea feliz.

Cogió la maleta que yacía sobre la litera. El tren ya estaba frenando.

—Pero no hace falta que sea por Año Nuevo, puede hacerlo en otro momento —añadió.

—Dígame una cosa, ¿qué libro es ése que anda leyendo siempre? —se atrevió a preguntarle Zai.

—Ah, un libro muy curioso —respondió el hombre, con una sonrisa—. En él se encuentra todo, todo. Es muy práctico.

Ya en el andén, de pie bajo la farola, el hombre agitó su sombrero mientras ella escudriñaba la oscuridad de la noche, apartando la cortina. Zai sintió ganas de escribir un poema de amor. Se preguntó qué habría ocurrido si se hubiera bajado con él, si se hubiera ido a vivir con él, cómo habría sido su vida... Luego los pensamientos afluyeron en desorden, agitándose al ritmo del tren. De repente, algo le punzó el corazón: París. Su padre. Sus hermanas. La mujer de su padre. Una ciudad desconocida. La patria de su madre, donde su apellido francés se hallaría como en casa.

El revisor, con una gorra calada en la cabeza, la ayuda a bajar la escalerilla del tren. Zai lleva de nuevo el cartelito prendido en el pecho. En sus manos, dos cestas: una llena de ropa, la otra de libros. En medio del bullicio de la inmensa estación, de la gente que corre de un lado para otro, Zai se queda estupefacta, paralizada de miedo; siente que está allí por entero, con su alma, que aún no conoce a fondo, y con su cuerpecillo, con todos esos huesos que vio el día anterior en la tienda de zapatos. Todo es tan misterioso en ella y alrededor de ella, en ese aire gris, en ese ruido, como si un nuevo universo estuviera a punto de abrirsele, con sus nuevas leyes y sus enigmas... Zai ve a su padre frente a ella.

—Lise Dumontel —dice Tiaguine, acercándose a su hija e intentando levantarla.

No se esperaba que estuviera tan mayor, tan crecida, y tan sólo puede agarrarla en sus brazos, estrecharle los hombros, apretarla contra él. Tiaguine la besa dos veces en los ojos. Su aspecto es el de un hombre desaliñado, y, de hecho, a Zai le parece un viejo. Tiene una nariz aguileña y una perilla. Quitándose el sombrero, Tiaguine le dice algo al revisor y estruja el billete en la mano antes de dárselo como propina. Zai suelta las cestas y se le queda mirando, con los ojos cubiertos de lágrimas. Le tiene miedo.

Ese día ya ha pasado, ya no existe, se ha desvanecido como tantos otros, y eso que parecía tan especial, extraordinariamente importante, difícil y nuevo. Es como si nunca hubiera existido. Su madrastra le ha puesto una venda nueva en el dedo, ha ordenado que le preparen un baño. Zai confunde todas las puertas del piso y se asusta al ver cómo prende el gas en la cocina. Por nada del mundo habría aceptado cambiarse delante de sus hermanas, y casi se muere de vergüenza al abrir sus cestas. Después, cuando todos los demás salieron, se quedó a solas con Liubov Ivánovna. Sentada en la cocina, Zai estuvo dos horas mirando cómo planchaba, mientras el reloj desgranaba su tictac.

—¿Y entonces qué comíais allí? —le preguntó Liubov Ivánovna. ¿Qué se podía comprar con un salario normal? ¿Cuánto ganaba él? ¿Aún era guapo o ya era viejo? ¿Seguía dirigiendo obras? ¿Actuaba en ellas? ¿Y la vieja? ¿Te pegaba?

Zai respondió que había de todo y en abundancia: patatas, gachas, e incluso pan; que el tío Liocha era muy guapo, aunque ya no tenía dientes, y estaba tan delgado que daba miedo verlo, según la abuela. Que jamás le habían puesto la mano encima, al contrario, todos la querían, incluso Aliocha que se había casado y ahora vivía en Moscú. El pobre había pasado mucha vergüenza cuando su mujer le había quitado a Zai el chaleco para dárselo a su hijo Vassenka.

—¿De veras te quitó el chaleco? —le preguntó la señora Tiaguine, mirándola de pronto, fijamente, con la plancha en la mano.

—Sí, Liubov Ivánovna.

—Para ti no soy Liubov Ivánovna. Puedes llamarme tía Liuba.

«Se ha molestado —pensó Zai—. Señor, si realmente existes, ¡ayúdame!».

Zai pasó casi toda la tarde hablando a solas con su padre. Terriblemente intimidada, luchaba por superar su turbación. Zai le habló de Boiko, de lo que había ocurrido últimamente, de las obras que montaban en el Teatro Obrero (ya sin él) al que ella iba con frecuencia, pues Boiko siempre le conseguía alguna butaca.

—¿Algunos de esos actores iban a visitaros?

—No. Nadie venía a vemos.

—Antes, Boiko tenía ideas interesantes, personales. Tenía talento, y era de izquierdas.

—A mí de eso no me habló nunca.

—Debió de pasarlo muy mal trabajando como apuntador, ¿no?

Zai no sabía nada al respecto. De eso tampoco le habló nunca. Entonces, ¿de qué le había hablado?

—De todo y de nada. De cosas que no nos concernían. Yo iba a una escuela de danza. Allí no nos contaban nada.

—¿Hablas francés?

—Sí, y también un poco de alemán.

Eso había sido cosa de la abuela. Habían leído juntas *L'Homme qui rit*, de Victor Hugo. Un verdadero tostón.

Tiaguine dijo:

—Aquí, todos te van a querer. Incluso Sonia<sup>[7]</sup>. No estás en casa ajena. Éste es tu país, tu madre nació aquí. Y, por favor, come bien: estás demasiado flaca. De todos nosotros, tú eres la que tiene más razones para sentirse como en su casa.

Por fin, Zai se quedó sola. En la habitación a la que la llevaron había otra cama más, pero no se atrevió a preguntar cuál de las hermanas dormía en ella. Zai se arrodilló al lado de su cama, posó la cabeza encima y se sumió en sus pensamientos. Deseó acordarse de la oración que la abuela le había enseñado. Sí, todo había transcurrido según «Su voluntad»: la carta había llegado y Zai estaba ahora ahí, pero no recordaba ni una sola palabra de la oración. Se metió bajo la manta y apagó la luz. Le habían arrebatado a Alexis Andréievich, la abuela no la había dejado quedarse con ella. Aliocha tenía una mujer codiciosa. El hombre del tren se había llevado para siempre su libro maravilloso. Le había regalado unos zapatos, como si ella fuera una mendiga, y sus huesos le habían parecido tan espantosos, tan inmóviles. Ahí estaban aún, dentro de ella. También su alma se transparentaba a través de su cuerpo, a través de su cara y de sus ojos, igual de inmóviles, y eso también la asustaba. Zai se acordó de un gran insecto translúcido y tembloroso que había visto una vez: se arrastraba por la tierra sobre sus patas curvadas y se erguía apoyándose en el extremo de la cola. «¿Seré yo así?». La puerta del cuarto del baño había quedado entreabierta: alguien se estaba aseando, lavándose los dientes; alguien que empezó a cantar, suavemente, en francés.

Era una larga canción acerca de un príncipe que cabalgaba por el bosque, en la época de los caballeros andantes. Sus pies reposaban en unos estribos de oro, su caballo echaba espumarajos por la boca. Una princesa lo aguardaba en su castillo. El príncipe volvía de la guerra, después de un año de campaña con el rey Renaud.

De pie junto al ventanal, la princesa escruta el horizonte. Una nube de polvo cubre el camino. El príncipe cabalga al amanecer para reunirse con su

amada... Dacha deja de cantar y entra de puntillas, pero Zai se mueve un poco para hacerle ver que no está dormida.

Dacha se sienta en un taburetillo que hay cerca de su cama. Ha encendido la lámpara de su escritorio. Lleva un pijama de rayas finas. Zai la mira con ojos asombrados.

—Así que lo arrestaron, ¿eh? —pregunta Dacha—. ¿Y por qué? ¿Crees que andaba metido en algo?

—Por supuesto que no. Lo arrestaron sin motivo. Pero ahora tengo la impresión de que él lo presentía. Si no, no se habría apresurado a hacer todos esos preparativos para enviarme aquí. Temía que llegara a ocurrir. Por eso os escribí.

—¿Te quería?

—Sí. Mucho.

—¡Y la abuela sigue viva!

—Así es. Y diciendo, como siempre, que ya es hora de que la muerte venga a buscarla.

—Y Aliocha, ¿cómo está? ¿Sigue igual de insolente? ¿Sabes que un día quiso cortarme la trenza en mitad de la calle? Seguro que no paraba de chincharte, ¿a que sí?

—¡Aliocha! ¡Pero qué dice usted! Si es muy tímido, todo le da miedo. De hecho no entiendo cómo un hombre así ha logrado sobrevivir.

—¿Por qué me tratas de «usted»?

Zai se azoró.

—Y la casa de los Tiaguine, ¿sigue allí? —preguntó Dacha, tras un instante de silencio.

—¿La de al lado? Sí. Han abierto una cantina en ella.

Dacha encendió un cigarrillo y se sentó.

—Bueno —dijo—, cuéntame algo.

Pero Zai no sabía qué contarle. No tenía ninguna gana de hablar de las frases en clave y las veladas con Boiko.

—¿También él tenía miedo de todo?

—No, él no tenía miedo de nada. Tan sólo estaba triste. Y solo. Siempre. Le gustaban mis poemas.

—Recítame uno.

—Enseguida. Es un poema sobre la colada. La abuela y yo tendíamos la ropa en el patio, cosa que a mí me encantaba y que intentaba hacer de la manera más disparatada posible.

—¿Él nunca te habló de mí?

—No, jamás. Tan sólo cuando llegó mi pasaporte me dijo que conocía mucho a papá y que la conocía a usted, bueno, perdón, a ti. Pero a Sonia no. Me dijo que nunca la había visto.

—Él fue mi primer amor —afirmó Dacha sonriendo—, mucho después, cuando ya me había ido. ¡Estaba tan enamorada! Quise huir para regresar a Rusia... ¿Tú no te has enamorado nunca?

—Sí, bueno, ahora lo estoy un poco. De un hombre que conocí en el tren. Dacha se rió discretamente y luego dijo que ya era hora de dormir.

—Voy a leer mi poema —dijo Zai—. ¡Escuche!

Zai se sentó en la cama y leyó, con cierto orgullo:

### LA COLADA

*Las manos, enrojecidas de tanto lavar con lejía,  
adoran romper la monótona serie  
de las preocupaciones que sólo a nosotras nos incumben:  
acariciando la espuma.*

*Sé que hubo una época  
—la más hermosa de las épocas—  
en que se podía ver junto a las fuentes  
a las damas y a las muchachas más finas y delicadas,  
y al mediodía las palmas  
de las hijas del rey  
sentían la humedad salada de los mares,  
sometidas a su noble tarea cotidiana.*

Dacha alejó el cigarrillo de su boca y miró a su hermana callada, fijamente, durante un buen rato.

—¡Qué rara eres! —dijo—. ¡Y qué hermosos son tus versos!

Dio unos cuantos pasos por la habitación, llevó la lámpara a su mesilla de noche, apagó la colilla y se acostó.

—Son muy bonitos tus zapatos, y tan nuevos. ¿Quién te los compró?

—La mujer de Aliocha en Moscú —respondió Zai sin vacilar.

Luego se volvió hacia la pared, se tapó la cabeza y se durmió en un instante, como solo los niños saben dormirse.

### III

## EL CUADERNO DE SONIA TIAGUINE

Hoy me llegué a la estantería que hay en la habitación de Zai y estuve un buen rato dudando, sin saber qué libro coger. Los clásicos rusos son maravillosos pero no se escribieron para mí, ni sobre mí. Intento encontrar en ellos —vanamente— unas cualidades distintas a las que alaban en la escuela. Mientras observaba esos volúmenes editados en Occidente, pensé: el primero se burla de cosas que no son, para nada, risibles; el segundo tampoco me interesa, porque murió demasiado joven como para haber alcanzado la sabiduría; el tercero, lo mismo, porque era demasiado aficionado a moralizar, y en sus libros hay demasiada felicidad y demasiada infelicidad conyugal; el cuarto porque muestra unos héroes aburridos y hasta él mismo se aburre; el quinto porque sus protagonistas hablan en exceso y se pasan de listos; el sexto critica algo que a mí me deja completamente indiferente; el séptimo describe sin cesar la naturaleza, cosa que a mí no me gusta y que no conozco; el octavo, me resulta del todo ajeno y, para colmo, es demasiado enfático, sus versos se quiebran como cáscaras de nuez... Así que acabé marchándome con las manos vacías. Al final, sentí lástima de mí misma, de mi incapacidad. Pero, en el fondo, estaba plenamente satisfecha de mí, de mi originalidad y de la audacia de mis juicios.

Aun así, lo que más deseo en la vida es ser feliz. No estar serena, ni ser libre, sino ser feliz. Y no quiero serlo durante un mero instante del que deba apropiarme para luego pensar en él, no: yo busco un estado de dicha estable, perenne. Una plenitud absoluta y perpetua. Una dicha totalitaria, por decirlo así. Y mi labor, mi objetivo, todo el sentido de mi vida consiste en la búsqueda de esa dicha.

Pero ¿qué es lo absoluto? ¿Qué me llevará hasta ello? ¿Un montón de monedas de oro? ¿Un apuesto e inteligente muchacho de anchas espaldas?



¿Un nido acogedor? ¿Una obra maestra, inmortal creada por mí? ¿Un careo con Dios? Mi dicha, la dicha que yo ansío, no tiene nada que ver con eso. Mi dicha consiste, más bien, en una fusión con el mundo del que provengo y al que regresaré, en una armonía<sup>[8]</sup> que aún no he hallado, pero que, sin duda existe, de un modo palpable, innegable. Este mundo cuenta para mí mucho más que la divinidad que contiene. Este mundo es para mí un *todo*, y no concibo la dicha absoluta y perfecta sino en fusión con ése todo, en osmosis con él; quiero compartir con él su tormento, pero también su armonía.

Cuando encuentre esa dicha, no me la guardaré para mí sola. Le hablaré de ella a la gente, y quienes quieran escucharme me comprenderán. Se la mostraré, y ellos me verán. La dicha individual es algo demasiado fácil, demasiado accesible, algo provisional y no tiene nada de absoluto. Mi armonía, para ser absoluta, ha de ser una armonía con el mundo. ¡Pero el mundo no quiere saber nada de mí!

Hace ahora, más o menos, un año, caí en una tentación: creí que mi soledad era la dicha, la armonía que estaba buscando; que, de alguna manera, ya había alcanzado lo absoluto. Me sentía trastornada, anonadada. Todo estaba en mí: el bien (puesto que prefiero el bien al mal y la virtud al vicio); lo bello (mi propia belleza); lo verdadero (pues, para mí, cualquier verdad es superior a cualquier mentira). Me había transformado en un ser igual al mundo. Y, durante un tiempo, viví presa de esa aberración... Pero no podía limitarme a mi misma. No podía renunciar al mundo, a mi vínculo con él, ni darle la espalda a sus dolorosas transformaciones, a sus preguntas sin respuestas, a su fango, a su sangre, a su belleza. A su maldad, a sus vicios, a su falta de compasión, a su grandeza. La soledad resultó ser una mera forma de existencia que me complacía más que las demás, pero que no podía convertirse en la base de mi vida.

Observo el mapa de los hemisferios, oigo el barullo de la ciudad, estudio la naturaleza de los cuerpos infinitesimales, que ignoro, leo las leyes sociales. El hombre mata al hombre, el hombre se mata a causa del hombre. En las estepas del Este ha nacido un nuevo tirano. Un cometa se hace pedazos al chocar con una estrella. Todo eso es el mundo, el universo, y todo cuanto ocurre en él me atañe. No me siento ni rusa ni francesa, ni mujer ni hombre, ni ser humano ni animal. Quiero formar parte del mundo como antaño, quizá, los hombres formaban parte de la divinidad. La buscaban, y ella se les aparecía; la abandonaban, luego volvían a ella, temblaban ante ella y, al final, retomaban a sus entrañas. Así, yo me adentraré algún día en las entrañas del

mundo, pero, para hacerlo, primero tengo que sentirme una parcela de ese mundo.

Un día, en primavera, me entraron ganas de explicarle todo esto a B., durante nuestro paseo habitual por el muelle. Él acababa de proponerme un puesto en su librería. Un trabajo.

—¿De qué vive usted? —me preguntó, no sin apuro: su educación no le permite plantear tales cuestiones. Yo le respondí, también con gran esfuerzo:

—Por lo general, vivo a costa de mi padre y de mi hermana. A veces poso desnuda para «artistas fotógrafos». El año pasado, como usted sabe, presenté mi tesis de historia.

Ese tipo de respuestas, tan rusas, desconcierta a los franceses, aunque también les gusta mucho. A nosotros lo que nos desconcierta es toparnos por todo París con esas calles que llevan la marca de nuestra deshonra y encima tener que andar por ellas:

La avenida Malakoff,  
El bulevar Sebastopol,  
La plaza de Alma,  
La calle de Crimea,  
Etc.

Pero no se lo dije.

Caminamos hasta abajo, hasta el borde del agua, donde uno siente que la ciudad está por encima, como un primer cielo. Yo le dije que la creación era más grande que el creador, cosa que todos sabemos muy bien pero que, por hipocresía, evitamos confesárnoslo. B. se puso a hablar de religión, insistiendo no en el tema de la fe sino en lo que une a todas las religiones — incluida la mía— entre sí. Luego habló del Nuevo Testamento, comentando que, hacía unos días, había releído la Epístola a los Romanos, y que ésta le había producido una impresión penosa: bastaba con sustituir a los circuncisos por los miembros del partido, a los paganos por los no afiliados, al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo por otros nombres (que él odia), para tener la impresión de estar leyendo la carta que un alto cargo de una organización internacional le escribe a sus *apparatchiks*, a sus subordinados y seguidores; la misma promesa de la inminente destrucción del capitalismo (muy pronto, Satán será aniquilado), la misma orden: No reflexionéis en exceso (sed humildes de espíritu); el mismo clamor: ¡Nada de debatir ni de opinar!, y un consejo muy claro: Someteos a las autoridades superiores (pues toda autoridad proviene de Dios). Incluso hay las típicas palabras sobre la paz y la

edificación mutua, la disciplina y la autocrítica. Pero, sobre todo, una consigna: todos deben pensar y decir lo mismo...

De todos los libros santos que existen, tan sólo siento aprecio por los Evangelios. Por eso escuché a B. con curiosidad. Durante mi infancia, los Evangelios tuvieron un papel decisivo para mí. Por entonces, aún estábamos en Crimea, después de que papá cayera herido y de la llegada de Dacha. Yo sentía una inexplicable inclinación por las pequeñas fechorías, como si quisiera saborear el mal o ponerme a prueba en el mal. No rehusaba los pequeños pactos con mi conciencia, cuya pureza me traía sin cuidado, y, por lo general, no me interesaba mucho conservarme inmaculada. Los Evangelios me hicieron descubrir la belleza del bien. Para mí, fue toda una revelación, aunque me llevó tiempo llegar a comprender toda su importancia, y tardé un poco en librarme de mis inclinaciones. Después, ya en París, antes de que Zai viniera a nuestra casa, entendí de pronto que, a pesar de mis aparentes pecados, amaba la verdad más que nada en el mundo. Y entonces me dije a mí misma, con alegría: ¡Amo la verdad más que la mentira! Ése fue el día de mi resurrección. Ahora veo con claridad que toda mi naturaleza mezquina, mi falta de rigor, mi insensibilidad con respecto al bien, lo noble, lo sublime, lo bello, todas esas cosas de mi infancia eran algo que había heredado de mi pasado, que en aquel momento debía desembarazarme de todo cuanto había traído conmigo a este mundo. Si no, ¿de dónde me venía todo eso? ¿Y por qué había acabado por rechazarlo con tanta fuerza, incluso sin ser del todo consciente?

Me recuerdo a mis doce, a mis quince años. Era capaz de espiar, de denunciar, de mentir, de robar, de ser cobarde, de rehuir la verdad, de estropear las cosas por pura maldad, de desear la muerte de mis allegados, de odiar sin razón... Todo eso pasó. Todas esas mezquindades, maldades, mentiras se han ido. Ahora he recobrado el juicio, el sentimiento de responsabilidad, y, por ello, estoy en deuda con mi siglo: si quiero comer un pollo, tengo que ser capaz de degollarlo yo misma, si es preciso.

La responsabilidad. Antiguamente, ¿quién llevaba un fardo tan ligero como el nuestro? Un guerrero era responsable ante su emperador, un padre de familia, ante sus hijos, la gente libre, ante su conciencia. Pero, en medio siglo, el mundo se ha hecho mayor, ha alcanzado la sabiduría. El mundo es más precioso ahora que en la época de nuestros padres, cuando la gente vivía al tuntún, a la ligera, a la buena de Dios, ¡y que gire la rueda! Durante estos últimos años, el temor a Dios ha muerto. Nuestra época nos ha dado responsabilidad. Hemos adquirido conciencia. Nuestros padres y nuestras

madres continúan dormidos, pero nosotros no; nosotros vivimos en la realidad, nos hemos despertado, en todos los sentidos. Y no es de extrañar: nos despertaron la Guerra Mundial, la Revolución rusa, la caída de los imperios. Nos despertaron palabras tales como «igualdad» y «colectivo», «libertad» y, en una escala inaudita, «privación de libertad»; el amor y el odio al mundo, el amor y el odio al hombre.

Una vez hablé de esto con B., una noche de primavera, en el lugar de siempre, en el muelle, por debajo de la ciudad. Por entonces, yo leía y trabajaba en mí casa todas las noches, y luego me pasaba la mañana durmiendo o bostezando. Aquel día, al anochecer, habíamos bajado al Sena. Yo no llevaba abrigo: el último que había tenido se me había quemado en la estufa del estrecho taller de la calle Boissonnade donde tanto habíamos bailado. Me daba vergüenza salir con él remendado, así que ahí estaba yo, paseándome en pleno mes de abril con un chaleco y una falda, sin medias, sin guantes, sin sombrero, tiritando de frío y con las manos moradas. Conseguí apañármelas gracias a unas clases de latín y griego que le daba a un cretino que no conseguía pasar de cuarto... Hablé de todo eso con B., que me preguntó en qué se diferenciaba, a mi juicio, nuestra época de las anteriores, y yo le respondí:

—No me refiero a la clase de vida sino a la conciencia de los hombres, que se ha visto fuertemente alterada durante el último cuarto de siglo, y, en muchos aspectos, ha cambiado por completo. Voy a citarte algunos elementos del todo nuevos que se han integrado a ella y que han contribuido a su transformación. Primero, el sentimiento de su propia dignidad, la ruptura con la psicología del esclavo; antes, muy pocos accedían a ella; ahora, es un logro universal, o casi. El segundo elemento es que está empezando a brotar un sentimiento de universalidad en el ser humano. A pesar de algunos dogmas y de algunas teorías nacionalistas, ese sentimiento, experimentado antaño por algunos espíritus aislados y geniales, está vivo cada vez en más personas. Lo que antes era incomprensible ahora se ha vuelto familiar. En tercer lugar, citaré el debilitamiento de los lazos de sangre, de la voz del clan. Ese fenómeno aún no es universal, desde luego, pero si, hace cien años, su aspecto paradójico y anarquista daba miedo, hoy parece tan natural como la propia voz de la sangre. En cuarto lugar pondré la muerte del pudor: no me refiero a la falta de pudor corporal sino a una liberación interior de la persona con respecto a sí misma: todos nosotros practicamos el autoconocimiento, el examen intrépido de nuestro interior, aunque no siempre nos abramos y se lo revelemos a los demás. El quinto elemento es la ruptura entre la fe personal y

la Iglesia, un hecho admitido por individuos aislados, pero que la comunidad sigue negando. Y, por último, está nuestra actitud con respecto a la propia muerte, que ahora vemos como un momento más de nuestra vida, sobre el que podemos incidir.

Así, en tres o cuatro minutos, le solté lo que llevaba pensando día tras día y, quizá, incluso noche tras noche, desde hacía diez años. Fue como si un caballero, después de haber amado en secreto a una dama durante diez años, se hubiera atrevido al fin a arrodillarse ante ella y decirle: «La amo».

Estábamos sentados en un banco, al lado del río. Los árboles, de un verde tierno, jóvenes y viejos, se reflejaban en el agua. El sol del ocaso llameaba por encima y por debajo del puente, cortado en dos por éste, y mi mente volaba a su encuentro. Me complacía estar así, callada, después de haber pronunciado ese «te amo» que llevaba diez años quemándome los labios, y aguardar la respuesta.

B. se quitó la chaqueta y el jersey, luego se volvió a poner la chaqueta e insistió en que me pusiera su jersey, cálido y suave. Aún estuvimos un rato más en el banco. En frente, junto a la otra orilla, había una gabarra con la radio encendida, y una mujer miraba con cara de inocencia el mismo cielo que nosotros.

No recuerdo si B. comentó algo acerca de esas palabras mías que tanto me había costado pronunciar. Creo que mi reflexión le pareció interesante, curiosa, digna de atención... Por aquel entonces, él ya estaba muy lejos de mí. Ahora, casi lo he perdido de vista. Aún conservo su jersey. No importa: él tiene más.

B. podría haber discutido conmigo al respecto. Seis meses después de aquellas palabras, ya no estoy de acuerdo con ellas. Porque todas esas supuestas novedades ya estaban, desde luego, en las personas de antaño. No es difícil seguir el hilo de los pensamientos, de los presentimientos, de los tanteos que ligan a los genios entre sí: ellos les permitieron profetizar sobre el futuro, sobre nosotros, y se han realizado en nosotros. Pero no son los genios, ni sus profecías, lo que me preocupa. Pienso más bien en la gente ordinaria que apenas dejaron huella, y cuyos nombres, poco conocidos, cayeron enseguida en el olvido. Simples mortales que no tuvieron nada de excepcional, pero que iban por delante de su tiempo; que pasaron desapercibidos, murieron ignorados por todos, o, peor aún, sin que sus geniales contemporáneos hubieran profetizado sobre ellos o los hubieran reconocido. La gente de la que Dostoievski habló en sus libros ya vivía a su

alrededor. Pero él no la reconoció. ¿Tal vez por miedo? Me gustaría hablar un momento de su correspondencia con Kovner<sup>[9]</sup>.

Releo esas cartas. Un joven farmacéutico, judío, le escribe a un novelista célebre, que no se da cuenta de que tiene ante él a un hombre del siglo xx y no del xix. Kovner lleva en su interior toda nuestra época, nos lleva a nosotros, a dos generaciones surgidas treinta y cincuenta años después de su muerte. Dostoievski se siente desconcertado ante él, igual que se habría sentido Schiller al leer la historia del orinal en *El eterno mando*. Kovner probablemente desconcertó a otras personas, pero, a mi juicio, es muy significativo que desconcertara a es *genio* que había presentido el futuro de manera tan intensa, tan profunda, y que jugó un papel tan necesario, tan esencial para ese futuro. ¡Y ese *genio* no fue capaz de prevernos, de percatarse de que el siglo xx ya estaba ahí, en el seno mismo del xix! Kovner era el hombre nuevo en persona, el precursor, el anunciador (aún inactivo, por el momento) de millones de seres humanos que estaban por nacer. Su estilo, su carácter, su personalidad, su destino, todo cuanto había en él de común y de excepcional no fue reconocido: ¡un error muy característico de su época! Ese hombre era un enigma para la década de 1870.

Se me ocurre otro nombre, el de Lise Herten. Cito a propósito a estos «simples mortales» que no dejaron huella, desconocidos, incomprendidos, de quienes se burló una de las mayores mentes de su tiempo. Dostoievski calificó de «sucio» y de «grosero» el texto que Lise dejó antes de morir. Ella tenía dieciséis años y, antes de ponerse sobre la cara una máscara de cloroformo, había escrito:

Voy a emprender un largo viaje. Si no lo consigo, que la gente se reúna para celebrar mi resurrección con una copa de Clicquot. Si lo consigo, ruego que no me entierren hasta que esté del todo muerta, pues es muy desagradable despertarse en un ataúd bajo tierra. ¡No es nada *chic*<sup>[10]</sup>!

En estas palabras, hallamos todo cuanto, unas décadas después, ya es habitual: el cinismo, la falta de vínculos con la familia, un amor infinito por su propia persona, una actitud distinta con respecto a la muerte, tomada como un hecho que depende de la voluntad humana, una pasión adolescente, el coraje en el combate cuerpo a cuerpo con la vida.

La historia de Lise Herten fue una nota falsa para sus contemporáneos, igual que el siglo xix fue una nota falsa comparada con el xviii. En sus cartas

de amor a Charles Letourneau ya no encontramos ningún rasgo de Tatiana Larina<sup>[11]</sup> ni de Ana Karenina, sino que nos reconocemos a nosotros mismos. Dostoievski pasó de largo, volvió la cara, con repugnancia, ante ese destino. Y, sin embargo, en teoría, comprendía perfectamente a Lise, y a Kovner. Pero, en cuanto los veía en carne y hueso, ya no los soportaba.

Tampoco a Benni<sup>[12]</sup>. Ya no se trata de un hombre sino de un síntoma. Ocurría por esos mismos años de 1870, la víspera de las grandes conmociones, de las grandes metamorfosis espirituales de la humanidad. Dostoievski también lo conocía, al menos de oídas. Las personas como Benni ya no es que le repugnaran, es que le daban auténtico asco. Repugnancia por Lise, asco por Benni, indignación (suavizada por la cortesía) por Kovner. Pero Benni es un personaje de nuestro tiempo. Benni, una rareza en su época, sería hoy una banalidad.

Leskov se arriesgó a escribir su historia sin llegar a comprender a fondo lo que ésta significaba. Pero lo intuyó: sabía que ahí había algo más que «la vida de un revolucionario». Y por eso contó esa historia. ¡Quién tenga oídos, que oiga! Pero nadie entendió ni adivinó nada.

Kovner, Benni, Lise Herten no se conocían, pero los tres experimentaron, sin duda, la alegría de saber que se estaban adelantando a su siglo en algo que ellos mismos no alcanzaban a entender del todo, que estaban profundamente ligados a la evolución del mundo. Seguramente, ninguno de los tres llegó a formular nunca ese pensamiento orgulloso. Pero ¿se percataron de que un abismo de medio siglo, o más bien de un siglo entero, los separaba de las demás personas? ¿De que con ellos el mundo se zambullía en la falta de pudor, en el coraje, se libraba de las mentalidades de esclavo y reivindicaba la libertad de disponer cada uno de su destino? ¿De que por fin estaba llegando el hombre nuevo? Dostoievski, en cambio, no lo distinguía en medio de la multitud. Peor para él.

Por eso soy tan prudente con la gente que me parece grosera, que trata a los demás y a sí misma con una crueldad primitiva, y cuyo comportamiento me choca y me provoca repugnancia, sorpresa u hostilidad. Todo lo nuevo parece siempre más grosero que lo antiguo, dado que éste se ha refinado con la costumbre.

... Ha llegado el otoño. Estoy en mi casa. Tengo dos libros abiertos ante mí. No son de Zai, los he cogido de mi propia estantería. Así es como yo leo: dos libros a la vez. A veces ocurre que cada autor de los que leo ignoró en su día la existencia del otro.

Leo dos libros a la vez y escucho a dos personas a la vez: a mí y a Zai, que está en su habitación. Un ruido grave pesado, caótico, una angustia ensordecedora crecen en mí. ¿Dónde está mi propio mundo, uno y entero? ¿Es posible que me rehúya, que no venga a mí sabiendo cómo anhelo disolverme en él? Quisiera que mi unión con el mundo llegara a ser para mí más valiosa que mi propia persona. En ese mundo, todo es rectilíneo, todo es sagrado, armonioso.

A través de la puerta abierta oigo cantar a Zai. Enseguida se va a poner a coser. Lleva el pelo suelto, desordenado. Está tarareando una canción francesa. Ya se la he oído otras veces. Es sobre alguien que va cabalgando por el bosque, bajo la luz de la luna. Un caballero que se dirige a un castillo alto donde le aguarda su amada. Ella está de pie ante la ventana, escudriñando el camino... Para mí, toda Francia está en esa maravillosa cantiga; esa Francia inaccesible que amo y que jamás sabrá lo que ha significado para mí.

No, no quiero morir aún. Quiero vivir.



## IV

Dacha trabajaba en un banco, como secretaria del director. Desde que había iniciado su vida en París, se había dejado llevar por la corriente: nada más llegar, tuvo que ganarse la vida. Como no tenía ninguna vocación concreta, le resultó fácil elegir. Durante sus primeros años en Francia, Tiaguine, que, como de costumbre, estaba sin un céntimo, se había lanzado a los negocios y, durante una década, había navegado, con altos y bajos, sin llegar nunca a alcanzar una estabilidad económica. La vida cotidiana del matrimonio, así como la propia apariencia física de Tiaguine y de Liubov Ivánovna, variaba según la fortuna del momento, que ora les sonreía, ora les volvía la espalda: así, el coronel parecía ora avejentado, enfurruñado, abatido, ora tranquilo y seguro de sí —que era cuando recuperaba los restos de sus modales aristocráticos. Ora le encontraban aburrido y lastimoso, ora ingenioso y apuesto.

Por pura casualidad, Tiaguine tuvo como socio, en muchas de sus empresas, al dueño de un pequeño banco situado en los Grandes Bulevares, un hombre que había llegado antes que los demás y que, tal vez por esa razón, había triunfado. Dacha empezó pegando sellos y respondiendo al teléfono en el banco. Cinco años después, tras concluir sus estudios en una escuela nocturna, se cambió al edificio de enfrente, inmenso y ruidoso como una fábrica. Allí, se instaló delante de un amplio escritorio, en una habitación cuya doble puerta tapizada de paño daba al santuario en el que el padre de Léon Moreau había trabajado antaño y donde el propio Léon Moreau trabajaba ahora, a la espera de que su hijo tomara el relevo.

Últimamente, los negocios de Tiaguine iban bastante bien. Se había comprado un piso en una de las callejas de la orilla izquierda que no se parecía a las demás calles de París: era un callejón sin salida cuya entrada se hallaba bajo el portal de otra casa, en algún lugar entre la calle Saint—Dominique y el Ministerio de Industria, y para encontrarla en el mapa había

que armarse de paciencia. También había adquirido un terreno cerca de París, pequeño pero poblado de árboles, y, durante un tiempo, la situación no cambió. Pero, de golpe, todo se desmoronó. Durante varios meses, todos los miembros de la familia tuvieron que vivir del sueldo de Dacha, y hubo que revender el terreno. Tiaguine estaba dispuesto a trabajar como vigilante en un garaje. Unos meses después, la fortuna volvió a sonreírles, las cosas se arreglaron, enseguida pagaron las deudas que habían contraído y Liubov Ivánovna se compró por Navidad una radio grande de madera barnizada.

El piso, grande pero sombrío, daba a una calle que parecía más bien un patio o, a veces, un gran salón iluminado por una lámpara de techo, sobre todo cuando la cruzaban en diagonal, al atardecer, y estaba completamente vacía: el silencio de un palacio de piedra, los pasos resonando como en una catedral. Tiaguine dio muestras de un tacto en los negocios del que nadie le creía capaz. Había cambiado mucho en los últimos años: su juventud se había ido para siempre. Tenía el pelo completamente blanco. Las mujeres, a las que aún seguía cortejando por costumbre —cosa que a su mujer le provocaba unos celos terribles—, le consideraban como uno de los últimos representantes de la llamada «vieja escuela». Tiaguine no conseguía hacerse a su dentadura postiza, su mirada se había apagado, y se le notaba en la cara que había empezado a pensar en la muerte. Su delgadez revelaba enfermedades ocultas, pero, igual que un viejo caballo de doma, conservaba sus antiguos hábitos, sabía ser dicharachero e ingenioso, sin querer darse cuenta que sus allegados le trataban como un objeto frágil, que de un momento a otro podía romperse.

Un año antes de que llegara Zai, Tiaguine había vuelto a perder, por sexta vez, una importante suma de dinero; esa vez había otras personas afectadas, y todo el mundo estaba convencido de que el coronel no volvería a levantar cabeza. Sonia se mostró del todo indiferente a los contratiempos que había sufrido su familia. Liubov Ivánovna había despedido a la criada y había empezado a ocuparse ella misma de la cocina y de los quehaceres de la casa. Tiaguine había encontrado un puesto por dos mil francos. En la casa reinaba ahora el mismo ambiente de preocupación que en esos hogares donde a duras penas la familia consigue llegar a fin de mes.

Zai, sin embargo, se sentía en París como en una ciudad en la que no hubiera ni mendigos ni hambrientos. Tardó meses en acostumbrarse a que siempre hubiera pan para todos; a encontrar siempre en casa un poco de lana para zurcir un vestido agujereado; a lo que se podía comprar en unos grandes almacenes muy divertidos donde había música todo el día: una concha rosa

que se deshacía en el agua, por un franco, y, por dos francos, un cepillo de dientes azul.

Cuando Dacha le dijo que la concha rosa, así como los demás objetos que había comprado, atraída por la música, eran horriblemente feos y que debía darle vergüenza que la vieran con ellos, se quedó desconcertada. Según ella, ¡había tanta poesía en ellos, tanta alegría, y le gustaban tanto! Zai escribía poemas con títulos tales como «Encerando el suelo» o «Limpiando los zapatos», sin que nadie lograra entender cómo podía conciliar eso con su miedo al gas o a la puerta de la jefatura de policía, en la que había tenido que personarse varias veces para arreglar sus papeles.

Dacha le decía sin reparos lo que pensaba de sus versos:

—Me encanta que hables de ti como de una abeja, a propósito de la cera para el suelo, o como de una hormiga, a propósito de la trementina y del betún para los zapatos. Pero ¿por qué no escribes nunca sobre otro tipo de cosas? Siempre te refieres a los quehaceres de la casa, convirtiéndolos en algo muy divertido.

Pero Zai no supo explicarle por qué no había nada más que la inspirara.

Tres años después, todo eso se había acabado, y, al final del cuarto año, ya no había manera de hacerle hablar del «deshollinador, que se parece a Papá Noel, porque viene una vez al año y limpia las chimeneas, como el trompetista su instrumento». Incluso a Sonia le habían gustado sus versos.

Zai tenía ahora dieciocho años. No le gustaba estudiar. Lo que le gustaba era quedarse en casa con Liubov Ivánovna o pasear sola por las calles.

—¿Cómo pasas el tiempo? —le preguntaban.

—Paseando —respondía ella.

Pero no había más remedio que estudiar, y Zai lo hacía, aunque a disgusto.

En invierno, salía al caer la noche, y en verano, al acabar el día, cuando la gente empezaba a encender las luces en sus pisos pero los faroles aún estaban apagados, y era más fácil espiar a través de las ventanas. Y es que Zai ansiaba saberlo todo sobre esa gente con la que se topaba o a la que veía detrás de los cristales. ¡Había un salón cuya ventana reflectante se abría en semicírculo por encima del murmullo del bulevar, de la oscuridad y de la lluvia! En otro lugar, un candelabro eléctrico formaba un ancho círculo de luz encima de una mujer que, fina y austera, erguida e inmóvil, esperaba a alguien, sentada en un sillón. «Dentro de diez, veinte años, yo volveré a estar bajo esa ventana. Qué alegría saber que el mundo es sólido, eterno, que el candelabro brilla, noche tras noche, durante años, siglos, milenios, y que, invariablemente, una mujer

está sentada bajo él, con la mirada clavada en el cielo cada vez más oscuro de la ciudad. Qué felicidad saber que nadie vendrá jamás a perturbar esa espera. Y, afortunadamente, ella jamás sabrá nada de mí».

En la esquina, en el primer piso de un gran edificio nuevo, hay varios niños reunidos alrededor de una mesa: dos chicos y dos chicas. Están ocupados en algo. Haciendo los deberes, o jugando, o dibujando... Es difícil saberlo. Pero ahí están, viviendo, creciendo. Vivirán mucho tiempo, eternamente, para siempre. Dentro de cien años, se inclinarán igual que hoy encima de esa mesa, haciendo gestos rápidos, y una mujer les traerá cuatro vasos de leche y cuatro bollos... ¡Ah, mundo sólido, inamovible en el que he caído! Tú no me conoces, yo estoy aprendiendo a no temerte. Provengo de otro mundo que se ha desmoronado, se ha resquebrajado, se ha hecho añicos, dejándome este miedo que jamás se me pasará. Pero eso es un secreto. Un misterio. No se lo digas a nadie.

Una planta baja semihundida en una calleja sombría. La van a ver, y cerrarán los postigos de golpe. Pero no. En esta noche veraniega la ventana está abierta de par en par, y una mano negra, bajo una manga descolorida, sostiene un vaso de vino tinto, igual que ayer, que hace tres días, que hace un mes. Pues venga, ¿a qué esperas? Bébetelo, bébetelo.

¿Por qué voy a apresurarme? Nadie va a robármelo, nadie va a entrar aquí, estoy en mi casa, este vino es mío. En mi plato, un pedazo de queso y una cola de arenque en el borde... Yo hago lo que quiero. ¡Soy mi propio amo! Mañana, reivindicaremos lo nuestro, y pasado mañana iremos a la huelga. ¡Ah, qué alegría, qué alegría por los siglos de los siglos! ¡Nadie va a robarte tu vino, ni tu pedazo de queso, ni tus derechos, ni tu libertad! Ya es hora de que también yo deje de temblar cada vez que alguien llama a la puerta.

Así recorría Zai las calles, hasta que las farolas se encendían. Todo enmudecía en ese instante. Los postigos se cerraban, las cortinas se corrían, los edificios, ahora ciegos, se apagaban, las calles se animaban. Zai volvía a su callejón desierto, sonoro, crepuscular, que parecía la sala de un palacio.

A veces, venían invitados; entonces Zai se retiraba a la cocina, donde le gustaba estar desde el día en que llegó, y, desde allí, escuchaba las voces y el ruido de la vajilla. Toda esa gente le era completamente ajena, y ella no tenía nada que decirle.

A la hora del té, Dacha entraba, la abrazaba y le decía:

—¿Sabes? Este año lo haremos, sin falta.

Zai sabía que hablaba del viaje que iban a hacer juntas, cuando Dacha tuviera vacaciones. Le había dicho lo mismo el año anterior, y el anterior a

ése, pero al final no se habían marchado. Ahora volvía a hablar del tema. Zai estaba esperando: sabía que, un día u otro, partirían.

Y, sí, ese año se fueron. Aunque Zai no había visto nunca el mar, Dacha decidió ir a la montaña. Tenía tres semanas de libertad, cosa que no le ocurría desde hacía tiempo.

Se instalaron en una pensión, grande y ruidosa, a orillas de un lago frío, transparente, al que iban a bañarse por las mañanas, y cuya orilla estaba cubierta de guijarros rosa, lisos, sobre los que era muy agradable caminar descalza. Había dos veleros y algunas barcas que se podían alquilar al atardecer para ir a ver cómo se ponía el sol entre el estrecho espacio de dos montañas. Unos jóvenes daneses, que también vivían allí, practicaban la navegación a vela, y cuando, durante el día, Dacha y Zai salían a pasear, veían desde lejos cómo los veleros se deslizaban sobre el agua. A medida que las hermanas iban subiendo la ladera, las dos velas se hacían cada vez más pequeñas, más brillantes sobre la superficie azul del lago.

La montaña olía a brezo, a pino, a calor. Dacha y Zai se tumbaban sobre las agujas secas para contemplar el cielo, o se asomaban a la pendiente para recorrer con la mirada el largo y abrupto sendero que habían seguido: veían los escombros y los arbustos quemados por el sol, y, diseminados aquí y allá, dispuestos en gradas, montones de viejas losas. Aquel sendero llevaba a un castillo medieval medio en ruinas, que de lejos parecía perfectamente redondo, grandioso y sombrío, magnífico y muerto. Allí, a través de las estrechas saeteras, se divisaban fragmentos de paisaje austero, tórrido, cubierto siempre de bruma, ofreciéndose por entero a la mirada desde el techo plano, y, a lo lejos, más alto aún, más austero, se veía otro castillo, inaccesible, y del que no quedaba más que un contorno de piedra.

A Dacha le gustaba sobre todo descender atravesando el bosque. Desde allí se divisaba una carretera por la que, de cuando en cuando, pasaba algún autobús rojo de juguete o un coche minúsculo, sin hacer el menor ruido: un inmutable silencio aéreo, cálido, color turquesa reinaba alrededor. La carretera iba a dar al pueblo, donde había una iglesia pequeña y un ayuntamiento achaparrado. La panadería exhalaba por doquier su olor a pan caliente, la carnicería estaba coronada por un tejadillo a rayas. Alrededor de la oficina de correos había una molesta polvareda, gallinas y moscas. Y luego llegaban al lago, al inmenso chalé: la ventana de la izquierda, en el segundo piso, era la de su habitación, y, en el reborde de la ventana, igual que una bandera italiana, estaban sus trajes de baño, uno verde y otro rojo, puestos a secar.

Enseguida se creó todo un grupillo alrededor de los tres daneses (dos muchachos y una muchacha), al que se unieron Dacha, dos francesas —una de ellas embarazada—, un hombre cuya nacionalidad nadie sabía y que hablaba todas las lenguas, así como un violonchelista de la ópera de Burdeos y su mujer. Por la noche, bailaban en una gran sala cuyas ventanas daban al lago; cuando llovía, jugaban al *ping—pong* y armaban jaleo. Y, a menudo, mientras aguardaban la señal para comer, muertos de hambre, se sacaban fotos, a horcajadas, en la barandilla del mirador o en los sillones de mimbre.

El hombre de nacionalidad desconocida no era ruso. Dacha se dio cuenta enseguida al ver su correspondencia: un periódico escrito en un idioma que ella no entendía, matasellos de un inusual marrón oscuro. Cuando alguien le preguntó de dónde era, el hombre le respondió que no lo sabía con certeza, pues el país donde había nacido treinta y cinco años antes ya no existía; ahora, en su lugar, había otro, con el cual no mantenía muy buenas relaciones. Además, cuatro sangres distintas —húngara, noruega, irlandesa y polaca— corrían por sus venas, y él no lograba decidir cuál era la originaria. No tenía pasaporte, porque le faltaba un papel para que pudieran dárselo.

Todo cuanto decía era muy curioso, y el grupo lo escuchaba sentado a su alrededor, a orillas del lago. Casi siempre ocultaba sus ojos azules tras unas gafas negras, pero nunca dejaba de sonreír.

Dos noches después, Dacha bailó con él, y luego estuvieron paseando por la orilla del agua, y rieron mucho al confesarse que ambos sentían que aquella orilla, aquel castillo, aquel rincón del mundo les pertenecían un poco.

—Es como si tuviéramos bienes comunes —dijo el hombre, que se llamaba Jan Ledd—. Pero los auténticos herederos vendrán después, y nosotros volveremos con las manos vacías.

—Entonces, ¿no somos nosotros los auténticos herederos? —preguntó Dacha—. Desde que el mundo es mundo, ¿no nos pertenece?

—El mundo no es eterno.

—Con un poco de suerte, igual sí. ¿O no hay nada eterno?

—Antes estaba Dios. Ahora ya no hay nada.

—Sí que lo hay. Ahora está el mundo.

Ledd recogió un guijarro rosa y gris.

—Le cedo esta parte de mis bienes. Aunque le advierto que el mundo ya no los contendrá por mucho tiempo. Pero, bueno, visto lo visto, el mundo no será una gran pérdida.

—Pues a mí me gusta mucho.

Ledd sintió un escalofrío.

—Estuve en Londres, ¿sabe? Allí hay barrios donde los niños rebuscan en los cubos de basura por la mañana, y cuando encuentran algún trozo de carne, crudo, por supuesto, se lo comen de inmediato.

Dacha y Ledd fueron andando hasta el cañaveral y dieron media vuelta en silencio. De manera imperceptible, cambiaron de tema. Cuando Dacha volvió a su habitación empezó a llover. Tuvo que cerrar la ventana, y Zai se despertó con el ruido. Pero, a la mañana siguiente, todo brillaba de nuevo, iluminado por el sol. Y nadie habría podido prever lo que le iba a ocurrir a Dacha ese día.

A eso de las cuatro, trajeron a Ledd al chalé, después de encontrarlo en el camino que iba a las montañas más lejanas. El hombre había resbalado en un precipicio y se había caído rodando unos treinta metros, enganchándose en las piedras y en los arbustos. El danés más joven y el hijo del panadero, un mocetón de dieciséis años, habían tenido que bajar por una cuerda para socorrerlo. Lo habían traído sobre los hombros, inconsciente, con la camisa hecha jirones. Tendido en el suelo del vestíbulo redondo, volvió en sí y comenzó a quejarse mucho. En el pueblo no había ningún médico: había uno a quince kilómetros, pero se había marchado de vacaciones y la dueña tardó mucho tiempo en dar con otro médico en la ciudad.

Era difícil saber qué se había roto Ledd; lo más grave era la hemorragia interna y el dolor que sentía en la cabeza a causa del golpe y de la conmoción. Ledd perdió varias veces el conocimiento antes de que lo acostaran en la cama, en su habitación blanca, estrecha. El médico llegó a última hora de la tarde, lo auscultó, le puso varias inyecciones, y dijo que las clavículas estaban intactas, pero que la herida no estaba bien desinfectada, así que volvió a ponerle otro vendaje. Prometió que al día siguiente vendría una ambulancia y telefoneó al hospital de la ciudad.

Dacha fue la última en enterarse del accidente. Aquel día, ella y Zai se habían ido en barca a la otra punta del lago, donde las orillas estaban llanas y desiertas y donde podían escuchar el sonido de los cencerros de las vacas. Estuvieron un buen rato paseando, encontraron una seta y un arroyo melodioso. Había miles de flores por allí, y el sol se ponía pronto.

Las hermanas volvieron a la hora de cenar. Dacha subió a la habitación a cambiarse, y Zai llegó unos minutos después, anunciando que el hombre con el que Dacha había paseado varias veces por el cañaveral se había caído en la montaña.

Bajaron a cenar, y el joven danés le contó detalladamente a Dacha el accidente de Ledd. Todos estaban inquietos; estuvieron hablando a media

voz, y, luego, Dacha subió con los demás al último piso para escuchar los gemidos de Ledd. Por la noche, se quedaron un rato en la terraza, fumando y bebiendo granizado de limón con una pajita; hacía calor, el cielo estaba cuajado de estrellas, los rostros broceados se fundían con la oscuridad, y sólo las camisas blancas de los hombres y los vestidos claros de las mujeres destacaban como en un negativo.

Cuando Dacha volvió a su cuarto, ya era casi medianoche. No se sentía como de costumbre: estaba completamente tensa, como si, además de los sentidos ordinarios, el oído y la vista, le hubieran nacido otros distintos, que escuchaban y miraban de un modo diferente. Sus sentidos, tanto los antiguos como los nuevos, convergían en un solo punto: su alma. Un calor singular le recorría los dedos, pero su mente seguía lúcida, y, como una tentación irresistible, una extraña confianza le decía que nada era imposible en ese momento. Dacha se sentó en la cama.

La habitación de Ledd estaba situada justo encima de la suya, y le parecía oírle gemir. Dacha se levantó. Aquello era como una llamada muy poderosa, que no provenía de Ledd, que surgía de no se sabía dónde, pero Dacha dudó. ¿Debía subir a verle? En caso de que sí, ¿cómo iba a llevar a cabo algo para lo que aún no estaba preparada?

Dacha jamás había experimentado semejantes estados. Un día, hacía ya cinco años, Liubov Ivánovna había sufrido un fuerte cólico nefrítico. Los medicamentos y las inyecciones no le habían hecho ningún efecto, y Dacha, desolada ante sus sufrimientos, le había puesto las dos manos en la frente y... el dolor había desaparecido. Dacha no se lo había contado a nadie; poco a poco, había olvidado aquello y de dónde le había venido. Pero ese día, por primera vez, había tomado conciencia de su fuerza. Y no le daba miedo. Al contrario, le producía como una suerte de dicha repentina. Dacha salió despacio al pasillo y subió la escalera.

Abrió la puerta de la habitación de Ledd: allí estaba, tumbado de costado, en pijama, con una venda alrededor de la cabeza, semicubierto por una sábana. En un rincón del cuarto había quedado encendida una lámpara, el ambiente estaba cargado, y Dacha abrió suavemente la ventana. El aire nocturno invadió la habitación. En aquel silencio absoluto, Dacha escuchó cómo un pez chapoteaba en el agua. Un pájaro le respondió sollozando. Una ligera brisa agitó las copas de los árboles. Luego todo se detuvo.

Un extraño silbido se escapaba por entre los dientes apretados de Ledd. Su rostro bronceado estaba pálido, verdoso, y un hilillo de sudor le corría a lo largo del oído. Sus ojos medio cerrados eran como globos hinchados bajo sus



párpados; la venda le cubría la frente, ocultando parte del rostro. Dacha le desabrochó el pijama para verle el pecho. Había un inmenso hematoma negro en el costado derecho. Dacha descubrió toda la parte derecha del pecho y posó en ella su mano grande y tranquila, repentinamente cálida. Todo su cuerpo estaba en tensión, como una vela al viento. Esa misma mañana, había contemplado con admiración la carrera del velero del danés. La enorme vela se había inclinado mansamente, como para acoger en su seno el foque fino y curvado también pero en sentido contrario, como para recibirlo con su abrazo de tela. Sin llegar a tocarse, ni siquiera a rozarse, las dos velas surcaban el azul del lago, y resultaba difícil imaginar algo más hermoso que su carrera conjunta: era como si la mayor protegiera a la menor con su ala, mientras ésta bogaba a toda marcha para pegarse al pecho de la grande. Media vuelta, y ahí van los dos delgados paréntesis blancos atenazando un fragmento de azul, un trozo de agua, de aire y de cielo; y, de nuevo, vuelan parejas, tendidas una hacia a la otra como solo saben hacerlo las nubes a veces. La mayor, que se asemeja un poco a un cisne, se inclina, se enrolla, se estira y alza el vuelo por encima de la menor. Ésta la llama, la esquiva, huye hacia delante y su concavidad traza una línea delicada. Un mismo viento las infla a las dos. ¡Más rápido, más rápido! Una ligera bruma corre sobre el agua, el cielo es límpido, la brisa se levanta; la ola se hiende en dos, la espuma borbotea tras la popa. El horizonte se aproxima permaneciendo al mismo tiempo en la lejanía, inimaginable, inaccesible. El horizonte vuela a nuestro encuentro.

Al cabo de un buen rato, una ligera brisa volvió a colarse suavemente por la ventana. Ledd respiraba tranquilo. Ahora tenía los ojos cerrados del todo, la cara igual de pálida y húmeda. De pronto, abrió los ojos y vio a Dacha.

—¿Es usted?

Ella lo cubrió con la sábana y se apartó en silencio.

—¿Qué hace aquí? ¿Qué hora es? ¿Qué ha dicho el médico? Me he roto todas las costillas, ¿no?

Dacha no respondió.

—Tengo sed —dijo Ledd.

De nuevo le fallaron las fuerzas. Ella le sonrió.

—Voy a llamar a la criada —dijo dándole un vaso de agua—. Yo soy una pésima enfermera.

Y salió de la habitación muy despacio, intentando no hacer el menor ruido.

Zai estaba despierta. Tumbada con los brazos detrás de la cabeza, miraba fijamente la puerta cuando Dacha entró.

—¿Ha muerto? —preguntó con voz suave.

—¡No, qué va!

—¿Qué hacías allá arriba? Todo estaba tan silencioso...

—Puede que le haya curado —dijo Dacha—, pero no debemos decírselo a nadie.

Luego se desplomó sobre la cama, vestida, agotada y contenta de que Zai no pudiera verle la cara debido a la oscuridad. Pero, nada más tumbarse y estar a solas consigo misma, la lucidez, la claridad y una suerte de transparencia absoluta volvieron a nacer en ella pero con el triple de fuerza, y Dacha, con un brillo que jamás había visto, en medio de una calma inusitada, en lo más profundo de sí misma, en el fondo de su alma, vio el cielo estrellado, el mismo que se le había mostrado por la ventana de Ledd mientras tenía la mano posada en su pecho.

En ese instante, Dacha contempló su vida en medio de una luz que nunca había visto; todo tenía un sentido oculto que se abría ante ella suavemente, como un abanico. Allí estaba su soledad, que Dacha llevaba en su interior como un don del destino, y que la ligaba al mundo con una armonía que ella no entendía del todo; allí estaba el recuerdo de su matrimonio, que había durado quince días, tras los cuales había vuelto a su casa, con su familia: había discutido mucho con su conciencia antes de tomar la decisión de marcharse, o, mejor dicho, de huir de su nueva casa, del hombre al que creía amar, pero con el que no había podido vivir. Allí estaba la muerte de su madre, y el amor salvador que, de niña, había sentido por Boiko, todos esos recuerdos que se desvanecían como un sueño, y luego algunos intentos más de ser feliz como todo el mundo y su incapacidad para atrapar el hilo de la vida con ese hombre al que de repente había temido.

Y el presente. Esa fuerza que, al parecer, había en su interior, que ella siempre había sentido pero sin saber cómo usarla, quién podía necesitarla y por qué. Esa fuerza ¿podría quizá cambiar de arriba abajo el mundo, cambiarla a ella? ¿Podría detener el tiempo? ¿Curar todos los sufrimientos o sólo algunas pequeñas dolencias físicas de sus seres queridos? ¿El resfriado de un niño? ¿El de un perro? ¿Qué había hecho ella en realidad por Ledd? ¿Le había aliviado el dolor un cuarto de hora o le había ayudado a dormir? ¿Volvería él mañana a la montaña como si nada le hubiera sucedido? ¿Hasta dónde podía actuar el milagro si, por ejemplo, alguien tenía una costilla rota?

Mil preguntas la asediaban. Dacha se puso a esperar la mañana. Tenía que estar alerta para que nadie, ni siquiera Ledd, ni siquiera ella misma, supiera nada del resultado de aquella experiencia: al día siguiente iban a trasladarlo al

hospital en una ambulancia, para atenderlo allí, y ella no volvería a verle. O quizá las cosas sucedieran de otro modo.

El sueño se apoderó de ella por sorpresa. La despertó la campana que anunciaba la hora del desayuno. Zai ya se había ido, pero los postigos estaban cerrados. Cielos, ¡qué arrugado estaba el vestido que había planchado ayer! Dacha se cambió, se aseó, bajó. Como todas las mañanas, un haz de luz atravesaba el comedor: la cortina de tela anaranjada era demasiado estrecha y a esa hora no había manera de impedir que aquel rayo de sol penetrara en la estancia, deslumbrante, insistente.

—Se ha negado a ir al hospital —dijo el violonchelista de Burdeos—. He estado con él. Dice que está mucho mejor. Está enfadado porque llamamos al médico.

—Pero ayer estaba fatal, y era indispensable que lo llamáramos. Al principio todos creímos que tenía la columna vertebral dañada.

Zai dijo en un suspiro:

—Has sido tú quien lo ha curado. Tú. Pero nadie lo sabe excepto yo.

Dacha simuló no haberla oído. Al llevarles la cafetera, la camarera le comentó a ésta con aire vivaracho:

—Está usted invitada a tomar el café arriba.

Dacha subió sin apresurarse. Ledd seguía postrado, con la cabeza vendada. Al verla aparecer con un tulipán en la mano, le tendió los dos brazos:

—Había calculado, con la mayor precisión, que iba a entrar usted ahora. Respóndame enseguida: ¿debo mantener en secreto lo que pasó anoche o quiere que lo cuente?

—Tanto me da —dijo ella poniendo el tulipán en un vaso de agua.

—No se lo he dicho a nadie, porque antes quería consultárselo. ¿Cómo puedo agradecerérselo?

—¿Ha dormido bien?

—Desde luego. Aún me duele un poco el costado, como cuando tienes un gran hematoma. También me duele mucho la cabeza, pero menos que ayer. La estaba esperando, por eso no he tomado ninguna pastilla para el dolor. Me temo que anoche se olvidó usted de mi cabeza...

Dacha asintió, confusa.

—Sí, vaya, ¡no sé cómo pude olvidarme de ella!

—Bueno, ¡será que mi cabeza no es un objeto digno de atención! Aunque yo siempre la he considerado algo importante. ¡No sabe la alegría que me da no ir al hospital!

Dacha se sentó en el sillón. Los dos encendieron un cigarrillo.

—Y eso... ¿le ocurre a usted a menudo?

—Es la primera vez —dijo ella sin bajar la vista—. De hecho, me gustaría probar de nuevo. ¿Va a quedarse usted aquí?

—Ya he rechazado la ambulancia, así que... Esta mañana me levanté y pedí que me enviaran una enfermera para que me ponga los apósitos y me cambie las vendas.

—Claro. Yo no sé hacer eso.

—Lo cual me sorprende. ¿No le gustaría aprender?

—No.

Dacha se calló. Se sentó en la cama de Ledd, posó la mano derecha sobre la venda a través de la cual podía notar su cabello tupido y recio. Con la otra mano, sacó el tulipán del agua.

—¿Se ha fijado alguna vez cómo es un tulipán por dentro? —le preguntó acercándole la flor a la cara—. Imagínese que entra en éste. Que se introduce en su corazón verdiamarillo, húmedo, viscoso, y que lo observa. Un paso, y entra usted donde nadie se ha aventurado jamás. De hecho, éste es el corazón del mundo, y la flor no es más que su antesala. Al principio, todo le parece nuevo, pues este camino floral al núcleo del universo todavía le es desconocido; nota los olores, el silencio, el misterio, y, poco a poco, se olvida de las leyes del tiempo y del espacio. El calor de la flor, su luz, lo invaden: ahora es usted un iniciado en los secretos de las flores, que son, precisamente, las leyes del universo. Paso a paso, las va aprendiendo. Ahí está todo: la belleza, el rigor y la calma. Va usted de alegría en alegría, de lección en lección, y sabe que, al final de este recorrido floral, de esta iniciación, descubrirá qué era lo que lo atormentaba aquí. La armonía, que es más importante que la dicha, le aguarda al final de esta flor. Adéntrese en el camino... No tenga miedo... Le están esperando... Mire en el tulipán.

Pero Ledd no miraba la flor: sus grandes ojos abiertos estaban clavados en Dacha. Tenía ganas de reírse de sus palabras deshilvanadas, o de reírse nada más, porque se sentía aliviado. Luego cerró los ojos. Aparentemente, se había dormido. Ledd no la oyó salir.

Al anoecer, ya pudo bajar, sentarse a la mesa y verla bailar con otros, mientras daba vueltas a una pajita en un gran vaso. Estaba sorprendido por el hecho de que nadie se percatara de su encanto, de su cuello frágil, de la curva delicada de sus hombros, de sus bonitos brazos, de sus ojos grises y oblongos. Pero entonces recordó que, tres días antes, todos se mostraron admirados al verla correr por la orilla con el balón, después del baño, y, de pronto, la

alegría y los celos lo invadieron: alegría porque ella le pertenecía para siempre, y celos porque, al mismo tiempo, ella podía escapársele, pertenecer a otro, amar a otro. Un sentimiento tempestuoso y repentino, como no había experimentado en mucho tiempo, acababa de nacer en él.

Cuatro días después, ya curado, Ledd fue a verla a su habitación, le pidió prestada una revista, le predijo el futuro a Zai leyéndole las rayas de la mano y luego las del pie. Zai se rió alegremente y le leyó el porvenir a él. Al final, Dacha le acompañó a la puerta alegando que sus vecinos ya estaban durmiendo. Estuvieron un rato hablando en el pasillo, delante del ascensor, y luego subieron y se sentaron en un escalón.

—¿Qué era eso que me contó a propósito del tulipán? ¿Se le ocurrió a usted? —le preguntó de repente.

—¿Qué tulipán? ¡Ah, el tulipán!

—Sí, el tulipán.

—Podría haber sido cualquier otra flor.

—Pero ¿se lo inventó usted?

—Bueno, así es como pienso, normalmente. La flor no era más que un pretexto.

—A mí no me gustan las flores —dijo Ledd, repentinamente serio—. Siempre tengo la impresión de que la suya es una belleza del todo inútil. ¡Qué le voy a hacer! Prefiero las verduras. Al menos, se pueden cocer. A mí me gusta el pan tierno, una estufa caliente y una plaza en un vagón de tren: reservada, claro.

Dacha no respondió.

—No me gustan las cosas inútiles —insistió—. Es mi forma de ser. Soy un patán. Tampoco me gustan los recuerdos, porque no sé qué hacer con ellos. Por ejemplo: cuando era niño, mi madre me... En fin, no vale la pena hablar de ello. ¿Para qué?

—Yo jamás le hablo a nadie de mi madre —afirmó Dacha.

Y ya había hablado demasiado. Dacha jamás había dicho ni una sola palabra a nadie a cerca de ese pesado fardo, muy superior a sus fuerzas, que la iba a agobiar hasta el fin de sus días. Pero, una hora después, Ledd ya sabía toda su vida. Aún seguían sentados en un escalón, en lo alto de la escalera. La casa llevaba ya un buen rato durmiendo, hacía fresco, todo estaba en silencio. Un grillo cantaba en el ascensor suspendido, inmóvil, junto a ellos. Dentro había una lamparilla verde encendida, igual que un semáforo dando paso a un lugar que Dacha nunca había explorado.

Por fin se levantó, vaciada por aquella conversación nocturna, y caminó sobre la amplia alfombra roja; pasó delante de la ventana negra y bajó a su cuarto, al tiempo que el ascensor empezó a bajar despacio por la oscuridad, con un suspiro casi inaudible: alguien había regresado y había apretado el botón. Era un buen final para aquella larga velada: un gesto que cerraba, que concluía algo, igual que agitar un pañuelo en la ventanilla de un tren o la caída de un telón.

## V

Aquel otoño, Dacha experimentó, por primera vez en su vida, una tristeza punzante. Como si todo en ella se hubiera trastocado, mostrando una cara siniestra y brumosa. Al principio no fue más que una tristeza corriente, por así decirlo, la de la vida de todos los días: los pequeños detalles cotidianos empezaron a exhibir su lado absurdo, fastidioso, lamentable. Tal vez el mundo exterior, ese mundo brillante al que ella se sentía ligada desde que podía recordarlo, le imponía su propia pena, su aflicción. Su melancolía empezaba pronto, la despertaba antes del alba; Dacha tardaba entonces una hora o una hora y media en volver a dormirse, y aquél era prácticamente el único momento del día en que estaba sola consigo misma.

Acostada en la cama, reflexionaba pausada, largamente, como llevaba años haciendo, como había aprendido a hacerlo en los libros, y no sólo en los antiguos, sino también y sobre todo en los contemporáneos, que se distinguían de aquéllos por el esfuerzo que exigía su lectura y, en especial, por el hecho de que, al leerlos, una no se preguntaba nunca lo que iba a pasar. Cada página parecía tener vida propia, perseguía su propio objetivo. Pero la diferencia esencial era que estos libros no hablaban de Piotr ni de Iván, ni de Cléo ni de Emilie, sino de ella misma, de Ledd, de Sonia e incluso de Zai.

Pero ¿quién era ella? ¿Qué le habían aportado sus años de madurez? Por extraño que pudiera parecer, su estructura, su fondo cambiaba muy poco. En Europa, lo esencial para ella era su naturaleza rusa, que Dacha había conservado, traído consigo; aquí, había descubierto una dinámica de la vida, pero su alma había alcanzado su equilibrio mucho antes, quizá en la infancia, quizá incluso antes de nacer. En Francia, Dacha había aprendido un método, un modo de vida, pero no la vida en sí, porque ésta se le había revelado siempre de manera milagrosa, desde hacía mucho, mucho tiempo. Desde una época inmemorial.

Antes, en su adolescencia, Dacha pensaba que era como todo el mundo; creía que todas las personas se parecían un poco y que todas estaban ligadas al mundo de la misma manera que ella. Pero últimamente había empezado a dudarlo, y cada vez más. En realidad, nadie se parecía a ella, y si bien algunas personas sentían sus mismas sensaciones (una armonía total, absoluta), lo más probable era que lo hubieran conseguido después de largas penalidades, pruebas, dudas y caídas, mientras que ella gozaba de ese don. Sí, Dacha experimentaba esa cualidad suya como una gracia, una bendición. Pero, en medio de su alegría, asomaba una sospecha: ese don, ¿no significaba, precisamente, un límite? De hecho, ¿no ocultaba un deber: el deber no sólo de conservarlo, de llevarlo consigo a lo largo de su existencia, sino también de desarrollarlo?

Hasta ahora, esa armonía estaba ahí cada vez que Dacha se despertaba y, por la noche, cada vez que se dormía; pero una mañana, hacía bien poco, una duda había brotado en su mente: ¿qué había detrás de ese sentimiento de serenidad, de plenitud? ¿Había algo?

¿Un pensamiento, una fe, una fuerza? ¿O no había nada? Ese sentimiento maravilloso ¿era eterno o desaparecería un día, igual que ella? ¿Podía empañarse, debilitarse? ¿Abandonarla alguna vez? ¿Disgregarse? ¿Alterarse con el tiempo? ¿La conduciría hacia algo elevado o rastrero? ¿Debía Dacha dejarlo como estaba o luchar por conservarlo?

Aquella mañana de otoño, Dacha sintió, por primera vez, que su vida era una tarea a realizar, y se preguntó si tendría fuerzas para llevarla a cabo.

El presente había cobrado forma sin que ella lo advirtiera. Durante el último año, los recuerdos de su infancia se habían difuminado en ella, suplantados por los pensamientos relativos al futuro, como si tan sólo pudiera abarcar el pasado y el porvenir, o el presente y el porvenir, pero no todo el transcurso de su vida a la vez. No era sólo en los libros donde Dacha había aprendido a reflexionar, sino también a solas, y, como no era muy dada a hablar, le parecía natural que la gente no supiera nada de ella, ni sus pequeñas angustias, ni su gran equilibrio, ni su misión, si es que tenía una. Esos pensamientos que la alimentaban —y que, ella a su vez, alimentaba— acababan desapareciendo al nacer el día, sin explicación, sin respuesta, sumiéndose en inmensas profundidades, como ahogados en un mar azul, límpido.

Las albas de septiembre, anaranjadas, brumosas, aparecían tierna y lentamente tras la ventana del cuarto de Dacha. Tumbada boca arriba, miraba salir el sol en un cielo que no alcanzaba a ver, justo enfrente de ella, en la



ventana pálida. Entonces surgía la cuestión fundamental, dolorosa, que ya había presentado en sueños: ¿había curado a Ledd porque poseía el don de sanar o porque se trataba de Ledd y ella lo amaba? ¿Era esa curación, precisamente, una señal en la que debía reconocer el amor, o bien todo era falso, y había centenares de Ledds aguardando su ayuda, esa ayuda que, por lo demás, le había prestado un día a Liubov Ivánovna? En otras palabras: ¿había en ella una fuerza secreta, misteriosa, que podía llegar a ser la vocación de su vida, o bien no era más que un hecho fortuito provocado por la ternura de ese extraño sentimiento que había nacido en ella ya antes de separarse de Ledd y que ahora se había transformado en amor y en melancolía?

Aunque Dacha era incapaz de resolver esa cuestión, al menos tenía la impresión de que aquello no era un hecho fortuito, y, aun así, a veces llegaba a desear que no fuera sino uno de los numerosos hechos fortuitos que le reservaba el futuro. O mejor no. Mejor que fuera la excepción a todas las reglas de la vida corriente. Una locura, la negación de todas las leyes razonables.

Dacha se percató de que se estaba liando, así que se levantó, a pesar de que aún era muy temprano, se llegó a la ventana y corrió las cortinas.

Los Tiaguine vivían en la planta baja. Su casa era como una tribuna desde la que se podía pronunciar un discurso ante el pueblo. ¡Escuchad, escuchad, pues! En calma, en paz, con una gran tristeza. ¿Qué va a ser de nosotros, de vosotros, de mí y de todos nosotros? ¿De qué vale todo esto? ¿Para qué sirve mi vida, por qué estoy aquí? A primera hora de la mañana, ante aquella ventana, Dacha siempre tenía la sensación de que habría podido detener el sol si no hubiera perdido, al igual que las otras personas, su vínculo entre ese sol y la fuerza que la habitaba. Era extraño y un tanto ridículo quedarse allí de pie, mirando la calle apacible, sabiendo que ella podría... Era más una sensación que una certeza. Dacha recordaba haber tenido antes un poder más grande que el de ahora. Tal vez porque ese poder iba menguando.

Antes, el tiempo no existía; antes, al parecer, todo era distinto. El pasado podía transformarse en el futuro. Pero ahora, ¿qué quedaba de esa fuerza, de esa fe? ¿Podía llegar a hacer algo con ella? ¿Combatir el sufrimiento humano, o ir a favor de su propio amor?

El domingo no era un día como los demás. Liubov Ivánovna y Tiaguine, despeinados, desaseados, mal vestidos con batas viejas, se tiraban horas delante del café, escuchando la radio, fumando, conversando. Él, un hombre envejecido, que aparentaba más edad de la que tenía pero que aún conservaba

sus modales de antaño; ella, que había cambiado mucho ese año, tenía la cara pálida e hinchada, el pelo demasiado rizado por su manía de enrollarlo en exceso en los papillotes, sufría de un absceso en la garganta y por eso llevaba siempre, debajo de la barbilla, un encaje de lana. El domingo, después del café tomaban el té, y los dos empezaban a sentirse mejor, en mayor armonía. Escuchaban la retransmisión de la misa de Notre—Dame, música de guitarras hawaianas, las noticias. A través de la puerta abierta se veía su dormitorio sin arreglar, la cama deshecha, los periódicos del día anterior, que leían antes de dormirse, tirados por el suelo. En la cocina había algo en el fuego, hirviendo y desbordándose, pero ellos ni se inmutaban. Seguían hablando placenteramente de la exposición de crisantemos que irían a ver al Bosque de Bolonia; luego asistirían al bautizo del nuevo miembro de una familia que conocían, y rematarían la jornada en el cine, viendo a «su estrella» (los Tiaguine no pronunciaron el nombre de la actriz: siempre hablaban a medias palabras).

Cuando Dacha entró en el comedor, no le prestaron atención; Liubov Ivánovna se limitó a decir, rascándose la cabeza:

—El café está frío. El té está caliente.

«Si pudiera calentarlo ahí, encima de esa mesa, ¡los dejaría boquiabiertos!» —se dijo Dacha. Pero enseguida se avergonzó.

Tiaguine alzó la cabeza al verla mojar el cruasán en el café. Miró con cara de asco el pedazo de bollo húmedo que tenía entre los dedos.

—¡Ciudadanos del cantón de Uri! —dijo—. Lo hecho, hecho está. Perdidos para la patria.

Dacha se echó a reír.

—Por favor, papá, nada de frases grandilocuentes. Todas fueron pronunciadas ya en su día, oídas, e incluso aplaudidas, por los del gallinero.

Liubov Ivánovna salió entonces en su defensa.

—No lo contraríes. Tu padre está acatarrado.

«Ésa es la lógica de ella. Y la retórica de él».

—Mis hijos son ciudadanos del cantón de Uri —prosiguió Tiaguine.

La frase sonaba bien. Lástima que no la hubiera inventado él.

Había un tema del que los tres tenían ganas de hablar. Liubov Ivánovna se levantó y cerró la puerta que daba al pasillo.

—Ayer escribí un poema en francés —dijo dirigiéndose a ambos—, un poema extenso, muy sonoro y hermoso.

Liubov Ivánovna no entendía bien el francés.

—Trata de uno de esos loros que coge un papel al azar. Cuando yo era niña —dice—, hace mucho tiempo, había un loro que, por un copec, sacaba un papel en el que podías leer tu destino. Y ahora —dice—, para que nadie se asuste, en todas las estaciones hay una máquina que hace horóscopos. Y es mucho más práctico —dice—, porque cuando compras un billete de tren, de avión o de barco, puedes enterarte al mismo tiempo de lo que te va a pasar, y ya no tienes nada que temer.

Dacha sonrió. También Tiaguine.

—¿Es rimado?

—No sabría decirlo —respondió muy bajito Liubov Ivánovna, que ya se esperaba la pregunta—. No conozco lo bastante bien el idioma. Pero, en cualquier caso, está muy bien contado.

Dacha se sintió implicada en aquel acontecimiento doméstico.

—Todas las chicas escriben algo a su edad —dijo distraídamente.

—Eso mismo dice Sonia —se apresuró a comentar Liubov Ivánovna—. Piensa que Zai debería conocer gente como ella, escuchar a los demás, salir un poco... ¿Y tu padre qué dice? ¿Qué vamos a hacer con ella?

Tiaguine frunció el ceño.

—¿Adónde va a ir? ¿A conocer a quién? ¡Menuda ideíta! Pero ¡si no tiene más que dieciocho años! Y ahí fuera... hay unas costumbres... Cocaína, opio...

Dacha le sacó la cesta de pan que estaba toqueteando.

—Dieciocho años no son moco de pavo —dijo imperturbable—; son dieciocho años enteros, muy largos. Y Zai sabe muy bien, y sin que nadie le diga nada, lo que debe hacer y adónde debe ir.

—¡Uri! —refunfuñó Tiaguine levantándose.

Pero, en ese momento, Zai abrió la puerta y se detuvo en el umbral.

Zai jamás se levantaba al alba, siempre había que despertarla, pero hoy nada era como de costumbre; incluso quiso cambiar de peinado, pero no lo consiguió. Aquella noche había tenido un sueño que le había producido una intensa sensación de liberación. Hasta ese día, su mundo había estado hecho, básicamente, de sueños que jamás contaba a nadie; ella lo cuidaba y mimaba, sospechando que cada quien tenía el suyo, misterioso y singular, a excepción quizá de Tiaguine y de Liubov Ivánovna que sólo tenían uno para los dos, y por eso era tan aburrido. Durante mucho tiempo, Zai había creído que toda la gente del mundo llevaba la misma vida, la de Tiaguine y Liubov Ivánovna, pero luego había descubierto a la mujer que aguardaba sentada bajo el candelabro, y a los niños reunidos alrededor de la mesa, cuya existencia tan

bien conocía; y al obrero, con su vaso en la mano, que le había abierto el mundo entero. Era obvio que todas las personas eran diferentes, que cada una vivía a su manera, así que también ella, cuando lograra desembarazarse de su miedo, viviría a su manera.

Zai se detuvo y miró la mesa. Todo era nuevo para ella esa mañana. Incluso ella era nueva, distinta.

—¡Escuchad! Estaba de pie encima de una roca puntiaguda. No había sitio donde poner el pie. Abajo, había un precipicio muy hondo, un abismo... bueno, no hace falta que insista, ya me entendéis. No podía avanzar ni retroceder. (¡Dacha, escucha!). Me decía a mí misma: Se acabó, no puedo hacer nada, ¡no puedo retroceder! Me voy a caer. Pero, de pronto, pensé algo (algo que, al principio, tan sólo se me pasó por la cabeza): ¡esto no es más que un sueño! Ya está: voy a dar un paso en el aire y... No pasará nada, ninguna catástrofe, porque esto no es la realidad, tan sólo estoy soñando, así que puedo avanzar en la nada, en el vacío, sin temor. En cuanto lo pensé (¿me escuchas?), todo desapareció y empecé a caminar libre y tranquilamente sobre un parqué liso y llano.

¿De dónde le venían las palabras? Zai se puso a contar que, el día anterior, había visto, encima de París, un cielo que era como «una concha al revés» y que «jamás lo olvidaría»; que los árboles del Puente des Invalides estaban adquiriendo un tono marrón cigarro, y que no había nada más hermoso en el mundo que los escaparates de las floristerías y de las charcuterías.

—¿De las qué? —preguntó Tiaguine, creyendo que había oído mal.

—De las charcuterías —repitió Zai.

—¿Eso es porque no comes todo lo que quieres aquí?

—¡No, qué va! ¡Es que son muy bonitos!

Hubo un momento de silencio. Oímos cómo Zai tomaba un sorbo de su café inclinada sobre el tazón. Justo entonces, Dacha comprendió que ese día vería a Ledd.

Recorrería las calles otoñales inundadas de sol, llena de pensamientos graves e inquietantes, y de sentimientos dolorosos: de esperanzas que la atormentaban desde hacía un mes, de preguntas que no la dejaban vivir.

Zai estaba mojando su cruasán en el café, mientras Tiaguine la miraba con cara de tristeza y de reproche; Liubov Ivánovna, con los ojos clavados en el calendario de la pared, constataba, por centésima vez, con una sonrisa de oreja a oreja, que hoy era domingo; el tiempo transcurría con absoluta despreocupación; la ventana estaba iluminada y tras ella había una sala donde, sin duda, desde hacía doscientos años, nadie había organizado un baile.

De repente, se oyó el crujido de una puerta, y los grifos de la bañera empezaron a cantar en dos tonos: uno más grave y otro más agudo.

—¡Por fin! —dijo Liubov Ivánovna como despertando—. Ahora estará chapoteando hasta la hora de comer.

Se refería a Sonia, y Zai se rió: le gustaba que Liubov Ivánovna fuese severa con Sonia y tierna con ella. Le agradaba. Dacha apartó suavemente su taza y se levantó. Hoy no tenía ganas de toparse con su hermana.

Iba ir a ver a Ledd. Por las calles soleadas. Llena de esperanzas, de preguntas, de amor. Tenía su dirección. Ledd vivía en un hotel de la calle Jacob, y la noche que se despidieron (¿se habría equivocado entonces al presentir la gran felicidad y la gran pena que aquel hombre le iba a causar?), antes de separarse, él le había dicho:

—No vaya a mi casa. Es estrecha, incómoda, polvorienta. Seré yo quien vaya a verla, sin falta, e iremos a pasear por unos lugares que usted no conoce.

—Conozco todos los lugares —había respondido ella—, incluso aquéllos en los que los castaños tienen hojas nuevas en septiembre y florecen en diciembre; sé dónde aparecen los primeros narcisos de las nieves en marzo; puedo mostrarle un magnolio que ya rebrota en octubre; sé cuándo el elefante del bosque de Vincennes dará a luz una cría y cuál es el camino más rápido a los rinocerontes, que tan sólo son tres, porque...

—Al oírla, cualquiera pensaría que París es una selva y no una ciudad.

—París es una selva, un campo, unas montañas, un río, unos canales y unos prados.

En efecto, los edificios y los palacios, los monumentos y los arcos bien podían desaparecer, sobre todo esos edificios cuyo interior tanto le gustaba observar a Zai, a través de las ventanas. Para Dacha, podrían perfectamente no existir: no eran más que piedras, y ella amaba otra clase de cosas.

La calle Jacob. Un pequeño hotel. En la recepción, un montón de ropa para planchar sobre la mesa, olor a cocina. La dueña, una flacucha, echa un vistazo al tablero en el que penden las llaves: Sí, Ledd está en su habitación. Tercer piso, una puerta igual a las otras. La voz de Ledd: ¿Quién es? Dacha puede verle a través de la puerta, pero, cuando aparece, ya no es el mismo hombre: está mal afeitado, muy delgado, tiene los ojos enrojecidos y un agujero en el codo de su jersey.

—¡Usted!

No parece alegrarse, su exagerado asombro no es natural.

Un cuartucho lleno de humo, cubierto de papeles de tonos abigarrados. Colgado en la puerta, ensuciado por las moscas, el reglamento del hotel; unos biombos de tela de algodón tras los que se oye correr el agua del lavamanos, y un escritorio cubierto de libros, de papeles, de periódicos. Todo este desorden tiene algo de impersonal.

—Le echaba de menos, Ledd, tenía ganas de volver a verle. Como es usted tan olvidadizo...

—No, no lo soy. Fui a verla hace más de un mes, en cuanto volví. Pero, como usted no dio señales de vida, pensé que tenía cosas más importantes que hacer.

Dacha tiene la impresión de que él miente, aunque es cierto lo que dice, y se sienta.

—Hoy es un día terrible para mí —dice él sin mirarla a la cara—. Bueno, últimamente, todos los días son terribles. Lamento mucho este desorden, pero no me encuentro bien, me siento mal... Sí, fui a verla, pero usted no estaba en casa. Y la adorable Zai tampoco.

—No me lo dijeron.

—Además, estoy desbordado. No tengo ni un segundo libre.

Ledd se puso a palpar los periódicos, buscando la caja de cerillas.

—Hablé con su otra hermana, la que me abrió la puerta. Nos presentamos, pero debió de olvidar contárselo.

Ledd recalcó esta última frase: era imposible no creerle.

Pero no valía la pena hablar más de ello. Ledd seguía ocultándole sus ojos a Dacha: ora se ponía de espaldas a la ventana, ora se sentaba de lado, ora empezaba a dar vueltas buscando algo, ordenando los libros de la estantería, estirando la colcha.

Durante unos instantes, Dacha presto oídos a lo que ocurría en su interior: remolinos. No había duda, tenía que marcharse enseguida, pero no se movió.

No sólo estaba convencida de que debía irse, sino que Ledd parecía suplicárselo en silencio. Entretanto, la conversación transcurría amigablemente. Ledd incluso dijo una vez que era «muy pronto aún», lo cual podía significar «quédese un rato», pero, en otra dimensión, a un paso de ese cuarto, todo había sido anulado, destruido.

Ledd, sin embargo, se esforzaba en hablar sin descanso, y, cuando no lo conseguía y surgían entre ellos arenales de silencio, Dacha seguía escuchando el flujo de sus pensamientos, que corrían sin cesar, con una fuerza extraordinaria, con la presión de una evidencia flagrante, aunque parecían fríos y turbios.

Encima del escritorio, había dos retratos colgados en la pared con sendas chinchetas: dos rostros humanos, y, al verlos, Dacha pensó que, no sólo en todo el siglo XIX sino incluso en toda la historia del mundo, era difícil hallar dos rostros más diferentes. El de la izquierda tenía un cierto aire angelical, una delicadeza asexuada, y ni en sus ojos, ni en sus rasgos se podía apreciar lo que normalmente entendemos por inteligencia o sabiduría. Ninguna flor habría podido rivalizar en encanto con el aspecto juvenil de sus pómulos un tanto respingones, y, al ver su boca, era imposible no sentir un escalofrío. Una boca así ¿podía masticar, besar, fumar? ¿Cabía imaginar ese rostro ennegreciéndose, descomponiéndose un día en un ataúd? Era Novalis. La imagen estaba allí colgada por casualidad, era obvio, tan sólo a causa de su rostro: no era muy probable que Ledd se hubiera imbuido de su poesía, a no ser que lo hubiera hecho años atrás. El otro rostro no era más que carne. Pesado, barbudo, unos ojos amenazadores bajo los párpados carnosos, y todo ello coronado por una espesa e imponente cabellera. Dacha tardó un rato en reconocer a Bakunin.

Ledd hizo una pausa. Dacha miró atentamente por la ventana. ¿Era en ese pecho, en el pecho de ese hombre, donde ella había posado su mano? ¿Era con él con quien había hablado del tulipán? Ledd parecía desesperado, ya no sabía ni lo que decía.

—Resulta muy, muy difícil no tener país —dijo, de pronto, interrumpiéndose a sí mismo (porque iba a contar que estaba escribiendo un artículo en tres lenguas a la vez)—, sobre todo para alguien como yo, que no tiene patria, ninguna patria, que jamás la ha tenido y jamás la tendrá. Y que, por lo tanto, jamás tendrá una verdadera ocupación en la vida. Que se consumirá yendo de un lado para otro. Ningún lugar será su lugar, y así andará siempre, hasta la vejez. No tengo ninguna salida, ¿me comprende?

Dacha no había oído la pregunta, tan sólo la afirmación, y no quiso responder, aunque tenía bastantes cosas que decir. Pero no sentía la necesidad de desvelar sus pensamientos. Acababa de darse cuenta, de manera irreversible, como si él mismo se lo hubiera anunciado con su voz de siempre, fuerte y seca, que no la necesitaba para nada, ni en su vida ni en su lucha; que, de entrada, la veía como a una extraña, y que, por mucho que Dacha supiera, como un hecho incontestable, que ella era su salvación, que el destino lo había conducido a ella —y no al revés—, no le quedaba otro remedio que levantarse y marcharse. Entonces, ¿una nube no pasa por encima de un campo seco para luego derramarse como una lluvia torrencial encima de un océano?

«Y pensar que en el idioma de la gente, el que hablan papá y Liubov Ivánovna, Sonia y Zai, y todas las personas que conozco, se denomina a esto ofrecerse, proponerse como amiga, como amante», pensó Dacha, y se levantó.

Al momento, Ledd la siguió hasta la puerta diciendo:

—Pues sí. Debería marcharme de aquí. ¿Qué hago yo en París? Aunque, ¿adónde puedo ir? Al final tendré que decidirme, si no me sumiré en una esterilidad trágica. Aún sigo luchando por la vida, pero me falta eso tan esencial que tiene toda la gente; por eso no soy más que un ser humano a medias. La verdad es que ha venido usted en un momento terrible de mi vida, ya sabe, cuando todo está patas arriba, y uno se desprecia por la mañana y, por la noche, vuelve a sentir un gran amor por sí mismo.

Dacha dijo:

—Si desea verme (cosa que dudo), escríbame unas letras.

—Ah, sí —dijo él estrechándole la mano con un gesto demasiado respetuoso—, por supuesto. Cuando fui a su casa (y no la encontré), yo era un hombre completamente distinto al de ahora, más parecido al que conoció usted este verano.

—Sonia siempre se olvida de todo —añadió Dacha—, en especial de lo tocante a mí.

—¡No le diga nada! —exclamó Ledd—. No me gusta que la gente discuta por mi causa.

Dacha pareció sorprendida.

—Está bien. Como quiera.

Y, soltándole la mano, empezó a bajar. Ledd se asomó por la barandilla.

—Estuve charlando un poco con ella, mientras la esperaba... No se parece a usted en absoluto.

—No somos hijas de la misma madre —respondió tranquilamente Dacha, sin volverse.

De repente había sentido que toda aquella historia se estaba volviendo superflua, que estaba perdiendo su contorno en el espacio, deshaciéndose en el tiempo... Las escaleras tenían mucho que ver en ello, y qué no habría dado ella por hallarse lejos, muy lejos, en una época pasada, cerca de Atenas, por ejemplo, en el siglo III, para caminar descalza sobre unos guijarros lisos, rosados, entre las libélulas y los laureles, cerrándose la túnica sobre el pecho.



## VI

### EL CUADERNO DE SONIA TIAGUINE

Ayer, Ledd me dijo que se marcharía a Hungría, dándome a entender que le habían confiado una misión política. Así concluían nuestras largas conversaciones de este mes.

—Si tienes que hacer algo —le contesté sin segundas—, si tienes que irte a algún sitio, no elijas Hungría.

—¿Me reprochas que no me haya ido a España?

No es que tenga algo en concreto que reprocharle, tan sólo me limito a darle mi opinión. Es este momento, la acción, tal y como él la concibe, seguramente no es posible en Hungría<sup>[13]</sup>.

—Hungría es una de tus cuatro (¿o cuántas van ya?) patrias. Ya veo que prefieres trabajar para ella, a pesar de todo, cuando, sirviendo a España, habrías podido servir al mundo entero a la vez, aunque tú no pareces comprenderlo.

Pero, por supuesto, él no está de acuerdo. Dice que la vida y la muerte de Roudine<sup>[14]</sup> habrían cobrado sentido si éste hubiera muerto no en las barricadas de París sino en Moscú. Yo, en cambio, considero que su muerte tiene sentido de por sí: lo importante es morir en una barricada, sea del lugar que sea.

—Una de tus cuatro patrias —repite Ledd, con expresión amarga—. ¡Qué malvada eres!

Como estoy tumbada, no puedo encogerme de hombros, pero lo hago mentalmente, y alzo los ojos al cielo, también mentalmente.

—Esa frase es muy vieja. Si quieres morir, hazlo, siempre y cuando sea por una buena causa.

Ledd se acerca al diván, con los puños apretados. Pero su voz es triste:

—He sacrificado por ti lo máspreciado, lo más misterioso que poseía; algo absolutamente único, algo que estaba relacionado no sólo con mi vida actual sino con todo mi destino, el cual, a la larga, puede que resulte ser del todo insignificante, al igual que yo.

Yo no le pregunto nada al respecto, pues, en el fondo, todo eso me trae sin cuidado. Ledd se refería a Dacha.

—Pero no lo lamento, porque te amo.

Le he oído decir eso muchas veces. Y, cada vez que lo hace, vivo un instante de tristeza: siento un poco de pena, porque no le puedo responder lo mismo, ser su eco. (¿Y si pudiera? ¿Me haría feliz ser un eco?).

Pero me gusta que me lo diga, me complace. Igual que antes, igual que siempre, fui yo quien dio el primer paso. Antes, la gente consideraba esta actitud como algo imposible, además de problemático. Pero ése era el residuo de un prejuicio olvidado, muerto hacía tiempo. Antaño, también se creía que el hombre era más franco, más sincero, y la mujer huidiza, inasible, caprichosa. Ahora todo eso se acabó. Soy yo la que da el primer paso, sin preguntarme cómo es él. Tan sólo sé que yo sí soy franca y sincera.

Cuando tengo su cabeza entre mis manos, intento convencerme de que, a través de ese gesto, puedo unirme con el universo. Toco su frente con mis labios y él ríe de contento. Dice que antes era un hombre alegre, vivaz, emprendedor; que, a los veinte años, tenía muchas posibilidades por delante, pero que, luego, éstas empezaron a desaparecer, a deshacerse, a estrecharse, que todo se volvió opresivo a su alrededor, que ora se dedicaba a una cosa y luego a la otra, y que por eso se lanzó a recorrer el mundo (la verdad es que costaría encontrar un país en el que no haya estado). Ledd habla de esos países con gratili id, porque a cada uno le debe algo.

—Eres el hombre más feliz que conozco —le digo en broma.

Ledd no encuentra su lugar en el mundo, no tiene ocupación, y busca ambas cosas desesperadamente. Como si fuera una cuestión de ahora o nada. Como si le hubiera llegado la hora de elegir. Y, sin embargo, me parece que Ledd, más que cualquier otra persona que conozco, se halla en este mundo como en su casa. Sí, puede que, justo en este mundo en el que ahora vivimos, él se sienta, más que nadie, en su sitio.

Estoy tumbada en su sofá, en la habitación caldeada de su hotelito, y le hago preguntas, preguntas que he inventado para él. Me gusta saber qué es lo que pasa por su cabeza. Él está recortando figuras en un papel coloreado, siluetas cuyos contornos se parecen a los de los bacilos vistos a través de un

microscopio, y, mientras las va colocando a su alrededor, me responde. Se trata de un juego en el que hay que contestar sin pensar:

—¿Yo voy?

—Por una carretera.

—¿Tú vas?

—Por las nubes.

—¿Él va?

—Por el puente de Notre—Dame.

—¿Nosotros vamos?

—Por una cuerda.

—¿Vosotros vais?

—Por la escalera mecánica del metro.

—¿Ellos van?

—Abrazados, al atardecer.

Tampoco se puede inventar nada. Hay que responder de inmediato, automáticamente, abriendo todas las compuertas del inconsciente.

—¿Yo muero?

—Con un vaso de veneno en la mano.

—¿Tú mueres?

—Solo, en el desierto.

—¿Él muere?

—Haciéndose el haraquiri.

—¿Nosotros morimos?

—Abalanzándonos sobre el enemigo.

—¿Vos morís?

—En vuestra cama<sup>[15]</sup>.

—¿Ellos mueren?

—En un accidente ferroviario.

Entonces me callo y, durante un buen rato, me quedo inmóvil.

«Nosotros morimos abalanzándonos sobre el enemigo». ¡Ojalá! Pero eso es una mera ilusión. Ledd jamás se abalanzará sobre ningún enemigo.

Debo ocultar todo lo que pienso del amor, toda mi experiencia amorosa, al ser que me ama. Es como si hubiera robado algo y todo el mundo lo supiera menos el hombre al que he robado. Como si hubiera una conjura contra él.

Hoy, por fin, me decido a decirle que, para mí, él es uno más entre otros. «Y si seguimos con vida, habrá bastantes más<sup>[16]</sup>».

Y él viene a sentarse junto a mí, y me mira con tal expresión de sufrimiento que empiezo a convencerlo de que le estaba tomando el pelo, de

que eso no era más que una cita literaria... Qué maravilla es poder decir siempre la verdad. Maravilla que, por desgracia, yo no conozco. Cada vez que lo intento, fracaso. Su grado de sufrimiento es parejo al de mi verdad. Una vez le dije que le amaba, no porque lo sintiera realmente sino porque deseaba provocar, intentar provocar en mí, por medio de ese encantamiento, la sensación de fusión. Pero no pasó nada. Las palabras se revelan desprovistas de magia y suenan como una vulgar mentira, incapaz de engañar a nadie.

Las palabras. A veces las pronuncio como si fueran fórmulas mágicas que pudieran crear lo que no existe, hacer un milagro, conciliar lo irreconciliable: reunir en un todo los fragmentos. El mundo se divide en un yo y un no yo. Me gustaría que todo se soldara, se pegara, se uniera de nuevo, en una sola respuesta. Pero para eso no se necesita un encantamiento sino una llave. En mi sueño, alguien me decía: «Primero encuentra la llave, ¡encuéntrala! Y luego busca la puerta». Y yo me iba a buscar esa llave.

Creo que Ledd pensaba al principio que yo me iría tras él. ¿Adónde? Al fin del mundo, claro. Pensaba que conseguiría fabricar un juguete para mí, para mi uso personal, y que yo, agradecida, devota y fiel, me marcharía con él. Pero no ha sido así, porque era imposible que lo fuera. Yo no necesito ningún juguete.

El problema que Ledd se ha propuesto resolver (él, para quien el mundo se divide, de manera simplista, en ricos y en pobres) no es más que una pequeña parte de la inmensa tarea que debo realizar, y que, cada año, se vuelve más ardua, más costosa.

—La vida de los ricos —le dije— casi siempre está llena de hastío, de angustia, de desesperación y de remordimientos. La gloria y el poder se pagan, y su precio es la soledad, las pasiones, el hastío, una y otra vez. La simple felicidad acaba por hacerle perder al hombre su apariencia humana, transformándolo en un bruto. Pero el hombre que no conoce esa felicidad termina cayendo por una escalera estrecha, en un infierno sombrío y salvaje que tal vez no acaba con la muerte.

Tumbada en su sofá, juego con él a nuestro juego preferido de preguntas y respuestas. Pero él sabe, tan bien como yo, que los dos tenemos toda una vida por delante, una vida difícil. No podemos pasárnosla únicamente jugando.

—En esta época —dijo Ledd— existen lugares en los que uno no puede resultar inútil, lugares en los que incluso uno puede ser indispensable.

—Byron, ¿dónde está tu Missolonghi<sup>[17]</sup>? —le espeté.

¡Que se vaya! Porque, si no se va, ¿qué voy a hacer con él aquí, en París? Tan sólo conseguiría hacerme la vida aún más penosa. Y, un día, ese peso

acabaría aplastándome.

Pero el mundo, ciertamente, está dividido, y quizá no podamos hacer nada contra eso. Tan sólo nos queda estar, también nosotros, divididos, para encontrar, por fin, en ese estado la armonía deseada. Tal y como soy ahora, no hago más que complicar las cosas. Mi sola existencia complica todo el sistema, complica el universo. Cuando éste es, quizá, hermoso. No lo sé. Por lo que recuerdo, siempre he intentado vivir en armonía con él. Hace unos diez años, tomé una decisión que, por entonces, me pareció la solución ideal para mí, e, incluso en el caso de que no lo fuera, me felicito por haberme atendido a ella.

Considerando detenidamente la historia del mundo —no la de las guerras, los destinos de los dirigentes, la migración de los pueblos o los sistemas económicos, sino la historia de los movimientos espirituales, la cadena de la evolución de las ideas—, decidí realizar, en la medida de lo posible, el mismo camino, el cual nos lo podríamos figurar de la siguiente manera: imaginemos una cadena montañosa, como la de los Alpes o la del Himalaya. Cada cima es una de las «ideas constructivas» de la humanidad. Yo avanzo de cima en cima. Me instalo —por así decirlo— a dos mil metros de altura, y desde allí inicio mi recorrido por la vida. Ésa es mi altura inicial. Doy un paso, de una cima a otra, luego voy a la tercera, a la cuarta (sin descender jamás de los dos mil metros). Ora asciendo a los cinco mil, ora descendiendo a los tres mil. A veces alcanzo los seis o siete mil metros, y luego bajo a los cuatro mil. Pero vivo siempre en las alturas, respiro el aire de allá arriba. Recorro el camino del mundo en el plano espiritual, hago mío el avance del pensamiento humano, sigo su curso. Esta labor me ha llevado años, y sólo ahora entreveo su final.

Partí de las fuentes de la espiritualidad del mundo, del *Libro de las mutaciones* chino<sup>[18]</sup>, de Oriente y de los profetas, y llegué al Renacimiento, a la Reforma, al siglo XVIII, al XIX y a nuestra época, pasando por Grecia, Roma, el Nuevo Testamento, Alejandría y la Edad Media. He envejecido, enriqueciéndome con el mundo. Su historia ha sido mi vida.

Eso no quiere decir que haya leído todo cuando se ha escrito en los ámbitos de la historia, de la historia de la filosofía, de la historia de las religiones, o a lo largo de veinticinco siglos de poesía, no. ¡Ni siquiera una vida entera daría para tanto! Pero, consagrada como lo estoy a recorrer ese camino, jamás me he desviado de él, avanzando sin mirar ni a derecha ni a izquierda. He dedicado diez años de mi vida a conocer las vías del mundo y a apropiarme de ellas. Mi cálculo era acertado, nunca lo dudé y sigo sin

dudarlo, pero no era más que un cálculo. La facultad lo fue todo para mí. La licenciatura y la defensa de la tesis no sólo me dieron una gran victoria sino también una auténtica e inmensa alegría, una de las pocas que he tenido. Mi trabajo sobre Jenofonte<sup>[19]</sup>, mi tesis sobre Filipo de Macedonia<sup>[20]</sup> (¡cuánto he amado siempre a ese Dédalo, el padre de Alejandro, ese Icaro!), me transportaron a lo largo de los siglos, obligándome a comprender la marcha y la grandeza de aquello con lo que yo anhelaba fundirme.

No se trataba sólo de conocer y de estudiar; lo importante era someterse interiormente a las influencias, a las profundas corrientes que el mundo había seguido —y no siempre de buen grado— durante milenios; reflejar esa evolución, asimilar los cambios, comprender su avance, sus metamorfosis, sus caídas y su ascensión. En ciertos momentos de mi vida, la filosofía y la literatura, el arte y la sociología me cautivaron casi con la misma intensidad. Yo iba interiorizando todos los fermentos espirituales del mundo, todo lo que lo hacía avanzar, todas las fuerzas creadoras, para poder seguir su «curva» —sí, ésa es la palabra precisa—: quería que la curva de mi evolución y la de la evolución del mundo coincidieran.

Ya sé que una vida entera no basta para estudiar el mundo tal y como yo deseaba, pero he hecho cuanto he podido. Me impuse ciertos límites. Me atuve a lo esencial. Me interesé, en primer lugar, por las ideas y los hombres que defendían esas ideas. Quería asemejarme al mundo, o sea, experimentar las mismas influencias que él. El mundo tenía una ventaja sobre mí: toda la eternidad por delante. Pero yo tenía otra sobre él: mi voluntad.

Durante ese tiempo, el señor Tiaguine, mi padre, se dedicaba a especular, a enriquecerse ahora para arruinarse después, sin gastar un céntimo en mis estudios. Yo no tenía dinero ni para coger el metro, y, hambrienta pero obsesionada siempre con mi idea, iba corriendo a la facultad o me sumergía en mis libros, sin apenas molestarme en asearme. La señora Tiaguine, mi madre, intentó convencerme muchas veces de que aprendiera a coser o a hacer muñecas, e incluso iniciarme en el oficio de peluquera (que ella consideraba uno de los más rentables). Dacha, mi hermana, no se dignó a darme un consejo ni a hacerme un reproche. Ella es de esa clase de personas que no se interesan por nadie y que, para no complicar su relación con los demás, se bastan a sí mismas. Pero tal vez estoy siendo injusta con ella. ¡Ah, las personas equilibradas! Siempre acaban igual: se dedican a echar panza y mueren rodeadas de una porrada de críos.

Mi vida transcurría de manera desigual, ni demasiado honesta ni demasiado pura. Nunca perdía de vista mi objetivo, ni lo traicionaba. Cuando

B. me daba algo de dinero, se lo agradecía de corazón, porque entonces podía saciar mi apetito. Yo intentaba que mi familia gastara lo menos posible en mi sustento.

Pero todo eso ya pasó. Ahora podría conseguir un puesto de «profesora de historia» en cualquier ciudad de provincias, pero aquí estoy, en París, tumbada en el sofá de mi casa o en el de una casa ajena. Hoy, concretamente, en el sofá de Ledd. Y voy a quedarme aquí hasta que anochezca. Colgados en la pared, Novalis y Bakunin, dos viejos conocidos; en el pasado, pensé muchas veces en ellos, y ahora... Ahí están, unidos en esa pared de colores abigarrados, en el cuarto de Ledd. Más vale morir como Novalis que como Bakunin. Más vale vivir como Bakunin que como Novalis.

Me levanto, ya es casi de noche. Pronto llegará el día de los adioses, pero hoy no es ese día.

—Si te decides a actuar —le digo—, estás salvado. Y ya nada te asusta.

Él me estrecha en sus brazos, me besa las manos.

—Vayámonos juntos: sólo eso puede salvarme. Vayámonos de aquí los dos.

Para distraerle de sus tristes pensamientos, le cuento una historia:

—Erase una vez, hace ya tiempo, una pequeña tribu, que vivía en una isla lejana. Como ya había alcanzado un alto grado de civilización, tenía su propia cultura, sus artes y sus leyes, y no conocía ni la miseria ni la guerra. La amistad, el respeto, los buenos modales eran sus valores comunes. No había discordia, ni desgracias, ni epidemias, ni tiranía: sus gobernantes eran honrados y previsores, sus mujeres laboriosas, sus hijos inocentes.

»Un día aquel pueblo se enteró de que unos bárbaros se disponían a atacarlo y exterminarlo. Cerca de allí había otras islas, donde vivían, desde tiempos inmemoriales, gentes ávidas, groseras, brutales, criminales que habían decidido aniquilar el pequeño poblado para destruir su orden social, adueñarse de todo y sembrar la miseria, las enfermedades, la mentira, el miedo y el hastío.

»Cuando se enteraron los habitantes de la isla, salieron todos de sus casas, sumidos en una gran aflicción. Era obvio que ninguno de ellos podría sobrevivir en esa lucha desigual. Entonces eligieron de entre ellos a la persona que consideraban más digna y la enviaron a la tierra lejana, para que contase a la gente que vivía allí que aquella isla había existido y que en ella se había desarrollado una gran civilización; de ese modo, el recuerdo de cuanto habían logrado no se extinguiría. Al saberse condenados, deseaban que por lo menos la leyenda de su vida les sobreviviese.

»El hombre que habían elegido abandonó las playas de su infancia. Llevaba con él varios modelos de máquinas ligeras y sólidas, aparatos voladores y remedios de una eficacia sorprendente, que otorgaban la longevidad. Llevaba libros doctos escritos por grandes sabios, instrumentos de dulces sonidos y leves tan excelentes que incluso habían sido musicalizadas. Llevaba finos tejidos, planos de puentes y de edificios pasmosos... Cuando el hombre desapareció de su vista, los habitantes del poblado se pusieron a aguardar su destino. Su vida cambió: todo lo que antaño había tenido sentido perdió su valor e importancia. En vez de la antigua belleza y perfección, algo nuevo, desconocido, apareció entre ellos; algo a lo que incluso les fue imposible poner un nombre. A medida que las innumerables hordas de los bárbaros se acercaban en sus balsas, cercando la isla por doquier, esa cosa indecible se hacía más fuerte entre los habitantes: sus pensamientos y sus rostros se volvían más luminosos, sus miradas más expresivas, sus gestos más solemnes. Sus corazones se abrazaban, sus mentes se esclarecían, sus almas se purificaban a la espera de la muerte. En vez de todo lo que habían conocido, y que ahora estaba condenado a perecer, algo inmortal, singular, se manifestó en ellos: una suave magnificencia, que sólo la cercanía de la muerte podía aportarles, y que era mucho más preciosa que todo lo que el hombre digno se había llevado consigo. Ese elemento nuevo no tenía comparación con los libros, con los modelos o los planos. Y si el hombre digno hubiera podido regresar en ese momento no habría podido reconocer a los suyos, y éstos no habrían comprendido qué hacía él entre ellos ni para qué servían los objetos que le habían confiado; no habrían comprendido lo que ese hombre se disponía a contar con respecto a ellos a los habitantes de la tierra, dado que no los conocía en absoluto, ni tampoco la importancia de esa leyenda, que debía sobrevivir en la memoria de los hombres.

»Y aquel poblado pereció, claro, porque los bárbaros eran cien veces más numerosos, y porque le había llegado su hora.

... A las siete pasadas, salgo de la casa de Ledd. Al llegar a la calle, noto un olor a quemado. Una niebla húmeda envuelve la ciudad. ¿Qué es este Himalaya por el que camina mi pensamiento? El sentimiento de mi libertad me embriaga. Puedo torcer a derecha y a izquierda, o puedo detenerme, si quiero. Puedo vivir y puedo morir. Puedo reanimar, resucitar mi pasado y puedo crear mi porvenir. Entro en una panadería y elijo uno de los ocho panes distintos y bien horneados, y pido que me lo abran por la mitad. En el ultramarinos de al lado, le ponen una loncha de jamón gruesa, algo seca, que



se pliega con dificultad. Voy andando por la calle, le doy un mordisco al bocadillo y lo mastico. Una sensación de libertad ilimitada me invade de tal modo que hasta me da vértigo. Puedo elegir entre todo lo que se me ofrece (o sea, entre infinidad de cosas), entre todo lo que deseo, y, lo que elija, me pertenecerá, así como yo le perteneceré. Y elijo el mundo entero, porque es lo más difícil.

¿Qué vía debo seguir para fundirme con él? Una débil llovizna me moja la cara; en la otra orilla del río, el cielo se vuelve de un negro púrpura. No sé adónde voy, qué son estos puentes, estos muelles: tengo miedo, estoy triste, me abandono a un estado que parece anunciar mi muerte. De nuevo me asalta la idea de que no tengo escapatoria, de que no habrá encuentro, ni sentido, ni respuesta posible; la idea de que todo es inútil, de que el yo no puede unirse al no yo, de que esta ciudad, este país, este continente, este planeta no tienen, ni tendrán jamás, nada en común conmigo. Éste cielo negro y púrpura tiene su propia existencia, y yo tengo la mía, junto con mi libertad, la libertad de tomarme un vaso de vino en la barra del bar de la esquina. ¿O mejor un café?

## VII

La ventana tardaba en iluminarse. Aquella mañana, el sol remoloneaba sin decidirse a levantarse. Sin duda, estaba saliendo en algún lugar pero no por encima de París; a las seis, a las siete, a las ocho, ante los ojos abiertos de Dacha, no se veía otra cosa que el cuadrado gris oscuro de la ventana (no había bajado la persiana), como si el cristal estuviera encalado o como si, durante la noche, alguien hubiera levantado un muro justo delante. No se oía el menor ruido, ni siquiera el tictac del reloj al que, al aparecer, había olvidado dar cuerda, así que el tiempo ya no existía. Tumbada boca arriba, con los ojos abiertos, Dacha reflexionaba como de costumbre, sumida en la oscuridad y el silencio.

«Todo lo que pasó, no sirvió para nada. Además, no pasó nada. Posé la mano sobre un tórax, sobre un pecho minúsculo, y un hombre sanó. Eso es un hecho real, pero todo lo demás era intangible, imponderable. Él lo sabía todo, desde luego, y, aún sabiéndolo, no dio señales de vida. Ahora, la indiferencia de Sonia le hace sufrir... Sonia: quisiera que se muriese. Todo el mundo tiene derecho a querer. O quizá yo, precisamente yo, no lo tenga. ¡Bah, qué tontería! Un deseo no puede cambiar nada. Quisiera que no estuviera ya en este mundo, no para reparar el pasado (que es irreparable) ni con vistas al futuro (haré todo lo posible por alejarme de ella). Quisiera que ya no existiese: eso me haría sentir bien.

»Estas cosas pasan: los presentimientos se estrellan contra un muro, los presagios se esfuman. Son vanos. Todo es vano. Las señales, las profecías están vacías, no significan nada. Son puro engaño. Hay que reírse de ellas, olvidarlas. El hombre para el que encontré —¡y solo para él!— palabras únicas, una fuerza única, olvidó mi nombre apenas un mes después; dentro de un año, ni siquiera se acordará de mi cara. Estas malas pasadas que me juega el destino, estas... “pruebas”, digamos, ¿para qué me sirven? Ni las elegí ni las acepté. Ni las comprendo ni las quiero. ¡No, no! Me estoy liando, no

puedo vivir en un nudo así. En la vida, hay algo más, algo que yo aprecio mucho... ¡Así que no lo toquéis!

»Amo esta quietud. Si la perdiese, ya no sería yo. Por eso pienso conservarla, pase lo que pase, cueste lo que cueste, como la he conservado hasta ahora. Aunque los demás piensen que no tiene ningún sentido, yo sé por qué lo hago: por esa quietud en sí, por su integridad, su plenitud. Ella está en mí. Y si un día vuelvo a sentir esa calor en mis manos, esa fuerza que emana de mí, sabré que el destino me está poniendo otra vez a prueba, y, para evitar que se pierda, intentaré aliviar algún sufrimiento, aunque sólo sea el del gato de los vecinos... Los seres humanos nos engañan. Acercarse a ellos es un error. Cuanto más importantes son las cosas que nos dicen mayor es el vacío que nos dejan después. El vacío nos atrapa. ¡Qué vacía está mi vida ahora! ¡Todo está tan claro en mí, tan tranquilo, pero también tan vacío, en verdad!

»No, no, lo que vive en mi interior, lo que yace oculto en el fondo de mi alma está cargado de un sentido tan profundo que incluso a mí se me escapa. Aunque está dentro de mí, soy yo la que menos entiende su función. El tiempo pasa, la vida reduce cada vez más ese sentido ya de por sí tenue, y al final tendré la impresión de que todo era absurdo, porque no lo comprendí. Ojalá que esa fuerza hubiera traído consigo la capacidad de descifrar su sentido, su objetivo y su alcance. Soy como una araña de los jardines, que teje su tela en forma de cruz... Pero me gustaría saber de qué me vale esta cruz, qué significa. Ojalá no fuera así. Ojalá la vida dejara que mis dones florecieran, se expandieran, como una planta exuberante, hasta convertirse en algo grande y hermoso, y, sobre todo, comprensible, fuerte, válido. Es como si no hubiera accedido más que de un modo parcial a algo y el resto me estuviera vedado. Con razón temía, estos años atrás, que mis conocimientos, mi talento, mi grandeza de alma y, sobre todo, mi energía espiritual no bastaran para ayudarme a avanzar por un camino que me es propio, y que no pudiera desarrollarme a la par que las fuerzas que me habían sido dadas. Esas fuerzas no han eclosionado, no florecerán. ¿Tal vez mi defecto fundamental resida precisamente en esta paz que ya estaba en mí desde el principio? Fui elegida para la contemplación y no para la acción, ni para el tormento; no he experimentado mi parte de angustia sagrada, no soy capaz de sufrir, no, porque esa capacidad me fue negada. Las cualidades que, de entrada, necesitaba eran justo las opuestas a las que me habían sido dadas. ¿Pero por qué dadas? ¿No podía tomar, por mí misma, lo que tanta falta me hacía: la capacidad de sufrir, la voluntad de actuar, la sed de luchar? Yo había descubierto en mí un equilibrio que lo resistía todo. Si hubiera accedido a él

por una vía difícil, desesperante, peligrosa, entonces ese equilibrio se habría mudado en sabiduría, pero, como no fue así, se volvió instintivo, casi físico. Tal y como soy, siempre he hallado un refugio, una suerte de nirvana en mi interior, y, durante mucho tiempo, amé eso que había en mí y alrededor de mí. Sí, debo confesarlo: durante mucho tiempo todo me contentaba.

«Quisiera que Sonia se muriese, quisiera que no existiera. Nadie la ama. Da la impresión de que la aman, pero es pura ilusión, porque nadie puede amarla. Me apena pensar en ella. Quisiera seguir pensando en mí».

Pero, de repente, Dacha se percató de que la plenitud y la inmovilidad de ese silencio tan agradable no eran naturales, de que su reloj se había parado y de que, ciertamente, era tarde. Así que se levantó y empezó a vestirse. Tras la ventana, el día apenas despuntaba.

Hacía ya tiempo que Léon Moreau ya no estaba sentado detrás de la doble puerta tapizada de paño: la dirección del banco donde trabajaba Dacha esperaba cambios importantes en un futuro próximo. Desde hacía una semana, el hijo de Léon Moreau había ocupado su lugar, como era su deber. No porque hubiera muerto su padre, sino porque éste estaba gravemente enfermo del hígado y del corazón. Ahora, al acabar su jornada, Dacha iba a casa de Léon Moreau a llevarle cartas, documentos y a escribir al dictado, mientras él gemía entre sorbo y sorbo de cierto líquido medicinal y la llamaba, con mucha frecuencia, «hija mía» (cosa que nunca había hecho antes); otras dos secretarías descifrabán los textos taquigrafiados que su jefe había dictado durante el día: un nuevo capítulo de su libro sobre el porvenir de las finanzas europeas.

A veces, el hijo la llevaba en coche. Era un hombre tranquilo, feo, prematuramente calvo, al que le habían amputado el brazo izquierdo a la altura del hombro (había sido herido en 1918, un mes antes de finalizar la guerra). Tenía cuarenta años, pero parecía mayor. Cuando su padre cayó enfermo, le hizo venir de Orán, pero él confiaba en volver pronto a África, continente que le gustaba mucho, al contrario que París. Mientras el coche (que él conducía hábilmente con su única mano, ya que le habían hecho el volante a medida) aguardaba, aquí y allá, ante un semáforo en rojo o circulaba a lo largo del parque Monceau, el señor Moreau hijo le hablaba de Orán, de Túnez, de Argel, diciendo que «si le llegara a suceder alguna desgracia» a su padre, él no ocuparía su puesto, no se trasladaría a París, sino que, muy al contrario, se iría aún más lejos: a Addis Abeba, a Johannesburgo, a Madagascar. No porque le gustara la aventura, el exotismo, la caza del tigre ni nada por el estilo, sino porque la vida allí era más cómoda, más agradable que

en Europa: tenía una maravillosa casa en la que siempre hacía fresco, muchos sirvientes, dos coches, una soberbia colección de discos raros... En fin, que estaba muy contento con su vida.

Dacha se apeaba del coche reprimiendo un bostezo; al cabo de una hora o dos, volvía a su casa, sin prestar atención a lo que pasaba a su alrededor, sin fijarse en el tiempo que hacía ni en las calles que cruzaba, bajando y subiendo las escaleras del metro como un autómatas. Su familia la esperaba para cenar. Su padre solía recibir la visita de Feltman, que o bien iba a cenar o llegaba después de la cena, y luego se quedaba a pasar la velada con ellos. Entonces, Liubov Ivánovna y Zai se marchaban al cine, mientras Dacha se quedaba en el comedor, sentada ante la mesa ya recogida, escuchando con agrado cosas sobre Crimea, Odessa, San Petersburgo, Constantinopla, Belgrado, Praga, a las que ella añadía luego algunas palabras sobre Addis Abeba y Johannesburgo.

Feltman —bien se veía— había envejecido. Era un hombrecillo apacible que, en el pasado, había ejercido como abogado en Moscú o en San Petersburgo. El año anterior le había ocurrido algo de lo más curioso, y, aunque todos los que frecuentaban la casa de los Tiaguine habían vivido, en algún momento, un acontecimiento extraordinario, Feltman era considerado allí como la persona a la que el destino le había deparado el vuelco más original: tras muchos años de vida miserable en Francia, un buen día Feltman había compuesto un tango que había terminado dando la vuelta al mundo; innumerables cantantes disfrazados de cíngaros o de españoles lo gritaban al son de la guitarra en los bares nocturnos de Rusia; una diva, con una imponente voz operística, lo cantaba, acompañada de una orquesta, en una película estadounidense; los golfillos lo silbaban en la calle; había sido traducido a todas las lenguas, editado y grabado en disco. Ahora, Feltman vivía sin apuros, aunque modestamente. Era obvio que tenía la vida asegurada hasta el final de sus días, pero también que no volvería a componer nada, que su *Estrella Erídano* sería su única creación.

Feltman tenía la cara surcada de arrugas que partían desde la nariz hacia los ojos, y desde allí hacia las sienes, y que le daban ese aire como de estar siempre sonriendo. Le gustaba afirmar que era como Repin<sup>[21]</sup> pero «en fino», lo cual no era del todo falso. Últimamente, para proteger sus ojos azules algo descoloridos de la luz natural, prefería sentarse fuera del círculo luminoso que dibujaba la lámpara del techo. Esa noche, Dacha, con la cabeza apoyada en una mano, y mientras varios anillos de humo se elevaban lentamente en el aire desde su cigarrillo, le preguntó por su tango. Y el anciano contó, por

enésima vez, la historia de su composición: de hecho, ese día tenía la impresión de haberlo escrito, pero lo cierto era que una noche, a sus sesenta y tantos años, una melodía había empezado a rondarle la cabeza así como así, sin ninguna razón aparente (más tarde, algunos compatriotas le habían comentado en varias ocasiones que les recordaba a una canción judía); sus vecinos tenían un piano, Feltman había ido a su casa y había tocado la melodía con un solo dedo. Esa misma noche, metido en la cama, había compuesto la letra: unas palabras pobres, sentimentales, muy sencillas, que le habían hecho llorar. Se le habían ocurrido al pensar en su mujer, que le había dejado cinco años antes, cuando él siempre había intentado, con más o menos fortuna, serle fiel, y aún confiaba en terminar sus días a su lado. Ella le había abandonado por su mejor amigo, pero eso no tenía importancia, podría haber conocido a cualquier otro por casualidad; la decepción causada por un amigo no era nada comparada con aquella pesadilla, aquel horror... Y entonces un guitarrista moldavo, que le había enviado alguien, se aprendió la melodía, y de ese modo comenzó su gloria, o más bien la de su tango, ya que ¿quién conocía el nombre de la persona que había compuesto esa canción de moda?

Dacha ya sabía todo eso, pero lo había olvidado.

—¿Y por qué le puso *La estrella Erídano*? ¿Qué es eso de Erídano?

—Porque, resplandeciente de ternura, de contento, de orgullo y de nostalgia, después de su marcha, decidí ir a buscarla al otro extremo del mundo, allí donde brilla la estrella Erídano<sup>[22]</sup>.

Y entonces se puso a tararear, con una voz trémula de tenor que enseguida se tornó bisbiseo.

En el pasillo, encima de un armario, había un gramófono, aunque nadie sabía a quién pertenecía. Sonia lo había traído prestado el año anterior y, desde entonces, aún no lo había devuelto. Dacha lo bajó, le limpió el polvo y lo llevó al comedor. Encontraron el disco que Feltman les había regalado un día, y que ahora estaba algo mellado por el borde. En una de sus caras, una cingara cantaba *La estrella Erídano* en ruso, acompañada por un grupo de guitarristas, y en la otra, la misma cingara cantaba con un coro. Primero escucharon a la cingara con el coro, y luego con los guitarristas. Feltman oía su obra con visible placer, Tiaguine la silbaba suavemente, y Dacha, de pie junto al gramófono, se fijaba en la letra. Era muy sencilla, en efecto: «Te has ido, he quitado el retrato tuyo que había en mi mesa... Iré a buscarte por todos los rincones del mundo, incluso al más lejano».

*Allí donde todo está desierto,  
y entre las brumas de antaño,  
brilla la estrella Erídano...*

Sólo Dios sabe por qué esas palabras nos llegan al alma. Pero a Dacha ya no le extrañaba que en los rincones más apartados del mundo la gente cantara, escuchara, bailara al son de esa música.

—La gente de ahora ya no entiende de esto —dijo Tiaguine—. Prefieren la percusión y el saxofón.

—¡Y, sin embargo, lo entendieron! —replicó Dacha volviendo a poner la canción desde el principio—. Si se han vendido miles de ejemplares del disco es porque a la gente también le gusta esta música.

Dacha se sentía violenta delante de Feltman. Cuando empezó a sonar la música, se había oído un portazo: era Sonia, dándoles a entender que la estaban molestando. Pero Feltman veía girar el disco sonriendo, y su mente estaba, a todas luces, en otra parte.

Cuando Liubov Ivánovna y Zai volvieron del cine, hallaron a Tiaguine y a su invitado enzarzados en una interminable discusión acerca del pasado y del futuro, de la última guerra y de la que, inevitablemente, iba a estallar; sentada junto a la lámpara, Dacha estaba clasificando unos papeles. Desde que León Moreau había enfermado, Dacha tenía mucho trabajo.

—Deberías pedir un aumento —le dijo Liubov Ivánovna, echando un vistazo por encima del brazo de Dacha.

—¿Qué tal la película?

—A Zai le gustó, así que debía ser buena.

Entonces oyeron a Zai atravesar el pasillo, entrar en la cocina y volver enseguida a su habitación. Le había entrado sed y había ido corriendo a beber un vaso de leche. Zai se retiró a su habitación, abrió su bolso de cuero amarillo, que siempre llevaba colgado en el hombro, encontró un sobre en el bolsillo interior y sacó una hoja de él. Por segunda vez releyó la invitación impresa en aquel fino papel verde: al día siguiente por la noche, debía asistir, por primera vez, a una reunión, cosa que a ella le parecía un grandísimo acontecimiento.

Y desde luego lo era, pues hasta entonces Zai jamás había participado en ese tipo de reuniones, a las que no era fácil ser invitado: la invitación provenía de un muchacho al que acababa de conocer y que le había pedido que no faltara a la cita; su amiga, una joven de la que tampoco sabía nada, le había sonreído con aire protector. Todo ello había ocurrido el jueves anterior, a las

tres de la tarde, en un café situado enfrente de la iglesia de Saint—Germain. Zai estaba leyendo una *plaquette* de poemas en francés que acababa de comprar en la librería de enfrente; de vez cuando alzaba la vista hacia la plaza, la iglesia iluminada por el pálido sol de diciembre, los rótulos, la otra acera. Zai estaba sentada en la terraza; hacía un día precioso, y había mucha gente en la terraza. La mesa de Zai estaba pegada a la calle; de repente, vio aparecer a su lado un cochecito: la madre entró corriendo en el café, sin duda buscando a alguien; lenta y metódicamente, con un placer manifiesto, una sonrisa plácida y algún pensamiento en su cabecita, el niño de dos años empezó a deshacer el paquete posado a sus pies sobre la manta, envuelto en papel de periódico. Cómodamente sentado, apartó las rodillas, y Zai se dio cuenta de que tenía unos peces plateados y viscosos entre las manos. Eran unas sardinas grandes que, seguramente, su madre acababa de comprar en la pescadería, y ahora brillaban en las manitas del niño, dejando un fino reguero de sangre en la manta azul. El niño arrugaba los ojos de puro placer, soltando de vez en cuando un gritito de triunfo. Las sardinas (o quizá fueron unos arenques pequeños) resbalaban por la manta, la primera aprisionada ya entre el borde del cochecito y el colchón, la segunda entre las rodillas del niño, que, al tiempo, intentaba meterse una tercera en la boca. Otros dos yacían en la acera, con la cabeza arrancada.

—Se la va a tragar —dijo alguien en voz alta.

Todo el mundo volvió la cabeza, pero nadie movió un dedo.

—¡La cena de la familia! —soltó una señora que estaba detrás de Zai, riendo.

—¿Dónde está su madre? ¡Menuda azotaina le va a dar!

El niño ya estaba a punto de arrancarle la cola al pez con los dientes, triturándole al mismo tiempo el cuerpo brillante y liso. Zai dio un brinco, le quitó la sardina, recogió las que habían caído a la acera, agarró las que estaban sobre la manta y las envolvió todas rápidamente.

—¡No las vuelvas a tocar! —le dijo al niño con aire severo, volviendo a su sitio.

En ese momento, regresó la madre; el cochecito arrancó y el niño se puso a llorar. Durante unos segundos, todas las miradas se volvieron hacia Zai. «¿Qué he hecho? —pensó asustada—. No tenía ningún derecho a hacer eso».

—Cómo se nota que es usted extranjera —dijo un joven sentado al lado de una chica—. Se ha inmiscuido usted en lo que no le incumbía con tanta gracia, con tanta naturalidad. Nosotros seríamos incapaces, aunque el niño estuviera jugando con dinamita.



Zai se volvió.

—Yo soy francesa —le replicó—, y usted... ¿Usted quién es? ¿Por qué se ha inmiscuido también en lo que no le incumbía?

Zai se había azorado de repente. Temía haberse puesto colorada.

La chica se echó a reír, y el joven dijo:

—Yo soy francés, y si me he entrometido ha sido por puro espíritu de contradicción. Aquí nadie se habría levantado, aunque el niño se hubiera estado asfixiando. La gente siempre piensa: «Igual la madre, al volver, me suelta: ¡No tiene usted ningún derecho a tocar a mi hijo! Me está usted ofendiendo. ¿Insinúa que no me ocupo de él? Le he dado esos peces a propósito, para que se entretenga, y eso a usted no le incumbe. A lo mejor ésa es mi manera de educarle. Cada cual tiene su idea al respecto, y mis ideas no le conciernen a usted». ¿Te has dado cuenta, Denise, que nadie se ha sentido obligado a intervenir?

Denise estaba ocupada en su gran vaso y en la paja que había dentro.

—Creo que exageras.

—En absoluto. No valía la pena dar un brinco para quitarle al niño la cola del pez. Está claro que su madre le había confiado esos arenques a propósito, como diciendo: aprende a no tener miedo de nada, mi chiquitín. Hoy fueron unos pececillos, mañana unos gatitos, pasado mañana unos tigres.

Los tres se echaron a reír.

Así fue cómo los conoció Zai, y, al despedirse, le dieron esa invitación de color verde.

Nadie se la pidió al entrar en la sala, o, mejor dicho, en aquel sótano exiguo, atestado de humo y de voces. Un chico muy joven, ronco y emocionado, con los ojos desorbitados, el cuello de la camisa desabrochado, la hizo pasar, poniéndole la mano en el hombro como a todos los demás: «¡Aún hay sitios libres, al fondo a la izquierda!». Zai siguió su consejo. Nada más llegar ella, el camarero dejó estrepitosamente su enorme bandeja sobre una de las mesas y repartió las bebidas, sin equivocarse ni una vez: una cerveza, un café, un vino, un coñac, un té, una limonada, una naranjada, un ponche y otros líquidos de colores que Zai no conocía. Todo el mundo gritaba. El grupo juntó las mesas. Una de las chicas estaba sentada encima de una de ellas, pero la hicieron bajar de inmediato. Otras cinco o seis personas entraron.

—¡Arrímense un poco, señoras y señores! —gritó una de ellas.

—¡Arrímense, arrímense! —repitió a coro el grupo, y la fila de atrás se desplazó a la izquierda.

Zai quedó apretujada. Denise y su amigo acabaron arrinconados en una esquina, y hasta hubo alguien que cayó al suelo.

—¡Me han dejado fuera! —se oyó gritar—. ¡Ése era mi sitio, pero me lo han quitado!

—¡Silencio! —dijo con voz atronadora un chico muy guapo, de unos dieciocho años, delgado, cuello largo y nariz aguileña—. En vista del éxito obtenido, la próxima reunión de nuestro club será en un local más grande.

Un tremendo clamor resonó en el sótano, evidenciando, al parecer, la satisfacción causada por aquellas palabras.

—¡Silencio! —volvió a decir el chico—. ¿Todo el mundo tiene ya su bebida? El camarero quiere que le pagemos a toca teja. Después, nos dejará tranquilos.

Un clamor aún más fuerte sobrevoló las mesas, expresando, esta vez, la indignación general. El camarero, mostrando sus encías con una sonrisa, agitó su servilleta.

Zai no quitaba ojo. Había tantas chicas como chicos; varias parejas estaban cogidas de la mano. Casi todos fumaban. Salvo dos o tres muchachos más mayores, de unos veinticinco años, todos eran muy jóvenes y llevaban camisas abigarradas, sin corbata. Las chicas vestían con más sobriedad, y casi ninguna iba maquillada; algunas todavía no habían salido de la infancia: se les notaba en la cara y en los brazos. Aparentemente, lo ideal era mostrarse sombríamente alegre. El muchacho que estaba a su izquierda, de rostro fino y moreno, gritó de pronto:

—¡Empecemos! ¡Ya es la hora!

Zai se sorprendió a sí misma a punto de gritar, ella también:

—¡Eso, eso! ¡Empecemos!

Una docena de voces repitió el grito, y algunos se pusieron a aplaudir.

René, el chico al que Zai ya conocía, fue el primero en salir al centro de la sala. Miró al público, sacó una hoja de papel, se aclaró la garganta. Los demás guardaron silencio.

—Voy a leer mi último poema —dijo, y, poco a poco, su rostro fue perdiendo su expresión de confianza—. Se llama *Los peces*.

René leyó un poema bastante largo y desmañado, en el que se repetía un verso con frecuencia:

Un niño vivo jugando con unos peces muertos.

Cuando acabó, Zai se sintió incómoda, como si alguien hubiera cometido un robo en su presencia. Echó un vistazo a Denise, pero ésta estaba

aplaudiendo a rabiar. Otros exclamaban: «¡Eso no vale un pimiento! ¡Qué peñazo! ¡Es de lo más plano!». René volvió a su sitio sin despojarse de su aire altanero.

Un chico que estaba sentado en la otra esquina, después Denise y, al final, una chica cuyos cabellos completamente blancos le caían sobre los hombros fueron recitando por turno. Un poema larguísimo, cargado de sentimientos sublimes, le valió a su autor la acusación de haber «copiado a Musset»; otro, cuyos versos estaban salteados de palabras obscenas, fue acogido con un silencio mortal. Zai, toda ojos y oídos, estaba atenta a cada palabra. El chico que estaba en la entrada leyó una cosa sobre fútbol, obteniendo un rotundo éxito.

—¿Alguien más? ¡Venga, el siguiente! ¡Quien no haya leído que levante la mano! —gritó alguien que estaba junto a la pared de enfrente, donde, obviamente, se hallaban los organizadores de la velada.

Varias personas levantaron la mano. Zai las imitó.

—Salga al medio de la sala.

Zai tuvo la impresión de que la tierra se abría a sus pies, de que caía por un precipicio. «Esto es sólo un sueño, estoy caminando por un suelo de parqué» —se dijo a sí misma, y, en efecto, al levantarse de la silla, dio dos pasos por aquel suelo liso.

—¿Quién es usted? —gritaron varias personas—. ¿Cómo se llama?

Saliendo de Dios sabe dónde, un hombre inmenso y peludo, que aún no se había hecho notar, se inclinó sobre ella y le hizo esa pregunta, que Zai no había entendido sino sólo adivinado.

—Dumontel —dijo ella despegando apenas los labios, intentando refrenar los temblores que la sacudían por dentro.

—¡Dumontel! —anunció el hombre peludo cuya barba le nacía justo debajo de los ojos.

Zai tomó aliento, deslizó su mirada sobre aquellos rostros fascinados ante ella, y todo se volvió de repente muy sencillo y muy fácil: el miedo se desvaneció, los temblores cesaron. Zai sintió que tenía una voz y que deseaba usarla. Entonces empezó a recitar:

Ella ve en sus ojos su destino  
que a su vez la ve.  
¿Ser o no ser?  
¡Oh, la hermosa, la dulce, la dichosa,  
la nuestra!  
La que dio a los bastardos más  
que a sus propios hijos.

Ellos duermen bajo la piedra,  
bajo el mármol,  
bajo los laureles,  
bajo los sauces y los cipreses,  
los que dieron su aliento a esta tierra.  
Nosotros aún respiramos. ¡Con qué pena!  
Él está en nuestros pulmones,  
el último,  
el máspreciado,  
el más triste  
de los últimos átomos de ese adorado aliento.

Nosotros, convocados a un festín trágico,  
a la hora del despojo,  
a la hora terrible,  
hemos visto derrumbarse otra patria  
—animal salvaje, joven, bárbaro, cruel e inconsciente.  
Hemos sido convocados. Y el telón de la gran historia  
se alza ante nosotros.  
Pero los espectadores se transforman en actores.

Si vuelvo dentro de mil años, encontraré un pequeño país  
que comercia con marisco y vinos raros,  
un país cuya población —varios millones de habitantes—  
guarda en su memoria  
el secreto de los perfumes,  
las huellas de las ideas  
que le fueron dadas al mundo,  
malgastadas, masacradas, aniquiladas.  
mientras el gran Perú  
lucha contra un pueblo que aún no ha nacido  
por una mina de metal aún desconocida.

Hubo una salva de aplausos. Alguien silbó bruscamente. Justo al fondo de la sala, una voz gritó:

—¿Por qué «bastardos»?

Zai, que ya estaba volviendo a su sitio, se volvió de repente y, al no ver a nadie, dijo en dirección a la voz:

—Porque yo también soy una bastarda.

Hubo dos segundos de silencio. Luego todos empezaron a hablar al mismo tiempo.

Zai intentó tranquilizarse: el corazón se le salía del pecho y le faltaba el aliento. El joven de rostro moreno se apartó sin decir palabra para dejarla pasar. Zai se acomodó como pudo entre él y Denise. Tras pensárselo unos instantes, el chico sacó el brazo —no sin dificultad— y, pasándolo por encima de la nuca de Zai, la abrazó por los hombros. Ella no se movió. Al echar un vistazo de reojo, vio que tenía unos dedos finos y las uñas muy limpias. «Él no ha leído ningún poema —pensó—, entonces, ¿qué hace aquí? ¿Quién será?». Y los dos se quedaron inmóviles, pegados uno al otro.

## VIII

Bajo un frío chaparrón de diciembre, los dos recorrieron juntos, largo tiempo, las calles oscuras, los bulevares barnizados por la lluvia, con el impermeable empapado y la cara humedecida por la niebla nocturna. Él la llevaba abrazada por los hombros.

—Es aquí —dijo Zai, al llegar.

Un gran arco en la entrada de un edificio negro que daba a un rincón, patio o jardín, perdido en pleno centro de la ciudad. El chico se internó con ella.

—Espere un minuto, no se vaya.

Zai intentó zafar sus manos.

—Míreme bien, si no mañana ya no me reconocerá. Porque la veré mañana, ¿verdad? ¿A qué hora?

Aunque era de noche y estaba tan cerca de un extraño, Zai no tenía miedo. ¡Shiss!: resonó el silbo de una bicicleta al pasar por encima de un charco.

—Como quiera. Pero ¿por qué no recitó usted nada? ¿Acaso no escribe poemas?

—No. Voy allí porque me gusta, nada más. Yo estoy estudiando medicina. Pero voy a dejar la facultad para entrar en una escuela de arte dramático. Aunque asisto a todas las reuniones, cuando tengo tiempo. Asisto a un montón de cosas... ¿Quiere que vayamos a escuchar a Hedelbrenner? O, bueno, pasado mañana es domingo, y yo entreno ese día, hago atletismo... ¿quiere venir?

Zai no sabía si Hedelbrenner era un filósofo, un pianista o una de las personas que habían leído sus poemas esa noche. Y lo del entrenamiento de atletismo la había descolocado del todo. Jamás había conocido a nadie que se interesara por tal cosa. Así que tardó en responder. El chico estaba completamente turbado:

—Bueno, olvídalo, no hace falta que venga. Supongo que esas cosas no le interesarán en absoluto. Iré yo solo.

Los dos guardaron silencio unos segundos.

—Me encanta estar con usted —dijo él dulcemente—. ¿No irá a desaparecer, verdad?

—No.

Se oyeron unos pasos. Alguien venía por la calle, pisoteando los charcos. Los pasos se acercaban. El hombre llegó a su altura, pasó de largo y desapareció.

Él la tenía asida por las *manos* y, con sus grandes ojos oscuros, le escrutaba de cerca la cara. En medio de la oscuridad, su fino rostro parecía más vivo, serio e inquieto, muy distinto al que ella había visto en el sótano, y Zai sintió que se le iba a quedar grabado en la memoria tal y como era ahora; aunque el recuerdo de su voz, de su respiración sería aún más profundo que el de su rostro inaprehensible.

—Tengo miedo de que desaparezca, de no volverla a ver. ¿Cómo se llama esta calle? ¿Cuál es el número de este edificio? Mañana, la esperaré aquí, en este sitio, ¿quiere?

—A las ocho y media.

—De acuerdo, haré lo posible... Pero ahora debo volver.

—¿A pie? ¿Dónde vive usted?

—En Passy. Iré a pie, sí. Me gusta caminar solo y de noche por París. Aunque preferiría hacer ese camino con usted.

Zai sonrió, liberando una de sus mejillas, que permanecía oculta tras sus cabellos mojados, tiesos. Sin pensárselo, en un gesto de ternura, el chico le despejó la otra mejilla. Cuando Zai se recogía el pelo por detrás de las orejas, dejaba al descubierto el óvalo de su rostro, ese algo singular que tenían sus pómulos marcados, sus ojos abiertos.

—¿Escribe mucho?

—Escribía —respondió ella después de un silencio.

—¿Y no va a seguir haciéndolo?

Zai sacudió la cabeza.

—No. Al menos por ahora.

Él quiso preguntarle por qué, pero estaba tan embelesado observándole la cara que perdió el hilo de la conversación. Entonces se produjo como un escalofrío entre ellos, entre sus ojos y sus bocas. Él no dijo nada, pero comprendió que algo acababa de suceder en la vida de Zai, y que muy pronto, quizá, sabría más al respecto, ya que por algo se habían conocido. Ella seguía

callada, sin saber qué nombre darle al nuevo sentimiento de liberación que había experimentado esa noche. Una vez más, alzó la vista hacia él y de nuevo se desató ese escalofrío entre ellos. Zai desapareció sin hacer ruido, de manera imperceptible. En el lugar donde, hacía un instante, estaba de pie, no había ya más que un muro de piedra. Zai corría, a paso ligero, por el callejón sin salida, en diagonal, hacia la puerta negra.

Pasa una noche entera, luego un día, y de nuevo es de noche. Y de nuevo él está ahí, delante de la misma puerta cochera. Mirando: ¿qué hay allí detrás? Un inmenso espacio (tiene esa impresión a causa de la oscuridad) negro, cercado, cuatro farolas en cuatro esquinas, volutas de niebla nocturna. Unas cuantas ventanas iluminadas; aquí y allá, un rayo de luz filtrándose por los postigos cerrados y las cortinas corridas. En lo alto, un cielo negro y rosa, una estrella cobriza detrás de las nubes. Pasos. Música a lo lejos. El muchacho se adentra en ese espacio, se cruza con alguien. Todo está en silencio. Hay un coche aparcado cerca de la acera; encima de la matrícula brilla una lucecita, alumbrando un número: 1920. Parece un año. Tal vez el año de nacimiento de Zai. El chico avanza despacio, en medio de la oscuridad, del vacío. Cuántos lugares sorprendentes hay en París... De no ser por ella, tal vez nunca se habría enterado de que existía un callejón así: sin duda debió de ser el patio de algún palacete particular, pero ahora tiene un nombre, y seguro que hay muchos gatos. Al final, un muro ciego, cubierto por una yedra mojada que está perdiendo sus hojas: el muro del edificio iluminado por la farola, mientras que la fachada da a una calle lejana, absolutamente inimaginable.

Lentamente, el chico vuelve a la puerta cochera, al mismo sitio en el que estaban ayer. Allí lee un cartel en el que no se había fijado: «Dorados, molduras, marcos...». Debajo del cartel hay *cierto movimiento*, se ve a alguien. Es ella. Lleva el pelo recogido en la nuca, con una cinta. Trae las mejillas coloradas. Sus cejas son las alas de una golondrina.

Zai puede pasar por debajo de su brazo, por eso a él le resulta tan fácil abrazarla por los hombros.

—¿Adónde vamos? ¿A escuchar a Hedelbrenner (ella ríe de buena gana) o a comer ostras?

—Gracias, ya he cenado.

—Entonces, ¿vamos a ver *El muelle de las brumas*? ¿A un café? ¿O, sencillamente, echamos a andar?

E iban a un café, y luego veían *El muelle de las brumas*, comían ostras, escuchaban a Hedelbrenner (que resultó ser un violinista), cruzaban los jardines desnudos de París o, cuando éstos ya estaban cerrados, los



bordeaban, paseando junto a sus verjas; hubo frutos secos, llegó la Navidad, por la mañana los techos estaban cubiertos de escarcha. Una fina capa de hielo crujía bajo sus pies. Noche tras noche, semana tras semana, él iba a recogerla, fiel a la cita, y noche tras noche, Zai aparecía bajo el cartel de la tienda de marcos, como si unas alas la transportaran hasta allí, hasta el arco, silenciosa y rápidamente. Él, sin decir una palabra, la abrazaba por los hombros, temiendo que esas mismas alas fueran a llevársela. La estrechaba, la arrastraba consigo.

—Ven, vayamos a cualquier sitio en el que no necesitemos a nadie. ¿Quieres conocer mi casa? Estamos en invierno, hace frío en la calle, los jardines están húmedos. ¿O tienes miedo?

—¿Miedo de qué?

—Miedo de venir a mi casa. No estoy solo. Vivo con mi madre, que recibe visitas todo el día, ya lo verás. Pero nadie nos molestará. De hecho, ya le he hablado de ti. ¡Vamos!

Él jamás le había dicho que vivía con su madre. Ella no sabía nada de él, como tampoco él sabía nada de ella. Hasta ahora, se habían complacido en el gozo que se procuraban mutuamente. ¡Zai aún tenía tantas cosas que saber sobre él y tantas que contarle sobre ella!

Subieron a un autobús y se marcharon, de pie, apretujados en el medio; él la protegía de los otros viajeros con su cuerpo, pegándola a la barra. Ella estaba de buen humor, se reía. No necesitaban decirse nada. En momentos así, las palabras no tienen ninguna importancia; Zai podía olvidarse de ellas, sonreír en silencio, cerrar los ojos un instante cuando los labios de Jean—Guy le rozaban el pelo y la manga de su abrigo le acariciaba la cara, sin él saberlo. Al llegar a la esquina de una calle, la ayudó a bajar. Anduvieron deprisa, casi corriendo, codo con codo, y luego giraron. Una estrecha callejuela se abrió ante ellos. El viento silbaba. Él se detuvo delante de una casita —cuatro ventanas solamente— con una cariátide decrepita y chata que sostenía un balcón con los cristales rotos, encima de una puerta renegrida; sacó una llave.

Las palabras la habían abandonado, los pensamientos también, y Zai no hacía nada por recuperarlos, por atraerlos de nuevo. Entraron. Un salón: por todas partes, dorados, sedas, animales disecados, porcelanas. Los dorados desconchados, las sedas descoloridas, los animales roídos por las polillas, las porcelanas resquebrajadas. Una escalera empinada llevaba al primer piso, las tablillas del suelo crujían, cantaban en todas las tonalidades; una puerta entornada daba a un dormitorio lleno de cartones, cajas y cofres apilados hasta el techo; por otra se accedía a la habitación de Jean—Guy: era como

una casa de muñecas, con una ventanita, una biblioteca, un escritorio con una gran mancha de tinta que recordaba el mapa de Australia y una cama con una colcha tan desgastada que se había vuelto transparente.

—Siéntate. ¿A que aquí uno tiene la impresión de estar lejos de todo? Si supieras qué tranquilo es esto... Este rincón mío, quiero decir. En cambio abajo, ¡siempre hay gente! Y hay que airear constantemente, porque huele un poco a cerrado.

Aquello olía más bien a tabaco, a infusión, a medicamentos. Zai tiró su abrigo encima de una silla y se sentó en la cama. Nada más cerrar la puerta, él se abalanzó ávidamente sobre ella, enlazándole las rodillas, mientras ella se arrojaba a sus brazos con la misma fogosidad.

Zai veía los libros de la biblioteca como si fueran fragmentos de un nuevo paisaje que se extendiera hacia lo lejos, delante de sus ojos, hasta el horizonte, y en el que alguien hubiera empotrado, magníficamente, una ventana. Tras esa ventana abierta, en otro mundo, se mecía una rama, se oía cómo el viento soplaba y se abismaba en la chimenea. Zai veía a su lado un ojo oscuro coronado por largas pestañas negras; se inclinó para mirarlo y, de pronto, se vio a sí misma en aquella pupila iluminada por la ternura. Sus dientes regulares, lisos, frescos, cuyo sabor ya conocía, brillaron ante ella; un olor a almendra emanaba de sus labios abiertos en una sonrisa. Una barbilla de adolescente, un cuello frágil. Zai le tocó la cara.

—¡Qué largos son tus labios, y cómo se curvan hacia arriba! ¿Cuántos años tienes? Espera, no me respondas, ¡no hace falta que digas nada! Tengo algo que contarte. Escucha: la vida es una liberación. Sí, sí, no te rías, ahora ya sé cómo es la vida. Al principio, todo parece terrible, el mundo que nos rodea, la gente, incluso tenemos miedo de nosotros mismos porque no nos conocemos, y, cuando lo hacemos, nos echamos a temblar: aprendemos cosas hermosas, ¡y eso es sólo el principio! Somos una cosa temblorosa que ignora si tiene o no derecho a vivir, a elegir, a desear, a exigir, a luchar por algo. Todo nos asusta, incluso nuestros propios pensamientos, y, para guiarnos en la vida, no contamos más que la necesidad de encontrar un refugio, pero ¿dónde, cómo? Vivimos aterrados, nos despreciamos, nos aborrecemos hasta las uñas, de pies a cabeza, con todos esos huesos miserables, dentro de nosotros, que amenazan con romperse en cualquier momento. Y también aborrecemos a los demás, porque son como nosotros, aunque —quién sabe por qué— mucho más valientes. Pero el tiempo pasa, crecemos, ¡y llega la liberación! ¡Sí! ¿Y sabes cómo? Te lo voy a decir: la liberación se presenta como una evidencia, o bien de manera invisible; la vida se abre ante nosotros

como un abanico, y nosotros igual, nos abrimos a nosotros mismos como un abanico, aunque la liberación también puede estallar como un trueno. Y luego están los sueños. Espera un minuto, espera: voy a contarte qué sencillo es vivir, estar vivo, moverse por este mundo, respirar, desear, amar. ¡Es tan sencillo existir, saber lo que se quiere, atreverse, pensar, madurar! Abrázame más fuerte. ¿Sabes esos sueños de los que salimos al despertar como quien huye de una jaula en la que ha estado encerrado sin luz ni aire, temblando continuamente? Pues bien: todo cuanto hacemos después nos conduce a una sola cosa: a la liberación. Da igual que no haya nada después de la muerte si uno ha recorrido ese camino maravilloso, si uno logra salir de esta vida siendo libre. ¿Qué es posible que algunas personas sigan siendo prisioneras de ellas mismas hasta la vejez? Sí, pero, mi vida, nosotros no formamos parte de ese grupo, ¿verdad? Mi vida, ¿crees que seguiré escribiendo poemas, creando, inventando cosas? Pues no, ¡en absoluto! Ésa era una de mis apariencias, pero, mírame ahora, ahora soy libre. Ahora quiero vivir, porque, desde la noche en la que fui a aquel sótano, ¿te acuerdas?, y leí mi poema delante de esa gente, me liberé. Me da igual que les haya gustado o no. Lo importante es que, gracias a eso, hallé mi libertad, y que algo nuevo ha empezado, que debo liberarme de nuevo. Y hoy —¡sigue abrazándome!— continúo liberándome, se está desplegando otra porción del abanico, y muchas otras se abrirán luego... Estoy salvada, estoy mudando de piel, lo sé: vivir es liberarse. Por mi propio esfuerzo, pero también gracias a ti, gracias a la oración o a lo que sea, qué más da el medio... ¡Escúchame! ¡Qué feliz me haría que me pudieras creer!

Él quiso decirle que su voz se asemejaba en ese momento al murmullo de un arroyo, y que no había comprendido del todo lo que le había contado, pero que, aun así, se sentía muy bien. Jean—Guy pegó su mejilla a la de Zai.

—Te creo... Te escucho con atención. Pero aún no me has dicho que me amas.

—¡Pero si llevo media hora diciéndotelo!

Los dos soltaron una carcajada.

Abajo, crujió una puerta, voces, pasos rápidos en la escalera. Luego, alguien llamó a la puerta de la habitación.

Lo demás no tuvo importancia para Zai: conoció a la madre de Jean—Guy, una mujer con el pelo teñido, alegre y parlanchina, y a dos amigas suyas, una delgada y otra gruesa. Después bajaron todos al comedor, donde se sirvió el té como por arte de magia; lo tomaron con ron, y, sobre la mesa, había varios bollitos amontonados sobre un envoltorio de papel. Los chicos se

miraban con aire serio, las señoras reían ruidosamente, hasta que, por fin, dejaron las tazas y se pusieron a jugar a las cartas, fumando y sirviéndose ron de una botella negra. En la radio, alguien cantaba:

*Voir briller l'Eridan  
dans un ciel inconnu<sup>[23]</sup>...*

El reloj marcaba las doce pasadas.

—Conozco a la persona que compuso esa canción —dijo Zai—. Tengo que volver a casa, es tarde.

Salieron. En la calleja tranquila, el viento zumbaba por encima de los tejados; detrás de los vallados, las ramas desnudas de los árboles se combaban hasta el suelo. Llegaron al metro. Él la abrazó, la estrechó contra él; ella le dio un largo y gozoso beso antes de bajar la escalera corriendo, volando, sin ver a la gente, sin ver los anuncios ni a los revisores, hablando sola como si lo tuviera delante:

—Te amo. Te amo porque tú me liberas de mí misma, de los miedos parásitos que me han consumido desde que era niña, de las dudas, de los titubeos, del sentimiento de humillación que siempre he arrastrado, de mi soledad. Te amo porque, cuando estoy a tu lado, contigo, me vuelvo fuerte, libre. Gracias a ti. Y porque el hecho de que tú existas me confirma la existencia de Dios, ya que mi amor por ti existe y el tuyo por mí también.

Zai caminó en la oscuridad, atrapada de vez en cuando por la luz de alguno de los escaparates que permanecían iluminados toda la noche. En el de una joyería, detrás de una reja fina, había expuestos varios collares de perlas. Zai se paró. El escaparate simulaba ser un fondo marino, y en medio de él se veía una gran concha medio abierta; un largo collar de perlas grises se desparramaba cuidadosamente desde su interior, como si hubiera vuelto a su seno original. Si Zai hubiera seguido escribiendo poemas, le habría hecho uno a ese collar, pero todo eso ya había acabado. «¡La vida es una liberación!», resonó en su mente. Era obvio, estaba claro. Y Zai siguió su camino, corriendo.

Liubov Ivánovna, con los cabellos enrollados en unos papillotes, la acorraló contra la puerta de la cocina con su vientre flácido, y le dijo en un tono pretendidamente autoritario y convincente:

—Todas las noches fuera... ¡Cada vez regresas más tarde! Papá tiene razón: ¡hacéis lo que se os antoja! Por Dios, ¿qué voy a hacer contigo? ¡Te

mereces un buen castigo! Pero, claro, como ya tienes dieciocho años, qué puedo hacer... ¿Encerrarte? Yo no soy tu madre. Zai, por el amor de Dios, te lo suplico: espera tres años más, ten un poco de paciencia, ¡y entonces harás lo que quieras!

—¡Tres años! —exclamó Zai, espantada—. ¡Pero si no hago nada malo! Ay, tía Liuba<sup>[24]</sup>, hace tiempo que deseo decírselo: sé muy bien cuánto me quiere. Sé que soy su preferida. No, no diga nada, por favor, sé que estoy en lo cierto. Por eso quería decirle esto: pase lo que pase, siempre estaré con usted. Jamás la abandonaré. Ocurra lo que les ocurra a papá o a Sonia. O a Dacha. Además, yo no hago nada malo. Antes tenía miedo de todo, pero ahora no temo nada, o casi nada, en fin. Sé que la vida es una liberación. ¡Y estoy feliz, tía Liuba! No crea que todos los jóvenes son unos impertinentes que fuman, beben y duermen fuera de casa, no: nuestra vida es complicada y difícil, y la mayoría de nosotros pierde el horizonte porque tiene miedo. Y cuando usted se refiere a ellos como «toda esa panda» está, primero, siendo injusta, porque no son ninguna panda, y, segundo, porque muchos de ellos son muy infelices, y muy tímidos, y están completamente perdidos. Además: ahora creo en Dios.

Liubov Ivánovna se quedó pasmada: ¡el discurso que había estado cociendo durante dos horas largas se le había ido de la cabeza, aniquilado por el monólogo de esta Zai que ni siquiera la escuchaba!

—¿Qué quieres decir con eso de que «jamás la abandonaré»? —le preguntó con aire severo—. ¿A qué viene toda esta historia?

Zai se mordió la lengua e hizo un mohín de súplica.

—Digo que si llegara a pasar algo, o sea, si se quedara sola... A veces es importante saber que a uno le quieren, que jamás le abandonarán... Es lo más importante en la vida.

—¡Cállate! —le espetó Liubov Ivánovna con rudeza, cuidando al mismo tiempo de que no la oyera nadie arriba, en las habitaciones—. Pero... ¿tú deliras o qué? ¡Menuda labia que tienes! Pero eso no cambia nada. Te exijo que estés de vuelta aquí antes de las once, ¿me oyes? ¡Y guárdate tus monólogos para ti! La culpa la tiene Dacha, por permitirte todo.

«No sabe ni lo que dice, está claro —se dijo Zai al meterse en la cama—. Después de las fiestas, en cuanto tenga ocasión, le presentaré a Jean—Guy. Y entonces ya veremos».

Zai tuvo la impresión de que Dacha se había movido en la cama, pero no la llamó, no tenía ganas de hablar, ya lo había hecho bastante por hoy:

primero, había hablado sola, y luego con él, y eso era ya de más. Todo estaba tan claro en ella que no tenía ningunas ganas de pensar en los demás.

Generalmente, Dacha esperaba a que Zai volviese para acostarse, pero hoy estaba muy cansada a causa de un catarro contra el que llevaba días luchando. Se había tomado dos tabletas y un té caliente. Hoy no había sido un día normal: al recordarlo, veía algo así como una astilla en su superficie lisa. ¿El qué? Al salir del banco, Dacha había ido a casa del director, cargada de cartas y de papeles. Eran las cinco, el coche la estaba esperando. Dacha ya se había acostumbrado a ello. Últimamente, Léon Moreau iba mejor, los especialistas del hígado y del corazón ya sólo lo visitaban una vez cada dos días. El viejo Moreau recibía a la gente en su amplio despacho, sentado en un sillón mullido junto a la ventana, cuyo antepecho habían calafateado con una cubierta para evitar que pasara el menor hilillo de aire. Ahora, se pasaba horas contemplando su colección de cuadros primitivos alemanes, que ocupaba la pared que estaba frente a la ventana. Las otras dos paredes estaban cubiertas de libros, auténticos o falsos: a un lado, había una biblioteca, y, al otro, decenas de carpetas con innumerables papeles, viejas matrices de talonarios, agendas acumuladas durante treinta años. Ocultas por unos infolios de pega, había varias botellas de coñac añejo e hileras de vasos de cristal, alineadas en el estante de abajo.

Léon Moreau —un hombre gordo y perfumado, asombrosamente feo pero con una mirada inteligente, penetrante y unas manos hermosas y bien cuidadas— reinaba en su inmenso sillón como un sultán, vestido con una bata de seda enguatada, hecha en Bujara<sup>[25]</sup>, y un gorro bordado de oro que había traído de uno de sus numerosos viajes a Afganistán; fumaba unos cigarrillos especiales, sin tabaco, y devoraba montones de periódicos. Dacha le leía la correspondencia, anotaba sus respuestas, le ponía en comunicación con ministros y académicos. Normalmente, ella se marchaba a las siete. Hoy, el coche la estaba esperando abajo, y eso sí que la extrañó. Moreau hijo —que llevaba la prótesis de la mano izquierda cubierta con un guante negro y enfundada en el bolsillo del abrigo— se había ofrecido a llevarla, y Dacha había aceptado.

Por el camino, habían intercambiado algunas palabras: el viejo estaba mejor; muy pronto, probablemente, podría salir; en esa época, el viaje en avión hasta Orán no era muy agradable; el coche iría por mar. Dacha había comprendido que la comodidad jugaba un papel importante en la vida de Moreau hijo.

—¿También conoce Madagascar? —le había preguntado.

—Oh, sí, estuve varias veces. Antes, hacíamos negocios allí. Y también en Johannesburgo, ya se lo dije, ¿verdad? Pues allí la vida también es muy agradable, y la naturaleza muy interesante: hay toda clase de pájaros raros, de flores, de árboles frutales... Los colores de los paisajes no se parecen en nada a los de aquí («qué suerte», había pensado Dacha observando aquella noche de diciembre) y el cielo es distinto.

—¿Y las estrellas?

—Tampoco son las mismas. ¿Recuerda que, antes, en el instituto nos enseñaban a reconocer el hemisferio sur?: Argos, la Cruz del Sur. Y la estrella Erídano. Yo fallé esa pregunta en el examen. Aunque debo decir que era muy buen alumno...

—¿Erídano? —había preguntado Dacha—. Y yo que creía que era una palabra inventada.

En ese instante, el coche se detuvo.

—Siempre he querido vivir en una calle como ésta. ¿Cómo consiguió un piso aquí? Este rincón de París no se parece a los demás —había dicho él mirando atentamente el portal rematado en un arco de círculo.

—Llevamos tiempo viviendo aquí.

Dacha se había apeado del coche, había cerrado de golpe la portezuela y se había despedido de él bajando un poco la cabeza y sonriendo. Ahora, todo eso le parecía como un signo de interrogación al final de un día de lo más corriente, gris y banal.

Le habría gustado encontrar a Feltman al llegar a casa, para preguntarle: «¿Por qué no me ha dicho nunca que...?». Pero Feltman no estaba. En el comedor, sentado junto a la lámpara, con el pelo revuelto y todo blanco, una chaqueta vieja y remendada en los codos, Tiaguine estaba escribiendo una larga carta. Liubov Ivánovna ya estaba acostada en su habitación, aunque la luz seguía encendida: tenía jaqueca. Dacha había tenido que ir a la cocina, a quitar la comida del fuego, que estaba terminándose de cocer. Zai aún no había llegado.

Y ahora Dacha no lograba conciliar el sueño, pues la jornada de hoy le volvía con insistencia a la memoria. A todas luces, Dacha estaba siendo presa de unas fuerzas desconocidas, y se abandonaba a su juego. Sometida a su influjo, cada vez se sentía más débil, renunciaba a su voluntad.

Pero ¿hacía bien en escucharse de ese modo, en hacerse tales confidencias? ¿No era acaso más sencillo dejarse llevar por la corriente de la vida? No, Dacha debía sacar fuerzas para confesárselo: al principio de su vida, creía que muchas cosas eran como un enigma profundo, primordial;

pensaba que en el destino de la gente y, por supuesto, en el suyo, había algo mágico. Pero todo era mentira. Un engaño. Una ilusión. ¿O sería que tal vez ella no había conseguido descifrar el enigma? ¿Qué le había faltado sabiduría, locura o algo semejante? ¿Integridad quizá? Dacha no era del todo humana: le faltaba algo.

«Llevo mi famoso equilibrio como si fuera una joroba en mi espalda — pensó—. Es cierto que me procura una inmensa dicha, que hay mucho de belleza en él, pero también de inercia, de falta de vitalidad. No sé qué hacer, adónde ir, ni a quién dirigirme. Aunque ¿qué necesidad tengo de esto?».

Pero, al cabo de unos minutos, todas esas cuestiones le parecieron artificiales, dolorosas, muy superiores a su entendimiento. «Nada de grandes alegrías ni de grandes sufrimientos. No puedo con eso —se dijo—. Soy como una balanza hecha para pesar únicamente pesos precisos, y no de otro tipo. Una balanza que no debe subir ni bajar en exceso. Dentro de mí hay paz. Una estrella Erídano que no necesito buscar, ir al fin del mundo para encontrarla...».

Al día siguiente, la ciudad le mostró a Dacha su rostro festivo, una alegre agitación reinaba en ella: era la víspera del Año Nuevo. Los abetos adornados, salpicados a veces por una nieve resplandeciente que no se fundía, brillaban en los escaparates de las tiendas. «Un auténtico bosque en los escaparates. París es una selva, ya se lo dije yo a Ledd en broma —pensó Dacha, andando por la calle—. ¿Dónde estará ahora? ¿De qué valió que nos conociésemos?».

Dacha pensó en Sonia. Hacía muy poco, había deseado su muerte. Ahora, Sonia, con su potente voz, su rostro hermoso pero duro, sus manos finas, como esculpidas, sus movimientos bruscos, sus cabellos cortos, ondulados, y su talle tan delgado que parecía a punto de romperse, le era indiferente.

Tenía prisa. Había un montón de cartas esperándola encima de su escritorio, junto con el plan laboral de la jornada: siete llamadas por la mañana, telegramas, cartas que dictar a la mecanógrafa, una cita a las diez y treinta y cinco para la cual necesitaba saber las instrucciones de Léon Moreau... Así que Dacha empezó llamando a éste por teléfono: ya se había recuperado del todo y había dormido muy bien.

De repente, se abrió la puerta de atrás. Dacha se volvió y vio una manga vacía (bueno, no del todo: dentro debía de haber una prótesis de madera perfeccionada), cuidadosamente metida en el bolsillo de la chaqueta. Era obvio que le habían cortado el brazo muy arriba, a la altura del hombro, que, además, era más pequeño que el otro.



—¿Hoy llega usted antes —se preguntó, tras haberlo saludado cortésmente— o es que yo he llegado tarde?

Moreau hijo se acercó a su escritorio.

—No se levante, por favor. ¿Tiene mucho trabajo? Como siempre, claro... Es usted maravillosamente eficaz. Dacha: quisiera pedirle un favor.

Ella no se volvió hacia él: su perfil, con un moño castaño en la nuca y las pestañas curvadas hacia arriba, encima de sus ojos claros, resaltaba sobre el fondo de la ventana.

—Me complacería mucho que comiera conmigo hoy.

Ella se lo agradeció y llamó al recadero, al cual entregó un sobre grande, en el que iban todas las cartas que habían llegado esa mañana para León Moreau.

—Coja el autobús o la bicicleta —le dijo—: es urgente.

—Cuando los franceses dicen «se lo agradezco», dan a entender que «no» —dijo Moreau hijo—; en cambio, cuando lo dicen los rusos, los alemanes, los ingleses, dan a entender que «sí», ¿verdad?

Ella sonrió y alzó la mirada hacia él.

—«Se lo agradezco» significa que «sí».

—Seguramente ya se habrá dado cuenta de que tengo muy poco sentido del humor —dijo él, cruzando su mirada con la de ella—, cosa que lamento, la verdad: me gustaría decir de vez en cuando algo gracioso para verla sonreír.

Sonó el teléfono. Dacha lo descolgó.

—Pero sería terrible —prosiguió él sin prestar la menor atención a la llamada— verla sonreír, oírla reír en respuesta a algo muy serio que yo le hubiera dicho, después de haberlo meditado mucho...

—Se lo ruego —dijo ella precipitadamente, tapando el teléfono con la mano—, no oigo nada. Llaman de Casablanca. Sin duda es para usted.

Pero él continuó:

—Algo muy importante y que cuesta mucho decir, sobre todo a alguien como yo, que no me siento muy cómodo con esta clase de cosas...

—Es de Casablanca —repitió Dacha—. Voy a contestar. ¿De parte de quién? Sí, le paso con él.

Dacha le tendió el teléfono.

Él lo agarró con su única mano, lo retuvo un instante y luego volvió a dejarlo en la mesa. Dacha, de pie a dos pasos de él, hizo ademán de ir a moverse pero se detuvo. En el teléfono se oyó el chirrido impaciente de una

voz lejana. Él le agarró la mano a Dacha, se la llevó a la boca, sin apartar la vista de sus ojos.

—Por razones que usted ya se habrá figurado hace tiempo —dijo sin tan siquiera mirar el teléfono—, no me siento del todo seguro de mí. Pero me he armado de valor... Sí, eso es, me he armado de valor para decirle que...

Dacha se abalanzó sobre el teléfono, que no paraba de chirriar encima del escritorio, se lo pegó a Moreau hijo en el oído, salió de la habitación mientras él empezaba a hablar, subió al primer piso, entró en la sala donde trabajaban las mecanógrafas, se llegó a Jeannette, una mujer gruesa, de mejillas coloradas, y le dictó dos telegramas para Londres.

—Esta Jeannette lleva veintiún años ocupando la misma silla; tan sólo, de vez en cuando, cambia la piel de castor sobre la que está sentada y que, por fuerza, se desgasta —comentó Dacha más tarde, en el restaurante—. Pero, a mí, esa fidelidad no me parece dramática.

—A mí tampoco —respondió Moreau, que se las apañaba muy bien para comer y beber con una sola mano—. Después de todo, también yo llevo años sentado en la misma butaca (o en otra similar), y me arriesgo a seguir estándolo aún más tiempo. No es algo desagradable. Puede que mi hijo haga lo mismo.

Dacha sabía que él era viudo y que tenía dos hijos.

—Para serle sincero, esto es incluso lo más agradable que me ha pasado en la vida, porque me ha dado estabilidad económica. Algo que yo aprecio mucho. No podría vivir encima de un volcán.

Aquel restaurante parecía un inmenso acuario: una luz verde, algas junto a la ventana, camareros silenciosos, transeúntes que pasaban en silencio por detrás de una vidriera oculta por cortinas de tul. La comida fue breve: Dacha tenía que volver al trabajo a las dos.

—Aún no he decidido —dijo él empujando hacia ella una tacita de café aromático— si volveré o no en Reyes. No puedo dejar a mis chicos tanto tiempo: ya les he fastidiado la Navidad. Ellos me quieren, pero son Linos granujas espantosos, y la pobre *Miss Mill* anda siempre de cabeza. Aun así, me temo que tendré que retrasar mi vuelta.

—Usted me dijo hace tres días, creo, que tenía reservado un billete de avión...

Moreau se encendió un cigarrillo con suma habilidad. Su mano derecha estaba erguida como un animal inteligente y sensible.

—No sé lo que voy a hacer. Por el momento, he devuelto el billete. ¿No se lo dije ayer? Debí de olvidarme.

Después de traerle la cuenta, él dijo de golpe:

—Qué manos tan apacibles tiene, tan seguras, tan cálidas siempre. ¿No lleva usted anillo? ¿Y una alianza, le gustaría llevar una alianza si se presentara la ocasión?

—Si se presentara la ocasión, sí —dijo Dacha levantándose.

## IX

### EL CUADERNO DE SONIA TIAGUINE

Llegó la nieve y, tras cubrirlo todo por la mañana, empezó a fundirse al mediodía, volviéndose negra, formando arroyos a lo largo de las calles que, de golpe, perdieron su aspecto de grandes damas inaccesibles. La ciudad, blanca y negra por igual, toda líquida, se derritió ante mis ojos. Cuando salí, me topé con un paisaje invernal, pero, al volver a casa, ya había otra vez esa especie de otoño—primavera tan característico de París; el invierno se prolongó hasta la mañana siguiente tan sólo en nuestro callejón, donde apenas hay tránsito y prácticamente no pasa ningún coche. Dos gruesas rayas negras—las rodadas del único automóvil que circuló en todo el día— quedaron impresas en mitad de la calle, dibujaron una curva delante de nuestra puerta y luego dieron media vuelta. Ahora, todo está desierto y silencioso.

Pero, por la mañana, cuando salí, la ciudad estaba blanca, y la nieve era tan dura y tan espesa que los coches no dejaban marcas. Todo estaba sumido en un silencio de nieve. La gente echaba pestes, se quejaba del barro que se iba a formar, auguraba otra guerra, resbalaba en las aceras. En el aire, ahora tan suave, se oía el eco leve de las gotas que caían de los tejados, aquí y allá, el rumor de los arroyos en las cunetas. De repente, me acordé de que antes me gustaba la nieve, esta sorprendente blancura de la ciudad, este aire puro que rara vez respiro, esta fragilidad del paisaje urbano que no dura ni un mes, ni siquiera una semana, sólo unas horas. También me gusta la primavera, aunque no sé por qué. Tal vez a causa de su fuerza cálida, más poderosa que la mía... Conozco el mundo en profundidad, pero no en amplitud. Al mirar la nieve, pensé que quizá llevaba años perdida, que, en lugar de haber seguido el curso del mundo, tal y como lo describen los libros, debería haber caminado, sencillamente, «por la faz de la tierra», vagado de país en país, conocido los horizontes, los caminos, las estaciones, las ciudades, los confines. Puede que

ese plan no hubiera sido mucho más difícil que el que realicé. E incluso, aunque no hubiera llevado a cabo ese proyecto, el mero intento, el sueño en sí de cumplirlo, me habría aportado —¡quién sabe!— algo más que el conocimiento que busqué, anhelé y, en cierta medida, adquirí. Porque conocer la vastedad del mundo es conocer su belleza.

Con frecuencia me digo que no me gusta la naturaleza, pero eso es porque no la conozco. No me interesan ni las mariposas ni los escarabajos, no entro en éxtasis al contemplar una puesta de sol frente al mar, me aburro en el campo, me asustan esas enormes rocas negras que parecen siluetas humanas (lo cual debe estar ligado a una pesadilla de mi infancia, inspirada por la Virgen y el Monje<sup>[26]</sup> de Crimea). En fin, para ser franca, la naturaleza me deja, sencillamente, fría, indiferente. Y ella misma me parece impasible.

No me provoca ninguna cuestión, no me plantea ningún enigma. En cambio, la belleza me formula un problema irresoluble. Primero: ¿qué es la belleza en sí? Segundo: ¿para qué sirve? Y tercero: ¿dónde se halla *actualmente*, en el mundo de hoy? Y es que hay algo en la belleza que no consigo entender del todo.

Antaño, la belleza residía en la naturaleza, en la religión, en el arte. Pero ahora vivimos alejados de la naturaleza, cada cual se inventa su propia religión, con el consabido éxito; en cuanto al arte, desde el final del romanticismo, desde que los clásicos fueron relegados al fondo de las bibliotecas y no salen de allí más que en forma de extractos que estudian los adolescentes, el arte ignora, decididamente, la belleza. Un pintor, ¿qué ha de hacer con un bello rostro? ¿Un escultor, qué con un cuerpo hermoso? ¿Qué un músico, con una bella armonía? De todo ello emana una dulzura suave, ridícula... que no remite a ningún contenido. Ahora bien, una forma que ha perdido su contenido se disgrega, se descompone, acaba por no existir. Aunque puede que me equivoque. Puede que la belleza no esté ligada a la religión, ni a la naturaleza, ni al arte; puede que exista de por sí. Pero, entonces, ¿de qué sirve? Y si está dividida por esos tres ejes, ¿cómo va a sobrevivir a través de los tiempos? Se volverá efímera, frágil, convencional, como la moda.

La mayoría de las mujeres no se plantea esta cuestión de la belleza. Es más, probablemente sea ésta la única cuestión sobre la que las mujeres no tienen o no pueden tener una opinión. Con demasiada frecuencia, la cuestión de la belleza se transforma en ellas en la cuestión de su propio físico. Si yo pudiera crear el culto a mi propia apariencia, como hacen la mayoría de las mujeres, lograría, sin duda, sobrevivir, pero ése no es mi caso. El culto

conserva, la adoración mantiene vivo el fuego sagrado del alma; cuando carece de eso, el ser humano es como una brizna de hierba bamboleada por el viento. Así estoy yo, bamboleada por el viento como una brizna de hierba, porque ignoro lo que es la belleza y para qué la necesita el mundo.

¿Existirá acaso para seducirnos, para engañarnos? ¿Para ilusionarnos con aquello que no existe? No, eso es imposible. No puedo creer tal cosa. ¿Será para limar las asperezas? ¿Para cubrirlas con un ligero velo?... Pero, entonces, la belleza no sería eterna. El viento se lleva todos los ligeros velos. No sólo los del amor sino también los del odio. ¿Qué habrá detrás de ellos? ¿El pensamiento o el vacío? ¿El bien o el mal? Es terrible pensar que la belleza no es nada más que un velo, porque, en tal caso, ya no la necesitaríamos. La época de los velos ha pasado. Ése es uno de los rasgos de nuestra época. Los velos han sido hechos jirones. Ahora podemos ver a través de ellos...

Podemos ver la desigualdad. No me refiero a las desigualdades entre las personas libres —ricas y pobres, sanas y enfermas— sino a la desigualdad que existe entre las que no lo son, que es la que evidencia el estado del mundo actual. En Francia, en Estados Unidos, un «disidente» encarcelado puede llegar a ser el director de la biblioteca de la prisión, pero en Alemania o en Rusia no puede más que acarrear piedras. Esos hechos bastan para hacernos comprender cómo es el mundo actual. Pero el universo en el que esos hechos se producen sigue siendo el universo, y yo sigo siendo yo, y no encuentro ningún camino, ni siquiera hacia el universo.

Creo que si un extraterrestre viniera a nuestro planeta, nos dedicaríamos a mostrarle y a contarle algunos hechos terribles o maravillosos, únicos, que se hubieran producido o que se estuvieran produciendo. Le contaríamos que, un día, hace ya tiempo, varios sabios se reunieron para hablar sobre el amor, y que sus palabras chocaron con las que una mujer le dirigió al más sabio de ellos; que uno de nuestros más geniales compositores fue sordo; que una tempestad podía transformarse en esperanza<sup>[27]</sup>; les mostraríamos la desigualdad que existe entre los prisioneros. Esta última cuestión no inquieta lo suficiente al mundo preocupado por las desigualdades que enfrentan a las personas libres entre ellas. Y, sin embargo, ésa es la raíz de las tragedias sociales de nuestro siglo. Por nuestra culpa y para nuestra vergüenza. Cosa que, durante este año, me pesa sobremanera, a pesar de mi aparente inacción.

Tal vez mi fusión con el mundo debería pasar por la acción, pero ¿cómo, si ni siquiera tengo palabras para hablar de ella? Cada uno de nosotros sigue solo: el mundo por su lado y yo por el mío. A veces, en medio de mi angustia,

siento que el mal está en mí y no en él. Y esa sensación de estar equivocada me aísla aún más de todo y me abisma, sin remedio, en la desesperación. Quisiera gritar, recuperar la palabra, la voz... Quisiera hacer un gesto, el único que cuenta. Pero mi grito es mi silencio, y la hora de realizar ese gesto todavía no ha llegado. Todo sigue ignorado, desunido.

Cuando, después de trabajar todo el día, salí de la biblioteca universitaria para volver a casa, los tejados aún estaban blancos, pero la ciudad ya estaba negra. A lo largo de nuestra calleja, dos arroyos corrían por las rodadas que había dejado el coche, entre dos montones de nieve medio derretidos. El aire olía a primavera, como ocurre a veces en París a finales de enero. Aquí, con mucha frecuencia, enero se parece a marzo, octubre a mayo, junio a septiembre... Todos estaban ya en casa, incluso había tres invitados, Feltman y el matrimonio Sipovski, con motivo del cumpleaños de mi madre. Los siete estaban sentados a la mesa, comiendo y bebiendo. Yo les saludé y me senté entre los Sipovski y Zai —quien, por cierto, estaba algo rara, o eso me pareció—. Mis padres y sus amigos forman un todo en mi mente, mientras que nosotras tres no estamos vinculadas de ningún modo, cosa que, sin duda, es de lo más normal.

Ése todo no tiene para mí ningún interés. Feltman tiene una mirada falsamente profunda; Sipovski hace gala de su fingida cara de buenazo; la cara de su mujer parece un plato: inexpresiva, impersonal, vacía. Mi madre, que en sus tiempos fue bonita, lleva ahora grabada en la cara la marca de su continua preocupación, y el esfuerzo que hace por disimularla (sobre todo ante sus invitados) siempre es visible. La cara de mi padre revela cansancio y, de manera cada vez más evidente, la enfermedad oculta que lo está minando. Yo los miro y nada me parece auténtico en ellos: ni sus caras, ni sus palabras, ni sus personas. Todo es impreciso, difuso, aproximado en ellos; todo está cargado de medias tintas, de medias palabras adornadas de heroísmo insulso (pues los cinco tuvieron una vida difícil o muy difícil). Tengo la impresión de que, en lugar de tomar sus propias decisiones, se dejaron llevar por las circunstancias, y en lugar de pensar por su cuenta, se contentaron con devorar los titulares de los periódicos. «¡Resígnate, hombre orgulloso!»<sup>[28]</sup>, y ellos se resignaban, sin haber sido orgullosos. La expresión «el sol brilla pero no calienta» se vuelve en su boca el más grave reproche, ¡como si la luz no fuera mil veces más importante que el calor! Sipovski pronuncia frases elocuentes y absolutamente huera (sobre la situación internacional), frases que no vienen apoyadas por ninguna acción y que sólo él saborea (según él, habrá una guerra, pero es demasiado viejo como para ir al frente). Frases encendidas de

un hombre barrigudo: ¿quién puede creerlas a la vista de semejante panza y semejante apetito? A la hora de actuar, de decidir, de elegir, su panza le impondrá una actitud ambigua, medias tintas. Si la conciencia no determina el ser, el ser no accederá a la conciencia. Con todo, mi padre lo aprecia, dice que, antaño, Sipovski le salvó la vida, que es un hombre desinteresado, enérgico, erudito. Puede ser, puede ser...

Su mujer, con esa cara tan aterradora que una no puede apartar la vista de ella —porque no expresa absolutamente nada, ni siquiera quietud, ni autosatisfacción, ni hastío, nada de nada—, empieza cada frase que dice con un «ah, querida», como si estuviera representando un vodevil. Dicen que, durante los primeros años de la emigración, trabajó como empleada doméstica, que hizo de todo para darle una educación a su hijo (que ahora está en algún lugar más allá del océano), a la espera de que su marido encontrara trabajo. Mi madre siempre se refiere a ella tildándola de «heroína» (mientras que a mí, en un estallido de cólera en el que había perdido el control de sí misma, me tachó de «parásito»). Esa mujer me dijo un día: «¿En qué piensa usted todo el tiempo? Todo fue pensado ya por otras personas que vivieron antes que usted, cuando la gente era mejor y la vida más fácil. Así que, ¿de qué vale seguir pensando?». Me habría gustado responderle: «Desde luego, su cara es el vivo reflejo de sus ideas. Igual que el tripón de su marido. El ser humano debe amar el enfrentamiento, pues sólo en él es responsable hasta el final». Pero me callé, para no perturbarla.

El tema preferido de Feltman es el arte. Todos le consideran un entendido en música y poesía, un amante de la pintura. Le gusta divagar sobre eso a sus anchas, y, en el ámbito social, es como un reflejo simétrico de Sipovski, cuyo tema predilecto es la política. Le avergüenza confesar su nueva pasión: los libros viejos, en los que ahora se gasta el dinero. «Ya sé, ya sé que es algo imperdonable. ¡Un vicio! ¡Una debilidad! Pero qué le voy a hacer: es superior a mí. Aunque me avergüenzo de ello: hay tanta gente necesitada por el mundo...». Para el hombre de hoy, hay algo humillante en su romanticismo. Un día le dije que en su tango (que ha dado la vuelta al mundo) había plagiado a Blok<sup>[29]</sup>. Él me miró con tristeza, con una sonrisa de culpabilidad, y luego me dijo, amablemente: «Tiene usted razón. Pero ¿quién no ha robado algo alguna vez en su vida? Incluso Goethe lo hizo».

Yo le respondí: «Pues yo jamás he robado nada», pero él meneó la cabeza, constatando, con pena, que yo no tenía ningún sentido del humor.

Los hombres como él no son carne de cañón sino carne de campo de concentración para las catástrofes futuras. No lograrán sobrevivir, porque no



tienen nada para hacerlo. Para sobrevivir, es preciso ser general y soldado al mismo tiempo, y esos hombres no son ni lo uno ni lo otro.

Pero, entre toda esa gente sentada a la mesa, Zai seguía dándome una impresión extraña. Tenía cara de distraída y de triste, casi nunca alzaba los ojos. Mi padre, como de costumbre, estaba pronunciando frases pulidas y redondeadas, dándose aires de hombre importante, olvidando que, cuando está a solas con mi madre, interpreta el papel de viejo niño porque con frecuencia siente dolores internos. Con nosotros, siempre está sombrío, como si tuviera un enigma que resolver —algo nada divertido— y no consiguiera hacerlo, porque no tiene solución. Pero, con las visitas, se explaya en sus recuerdos, evoca los buenos tiempos de antaño y su propio pasado, volviendo a ser el hombre que fue; recupera su locuacidad, sus gestos de antes, sus ideas fluyen envueltas en una bruma antigua, conocida. Recuerdo un retrato suyo de cuando era joven. Era un hombre muy guapo.

Mi madre le mira con admiración y sumisión. Así fue cómo lo conquistó. ¿Por qué ella y no otra de los cientos de mujeres que conoció? Podría haber vuelto con la madre de Dacha, o dejarlo todo para estar con la Dumontel. En ese caso, yo no habría existido, al menos tal y como soy ahora. Habría sido algo intermedio entre Dacha y Zai.

Pero es imposible imaginar tal cosa. Hay ciertas imágenes que una no puede hacer surgir, no por falta de imaginación, sino porque una suerte de temor místico impide que afloren a la mente; me estremezco ante la sola idea de adentrarme en ciertos lugares, como si mi valor (o mi cinismo) tuviera un límite. No puedo entrar en la tumba cerrada de mi abuela, no me atrevo a abrirla ni siquiera hoy, veintiún años después de su muerte: aquella anciana de tan gran belleza, muerta de hambre, tal vez yazca intacta en ella; bastaría con levantar la tapa para comprobarlo. No puedo ni imaginar mi propia concepción, siempre rehúyo esa escena. Me asusta el viejo icono cubierto de excrementos que encontraron después del asesinato de la madre de Dacha, al día siguiente del saqueo.

Si mi padre se quedó con mi madre fue porque nació yo. Ni Dacha ni Zai pudieron atarle a sus respectivas madres, pero en mi caso... Ya fuera porque le había llegado el momento, o porque yo era clavada a él (desde los dos años), lo cierto es que se quedó. Sin pretenderlo, les uní. Y ahora son felices juntos, se quieren, y sus vidas estarán ligadas hasta la muerte. Ni Dacha ni Zai lograron tal cosa. Sin quererlo, les procuré su felicidad, y cuanto más me alejaba de ellos, más se acercaban el uno al otro. Mis padres se complementan a la perfección. En cambió a mí, no me dieron nada, salvo mi nombre.

Ella, tranquila, contenta, con la cara roja a causa del pastel que acababa de hornear, estaba sentada, admirando el ramo de claveles que él se había molestado en regalarle a primera hora de la mañana. Hay personas —sobre todo mujeres— que tienen una actitud especial, casi religiosa con respecto a las flores. No todo el mundo es capaz de tirar al cubo de la basura un ramillete de flores recién cortadas. Yo sí, y, sin embargo, soy incapaz de tirar una flor seca, descubierta entre las páginas de un libro, aunque no sea mía. Si alguien me presta un libro y, al abrirlo, se cae una hierba seca, enseguida la vuelvo a meter con respeto. Está muerta, sí, pero, por eso mismo, debe vivir. Así como hay imágenes que no me atrevo a mirar, hay ciertos actos que no puedo cometer. Como por ejemplo —y esto no debe saberlo nadie— desmenuzar entre mis dedos una flor seca.

Claveles y caras radiantes; se notaba que estábamos de fiesta, incluso en la manera en que Dacha se había dejado llevar por el buen humor generalizado. Aunque puede que eso sea algo natural en ella. Zai era la única que estaba molesta y apagada; a la primera oportunidad que tuvo, se levantó y se fue a su habitación. Yo esperé cinco minutos, mientras ellos seguían hablando de gente que no conocía y de cosas que no me interesaban; aun así, me mostré amable y presté atención; a fin de cuentas, no me costaba nada: ¡dos o tres veces al año no hace daño! O puede que siguiera el ejemplo de Dacha, que estaba especialmente cortés, serena y amable esta noche. Sí, sumamente serena y, como siempre, segura de sí. Ahora que Zai ya no estaba, me centré en ella.

Cinco minutos después de que se marchara Zai, salí muy despacio del comedor y me retiré. Mi cuarto, pequeño y estrecho, da a un patio sombrío. Encendí la luz y me puse a escuchar: enseguida oí pasos en el pasillo y entró Zai. Cerró la puerta y se sentó en mi cama. Parecía completamente abatida.

—Ha nevado —dijo, muy quedo.

Yo no respondí nada, me senté en una silla delante de mi escritorio y empecé a dibujar cabezas en una hoja de papel.

—La nieve aún no se ha fundido del todo. Se ve desde nuestra habitación —continuó.

De nuevo, no respondí: iniciar una conversación sobre el tiempo me parecía del todo absurdo.

Dibujé la calle y dos rodadas negras de coche. El edificio. La puerta cochera. Las rodadas describen un arco de círculo. Es un ángulo demasiado agudo, no se puede girar de ese modo. El coche salió marcha atrás. Debería

enderezar las ruedas. He hecho un borrón, lo cual quiere decir que no queda tinta en la pluma.

—Desde nuestra ventana, aún se ven las rodadas del coche. Era el de Moreau.

—Ah. ¿Y eso? —acabé por preguntar.

—Moreau estuvo aquí.

—¿Pero no se estaba muriendo, la semana pasada?

—No era él quien estaba enfermo, sino el viejo, su padre. Fue el hijo quien estuvo aquí.

—¿Ah, Moreau tiene un hijo? ¿Y por qué vino? ¿Por Dacha?

—Sí.

Zai se calló, y, de pronto, se tiró en mi cama, cayó sobre mi almohada, como si alguien la hubiera empujado.

—Dacha va a casarse con él. Va a convertirse en «la señora». Moreau.

Durante un instante, nos miramos las dos. Luego, recobré el aliento, hice un esfuerzo por reponerme.

—¿Y por qué no te alegras?

Zai no sabía lo que quería. Me dijo que, sencillamente, no se esperaba ese «fin». (¿Por qué «fin»?). Que esperaba un milagro. ¡Un milagro de Dacha! Pensaba que Dacha tendría una vida extraordinaria, ¡y ahora resultaba que, de golpe, era como todo el mundo! En resumen, que, para ella, aquello había sido una absoluta sorpresa —como para mí, por otra parte.

Yo me burlé un poco de Zai y le dije que, al contrario que ella, consideraba que aquello era una gran alegría para Dacha, una alegría hecha a su medida; que incluso me sorprendía lo bien que me la figuraba convertida en la mujer de un banquero honrado, viudo, con dos hijos, manco y noble. Que era eso, precisamente, lo mejor que se podía imaginar para ella, que toda su vida parecía predestinada a ello. En serio: hay una cierta armonía en Dacha... tanta que casi la envidio. Así que su futuro también será armonioso: tendrán más hijos, mucho dinero, una casa, criados, una cuenta en el banco... Dacha será feliz, no hay duda. Y, por supuesto, el señor Moreau será feliz con ella.

Zai ya no me miraba. Tumbada de lado, inmóvil, con la mirada perdida, tenía los ojos llenos de lágrimas, pero sus lágrimas no llegaron a fluir. De pronto oímos unas voces provenientes del comedor. Alguien corrió a la cocina a preparar té, y alguien se marchó...

Ella me dijo, con voz muy suave, como si llevara horas pensándolo, antes de decidirse:

—Tú eres un alma sorda, Sonia. Perdona que te lo diga. Jamás nos hemos peleado, y no creo que lleguemos a hacerlo, pero tu alma no escucha lo que ocurre a su alrededor. Aunque, probablemente, tú no tienes la culpa. ¿Te molesta oírlo? Estás tan por encima de mí que ni siquiera me ves. Bueno, sí, a veces condesciendes, y entonces te vuelves condescendiente.

—¿Eso es un juego de palabras? —le pregunté.

Pero ella no me entendió, y siguió hablando.

—Tu alma sorda no comprende que existen personas que, desde su infancia, desde su nacimiento, son distintas a ti. Distintas a mí. Puede que no sean tan hermosas e inteligentes como tú, que, a primera vista, no tengan ningún talento, nada extraordinario. Pero tienen algo: una fuerza. ¿Te hace gracia, eh? No puedo decirte qué clase de fuerza es, porque esa fuerza puede tener múltiples sentidos, y uno no siempre entiende para qué sirve. Pero sé que, primero, esa fuerza es buena, y, segundo, que es muy grande. Surge de un equilibrio, de una armonía que esas personas poseen. Y Dacha tiene esa fuerza. Ella forma un todo con el mundo, y tú no.

—¡Venga, continúa! —la animé discretamente—. Esto me interesa.

—Creo que incluso ha llegado a hacer ya pequeños milagros. Por eso yo estaba convencida de que algún día haría uno grande. Que caminaría por los aires o que resucitaría a un muerto, e incluso que... Pero, eso ya no importa. Ahora tengo la impresión de que no hará nada de eso. Lo que ha ocurrido hoy es un tanto vulgar. Por eso estoy triste.

Yo me eché a reír, al principio tímidamente, pero luego cada vez más fuerte. Creo que llevaba tiempo esperándolo, sí: Zai me había abierto su alma, indefensa, entera en su inocencia.

—¡Bravo! —exclamé entre risas—. ¡Bien dicho! Pero olvidas una cosa, mi pobrecita Zai: las personas que, desde que nacen, se sienten en armonía con el mundo, las personas impasibles, las que no van en busca de la tempestad, siempre tienen derecho a un final feliz, ordenan su vida de manera confortable, forman una familia, viven de maravilla, comen cuanto quieren, conservan la juventud del cuerpo y la del alma hasta los setenta años; las personas equilibradas y en paz flotan sobre el río de la vida sin ahogarse en él, encuentran un marido rico —para gran alegría de papá y mamá—, son felices por vivir y hacen felices a los demás. Hay gente que rodea los escollos sin tan siquiera dudar de su existencia, y hay otra que se estrella contra ellos. Ésa es la única diferencia. ¿Pensaste alguna vez que Dacha era capaz de amar, de sufrir, de estar al borde del abismo, de luchar, de dudar? Y, además, entérate: hoy en día, ya nadie camina sobre las aguas.

Zai ni se inmutó; durante el rato largo que estuvo callada, dibujé un barquito con la poca tinta que me quedaba en la pluma.

—Tal vez sea cierto lo que dices —dijo con profunda pena—, pero, por nada del mundo, me gustaría que sufriera. Dacha ya ha padecido bastante en la vida. Además, la cuestión no es ésa. Ni siquiera sé lo que esperaba de ella...

Me senté en la cama junto a Zai, agarré su mano fría, débil, y le aparté los cabellos que le ocultaban la mejilla. Esos cabellos negros, tiesos, cortos que a veces lleva sujetos por detrás de las orejas, pero que generalmente le caen sobre los ojos.

—La persona que no vive en armonía con nada siempre tiene razón —le dije, como si le estuviera confiando un valioso secreto—. La que lleva una vida difícil, y se siente sola. La que no halla su sitio en la tierra, aquélla a la que el mundo rechaza e ignora. Ésa siempre tiene razón, porque todo se abre a sus pies: lo más terrible, lo más difícil. Esa persona no se protege, está dispuesta a todo, paga el precio que debe pagar, vive como si jugara con su propia muerte. Esa persona jamás se rendirá, porque le sobra coraje, porque es su propio maestro, porque no necesita a nadie. La persona a la que le va mal, siempre tiene razón: cuanto más miedo tiene, cuanto más desesperada está, más insoportable le parece la vida, y más razón tiene.

Yo le estaba mintiendo, pero ella me creyó. Ahora me estaba mirando con sus ojos ligeramente asimétricos, y, no sé por qué, su mirada me procuró un intenso gozo. Sentía que, por primera vez en nuestra vida común, tenía poder sobre su alma, y esa idea me hizo experimentar una dicha nueva, inaudita.

—Y si hasta ahora creías que Dacha estaba en armonía con el mundo (lo cual no era más que una falsa impresión, ya que eso no es posible, no existe, ¡nadie puede estar en armonía con el mundo!), ya ves que lo que ocurrió hoy deriva de esa supuesta armonía, ¡es lógico! Porque, si a los veinte años uno aprecia su propio equilibrio, a los treinta deja de hacerlo, y a los cuarenta se instala para siempre en su comodidad. Esa gente de naturaleza armoniosa es tan límpida, tan transparente que resulta muy fácil prever lo que van a hacer. Nunca te sorprenden. Pero, descuida: Dacha será feliz. Mi pequeña Zai... ¡Anda, dame un abrazo! ¿Cómo puedes creerme capaz de enfadarme porque me digas que soy un alma sorda? Tienes todo el derecho del mundo a pensar lo que quieras y a juzgarme como te plazca.

Ella me rodeó el cuello con sus brazos:

—Perdóname Sonia: he sido injusta. Me he portado como una idiota. Olvida lo que dije. Es que ¡estas últimas semanas he sido tan feliz, y he estado

tan centrada en mí misma! Tienes razón, hay que ver las cosas tal y como son. Nadie puede caminar sobre las aguas ni sanar a los enfermos.

Estuvimos un buen rato así, en silencio. Luego ella se desprendió de mis brazos, se apartó, se levantó y salió muy despacio de la habitación. Entonces, de pronto, oí un barullo de risas, colándose por la puerta abierta: al parecer, la fiesta proseguía en el comedor, todos hablaban a la vez. Me llegué al escritorio, miré el folio posado bajo la lámpara, cubierto de dibujos, y me entraron ganas de romperlo, pero mis manos no me obedecieron. No podía levantar los brazos, que pendían inertes a lo largo de mi cuerpo; sentí que una amargura pesada y penosa se apoderaba de mí, como si hubiera traicionado a alguien cercano, a alguien que había confiado en mí, o como si alguien en quien yo había confiado hubiera deseado mi muerte. ¡Y la muerte vendrá, lo sé! ¡La muerte vendrá muy pronto! Precisamente por eso, porque, en la vida, las causas engendran sus efectos con una lógica perfecta, porque lo sublime se transforma en trivial, el milagro en banalidad, la desesperación en suicidio, ¡la muerte vendrá a buscarme!

No habría podido soportar ese estado por mucho más tiempo. Mis brazos colgaban, y yo no cesaba de mirar, sin respirar, el cerco luminoso que dejaba la lámpara encima de mi escritorio; sentía una terrible y rígida inmovilidad, un torpor. De repente, se oyó el sonido estridente de un timbre, alguien corriendo por el pasillo y la voz de Dacha gritando: ¡Sonia, preguntan por ti! Y salí a recibir a Volodia Smirnov, a Madeleine, y a alguien más... Venían a invitarme a una lectura: el hermano de Volodia, que había llegado de Praga el día anterior, iba a leer sus relatos. Me dijeron que estaban esperando grandes acontecimientos o algo por el estilo. Y me fui con ellos, siguiéndoles como un autómatas que rueda y rueda por unos raíles... Cuando volví, muy tarde, todos estaban ya dormidos.

## X

Siete personas interpretaban la comedia —o mejor dicho la farsa grotesca—, a todo correr; al acabar, las siete sudaban a chorros, dejando sobre el parqué unas manchas oscuras. Zai jamás había imaginado tal cosa, pero ahora que estaba escurriendo su jersey en la cocina, sabía que en la vida todo podía suceder. Los actores utilizaban la antesala como camerino; sobre los peldaños de la escalera empinada yacían tirados sus objetos de aseo, el maquillaje, un espejo de mano, un peine que había perdido la mitad de sus púas y con el que todos se peinaban por orden de aparición. Habían transformado uno de los rincones del salón en escenario, tras retirar las alfombras y las pieles, guardar las figuritas en cajas y apartar los muebles. Habían cogido las telas que cubrían los sofás y las mesas para clavarlas en la pared a modo de decorado. La madre de Jean—Guy había tenido que trasladarse junto con sus amigas, su licor y su baraja, a la parte de arriba, a su habitación, a causa del ruido que reinaba en la casa. Los ensayos tenían lugar al atardecer, cuatro veces por semana, mientras que, por el día, ella seguía recibiendo a sus «clientes»... Pero Zai no iba nunca por la mañana.

—¡Condesa, su hijo se está transformando en jaguar! Así empezaba el primer acto, con la frase que pronunciaba el médico y el consiguiente grito de la condesa. La novia del joven conde (interpretada por Zai) se abalanzaba sobre el médico y le suplicaba que también la transformara a ella en jaguar. Pero el médico bajaba los brazos, evidenciando que no podía hacer nada, y Zai, tras convertirse poco a poco en un inmenso saltamontes verde, se veía obligada a unir su destino al de sus semejantes, mientras que el jaguar elegía para él una amiga entre el público. La compañía representaba, simultáneamente, una decena de historias diversas, cada actor y actriz interpretaba tres o cuatro papeles, y en el último acto improvisaban, siguiendo las indicaciones que el autor (un primo alemán de Jean—Guy) había dado en la obra: «improvisación de actor, duración: siete minutos», «improvisación de

actor, duración: once minutos». Vestido con una chaqueta de pelo de camello, una pipa entre los dientes, apoyado en el marco de la puerta, el autor observaba cómo su texto iba cobrando vida, y seguía aquel ruidoso galimatías de principio a fin, dispuesto a alquilar para la compañía un pequeño teatro y a firmar un contrato con los actores. El hombre se aburría, y tenía mucho dinero.

Después, todos iban a lavarse a un grifo, en una enorme cocina abandonada al desorden donde, en cada una de las mesas y en cada uno de los taburetes, dormitaba la vajilla sucia junto a la limpia, y donde, cuando alguien tenía ganas de beber agua, se las veía y se las deseaba para elegir el vaso menos pringoso. El que tenía hambre, agarraba tres o cuatro manzanas de la cesta o un poco de pan, mantequilla y huevos crudos que sorbía tras hacerles un pequeño agujero. Luego subía la pandilla entera; se desplomaban todos juntos en la cama de Jean—Guy, fumaban, hablaban de su futuro común y, ya bien entrada la noche, se marchaban a la orilla izquierda, a un café donde los conocían y los observaban con curiosidad.

Zai volvía a unas horas en las que ya no funcionaban ni los autobuses ni el metro. Después de acompañarla a casa, Jean—Guy atravesaba toda la ciudad a pie. Zai ya no entraba a toda prisa al llegar al portal, sino que se quedaba allí un rato, viendo cómo Jean—Guy desaparecía y volvía a aparecer entre dos reverberos, en la acera vacía. Sólo cuando sus pasos y su figura se habían desvanecido a lo lejos, corría hasta la entrada del edificio, cruzando el callejón en diagonal, cerraba cuidadosamente la puerta de dentro, subía la escalera en silencio, agarraba la llave escondida debajo del felpudo y la giraba en la cerradura, después de quitarse los zapatos para no hacer ruido en el pasillo. Pero Liubov Ivánovna la aguardaba detrás de la puerta y, al verla, Zai ya sabía que tendría que aguantar cinco minutos de reproches y amenazas.

—Entiéndelo Zai —le cuchicheaba furiosamente Liubov Ivánovna—, esto no puede seguir así. Papá y yo liemos decidido que empieces un curso de taquimecanografía. Ya has callejeado bastante. ¡Seguro que es Dacha la que te deja la llave debajo del felpudo! Tú vales mucho, ya verás como al cabo de tres meses encuentras un trabajo. Y nadie te impedirá que sigas escribiendo poemas.

—Tía Liuba, ya lleva cinco minutos hablando, ¡cinco minutos contados de reloj! Yo no quiero seguir escribiendo poemas, de hecho hace más de un mes que no escribo nada. Estoy actuando en un teatro, y, muy pronto, cobraré un sueldo. Y entonces le daré a usted hasta el último céntimo, ya lo verá.

Liubov Ivánovna dio un breve respingo.



—Hueles a vino y a tabaco... Para actuar en un teatro, chiquilla, hay que estudiar antes, hacer varios cursillos. Si no, cualquiera podría hacerlo... ¿Y en qué teatro dices que estás actuando, si se puede saber?

—Ya lo verá. Ahora, precisamente, estoy aprendiendo. Pero no voy a ir a ninguna escuela, no vale la pena, porque esto del teatro es provisional, como lo de los poemas. No pienso ser actriz por mucho tiempo, aunque tampoco sé lo que haré después. Ésta tan sólo es una etapa más de mi liberación.

—¡Virgen Santa! ¡Una etapa más! —exclamó Liubov Ivánovna, llevándose las manos a su ancha cara—. Pero ¿qué demonios tienes en la cabeza, niña? Primero fue la poesía. Pensábamos que ibas a escribir libros, a ser famosa. Y ahora sales con esto del teatro. Algo normal, por otra parte: lo llevas en la sangre. Lo heredaste de tu madre. ¡Pero ahora me dices que sólo es una etapa más! ¿Te has vuelto loca o qué? ¡Si mañana le sucediera algo a tu padre, te quedarías en la calle! ¿Crees que toda la familia puede vivir a costa de Dacha?

Zai miró a su alrededor, angustiada, pero no había nadie que pudiera socorrerla.

—Aprenderás a escribir a máquina —afirmó Liubov Ivánovna en un suspiro, empujando a Zai, como de costumbre, con todo su cuerpo—. Así tendrás todas las etapas que quieras. Después, Moreau te colocará en un banco... No en el suyo, desde luego, sino en otro, y no como secretaria, al principio, sino en un puesto pequeño. Luego podrás hacer algún curso de contabilidad. ¡Ésa sí es una etapa de verdad! Conseguirás un diploma con el que ganarte el pan en cualquier sitio.

Por fin, Liubov Ivánovna dejó marchar a Zai: eran más de la una. Ya a solas, Zai sintió que su pena se esfumaba; estremecida por la alegría de vivir y de ser joven, apretó las manos contra su pecho y cerró los ojos.

¿Qué diría Boiko si pudiera verla? ¿Qué contento se pondría al saberla tan feliz! Si aún seguía con vida (cosa poco probable), ¿a lo mejor soñaba con ella de vez en cuando? ¡Si al menos pudiera verla en sueños tal y como Zai era ahora! Pero no, seguro que no; seguro que en sus sueños seguía viéndola pequeñita, tal y como era cuando la abuela le cambiaba los pañales mientras rezaba una oración, como siempre que hacía algo. O bien como una criatura temblorosa, como justo antes de que se marchara de allí. «Padre nuestro», decía la abuela: qué sorprendente cuchicheo formaba aquel padrenuestro susurrado por sus labios. Zai se quedaba a su lado, delante del icono (que, desde hacía tiempo, deberían haber reemplazado por un retrato de Lenin, como ya habían hecho todos los vecinos), y tenía miedo: miedo de que

alguien entrara en la habitación y, al encontrarlas haciendo algo que estaba prohibido, les causara algún daño; miedo de que los que vivían al otro lado de la pared pudieran oír aquel cuchicheo; miedo de todas aquellas personas por culpa de las cuales tenían que hablar y reír en voz baja y no podían contar nada si no era a media voz. Y toda su vida no era más que un incesante bisbiseo, un perpetuo padrenuestro, un cuchicheo de gente aterrorizada, agotada, en la penumbra. ¿Llegaría algún día la liberación? «Llegará —decía por entonces Boiko—, desde luego que sí. Esto no puede durar mil años. Pero a ti te llegará antes, cuando te vayas a una tierra extraña, extraña para mí, la tierra en la que nació tu madre y a la que tú debes volver. Es un lugar aparte. Sus habitantes fueron los primeros que anunciaron al mundo el valor de la dignidad humana y de la libertad».

Sólo ahora, y por primera vez en todos estos años, Zai estaba recordando aquella velada, profundamente enterrada en su memoria, en los estratos de sus recuerdos, de entre los cuales acababa de emerger de manera natural, sin esfuerzo. Recordaba que, aquella noche, tenía sueño, pues ya era tarde, y que intentaba con todas sus fuerzas no dar cabezadas para no incomodarlo. Pero ella no comprendía lo que le estaba diciendo. La libertad, sí, era el tema de las canciones que la gente cantaba a coro alrededor de ella durante el día y que ella también cantaba. Pero eso de la «dignidad humana»..., no lo tenía tan claro. Esas dos palabras que, separadas, conocía, una vez juntas, adquirirían un sentido oscuro. Los libros que había leído en francés no aclaraban nada al respecto. Ayudada por la abuela, Zai leía *L'Homme qui rit*, y, a veces, cuando se aburría, se saltaba unas cuantas páginas, aunque cuidando de que la abuela no se percatase. «Después de Hugo, nos meteremos con *La Peau de chagrin*<sup>[30]</sup>», le había dicho ella un día, cosa que no auguraba nada bueno ni divertido: ¡si al menos fuera otra clase de piel, no sé, tafilete o cabritilla! Pero ¡una piel de lija! Eso debía de ser, a la fuerza, algo muy áspero y fastidioso. Pero Zai no dijo ni mu, por temor a la abuela. Sí, porque en aquella época, tal y como era entonces, temía incluso a la abuela.

Después de todo, Zai se había dado cuenta, hacía tiempo, de que nunca se parecería a un libro maravilloso, ni a un nudo marinero. Y mucho menos a un clavo. Las personas que parecían clavos prosperaban, mientras que las demás desaparecían, morían, perecían, abandonaban la vida sin dejar rastro. Zai iba a ser como un insecto, igual que Aliocha, un chico de su generación: iba a temblar, a sufrir, a aferrarse a algo, a esconderse para que no se la llevara el huracán. Pero ahora resultaba que existía un lugar en el mundo donde se podía vivir en libertad y con orgullo, y el tío Liocha le hablaba de ese país.

Allí, uno podía pisar la tierra libre y orgullosamente, podía sacudirse esta hosquedad, esta tristeza, esta continua sensación de humillación.

El tío le había hablado del clima de la gente de aquel país. No del clima del país, sino del de sus habitantes. De ese aire singular que rodeaba allí a la genie, haciéndoles portadores de un clima especial. Un clima que había sido engendrado no sólo por la historia y por el arte, por las ciudades y por los paisajes de ese país, no: cada uno de sus habitantes poseía el don de expandir ese clima, de recrearlo alrededor de los demás. Allí, el ser humano era un clima en sí. «Pero ¿eso es posible, tío Liocha?» le había preguntado ella entonces, «Desde luego que sí, y, el día en que lo veas, lo comprenderás. Allí, un hombre, una mujer, lleva en sí el ambiente de una cultura milenaria, igual que una piedra de la Antigüedad encierra la imagen de una construcción acabada; posee un don único: el de recrear el mundo a su alrededor y dejar que los demás vivan en él. Y la base de esa creación la conforman la libertad y la dignidad humana».

Poco a poco, aquellas palabras que Boiko había sembrado en su memoria y que ella no había comprendido entonces, aquella suerte de padrenuestro ininteligible, habían empezado a llenarse de sentido, a medida que Zai se iba despojando de los miedos que había arrastrado lenta, penosamente. Aquellas palabras habían empezado a resonar, a vivir, pero no en los parlamentos, ni en las tribunas, abstractas e inanes, sino en su interior. Paso a paso, sin cesar, sin tregua, Zai se estaba liberando de sus sombras pesadas, crepusculares, rompiendo sus cadenas invisibles, y, cada vez más luminosa, iba absorbiendo ese oxígeno especial, sin parangón en el mundo, el aire de la libertad y de la dignidad humana, deviniendo, a su vez, en portadora de ese clima misterioso, todopoderoso, cuyo hálito desata todos los nudos y saca al ser humano, libre y orgulloso, de su prisión.

Los poemas no habían sido más que un pretexto. Al igual que el teatro, seguramente. ¿Y el amor? Puede que también. «Pero no por eso te amo menos. Al contrario, te amo aún más, porque, para mí, tú no representas un fin en sí, tú eres un camino hacia ese fin, hacia mi liberación, hacia mi afirmación en el seno del universo. Porque tú me abres a mí misma y me haces recuperar mi humanidad. Te amo porque me enseñas a estar sola y a estar con otro, a no temerme a mí misma, a no temerte a ti, a no temer a nadie. ¡Gracias! Gracias, porque cuando salgo de tus brazos, no siento mi soledad. Y, cuando vuelvo a ellos, lo hago sin timidez, sin sensación de humillación. Soy feliz. Soy libre. Ya no soy un insecto tembloroso, sino un ser humano.

»No tengo a nadie a quien decirle lo que me ha sucedido. Tú no lo entenderías, te entristecerías si te dijera lo que tu amor representa para mí. Otros se encogerían de hombros, me tildarían de amoral, de liviana o, por el contrario, dirían que estoy traumatizada para siempre por mi infancia rusa, por una desdicha trastornadora. No sé qué va a ser de mi vida, pero da igual: ¿seguiremos amándonos, envejeceremos juntos o conoceremos otra dicha, otro sufrimiento? Yo leeré muchos libros, conoceré a mucha gente. Da igual lo que pueda seguir descubriendo en mí misma, lo que vaya a ser mi futuro. Tan sólo sé una cosa: que mi vía secreta, única, personal, es la liberación. Ya se dé en mis sueños o en la realidad, ése es mi objetivo».

Zai cerró los ojos. Los párpados le pesaban a causa del sueño. A través de la neblina y de un extraño silencio onírico, vio una comarca lejana; una ciudad taciturna se erguía en el horizonte. Zai se vio a sí misma en aquella ciudad. Aliocha, pálido y encorvado, tenía en sus brazos a Vassenka, que lloriqueaba. La mujer de Aliocha decía con voz tajante: «¡Debemos mostrarle el Kremlin a Elisabeth!». Luego se detuvieron al pie de una muralla alta; Zai estaba inquieta, cada vez más angustiada: no se veía nada al otro lado. Zai alzaba la vista, cada vez más a lo lejos, buscando... De repente, por encima de aquella muralla ciega, de color rojo oscuro, aparecieron dos finas puntas, dos agujas plateadas en un cielo plateado, las de la iglesia de Santa Clotilde, como volando, desvaneciéndose, llenando el alma de una beatitud insoportable. Fue entonces cuando escuchó la voz de Jean—Guy, murmurándole al oído:

—¡Condesa! Su hijo tiene una enfermedad incurable...

Zai se despertó. ¡Qué alegres y ociosos eran sus días! Sí, ellos tenían razón, no podía seguir así, tenía que empezar a ganarse la vida como todo el mundo, aprender contabilidad o costura, ser vendedora, en fin, tomar una decisión para ayudar a su padre a pagar las deudas. Sí, le compraría un sombrero nuevo a Liubov Ivánovna, una corbata a su padre, y un vestido a Sonia, porque ésta jamás se compraba uno, siempre llevaba vestidos remendados, porque era muy cabezota y, también, porque tenía muy mal genio; además, después de tantos años de estudios, no quería hacer nada útil. Zai volaría con sus propias alas, viviría como todo el mundo, dando un nuevo paso hacia la libertad exterior e interior, y toda su vida estaría llena de libertad y de orgullo, únicamente de eso, hasta que la muerte... Pero aún era demasiado pronto para pensar en la muerte, aún faltaba mucho para morir. Ahora había que pensar en la vida, en la felicidad, en el sufrimiento, en la

vuelta al mundo que iba a dar, en ese talento de actriz que, quizá y pese a todo, tenía.

Empezaría su viaje en África. Visitaría a Dacha, e iría a ver brillar la estrella Erídano en el hemisferio sur, encima de la vía de los marinos de la Antigüedad. Los exploradores habían conseguido doblar el cabo que, al principio, se les había resistido. También ella doblaría el suyo —cosa que no puede hacer todo el mundo. Cruzaría tres océanos, Jean—Guy sería médico en un carguero trasatlántico, en un bergantín pirata, en un petrolero...

—Qué bien —decía Zai acostada boca abajo, con los brazos cruzados.

Frente a ella, cerca de la pared, se sentía el aliento regular, casi inaudible, de Dacha. «Me he reconciliado con su destino —pensó—. ¡Qué infantiles eran mis exigencias hacia ella! La quiero, y deseo que sea feliz. Y creo que lo será. Sonia, en cambio, será desdichada, porque... ¿Por qué? No lo sé, pero lo presiento. Hoy le dije: mis amigos no son actores. Uno va para médico, el otro estudia fotografía. Las dos chicas tocan en la orquesta sinfónica de la universidad. Te los presentaré el día del ensayo general, ya verás lo simpáticos que son. Pero ella sonrió de manera extraña y no me respondió».

A lo lejos, el reloj de la iglesia de Santa Clotilde sonó dos veces. Todo estaba en silencio, la casa y el patio; Zai tuvo la repentina y disparatada idea de levantarse, vestirse y salir de puntillas, de correr por las calles mojadas tras dos días de lluvia hasta la plaza, darle la vuelta y espiar el mundo nocturno en su desnudez desértica y austera, para luego volver al calor de las mantas. Pero sintió que los ojos se le cerraban, y su propio deseo la hizo reír.

—Condesa, su hijo...

Ya estaba dormida.

Por primera vez desde hacía años, Sonia tomó parte en un consejo de familia.

—Ella jamás ha querido estudiar, y le ha costado mucho aprobar los exámenes de la escuela municipal —dijo Tiaguine—. Aunque hay que tener en cuenta que vivió momentos muy duros, y que, al llegar, tardó algún tiempo en adaptarse a esto.

Liubov Ivánovna llevaba ya una hora buscando un colador de plata para el té en el aparador; había sacado todos los cajones fuera y dejado en el suelo un recipiente y una salsera, mientras seguía rebuscando por todas partes, a gatas.

—No sé dónde ha podido ir a parar... Hay mucha gente que estudia, pero eso no vale para nada —mascullaba—. Algunos se tiran diez años estudiando,

hasta saberlo todo, pero luego no encuentran ningún trabajo en el que demostrar su valía; y para la ayuda que prestan...

—Creo que deberíamos hablar seriamente con ella, plantearle abiertamente la cuestión, o sea, preguntarle si quiere o no quiere obtener un diploma, de cara a su futuro. Si dice que sí, pues... Pienso que a partir del otoño yo misma podría hacerme cargo de sus estudios —dijo Dacha.

—Ella no quiere nada en absoluto, salvo divertirse, claro. «Ésta es sólo una etapa más», dice. Vamos, que esto no es más que el principio, que la señorita nos las va a hacer pasar canutas, ya lo veréis. Y además, papá está equivocado (delante de las chicas, Liubov Ivánovna siempre llamaba «papá» a Tiaguine), a ella no le gusta el teatro. Y si piensa que en realidad le gusta... es que está soñando. A ella le resbala todo, nada le afecta. Es una persona insensible, en cierta manera.

—Está claro que no va a querer sacar ningún diploma —dijo Sonia, con aire burlón—. Voy a presentarle a un conocido mío, un hombre que tiene una librería cerca de los muelles, y que el año pasado me propuso trabajar con él. A lo mejor la contrata.

Tiaguine la miró fijamente. ¿Qué había detrás de ese rostro tan duro, tan extraño? Y, sin embargo, él se reconocía en cada uno de sus rasgos y, de sus tres hijas, Sonia era, más que ninguna, *su* hija. Pero ella seguía siendo un misterio para él, y, desde hacía tiempo, Tiaguine sabía que no lo quería.

—¿Y puede saberse por qué no aceptaste tú ese trabajo en la librería? —le preguntó, intentando no dejarse intimidar por su tono altanero—. Si no recuerdo mal, el año pasado estábamos en un buen apuro...

Sonia encendió un cigarrillo.

—Pues... porque puedo ganarme la vida de otro modo. Y porque no quería saber nada de ese hombre.

Liubov Ivánovna se incorporó.

—Vaya, ¿y eso siempre va a ser así?

—Ahora estamos hablando de Zai —se apresuró a decir Dacha.

Porque ella tenía la impresión de que todo lo que ahora se mantenía en pie, igual que un castillo de naipes hábilmente construido, iba a venirse abajo de un momento a otro, y que esta vez sería mucho más difícil volver a levantarlo.

—Estamos hablando de Zai. Así que preguntémosle a ella. Y, si es preciso, que vaya, en efecto, a buscar trabajo con Sonia. Creo que aún es un poco pronto para dejarla hacer lo que quiera.

—Ella dice —intervino suavemente Sonia, sin mirar a nadie— que ese grupo no es una compañía teatral, que tan sólo están montando esa tontería para divertirse. En cuanto a mí, madre, ya se lo intenté decir ayer: que seguramente me iré a alguna ciudad de provincias. Dentro de unos días, enviaré una solicitud de destino. Dacha se va a ir, yo me iré, Zai empezará a trabajar y todo cambiará aquí.

Las palabras de Sonia provocaron un gran silencio. Nadie quiso decir lo que pensaba, pero todos se sintieron aliviados. Sonia, con la cabeza gacha, dejó caer la ceniza del cigarrillo en un platillo. Les había mentido: el día anterior, no tenía la menor idea de lo que iba a hacer. La solución que había propuesto se le acababa de ocurrir ahora, durante la discusión. Además, esa clase de decisiones se toman siempre en medio de una conversación sin pies ni cabeza, entre dos puertas, en el estribo de un autobús, de paso por algún sitio, pero, luego, la sombra de sus inmensas alas cubre toda nuestra existencia.

Ahora, por la noche, cuando venía Feltman, los Tiaguine hablaban a media voz con él, después de cerrar las puertas del comedor, porque no querían que nadie supiera hasta qué punto se alegraban de que Dacha se fuera a casar. Ya se la imaginaban en algún lugar de otro continente, en un piso parecido pero mejor, con una lámpara parecida, encima de una mesa parecida, pero todo más lujoso, llevando una vida calcada a la suya, una vida regular, como la de una pareja muy unida. Feltman, que a veces iba a cenar con ellos, se quedaba un momento a solas en la estancia, y entonces aprovechaba para dejar al lado de cada cubierto un pepinillo o un *pâté* de carne que había comprado en una tienda de alimentación rusa. Luego aparecía Tiaguine, agotado, cada vez más pálido, se lavaba las manos en el aseo y se tomaba unas gotas antes de cenar. Liubov Ivánovna venía de la cocina, con un recipiente en las manos. «Prefieres tus calderos a cualquier otra cosa», decía Feltman una vez que los anfitriones se habían sentado a la mesa y Sonia entraba en el comedor. La sopa ya estaba servida cuando se oía el sonido de una llave girando en la cerradura: era Dacha, rodeada de un aura de fiesta, pero tan ensimismada como siempre, ya un poco lejos, aunque todavía formara parte de la casa. En cuanto a Zai, últimamente casi nunca cenaba allí.

Se pasaba largas horas sentada, con las piernas cruzadas, en un sillón tapizado de seda vieja o, en idéntica postura, en medio de una cama estrecha y larga, hecha a imagen y semejanza de Jean—Guy, y cuyos muelles cantaban melodiosamente cuando éste, todo lo largo que era, se tumbaba de través, apoyando la cabeza en las rodillas de Zai; entonces los dos se reían,

abrazados, o hablaban de cosas serias, sentados ceremoniosamente, codo con codo. Desde la ventana se veía una calle que se parecía un poco a la calle en la que Zai había pasado su infancia, tan provinciana y tranquila, con casas de una sola planta, lilas, acacias en primavera, abundante hojarasca en otoño, conchostas en invierno<sup>[31]</sup>. Pero aquí no había conchostas, y Zai no había visto lilas, ni acacias en flor, ni remolinos de hojas muertas arrastradas por una tormenta cálida en octubre. No había más que gorriones, unos gorriones que, en apariencia, eran iguales a los de allí, pero que, gracias a Dios, eran distintos, pues cantaban en francés.

—En Francia, los gallos también cantan en francés —decía Zai, tendiendo su cuello fino en dirección a la ventana—, y, por supuesto, yo los entiendo a medias.

En la habitación resonaba el tictac de un reloj polvoriento que había sobre un estante igual de polvoriento; a través de una cortina mugrienta se veía cómo el interminable y venturoso día se marchaba por detrás de los tejados, por detrás de las nubes: uno más. Como la estufilla de hierro estaba al rojo vivo, Zai y Jean—Guy abrían la puerta que daba a la escalera; abajo, se oía a la gente que iba y venía; los «clientes» se sentaban en el salón, que seguía manga por hombro, desde el día anterior: todo estaba cambiado, apilado, cubierto de ceniza de cigarrillos; la madre de Jean—Guy les echaba las cartas o les vendía un crecepelo que ella misma había elaborado. La mujer, que desde la muerte de su marido gozaba de una buena paga, hacía aquello por distracción, no por necesidad.

Al anochecer, sus parlanchinas amigas iban allí a charlar un rato y echar una partida. Una de ellas llevaba siempre una bandolina. Jean—Guy bajaba armando un jaleo enorme, y luego volvía a subir de puntillas, muy despacio, con sándwiches, naranjas y una botella de vino. Él y Zai comían y bebían sentados ante el escritorio, aunque a veces bajaban a cenar con las señoras, a pesar de que no les prestaban la menor atención: cada una estaba ocupada en sí, todo el mundo hablaba y reía al mismo tiempo. A veces venían algunos hombres, pero no se quedaban mucho y siempre era por asuntos de negocios. Nunca les pedían que se quedaran, al contrario, intentaban librarse de ellos cuanto antes.

El tictac del viejo y feo reloj, coronado por una esfera de bronce rota, cubierto de hollín a causa de la estufa humeante, siempre estaba allí; pero, para Zai, el tiempo no existía, el mundo exterior quedaba lejos; entre ella y Jean—Guy se había abierto una tierra de nadie, en cuyo vacío los sonidos y los colores se neutralizaban, se fundían en un rumor indistinto, lejano, en una



única palidez. El ámbito cotidiano y las relaciones humanas seguían existiendo, nada había sido destruido, pero ella lo veía todo desde lejos, a través de esa tierra de nadie cuyo vacío la protegía.

—¿Por qué tú, y no otro? —le preguntaba, sabiendo que ni él ni ella sabían la respuesta—. Tienes un rostro adorable, Jean—Guy, ¿sabes que eres el hombre más apuesto del mundo? No puedes ni imaginar lo que siento cuando te lo digo, cuando te abrazo, cuando te toco. ¡Es tanta mi alegría! Hoy, cuando te estaba esperando delante del pórtico de la facultad, ¡era tan feliz! ¿Sabes? Pienso ir durante el resto de mi vida allí, a ese pórtico, y a la misma hora. Tú serás ya un psiquiatra reconocido, y yo estaré esperándote allí, ¡qué maravilla! ¡Y nadie, nadie podrá impedírmelo! Sí, te estaba esperando allí, de pie, y, de pronto, vi tu cara, esta cara, con estos ojos tuyos, en medio de una multitud chillona que casi me tiraba al suelo... Te amo, Jean—Guy.

Él le besaba los ojos, la boca, sonreía al escuchar su cháchara; pensaba que su pelo recio, liso, negro le daba un cierto aire de china, que tenía manos de niña, dedos de niña y un lunar conmovedor en la cavidad de su clavícula delgadísima. Jugaba largo rato con ella, mirándola, abrazándola, y, luego, se ponía serio, se tumbaba en la cama, con el pitillo en la boca, fruncía el ceño, decía que, sin duda, iba a suspender los exámenes del trimestre de primavera por culpa del teatro, y la obligaba a ensayar con él sus respectivos papeles.

A Zai, cuando el grupo ensayaba en el salón, aquel delirio verbal le parecía muy brillante y espiritual, y ella interpretaba y pronunciaba con placer lo que hiciera falta; pero ahí, cuando ensayaban a solas, todo era distinto, y a Zai le costaba mucho disimular ante Jean—Guy su escaso interés. Entonces se ponía a bailar, daba vueltas por la habitación sobre la punta de los pies, murmuraba canciones que a él le parecían igualmente chinescas, hasta que, por fin, en la casa y la ciudad, se instalaba el silencio, anunciando la hora en la que la puerta principal crujía y, riendo a carcajadas, hablando a gritos, tocando una flauta de caña casera, llegaba el resto de la tropa, para el ensayo de esa noche.

Las señoras se trasladaban al piso de arriba, a la habitación desde la cual las oían charlar, recalcando —siempre, siempre— las palabras, como si alguien hubiera accionado un pedal de órgano invisible o hubiera puesto toda su parrafada en cursiva. Nunca decían tal persona «me cae bien» o «no me cae bien», es «buena» o «mala», sino, irremediabilmente, cosas como «le escupí a la cara», «es el tío más cabrón del mundo» o «es un ángel bondadoso, dan ganas de ponerse de rodillas ante ella»... Aunque, la mayor

parte del tiempo, la puerta estaba cerrada y no se oía nada. Los de abajo, se olvidaban de ellas. Allí, la tarea principal era la puesta en escena, obra de un muchacho frágil, feúcho, con la cara cubierta de acné, que jamás se separaba de su bufanda a cuadros.

A las diez y media, Zai anunciaba a sus compañeros que tenía que marcharse. «Si vuelvo dos o tres veces a las once me dejarán en paz...». Siguiendo una costumbre adquirida desde el primer día, Zai se despedía de todos, chicas y chicos, por turno, dándoles un beso. Luego se abrochaba bien el abrigo, anudando el cinturón, y se iba.

Fuera, la guarda de nuevo el mundo nocturno, misterioso y lleno de presentimientos; un autobús verde que flota, un coche de bomberos que vuela a todo meter, unos peatones que avanzan sin parar. Las perlas vuelven a acurrucarse en sus conchas, reptan por el terciopelo verde, hacia la nada. Ella, Zai, camina por el terciopelo de la noche parisiense, hacia su casa. Sonia la recibe en la puerta, la sigue hasta su habitación. Dacha, por supuesto, no está. Hay una caja de cartón abierta en medio de la habitación: una tienda le ha enviado un vestido de noche nuevo, que ella se prueba enseguida.

—Mañana iremos a casa de B. ¿Lo conoces? Sí, mujer, ¿no te acuerdas? El año pasado, vino una vez a verme, tú estabas resfriada, y lo confundiste con el médico... ¿Ya no te acuerdas? Bueno, da igual. Pues tiene una librería grande y creo que querrá contratarte. ¿Te gustaría tener un trabajo, cobrar un sueldo todos los meses?

—Sí —murmuró Zai.

Sonia se quedó parada en mitad de la habitación, viendo cómo Zai se desvestía lentamente. «Desde luego, ya va siendo hora —pensó Zai quitándose el vestido por encima de la cabeza—; esto es la vida, la vida que ya empieza de veras».

Sonia seguía allí plantada.

—Querías invitarme a uno de vuestros ensayos, ¿no?

—Sí.

—¿Y has cambiado de opinión?

—No.

—Entonces, ¿estás enfadada por algo?

Con el pie descalzo, Zai sacó una zapatilla de debajo de la cama.

—Ya no pienso como antes —dijo agarrando el cepillo del pelo—, estaba muy equivocada al entristecerme por Dacha, ya sabes. Ahora, estoy segura de que hizo bien en aceptar, de que actuó bien. Dacha será feliz. Y todo lo que tú

me dijiste entonces era completamente falso. He pensado mucho en ello. No había ni una palabra de verdad en lo que me dijiste.

Sonia se giró hacia la puerta y salió en silencio.

## XI

En las calles, en las esquinas, a lo largo de las empalizadas, en los quioscos, en el metro, habían pegado unos inmensos afiches amarillos. Al anoecer, nada más salir a la calle, Dacha vio uno justo delante de ella y sonrió por dentro. Unos gruesos caracteres emergían de entre una multitud de letritas: «¡Y ya no hay más que pensar!». Dacha corrió hasta la esquina en la que Moreau la aguardaba (desde hacía un tiempo, ya no iba a buscarla a la puerta cochera, para evitar los chismorreos). Allí, a la luz del ocaso, volvió a verlo: «¡Y ya no hay más que pensar!». Luego subió al coche y, una hora más tarde, al salir del restaurante en el que habían cenado, enfrente del Théâtre—Français, en el que habían reservado dos entradas, leyó de nuevo: «¡Y ya no hay más que pensar! ¡Y ya no hay más que pensar!».

Pero Dacha pensaba: «Tengo treinta y tres años, y a lo mejor ésta es mi última, mi única oportunidad... Qué razonamiento tan despreciable. Sí, hoy me desprecio, pero, dentro de tres años, ya ni siquiera entenderé estas reticencias de ahora, y seguiré la corriente, resignada e incluso contenta, iré al encuentro de la vida que se arreglará por sí sola. Fluyo. Nada puede salvarme. Y ya no hay más que pensar. No tengo derecho a ello. Tan sólo puede pensar quien se atreve a llegar hasta el límite de su pensamiento, a desvelar todo sin temor, a sacar conclusiones y decir “no” con conocimiento de causa. Pero yo no llegaré hasta el límite, no entenderé lo que me ha ocurrido, luego, ni siquiera merece la pena empezar a pensar, me siento incapaz. ¿Qué serán esos afiches? ¿El anuncio de una nueva obra teatral o de un dentífrico? No hay que pensar, no. No hay que hacer lo que uno no es capaz de llevar a cabo. Dejémonos llevar por la vida. Y ya no hay más que pensar. Y ya no hay más que pensar».

(Unos días después, se enteró de que se trataba de un anuncio de una marca de neveras).

El día anterior, Liubov Ivánovna, que se había quedado sola con ella y, aunque no había nadie más en la casa, había cerrado bien las puertas, la había llamado a su dormitorio e invitado a sentarse en un sillón cerca de la ventana. Aquel sillón había sido la primera cosa que habían comprado al mudarse, antes incluso que las cacerolas y que los colchones: probablemente, los antiguos propietarios se lo habían vendido junto con el piso. Ya por entonces estaba viejo pero, con su tapicería de terciopelo rojo, resultaba cómodo, y por eso Tiaguine se lo había quedado. Por la noche, se acomodaba en él e incluso, a veces, lo llevaba al comedor; sentado en él, iba envejeciendo, adelgazando, mudando extraña y tristemente de cara y de cuerpo, y, desde luego, de alma. Los resortes del sillón ya se hacían notar, y Dacha pensaba que ya iba siendo hora de reemplazarlo.

Liubov Ivánovna le había dicho que lo entendía todo, que Dacha demostraba tener muy buen corazón al sacrificarse para que papá y ella tuvieran una vejez apacible, y que ella siempre había querido que fuera así. De hecho, era lo que se había imaginado al ver por primera vez a Moreau.

—Me gustaría que papá pudiera dejar ese trabajo fatigoso y mal pagado —había respondido Dacha—. Pero se equivoca al pensar que esto supone un sacrificio para mí, porque no es así.

—¡Ya, ya lo sé! Eso de los sacrificios es cosa de los romanos... No de los romanos de hoy en día, claro, sino de los antiguos, de los que leíamos cuando éramos jóvenes. Sacrificio es cuando una chica joven se ve obligada a casarse con un viejo, pero tú no te vas a casar con un viejo, y, desde luego, nadie te obliga.

—Y tampoco soy tan joven —había añadido Dacha sonriendo—, así que no es éste el caso. Pero sepa que, si Zai encontrara un trabajo y si consiguiéramos hacer entrar en razón a Sonia, yo intentaría que papá no se viera obligado a trabajar.

Liubov Ivánovna había cogido dos vasitos del aparador y los había llenado de un licor de grosella que acababan de regalarle.

—Dachenca —la había llamado Liubov Ivánovna, mirándola con ojos llenos de ternura—, eso que dije del sacrificio... era una tontería. Sé que vas a ser muy feliz y a hacerle muy feliz a él. Moreau no puede tener la menor duda al respecto... ¿A que no, mi niña?

—¿Por qué habría de tenerla? —había dicho ella, sonriendo de nuevo—. Usted debe de estar en lo cierto. En cualquier caso, de todas las combinaciones existenciales posibles, ésta es la que más me conviene.

—¿Combinaciones? —había repetido Liubov Ivánovna distraídamente.

—Sí. O posibilidades, si lo prefiere. Realmente, me apenaría muchísimo seguir llevando la vida que llevo ahora hasta los setenta y cinco años. La verdad, no me gustaría tener que ocuparme de los niños de Zai cuando se case, y mucho menos de los de Sonia, que serán hijos naturales.

—¡Hijos naturales! Pero ¿qué dices?

Desde hacía un tiempo, Liubov Ivánovna había adquirido la costumbre de repetir las palabras de su interlocutor. En eso, no hacía sino imitar a la señora Sipovski.

—Yo ya me casé una vez, pero ese matrimonio no me aportó nada. Creo que, por aquel entonces, aún no me había librado de mi antiguo temor, ya sabe a lo que me refiero... Pero, ahora, se acabó: ya han pasado muchos años. Y, además, Moreau no es de esa clase de hombres.

—¿Y de qué clase es, Dachenca?

—Es un hombre maravilloso, con mucho carácter, creo, pero tranquilo, equilibrado, y muy educado. Un hombre que sabe lo que quiere. Siempre ha buscado la estabilidad: en su carrera, en su vida privada, en todo. Pero, justo ahí, en su vida privada, aún no la ha conseguido: su mujer murió, y él la echó mucho de menos. Nunca le gustaron las relaciones fortuitas; rehuía las tempestades emocionales, los arrebatos pasionales, sobre todo para proteger a sus hijos, a los que quiere mucho. Aquella herida lo marcó terriblemente. Un día me dijo: «Sé que eres la mujer que necesito».

—¿Y tú?

—¿Yo? Nada. Él no me ha pedido nada. Pero sé que siento una gran amistad por él.

Liubov Ivánovna se había levantado, se había acercado a Dacha y la había besado en la cabeza. Su cara expresaba preocupación.

—Pero Dachenca: si sólo es amistad, nada más que amistad, ¿qué va a pasar?

Liubov Ivánovna se había asustado de repente; deseaba que Dacha no hubiera oído, no hubiera escuchado sus palabras, o, de no ser así, que, al menos, no le respondiera.

Dacha, en efecto, no le había respondido. Se había quedado un momento sentada en el viejo sillón, mirando las viejas cortinas de terciopelo, una de las cuales se había rasgado por la parte de arriba, cerca de las anillas; al desplazar la mirada hacia el rincón del dormitorio, se había percatado de que los papeles pintados estaban viejos, descoloridos, igual que la vieja litografía en color de la pared, copia de una Virgen con el Niño, y de que, en ese piso, todo estaba viejo, descolorido por los largos y difíciles años que habían pasado; también

Liubov Ivánovna estaba vieja, y, dentro de no mucho tiempo, la misma Dacha empezaría a ajarse y empalidecer. En algún otro lugar, la auténtica Virgen y el auténtico Niño estarían de lo más vivos, mofletudos, sonrientes. O tal vez no; tal vez también se habrían descolorido, igual que sus copias.

Eso era lo que había sucedido el día anterior. Hoy, Dacha había acudido a su trabajo por última vez, o casi: tenía que seguir yendo, pero no para quedarse de nueve a seis. Ya no podía llevar ese ritmo de vida. El viejo Moreau estaba de nuevo enfermo: su estado se había agravado, y corría el riesgo de morir; la boda tenía que celebrarse cuanto antes, pues, durante un período de luto, la pareja no podría casarse y Moreau hijo se vería obligado a regresar solo a Orán. Sus hijos no iban bien en la escuela, la institutriz amenazaba con marcharse, el cocinero le daba a la bebida, en fin, que sería algo imperdonable dejar la casa en semejante situación por más tiempo.

Ahora, sentado junto a Dacha en el teatro, Moreau hijo experimentaba un placer especial: sabía que le había llegado la hora del descanso. Durante varias décadas, había vivido en guerra, y ahora, por fin, llegaba la paz, como si alguien hubiera decretado la paz eterna en todo el universo. En todas partes se oía hablar de una guerra inminente, pero él, en cambio, tenía la impresión de que la guerra había acabado para siempre. Primero había luchado contra su madre, luego contra su padre, luego había participado en una guerra real que le había dejado sin un brazo, y, acto seguido, se había enfrentado a las mujeres, sobre todo a la suya. Ella solía decirle que tenía un carácter difícil, lo cual probablemente era cierto. Después, al morir ella, se las había visto con los criados, con la institutriz, con sus propios hijos... Pero ahora todo eso iba a acabar.

Ahora reinaba la paz: primero, había hecho las paces consigo mismo, y eso le procuraba una quietud extraordinaria, sobre todo en presencia de Dacha, lo cual la hacía aún más preciada a sus ojos. «Siempre me dijeron que tenía un carácter insoportable —la había prevenido ya desde el principio—. No sé lo que dirá usted cuando me conozca mejor...». «Yo tengo buen carácter —le había contestado ella, sencillamente—, y creo que todo irá bien». Desde aquella conversación, él se había acostumbrado, cada vez que la veía, a mirar con ternura su cara, su cuello, su pelo, como para asegurarse de que era la misma mujer, la mujer con la que se iba a casar.

«¡Y ya no hay más que pensar!», leyó de nuevo Dacha, sobre un poste, a la luz de un farol.

De vuelta en casa, repitió maquinalmente esas palabras, moviendo los labios en silencio. Ya era tarde. Dacha encendió la lámpara del escritorio. Zai

dormía profundamente, con un libro sobre la almohada, cerca de su mejilla. Dacha se sentó ante su pequeño escritorio recubierto de viejo papel secante, tapó la lámpara con un trozo de cartón y se sumió en sus pensamientos.

Esa noche, sola, en silencio, bajo la luz de la lámpara, Dacha creyó hallar la respuesta a todas las preguntas, a todas las dudas que durante los últimos meses la habían angustiado. Tuvo un presentimiento, y una extraña sensación de alivio la estremeció. Decenas de preguntas y de dudas la asaltaban una y otra vez, pero lo cierto es que el suelo jamás se había derrumbado a sus pies. Ahí seguía, firme y erguida. ¿Era el mundo quién le proporcionaba ese apoyo, a cambio de la amplia confianza que ella siempre había depositado en él, o bien era ella lo bastante fuerte, incluso más de lo había creído? Dacha no se conocía bien. «No, yo no temo ni al agua ni al fuego —se dijo—, y aunque me ahogase o me quemase, tal vez resistiría, aun así. ¿Qué es esto, pues?». Su corazón se sobresaltó: Dacha había encontrado la respuesta a su pregunta y, al mismo tiempo, a todas las demás. Gracias a su capacidad de auscultar las cosas, su alma acababa de descubrir que todo en el mundo era ambivalente.

«Claro: si Dios no existe, todo es ambivalente —pensó—. Pues, si Dios no existe, ni ha existido jamás, yo no tenía ninguna necesidad de pensar que existía. Todo tiene un doble sentido: cada gesto, cada decisión, cada acto realizado o padecido, todo puede ser interpretado de dos maneras: sí o no, pro o contra: siempre hay dos significados, y nosotros somos libres de elegir el que prefiramos. El mundo lleva mucho tiempo dividido, no ya a lo largo —entre el bien y el mal— sino a lo ancho —entre la dicha y la desdicha. Así que lo único que debemos hacer es seguir nuestra elección de ahora, ya que el momento presente es nuestra única referencia, y cada cual es su propio juez. Ledd me abandonó, y sufrí por ello, hasta llegar a desear la muerte de Sonia, y vi que mi deseo era tan pequeño, mezquino e impotente como el de los demás, que yo era incapaz de cambiar el curso de las cosas. Ledd hizo bien en dejarme. Ahora voy a empezar una nueva vida, la tercera, porque la de aquí era la segunda, y la de *allí*, fue la primera; y esta tercera vida será doble, como todas las cosas del mundo. Tal vez alguien vea en ello un sacrificio, un acto de resignación, el deseo de separarme de la familia o la aceptación de todo lo que implica el matrimonio, pero lo cierto es que también influye el miedo al futuro y a la soledad, un cansancio acumulado a fuerza de trabajar duro, la inmersión en un círculo de prejuicios, de obligaciones, el anhelo de una existencia cómoda. En el mundo, todo tiene dos sentidos, incluso el amor de la Virgen mofletuda por su hijo, incluso la abnegación, que también tiene dos caras, incluso el sacrificio. Por poco que uno las desvele del todo, se da



cuenta de que todas esas cosas tienen dos esencias. Y siempre debemos elegir la que prefiramos en ese momento preciso.

»Hace ya tiempo que adiviné lo que Sonia pensaba de mí —prosiguió Dacha, con la cabeza apoyada en la mano, mirando de reojo su muñeca izquierda, en la que latía una venilla azul—. Piensa que la serenidad y el equilibrio conducen al rechazo del sufrimiento y de la pasión. Un día de éstos le responderé: ¿Y adónde nos conducen la angustia incesante, la discordia y la guerra? ¿Al suicidio? ¿Al crimen? ¿A la demencia? ¿De qué sirven el entusiasmo de Zai, su poesía, que probablemente no dará ningún fruto, sus sueños nocturnos, sus ensueños matutinos? ¿A mantenerla en un estado de exaltación hasta la vejez, a convertirla en una charlatana iluminada? ¿A la estupidez? ¿Adónde ha conducido a papá el odio de nuestra época? ¿De qué han servido la sensibilidad y la virtud de Liubov Ivánovna, el amor de Sipovski por las frases hermosas, la distracción y el diletantismo de Feltman? Todo, todo es ambiguo, hay dos respuestas para todo. Sólo que con la primera nos sentimos a gusto como con unas viejas zapatillas, mientras que la segunda nos resulta un tanto estrecha e incómoda».

La venilla latía a un ritmo acompasado, ni demasiado rápido ni demasiado lento. Toda la vida de Dacha desfilaba por aquel viejo escritorio, trazando una línea que se perdía más allá del mar, en otro continente, en uno desconocido pero que no tenía nada de espantoso. «La flora, la fauna —había dicho Moreau hijo un día— y las constelaciones». «Pero yo jamás me he sentido una intrusa en el espacio, ni en el tiempo. Al contrario: me siento como en mi casa bajo todos los cielos. Además, también las constelaciones son ambivalentes, porque no se hallan sólo allí arriba, encima de mí, sino también en mi interior, muy al fondo, allá donde nace el pensamiento».

La niebla que últimamente cubría a Dacha empezó a disiparse lentamente, y un rayo de luz se abría paso a través de ella; sombras, personas, objetos iban apareciendo en una penumbra onírica, como en otra dimensión. Su alma se estaba despojando de algo, igual que la tierra se despoja a veces de sus brumas; sus ideas se volvían más claras, más puras. De pronto, al hundir la mirada en sus profundidades, vio un cielo inmóvil, impassible, sereno, indiferente a todo, sumergido en su bonanza habitual, magnífica.

«La estrella Erídano —recordó Dacha con una sonrisa—. Un día se reflejará forzosamente en él, cuando la Osa Mayor sea conducida detrás del horizonte, con una anilla colgando en el hocico...».

Llegó el momento en que todo empezó a cambiar en la vida de Dacha. A mediados de febrero, fijaron la fecha de la boda, la cual iba a celebrarse en la

más absoluta intimidad. Por momentos, la calleja silenciosa y desierta que abrigaba aquel edificio macizo de cuatro plantas, construido a finales del siglo XIX, amenazaba con transformarse en ese salón de baile iluminado por una inmensa araña que uno se imaginaba al verlo. Pero eso no era más que una ilusión, pues, en realidad, el edificio no iba a ser el marco de ningún acontecimiento; nada había cambiado allí, a excepción del coche que aparecía diariamente. Ni se celebró ni se iba celebrar ninguna fiesta; todo debía desarrollarse con discreción, en secreto. La pareja pensaba más en el viaje que en la ceremonia, palabra esta que, además, no se adecuaba al acontecimiento. Hasta que, una mañana, Dacha se dijo: hoy es el día. A las dos, tenía que estar en el ayuntamiento; a las cinco, su avión despegaba del aeropuerto del Bourget. Dos maletas nuevas, abiertas y semillenas, ocupaban casi toda la habitación. Zai saltaba por encima de ellas, cantando unas canciones muy graciosas.

Por supuesto, ese día Tiaguine no había ido a trabajar; estaba prestando oídos a lo que ocurría detrás del tabique, en la habitación donde Dacha caminaba de un lado a otro, preparando sus cosas. Parecía como si estuvieran en domingo: Liubov Ivánovna, completamente ociosa (algo inusual en ella), estaba sentada frente a la ventana, con los ojos rojos; cualquier acontecimiento familiar, incluso uno dichoso, la hacía llorar. Y más aún una despedida, cosa que, sencillamente, no soportaba.

—Sonia, ¿puedo entrar? —preguntó Dacha abriendo la puerta.

Sonia estaba tumbada en la cama, bajo una manta que la cubría hasta la barbilla, y sobre la cual yacían un gran número de periódicos y un grueso libro.

—¿Estás enferma?

—No, estoy bien.

—Entonces, ¿qué haces aún acostada? Ya son casi las diez.

—Ahora mismo me levanto.

Dacha se sentó al borde de la cama. Sonia sacó un brazo y tiró los periódicos al suelo, mostrando su hombro desnudo.

—¿Duermes sin camisón? ¿No tienes frío?

—No.

—¿No tienes camisón?

—No.

Dacha alzó las cejas y volvió a bajarlas enseguida.

—Voy a dejarte dos. Están muy gastados, pero aún puedes utilizarlos. De hecho, he venido a preguntarte si quieres mi viejo abrigo de piel. Ahora tengo

otro. Si no lo quieres, se lo daré a la tía Liuba.

—Dáselo mejor a Zai —respondió Sonia tranquilamente—, eso la consolará.

—¿Lo dices porque está apenada? Pues no se le nota. Lleva toda la mañana cantando. Quizá en otoño venga a verme, así que la separación...

—No me refiero a la separación. La pena de Zai... ¿cómo te lo diría?... es una pena metafísica. Incluso lloró una vez. Creo que deseaba algo distinto para ti, «el amor que mueve montañas».

Dacha volvió a alzar las cejas y se quedó mirando a Sonia.

—Siempre tuvo la impresión de que tú llegarías a hacer algo extraordinario. No sé por qué. Que resucitarías a un muerto y luego te casarías con él. Zai creía en ti. Decía que tú no eras como los demás; supongo que imaginaba que nunca te comprometerías. Vamos, que se hacía toda clase de ilusiones respecto a ti.

—Ya, bueno —dijo Dacha intentando mantener la calma—. Y tú, ¿qué piensas? —añadió, sorprendida incluso de haber hecho esa pregunta.

Dacha jamás le pedía su opinión a Sonia, o, al menos, llevaba mucho tiempo sin pedírsela. Ahora, le resultaba fácil: la opinión de Sonia no podía cambiar nada, y, además, dentro de unas horas, Dacha estaría tan lejos que todo eso ya no tendría importancia.

Sonia colocó el brazo detrás de la cabeza y se acarició el pelo con sus finos dedos.

—Pienso —dijo apresando uno de sus mechones morenos y ondulados entre los dedos, mirando de un lado a otro por encima del hombro de Dacha— pienso que, si yo hiciera eso, si me decidiera por un matrimonio como el tuyo, sería un puro capricho, una tontería, una locura, y un desastre para mi pareja, o nada en absoluto. Pero, en tu caso, es algo distinto.

—¿Ah, sí? ¿Y qué es? —preguntó Dacha conteniendo el aliento—. ¿Qué tiene de especial mi matrimonio?

—Lo sabes perfectamente, así que, ¿por qué me lo preguntas? Cuando Zai me lo contó, me dije: Bueno, es normal. Estaba visto. Dado que tú eres...

—¿Cómo?

—¡Deja de hacerme preguntas! ¿O es que acaso no lo sabes? Pues una persona gentil, buena y, sobre todo, protegida, amparada contra las tempestades de la existencia; alguien que prefiere su equilibrio al resto del mundo, ¡y con razón! Una persona impasible, y orgullosa de su eterna, original, orgánica impasibilidad: no podías elegir otra cosa. Vamos que, como no tenías otra elección, te limitaste a aceptar lo que se te presentó. Y, cuando

hablo de equilibrio, no quiero decir que seas una persona flemática, ni mucho menos. Es algo más profundo, algo que hay en ti, es tu manera de ver el mundo. Y no creas que, al decir esto, te estoy desaprobando, aunque tampoco puedo admirarte por ello.

Despeinada, con los hombros desnudos, Sonia se sentó de repente en la cama.

—Eso es: has llegado a un puerto de bonanza, a una vida cómoda, cosa que, cualquier otra persona, habría hecho en tu lugar. Aunque nosotras, Zai y yo, pensábamos que tú no eras como cualquier otra persona. Eso es todo...

»Bueno, no, aún no he acabado. Eso en lo tocante al aspecto exterior de las cosas, porque también hay un aspecto interior: Zai esperaba de ti..., no sé, una suerte de milagro. No tengo ni idea de por qué, aunque yo siempre he pensado que hay en ti algo especial, algo que es como un consuelo para los que no poseen tus dones. Pero no sabría decirte lo que es. Si lo supiera, ¡todo sería distinto para mí!

»Pues eso, que ninguna de las dos se había imaginado —y te advierto que no nos habíamos puesto de acuerdo— que, a cambio de una cama mullida y una despensa bien repleta, ibas a sacrificar algo tan hermoso y tan fuerte, esa calma, esa ternura, esa misteriosa capacidad que posees para arreglar algo en el mundo. Siempre has tenido eso en tu interior. Me di cuenta enseguida, desde que nos conocimos, ¡cuándo aún no había cumplido los diez años! Acuérdate del día en que llegaste: ¡después de todo lo que habías vivido! Envuelta en una estera, montada en una telega, sola, bajo la lluvia, ¡con esa herida en el corazón que, mucho me temo, jamás cicatrizará! Y encima para sentirte peor que en una casa extraña: ¡en la casa de una madrastra!

—Tía Liuba jamás ha sido una madrastra para mí.

—Ya, pero tú entonces no podías saberlo. No te figurabas que iba a ser así. Aquel día llegaste a casa de una madrastra, a una casa en la que ya había una hija, y tu padre —que era el único familiar que te quedaba— estaba internado en un hospital de campaña, esperando ser evacuado. Y a mí, desde el primer día, me impresionaste.

—¿Por qué?

—Porque en ti había como una suerte de transparencia. De equilibrio. Pero, por supuesto, yo no entendía nada, por entonces. Aunque parezca sorprendente, yo, en comparación contigo y con Zai, tardé en desarrollarme. Fui una auténtica cría hasta los diecisiete años.

Dacha agarró un cigarrillo del paquete que había encima de la mesa y lo encendió.

—Coge uno, por favor. Estoy intentando fumar menos, no tengo dinero, y, además, así ejercito mi fuerza de voluntad. ¡No quiero acabar siendo una esclava del tabaco!

Sonia se sintió molesta de repente: tuvo la impresión de que ya nunca podría hablarle a Dacha de su pobreza.

—Bueno, pues... —siguió diciendo Sonia, mientras aspiraba con placer el humo del cigarrillo de Dacha—... para ser sincera e incluso algo cruda contigo, la verdad es que me preocupa lo que estás haciendo. Pero, a la vez, eso demuestra que existe una cierta lógica en la vida: la persona que ha sido A, B y C, se transformará, a la fuerza, en D, E y F, y después, perdóname, devendrá irremediabilmente en G, H e I. Y cuando se convierta en Y, las personas que, como yo, van por otro camino, sentirán un poco de miedo... Pero también está la otra cara de la moneda: en tu matrimonio, no todo será siempre liso y llano, porque tu marido, claro, sabe que no le amas. Cada día tendrás que plantearte la cuestión del deber, porque tú, a tu vez, vas a ser una madrastra. Encontrarás dificultades, pero las superarás, y, por supuesto, aportarás mucha felicidad a quienes vivan contigo. O sea, que tendrás que pagar un precio por tener una cama mullida y una despensa repleta, porque te costarán un gran esfuerzo anímico. Ésa es la otra cara de la moneda. Así que, ¿por qué afligirse? Hay que regocijarse, como hace todo el mundo, empezando por Zai, que tan sólo estuvo triste un día, y ahora, ya la ves, está tan contenta. De hecho, te estoy tomando el pelo...

—Entonces, ¿cualquier decisión es ambivalente? —preguntó Dacha.

—No pienso darte una respuesta —soltó Sonia, esbozando, de repente, una sonrisa malévola y triste; luego su voz cambió—, porque, si te respondiera que toda decisión es ambivalente, te irías encantada de la vida, con el corazón aliviado a vestirte, y eso te daría alas. Pensarías: «Lo único que debo hacer ahora es entregarme a esta vida deliciosa y alegre, apacible y vacía, porque mi decisión tiene un segundo sentido que lo justifica todo». Pero ¿y si yo te dijese que no hay ambivalencia en nada, que cada cosa tiene un sentido único, terrible, fatal? Sin duda te haría muy desgraciada. Así que mejor dime tú lo que piensas al respecto.

—Pienso, desde hace un tiempo, que hay dos respuestas para todo, y, por esa razón, la armonía reina en el mundo, que es como una balanza equilibrada por dos pesos iguales. El mundo es complejo y compacto, y, al mismo tiempo, flexible y fluido. Hace ya tiempo, empecé a pensar que existían muchas verdades distintas: fue entonces cuando sentí que el cristianismo había tocado

a su fin. Y, si el cristianismo no existe, entonces puede haber muchas verdades distintas. Y me sentí...

—Tranquilizada, ¿no es así? —dijo Sonia interrumpiéndola—. Pero, en primer lugar: ¿por qué piensas que ya no existe el cristianismo? Y, en segundo lugar: ¿qué te hace creer que la armonía reina en el mundo?

Dacha apagó la colilla sin responder. Tenía la sensación de que ella y Sonia habían abordado, en esa conversación, algo inmenso, importante, algo que ella ya había aceptado de una vez por todas y que no deseaba, de ninguna manera, remover ni replantearse.

—Yo creo —dijo Sonia después de una pausa— que algunas decisiones humanas no comportan ninguna ambivalencia. Como cuando uno toma una decisión en la que ya no hay vuelta atrás. Cuando uno se compromete por entero en esa elección, en esa decisión, sin ninguna garantía, sabiendo que el precio a pagar es el sentido de toda su vida. Cuando ya no se puede cambiar de opinión ni arreglar nada, cuando no hay manera de llegar a un compromiso ni de sacar partido (ni siquiera en el plano espiritual). En resumen, cuando sientes que te estás volviendo como de cristal, que ya no eres más que fe y voluntad.

—¿Qué decisión es ésa? —preguntó Dacha con un leve estremecimiento.

—El suicidio.

—¿Y no hay ninguna más?

—Que yo sepa, no. En todas las demás, siempre queda alguna escapatoria.

«Qué extraño me resulta todo esto, en el fondo, todas estas ideas sobre la muerte, el suicidio, nuestras decisiones... ¿Debería hablarle de las estrellas? No, ella no lo entendería —pensó Dacha—, no puede entenderlo, su cerebro funciona de un modo distinto al mío. A otro ritmo. Sí, es una cuestión de ritmo. ¿La muerte? La muerte no puede venir más que por sí misma, ¡no puede ser un acto de nuestra voluntad! ¡No puede!».

Sonia se había quedado callada, con la cabeza gacha.

—¿Y qué te hace creer que la armonía reina en el mundo? —repitió en un tono irónico.

Dacha alzó los ojos hacia ella y las dos hermanas se miraron cara a cara durante un instante.

—La armonía reina en el mundo porque reina en ti —dijo Sonia burlándose de ella abiertamente—. Y la armonía reina en ti porque reina en el mundo, ¿no es eso?

Dacha bajó de nuevo los ojos y no le respondió. De repente creyó oír el sonido de un reloj, dando la hora, a lo lejos. Y se asustó: sin duda ya era tarde.

¿Qué hora sería? ¿Cuánto tiempo llevaba allí?

—Te he hecho una pregunta... Pero no me vas a contestar, porque no puedes. No podrías hacerlo aunque quisieras. Pues escúchame bien: no hay armonía en el mundo; el mundo está escindido, desgarrado, fragmentado, y no hay salida posible en él. ¿No ves que la gente ya no tiene nada por lo que vivir, que todo está perdido, muerto, que ya no queda ningún ideal, que todo se hace polvo? ¿Qué muy pronto habrá una guerra que durará diez, veinte, tal vez cincuenta años? Y nadie puede hacer nada contra eso, nadie puede remediarlo, ni reconciliar a nadie, ni justificar nada, todo se esfuma, todo se derrumba. ¿Cómo es posible que no te percares de ello?

«Eso mismo dijeron en todas las épocas», pensó Dacha, pero siguió callada.

—¡Y tú vas y dices que la armonía reina en el mundo! ¡Mira lo que pasa a tu alrededor! ¿Y Rusia qué? ¿Te sigue preocupando o no? ¿A qué viene, pues, ese silencio de muerte? ¿Es que no tienes nada que decir al respecto?

—No leas tanto los periódicos —dijo Dacha en un tono cortante—. Es una ocupación completamente estéril.

—¡Un día de éstos, también Rusia tendrá que manifestarse al respecto! Y no me refiero al Gobierno, sino al pueblo ruso. Diez mil kilómetros de silencio, veinte años de silencio... Dicho esto, tienes razón: no hay que leer los periódicos, porque dan esperanza a la gente, cuando en realidad no la hay. Así que no hablemos más del asunto.

Sonia miró con cara arisca en dirección a la ventana, luego su escritorio, sus libros y sus papeles, una falda colgada de un clavo, y de pronto se avergonzó de todos esos objetos feos y pobres, de esos libros polvorientos, de esa ventana que llevaba tanto tiempo sin limpiar.

Dacha se levantó.

—Sonia —dijo—, te dejo mi abrigo y dos vestidos que Zai va a arreglar para que puedas ponértelos. Lo hará muy bien, ya lo verás. Coge también mis zapatos blancos de verano. En mi cómoda hay un montón de cosas que te pueden ser útiles.

Sonia también se había levantado, se estaba abrochando el sujetador al tiempo que buscaba una media, sin mirar a su hermana.

—Te lo agradezco mucho, aunque no necesito gran cosa. Ya sabes que no me gustan los objetos. Y, además, mi vida va a cambiar muy pronto; voy a tener un puesto en alguna provincia, a enseñar griego e historia en un instituto privado.

—¿Cuándo?

—En otoño, creo.

—Y, hasta entonces, ¿de qué vas a vivir?

—Hasta ahora he vivido bien —respondió Sonia irritada, y salió de la habitación arrastrando los pies calzados en sus viejas zapatillas.



## XII

Todo era propio de una buena foto de familia: tan sólo faltaba un niño con las piernas escuálidas, cruzadas, en primera fila. Tiaguine y Liubov Ivánovna, sentados, uno al lado del otro, en sendas sillas, agotados por aquella jornada y apenados por la inminente separación; Sonia y Zai con una expresión curiosa; Moreau apostado en el umbral del salón, expectante (las maletas ya estaban dentro del coche), y, en el centro, Dacha, alegre, elegante, esplendorosa, con una camelia blanca en el ojal de la chaqueta, sujeta con un gran alfiler cubierto de diamantes.

Tiaguine dijo:

—Pues sí, así es. Hasta ahora, y durante siglos, nos liemos ocultado cosas, los unos a los otros (se estaba dirigiendo a Moreau, que lo escuchaba con una amable sonrisa), hemos mantenido todo en secreto, porque, ya me dirá, ¿qué sabíamos los unos de los otros? Tonterías, nada más: ustedes, que nosotros, los rusos, comíamos velas de sebo y vivíamos como osos; nosotros, que ustedes, los franceses, bailaban en las calles y confeccionaban, cada año, nuevos sombreros para las damas. Eso era todo, o casi. Y así liemos vivido. Aunque había algo de verdad en ello, porque ustedes, en efecto, confeccionan sombreros, e incluso varias veces al año, y, en efecto, bailan el 14 de julio, y nosotros mantenemos buenas relaciones con los osos, a los que, desde luego, tenemos por parientes más cercanos que los monos... Lo de las velas, dejémoslo... De hecho, cada pueblo sabía del otro lo que éste quería que supiera. Lo demás, lo ocultaba, lo disimulaba cuidadosamente, porque había ciertas cosas de las que se avergonzaba, y otras que prefería olvidar. Y, de repente, ¡cataplum! Se acabó el misterio: desde hace veinte años, vivimos juntos, lo sabemos todo del otro. Nosotros conocemos su cocina, su política, su carácter, sus pasiones... Y ustedes conocen nuestra vergüenza, nuestra valentía, y todos los horrores que hemos sufrido; también algunas actitudes nuestras, de las que nos sentimos orgullosos, y otras que no queremos

confesar. De modo que ahora nos comprendemos del todo, somos buena gente, y, de ahí que, *grosso modo*, nos gustemos.

Moreau se echó a reír:

—A veces, incluso mucho.

—Y otras, nada en absoluto. Pero, en líneas generales, sí, creo que sí. Y lo más interesante de todo es el modo tan original en que nos hemos conocido. Normalmente, los pueblos se conocen como resultado de una conquista. Pero, en nuestro caso, todo ha transcurrido de un modo pacífico.

—¡Mis queridos pueblos! —dijo Dacha volviéndose hacia su marido—. Deberíais sentaros un momento<sup>[32]</sup>.

Comienzan entonces las despedidas, los besos, Dacha busca sus guantes, Zai quiere decirle unas palabras a solas; en sus ojos asimétricos, dos lágrimas; una rueda por su mejilla después de permanecer un instante en su pestaña; el abrazo suave y perfumado de Liubov Ivánovna, y luego el otro, esquinado, de Tiaguine, con olor a tabaco. Y, de sopetón, su mejilla hueca y húmeda bajo los labios de Dacha. Finalmente, el beso rápido, ligero, aéreo de Sonia. Ya está: Dacha baja por la escalera, que ahora le parece amplia, blanca, una escalera de mármol que conduce a un salón de baile donde, con una corona de azahar balanceándose en su frente, se unirá de inmediato a las parejas que bailan, levantando la cola de su vestido... Pero el ensueño sólo dura un instante ante la puerta cochera. tras ella, en medio del silencio de la calleja oscura, está aparcado ese coche enorme que ella tan bien conoce, mirando con sus faros apagados hacia delante y hacia atrás.

—Volveré el próximo verano —dice, un tanto conmovida por las despedidas y por todo lo que ha pasado hoy—. Querida tía Liuba, Zai, papá: no me olvidéis.

El olor a gasolina se mezcla con el aroma de su perfume —así huele París al atardecer, así huele la separación—, y la mezcla permanece un buen rato en el aire.

Los Tiaguine se encerrarán en su habitación. Liubov Ivánovna llorará largamente, pero de felicidad —o eso decía ella, convencida—. Y, en efecto, notaba la felicidad, pero también la tristeza, la amargura de la separación, la inquietud por Tiaguine, encanecido por los años, silencioso, con la mirada triste; notaba un dolor punzante por el destino de Sonia y una vaga angustia por Zai, que últimamente ya no la dejaba sola.

Zai, sentada en la cama de Dacha, con los brazos cruzados alrededor de sus puntiagudas rodillas, observaba cómo Sonia deambulaba de un lado a otro. Se decía a sí misma que, en efecto, no había muchas maneras de pasar la

larga noche que acababa de empezar, aunque podía pedirle a Sonia que saliera, y, luego, con la puerta cerrada y la lámpara apagada, acostarse de cara a la pared para pensar tranquilamente, sin que nadie la molestase; pensar en Dacha y en sí misma, en todos los años que habían pasado juntas y durante los cuales se había convertido en una auténtica persona; recordar su vida conjunta, imaginar su reencuentro el próximo verano u otoño. O bien bastaría con que Sonia se sentara pegada a ella, para que pudiera sentir realmente su presencia, tal vez incluso abrazarla y hablarle de Dacha, de ellas dos, del pasado, del futuro, de la dicha, de la vida. Pero lo que no podía soportar de ninguna manera era ver a Sonia yendo de un lado a otro. Tenía ganas de decirle: «Siéntate o márchate», pero no se atrevía.

La habitación estaba manga por hombro, pero Zai no le prestaba atención; ya la ordenaría mañana por la mañana; también habría que decidir si Sonia se trasladaba o no a su habitación, pues, en tal caso, podrían alquilar el cuarto que ella ocupaba ahora, el que daba al patio. Liubov Ivánovna ya había tocado el tema.

—Sonia, ¿y si te trasladaras aquí?

—Ni hablar.

—¿Cómo? Pues tía Liuba cree...

—Ya le dije que no podía vivir sin una habitación para mí sola.

—Pero Sonia, yo estaré fuera todo el día, y por la noche tengo que actuar en el teatro.

Sonia se sentó —por fin—, pero lejos de ella, en un rincón, en una silla próxima a la ventana, después de tirar al suelo una caja de zapatos vacía.

—¿Compartir la habitación contigo? Ni loca... Sería un engorro. Aunque, pensándolo bien, ¿por qué no?... Bueno, ¿qué tal va lo del teatro?

Zai se sentía incómoda cuando los demás pronunciaban esa palabra: le parecía vergonzoso hacer teatro cuando lo que había que hacer era, quizá, barrer las calles.

—¡Pero si no hay teatro que valga! Esto es sólo una experiencia, una farsa. Algunos se lo toman muy en serio, y yo también, claro, al principio. La semana que viene haremos el ensayo general. Lo hemos retrasado una y otra vez: primero, que si los trajes no estaban listos, luego porque ardió una cosa... En fin, que ahora más bien tengo ganas de vender libros y de leer. Ya he perdido mucho tiempo, no he leído nada, no sé nada... Si no hubiera sido por Jean—Guy...

—Ah, pero ¿es que sales con un tal Jean—Guy?

Zai se quedó callada. De repente pensó que, un mes antes, por nada del mundo lo habría llamado por su nombre. Ahora, lo más importante era ser independiente, trabajar en la librería de B., dedicar el tiempo libre a la lectura, a crecer, a avanzar. Como habría dicho Dacha: «A crecer en espíritu».

—Escucha, Zai —preguntó de repente Sonia—, ¿de qué te sirve leer libros?

Zai la miró sorprendida.

—Olvídalo, es una tontería. No me hagas caso: lee cuanto te plazca. ¿Te acuerdas de esa vez que hablamos de Dacha y yo te dije que no existía ninguna persona que estuviera en paz con el mundo? ¿Te acuerdas? Bueno, pues te mentí. Te mentí a propósito. Para gastarte una broma. Para que desconfiaras de la vida. Pero me equivoqué.

Zai se quedó helada, con el mentón pegado a las rodillas.

—Soy yo quien duda de todo, desde hace tiempo: de la paz del mundo, de mí misma. Estoy celosa, ¿no te das cuenta? Celosa de la vida de Dacha, que se las arregla tan bien, tan agradablemente. Me gustaría que a ti te ocurriera lo mismo. Te conté unas mentiras tan grandes como una casa. Así que olvídalas.

Sonia se levantó y cruzó la habitación dirigiéndose hacia Zai, pero sus gestos revelaban una intención, un objetivo premeditado. Luego se sentó junto a ella.

—Olvídate de todo y disfruta. Sin pensar, sin leer libros. Pasea con Jean—Guy del brazo, divierte a los chiflados interpretando obras de tres al cuarto. ¿Sabes a qué conducen el entusiasmo, el teatro, los amoríos, los versos? Cuando cumplas los cincuenta, tu voz resonará cuando pronuncies palabras complicadas, y tu rostro se iluminará cada vez que se trate de cosas que no conoces... Y estarás en paz contigo misma. Siempre. Como la mayoría de la gente, por otro lado, que no se plantea nunca preguntas tales como: ¿Qué es este mundo, en realidad? ¿Y qué soy yo en este mundo? ¿Formo un todo con él? ¿Me acepta él tal como soy? ¿O quizá tan sólo me uniré a él en la muerte? Porque el mundo va camino de su perdición. Te lo digo yo, aunque no se lo comentas a nadie, ni siquiera a Jean—Guy. El fin se acerca, y lo único que podemos hacer es llorar por este mundo, igual que se llora por un condenado a muerte.

Zai miraba a Sonia fijamente: sabía —y eso era lo penoso— que aquello también era mentira, que, dentro de una semana, Sonia le diría otra vez las mismas palabras: «¿Te acuerdas de la vez en que lloré por el universo y te pedí que lloraras conmigo? Lo hice a propósito. Ama el universo, él siempre estará contigo. Dormiréis en un lecho de rosas, tú y el universo...». El aire se

volvía irrespirable al lado de Sonia. «Siéntate o márchate. No, mejor márchate, ¡vete!». Pero Sonia le agarró la mano.

—Me instalaré en tu cuarto —dijo, y una cierta ternura cruzó su rostro, volviéndolo aún más hermoso—. Viviremos juntas. Lo de Jean—Guy, como suele ocurrir, se te pasará. Eso pasa siempre. ¿Te acuerdas de Ledd? Aquello no le duró mucho a Dacha, ¿verdad? Estaremos juntas, tú y yo. Cuánto me gusta que me escuches así, Zai; tu cara expresa tanta atención, tanta sumisión, y tan dulce... Y tus ojos se vuelven completamente japoneses. ¿O prefieres que diga «chinos»? Bueno, pues lo diré. Pero ¿por qué te vas?

Zai se había bajado de la cama de Dacha; un sentimiento de penoso embarazo la invadió.

—Sonia, por favor, sé amable —dijo, y, por primera vez en su vida, sintió que se le humedecían las palmas de la mano y que un escalofrío le recorría la espalda—: márchate ahora mismo. Me gustaría estar sola un momento.

Pero Sonia no se movió. Sus labios se estiraron, y una lenta sonrisa se heló en su rostro. Zai volvió a sentarse a su lado.

—¡Me echas! ¡Después de haberme propuesto que vivamos juntas! —dijo de repente Sonia, con aire divertido.

«¿Cuándo le propuse yo tal cosa? —pensó Zai—. Tan sólo le hice una pregunta».

—Tú pertenecías a Dacha, pero no quieres pertenecerme a mí, ¿no es eso? ¿Eres capaz de mantener una amistad o no, Zai? Porque alguna gente es incapaz. La amistad es algo tan singular, tan extraordinario entre las personas...

Zai buscó una respuesta, pero las palabras la rehuían. Jamás había sentido semejante embarazo ante alguien.

—B. y yo fuimos amigos el año pasado... Ya te lo contará él. Lo pasábamos bien. Paseamos un montón de veces por el muelle. ¿A ti te gusta pasear, Zai? Antes, solías ir a caminar por las calles.

—Me gusta mirar las ventanas, ver personas desconocidas. Para conocerlas y dejar de tenerles miedo.

—¿Qué dices? ¿Qué necesidad tienes tú de esa gente desconocida? ¿Por qué te interesa?

—No sé, quizá me gustaría observar su *douceur de vivre*<sup>[33]</sup> ya sabes... No existe una expresión equivalente en ruso.

—*La douceur de vivre* —repitió Sonia, consternada. ¡*La douceur de vivre* de los demás!

—No sólo de los demás. Yo me la he ido apropiando poco a poco, como tantas otras cosas.

—Me sorprendes mucho, Zai. ¿De veras crees que existe una *douceur de vivre* como tal?

—Por supuesto que sí. *Allí* no la había. Y, durante mucho tiempo, no supe lo que era.

—Disculpa, pero ¿cómo puedes hablar de dulzura cuando hay tantos miedos en el mundo, tanta gente famélica, tantos pobres, tantos desesperados, tantos asesinos...

—No lo sé, pero, en cualquier caso, existe.

—¿Y qué quieres hacer con ella? —exclamó Sonia, conmovida—. Desde ahí, no hay más que un paso a la cama mullida y a la despensa repleta, ¡y estaremos otra vez en las mismas!

—No lo sé —repitió Zai—, es posible. Yo no soy tan inteligente como tú, Sonia, y no puedo explicarlo; pero saber que esa dulzura existe me produce una gran alegría. Creo que los desesperados, los asesinos también la aprecian. Porque, sin esa *douceur de vivre*, las personas cambian, se vuelven como las de allí: como insectos o como clavos.

—¿Clavos? ¿Las personas se vuelven como clavos? ¡Pues qué bien! —exclamó de nuevo Sonia—. Porque un clavo pensante es mejor que una caña<sup>[34]</sup> pensante, ¿no te parece? ¡Qué maravilla! ¡Un clavo pensante! ¡Tal vez sea mi última esperanza!

«Para mí, mi última esperanza es que me dejes en paz, que te marches —pensó Zai—; de buena gana me quedaría sola, para imaginarlos volando por encima de las nubes mientras se beben un zumo de naranja, mirando todas esas estrellas que nunca están al alcance de nuestra vista, hablando en voz baja de su vida futura. Y puede que Dacha piense de pronto en mí, en esta habitación, en todos nosotros. Puede que aún le guste todo esto».

—Escucha, Zai —dijo Sonia tranquila, incluso un tanto seca—. Tengo la impresión de que ya no quieres que esté aquí, que desees que me vaya. Que ya no tienes ninguna necesidad de mí.

Sonia se calló un segundo aguardando una respuesta, pero Zai no dijo nada.

—Te agradezco tu sinceridad al contarme que había un Jean—Pierre, o un Jean—Paul, en tu vida. Ojalá seas feliz con él.

Sonia se levantó, miró unos instantes a su alrededor, desamparada; al ver que Zai seguía callada e inmóvil, se marchó. Eran las ocho.

Zai oyó cómo Tiaguine entraba en la cocina y ponía el hervidor en el fuego. Ya no tenía ganas de tumbarse de cara a la pared; una vez que se hubo marchado Sonia, una angustia latente, una tristeza inquietante se apoderaron de ella. Zai se coló, sin hacer ruido, por la puerta entreabierta de la habitación de Liubov Ivánovna.

La radio emitía una música suave; Liubov Ivánovna estaba recostada en la cama a causa de una intensa jaqueca, vestida con un viejo camión: una cosa viva e informe. Tiaguine, sentado en su sillón, fumaba. Zai también se sentó.

La música cesó, y dio paso a una voz.

—¡Apaga eso! —dijo Tiaguine.

—No, deja.

La voz siguió hablando. Zai prestó oídos y su mente empezó a volar.

¿No era sorprendente que, a través de ese aparato, cientos de miles, a veces de millones de personas escucharan lo mismo a la vez? Era algo que siempre la impresionaba. Probablemente, cientos de miles de personas escuchaban en ese momento la misma historieta que ella escuchaba. Cuando Menuhin o Gieseking<sup>[35]</sup> actúan en algún lugar del planeta, decenas de millones de personas los escuchan a la vez: sus conciertos se retransmiten, sin duda, en América y en África, y el mundo entero los escucha conjuntamente, con una misma oreja, por decirlo así, con un solo oído. Si hay una guerra, decenas, cientos de millones de personas oirán los mismos telegramas del frente. Una única e inmensa oreja: la del mundo. Hoy, esa oreja está escuchando un cuarteto de Beethoven, y mañana algún salvaje vendrá a cortarla de un tajo; la ensartará, junto a otras orejas, en un collar que luego lucirá en el cuello. Vendrá la guerra, y Jean—Guy, con una maletita en la mano y un macuto a la espalda, estrechará a Zai en sus brazos y le dirá adiós, igual que en ese cartel que hay en la estación del Este y que antaño le parecía tan maravilloso; ahora, Zai prefiere la espiral y esa especie de cocota<sup>[36]</sup> (en palabras de Tiaguine) que tiene clavadas encima de su cama, y cuyo autor es Volodia Smirnov, un pintor al que auguran un gran futuro. Él no quería pintar, para nada, una «cocota»: es un cuadro abstracto en el que, sencillamente, pretendía expresar su sensación ante... Zai ya no recuerda qué. Pero acabó siendo una cocota, que, para colmo, se parece a la de Sipovski.

La voz sigue hablando. Está contando una historia sorprendente: una noche, en ese mismo programa radiofónico, hace ahora un mes, alguien evocó los antiguos libros para niños que todo el mundo leyó y amó en su día, hace veinte, cuarenta, sesenta años. Uno de esos libros, conocido por tres generaciones de niños, hablaba de dos chicos que partieron a la Tierra del

Fuego en una balsa hecha por ellos, y que llegaron al Cabo. Y ahora resulta que esos dos héroes, los protagonistas de aquella historia, siguen con vida: uno tiene ochenta y ocho años, y el otro ochenta y dos. Sus vidas parecen, de hecho, sendas historias maravillosas, que demuestran que lo esencial en la vida es ser libre con respecto a uno mismo y a los demás.

«Siempre pensé que se aburrían juntos —se dijo Zai, mirando a Tiaguine y a Liubov Ivánovna—. Pero no es así. Al contrario, están muy bien juntos. Soy yo la que me aburro con ellos».

Zai se levantó.

—Voy a salir a dar una vuelta; tardaré una media hora.

—¿Otra vez vas a volver de noche? —refunfuñó Tiaguine.

—No, sólo tardaré media hora.

Zai se vistió y salió. Al momento, un soplo nuevo, primaveral, tímido, la recibió en la calle, la sorprendió.

Zai había avisado a Jean—Guy y a los demás, con varios días de antelación, que la noche de la boda de su hermana no podría estar con ellos. Así que no la esperaban, y, además, ella tampoco tenía ganas de ir. Zai caminó sin rumbo por las calles, mientras una agradable brisa le rozaba la cara. Rodeó la verja de una placita y se internó por algunas callejas mal iluminadas, silenciosas y desiertas. Iba andando con las manos en los bolsillos, aspirando a fondo ese primerísimo aire primaveral que anunciaba, aunque pareciera imposible —pero a ella le daba igual que no fuera más que una ilusión— la primavera. Zai se cruzó con algunos transeúntes. Se topó con el fulgor anaranjado de un café en una esquina. Vio un garaje iluminado, más allá. Los grandes edificios estaban a oscuras: tal vez no estuvieran habitados, o tal vez fueran unas oficinas o unos ministerios que sólo abrían por las mañanas. De esa forma, Zai dio la vuelta a dos o tres manzanas de edificios y volvió a la iglesia cuyas dos flechas, puntiagudas y pálidas, se perdían en el cielo rosado y gris. Cuando estaba bordeando de nuevo la verja, se percató de que había un perro tumbado en la acera.

Zai se paró sobresaltada. ¿Cómo no lo había visto la primera vez? Quizá no estuviese allí entonces... El perro estaba tumbado de lado, en una postura extraña, un poco más espatarrado de lo que cabía esperar. El resplandor de la farola más cercana se reflejaba en sus grandes ojos abiertos, como una extraña gota de luz mortecina. Era un inmenso perro lobo marrón de orejas puntiagudas, tiesas, como de piedra; bajo su vientre ahuecado, había un charco, y tenía la cola presa entre las patas. Estaba muerto.



Zai empezó a temblar —odiaba esas sacudidas—, y echó a correr a lo largo de la verja, a correr hacia la casa. Ese animal... ¿habría muerto ahí al lado de la plaza, o lo habría dejado alguien que se quería librar de él? ¿Lo habría atropellado un coche? ¡Qué espantoso estaba en su pellejo de piedra! Podría haber sido un hombre herido o muerto, o incluso asesinado, sí... Ahí estaba la muerte, en medio del mundo de los vivos, y daba tanto miedo de noche, y más estando sola.

Zai regresó a toda prisa. Le habría gustado encontrar a Sonia en su habitación, bajo la lámpara, leyendo un libro, vestida con el confortable camisón de Dacha, para hablarle del avión que pronto iba a descender por debajo de las nubes y desde el que se podían ver las luces de una ciudad desconocida... ¡Una presencia viva en aquella habitación ahora vacía le habría hecho tanto bien! Pero Sonia no estaba allí, ni siquiera sabía si estaba o no en casa. Zai bebió un poco de té junto a su padre, en el comedor. Liubov Ivánovna seguía acostada.

Ahora estaba en su habitación, sola. De hecho, ¿no había echado a Sonia que, aquella misma noche, había querido reemplazar a Dacha? ¿Qué había pasado, y cómo, por qué? ¿Qué tenía ella de especial para que Sonia le hubiera hablado de amistad? Porque ella le había ofrecido su amistad a Zai: sí, Sonia la orgullosa, la inteligente, la solitaria, la extraordinaria Sonia, le había ofrecido su amistad a Zai la perezosa, la tonta, la ligera Zai. Pero ésta lo único que quería era verla salir de su cuarto cuanto antes. Todo lo que Sonia decía era falso, incomprensible, inaccesible; cosas que, sin duda, la atormentaban. Pero, por encima de todo, Zai acababa de descubrir quién era realmente Sonia: alguien que no quería a nadie y que, al tiempo que le ofrecía su amistad, llamaba «Jean—Pierre» a Jean—Guy; una persona horriblemente extraña... Zai sintió, de repente, que ya no tenía ganas de pensar en nada de eso, ni tampoco en el perro muerto, pero su mente volvía a la verja de hierro forjado que se extendía a lo largo de los cimientos de piedra, sobre la acera nocturna. Las orejas tiesas, la cola pétrea entre las piernas, aquel charco oscuro bajo el vientre, desparramado en la acera.

«Sonia no quiere a Dacha, ni la quiso nunca. Se burlaba con frecuencia de ella por las más diversas tonterías. ¡Y su risa no es nada alegre! Qué lástima, ¡con lo hermosa que es!». A veces también se burlaba de ella. Al principio, Zai se sentía humillada, pero luego se acostumbró. «¿Y cómo se habrá enterado de lo de Ledd? ¡Todo esto es muy extraño!». ¿Es posible que el perro *lobo ya estuviera allí cuando ella pasó por primera vez*? No, no pudo atropellarlo un coche, si no ella lo habría visto, y además no había rastros de

sangre. Debieron de sacarlo ya muerto del edificio de enfrente, de alguna de esas casas que ella solía observar antes, donde unas personas felices viven tan confortablemente. «El perro murió de viejo, era un animal noble, pero esas simpáticas personas no tenían tiempo para enterrarlo ni para ocuparse de él... Pero qué extraño y triste, qué espantoso es todo. Sí, vuelvo a tener miedo, igual que antes. Pero no quiero pensar más en ello».

Zai hizo un esfuerzo y, en su duermevela, bajo sus párpados cerrados vio aparecer por fin a Jean—Guy, en medio de una penumbra rosácea, tal y como lo había visto el día anterior por la noche, en Passy, tras acabar su jornada de trabajo en la librería (ya había tenido tiempo de leer varios cientos de títulos en las cubiertas, pero ni una sola página aún). Él le había abierto la puerta, alertado por el tintineo de una campanilla de cobre antigua, como las que ya no se ven. Estaba preocupado por el estado de los trajes de la obra, que se habían desteñido. ¡Algo terrible! ¡Monstruoso! ¡Escandaloso! ¡Menuda marranada les habían hecho! Si al menos hubiera sido sólo en los sobacos, pero no, también el dorso se había vuelto de color lila, y una raya azul rodeaba la cintura.

—Ya no las fabrican así —había murmurado Zai mirando la campanilla que seguían tintineando encima de la puerta principal.

—No, en efecto —había respondido Jean—Guy, molesto— pero, chicas como tú, las fabrican a millares por día, sobre todo siguiendo el movimiento stajanovista<sup>[37]</sup>.

Según su costumbre, Zai había saludado a los del grupo dándoles un beso, pero ahora, de repente, cayó en la cuenta de que se había olvidado de Jean—Guy. Tan sólo le había lanzado una mirada a hurtadillas: ¿estaría enfadado por eso? No, pero si ni siquiera se había percatado, pues no paraba de lamentarse por lo de su túnica color lila con blasones malva, estropeada por el sudor... ¡Mejor sería que se hubiera enfadado! Aunque, al fin y al cabo, aquello no tenía ninguna importancia...

Al parecer, el joven fotógrafo que, desde hacía un tiempo, se había dejado crecer una barba pelirroja, compartía el punto de vista de Zai, pues había comentado:

—¡No vamos a llorar por esa tontería!

A lo que Jean—Guy había respondido, alzando la voz:

—¡Pues, si para ti es una tontería, no sé qué haces aquí! ¡Si no nos tomamos esto en serio, mejor olvidarlo!

—Yo no he dicho tal cosa. Sólo que no nos vamos a morir porque se haya estropeado un traje.

—Pues, para mí, que se estropee un traje es peor que la muerte. ¡Cómo se ha atrevido ese cerdo a utilizar un tinte que destiñe!

—¡Vale! ¡Pues corre a atravesarlo con tu espada!

—¡Imbécil!

Zai se había reído, se había acercado a Jean—Guy y le había acariciado la cabeza.

—Estás convirtiendo una mosca en un elefante.

—¿Qué dices tú de un elefante? —había preguntado Jean—Guy con aire de sospecha.

—Que tú de una mosca haces un elefante. Es un dicho ruso<sup>[38]</sup>.

—Pues ahora estás en Francia.

—Ya lo sé. Pero así se dice en ruso. Hay una expresión similar en francés, para expresar lo que te estaba ocurriendo a ti ahora...

Entonces sí que se había enfadado de veras:

—¡No me des más la paliza con tus elefantes rusos! Esto no es un zoológico. ¡No tienes la menor idea de lo que es el arte!

Luego, todos se habían puesto a gritar alrededor de ellos: aquí no hay sentido del humor, estáis de los nervios, fantástico, ahora a pelearse, menuda pérdida de tiempo. Pero, cinco minutos después, ya estaba todo olvidado, perdonado, y habían decidido obligar a «ese cerdo» a teñir de nuevo las túnicas... Al acabar el ensayo, Zai había recordado que, al día siguiente, no podría ir. Y, una vez, Jean—Guy había refunfuñado.

—Lo vengo advirtiendo desde el martes —había comentado ella tímidamente.

—Bueno, pues entonces ¡se acabó! Éstas no son formas de trabajar.

Llena de ternura, Zai había acercado su rostro al suyo, hundiendo sus ojos oblongos y estrechos en los de Jean—Guy. Éste la había atraído hacia él riendo y ella había sentido que todo había vuelto a ser como antes.

«Pero hubo un momento en que no era como antes», pensaba Zai ahora, viendo a Jean—Guy avanzar hacia ella en la bruma que se ensombrecía bajo sus párpados: la cabeza echada hacia atrás, el cuello de la camisa desabrochado, los dientes brillantes. «Algo había cambiado, no era como de costumbre. Por primera vez discutimos, o, mejor dicho, lo vi enfadado. ¿Y si se volviera a enojar otra vez, y luego otra, y otra? ¿Se acabaría todo? Porque, naturalmente, sé que esto pasará, y también el teatro, igual que los poemas».

Zai se puso a pensar en su nuevo trabajo; no podía conciliar el sueño: también ella tenía la luz encendida.

Miles de libros, una escalera que ella subía y bajaba sin cesar y que conducía al sótano, donde había dos obreros pintando de nuevo las estanterías; en lo alto, un grueso libro de registro en el que ella debía inscribir algo. En el despacho de B., había gente trabajando, unos electricistas instalando unos cables. B. había decidido ampliar el local, renovar la librería. Zai había llegado en el momento oportuno. «Señor, haz que todo salga bien, que B. no me despida, que papá y tía Liuba sigan con vida, que no me vea sola y en la calle como un perro, que Dacha sea feliz, que volvamos avernos...».

En la calle, como un perro... Zai se sobresalta y abre los ojos. Enfrente, pegada al tabique, está la cama vacía. Zai se estremece bajo la manta, una, dos veces. ¿De qué tiene miedo? Ahí no hace frío, la luz brilla. El avión ha aterrizado en el aeropuerto de Orán. Los Tiaguine están ahí al lado, detrás del tabique... ¿De qué tiene miedo? ¿Qué representa ese perro para ella y ella para él? ¿Esa frase, de qué obra es? ¡De *Hamlet*! Mueren tantos perros en París, tanta gente también. Cada día tiene su miedo<sup>[39]</sup>. Lástima: en ruso, no existen frases así. Hay tantos muertos, asesinados, borrachos, enfermos, gente sin hogar arrastrándose ahora mismo por las ciudades de Europa... ¿Será posible que este miedo, que estos temblores vuelvan? Un día, la sombra de una paloma que había alzado el vuelo justo a sus pies, en la plaza de l'Etoile, la asustó. Zai tuvo miedo de una paloma, tiene miedo de un perro muerto, y, a poco más, volverá a caer en ese estado que tan bien conoce, y en el que se siente tan penosa, tan desarmada, tan transparente.

Como no soportaba ver la cama vacía, apagó la luz, pero había olvidado correr la cortina, y el rayo blanco de la farola se colaba en la habitación. Zai se percató de que el silencio estaba hecho de murmullos: estaba lloviendo fuera, pero aquella no era una lluvia ruidosa de invierno, sino una lluvia silbante, aterciopelada, casi primaveral. Una lluvia que murmuraba, que suspiraba, que contaba algo resbalando sobre el cristal, soplando sobre las comisas, fundiéndose con el viento. Era como un roce, como el crujido de una hoja al estrujarla, como un padrenuestro oído en lo más oscuro de la noche, en una casa en la que todos ya están dormidos, y Zai se tapó la cabeza con la manta para no escucharla.

## XIII

### EL CUADERNO DE SONIA TIAGUINE

Durante muchos años, tuve, de vez en cuando, el mismo sueño. Todo comenzó hace tiempo, probablemente cuando yo tenía unos diez años. Cada dos o tres años, me veía atada de pies y manos, sujeta a un tablón que rodaba tranquilamente por unos raíles de ferrocarril. Avanzaba, provocando un suave zumbido, entre una niebla amarilla grisácea, con el cuerpo y el rostro inmóviles; delante, iban prolongándose los raíles bien rectos, hasta perderse de vista. Luego, surgiendo de entre la niebla, otras muñecas, copias exactas de mí, venían a mi encuentro, deslizándose también sobre unos raíles, atadas e inmóviles como yo. El zumbido se volvía continuo, la grisalla amarillenta se extendía por doquier. Mi angustia aumentaba, el espacio y el tiempo se confundían en una sola cosa. Cuando ya no podía soportar más aquellos raíles, aquel silencio, aquel zumbido, me despertaba, pero la fusión de las dos dimensiones perduraba un momento.

Últimamente, este sueño cada vez era menos frecuente. Llevaba tiempo sin visitarme, y yo, que ya lo consideraba una pesadilla común y corriente, incluso deseaba volver a tenerlo. Y eso que a duras penas podía hacer frente a ese ambiente de soledad, de muerte, de terror, y aún menos soportar esa unión del tiempo y del espacio. Estaba empezando a abismarme en un caos destructor, del que sólo ahora soy consciente. Pero el miedo a no volver a tener esa pesadilla me angustiaba aún más que la pesadilla en sí.

Cualquier contradicción me resulta penosa. Y eso que todo a mi alrededor es una contradicción tras otra. Yo misma soy la encamación de la contradicción, y mi vida, física y metafísica, es su viva imagen, luego no es una vida. Pero la gente hace oídos sordos a esta verdad, así como a todo lo que no le atañe directamente: al amor, a la fe, a su propia voluntad con sus «sí» y sus «no», a su libertad.

La mayoría de la gente sigue igual de sorda hasta que llega ese «instante de terror» que provoca un giro en su conciencia —cosa que no le sucede a todo el mundo, aunque quienes la han experimentado saben bien lo que significa. Por lo general, sucede sin previo aviso, y casi siempre fuera del marco de la vida corriente que protege al hombre de las revelaciones y de las iluminaciones, la mayoría de las veces durante la noche o al alba, cuando el hombre se ve acorralado en ese límite donde, a solas consigo mismo, contempla el vacío. Quienes no han llegado a ese grado de desesperación, que no es de este mundo y que se te queda grabado para siempre, no saben a lo que me refiero. El hecho de que ese «instante de terror» no le sea dado a todas las personas sin excepción es uno de los múltiples absurdos de nuestra existencia, y hace ese vacío aún más espantoso. Todo el mundo debería experimentarlo, igual que experimenta el nacimiento y la muerte. Pero no es así. Los que lo han vivido como una evidencia absoluta y, al mismo tiempo, como una pregunta condenada a no tener respuesta, salen de él destruidos para siempre y, no obstante, fortalecidos, curtidos. Pues así es cómo se nos revela la eternidad.

Pero yo no puedo soportarla. Me niego a admitir toda la multiplicidad de las manifestaciones exteriores e interiores del sentido de la vida, porque me pierdo en ella, yo, que soy un electrón libre, desligado del inundo. De buena gana cambiaría toda esa diversidad por la simplicidad, por la fuerza de una única y pobre verdad exenta de contradicciones. Una verdad entera, pequeña, sucinta para que no entrañase ninguna tentación, divina para que me otorgara la paz. Pero la integridad no existe, en tanto en cuanto yo no consigo hallar el camino que conduce al universo, y, en consecuencia, tampoco el universo consigue hallar el camino que le conduce a mí, y no me puede absorber ni convertirme en una parcela suya. Si yo, tal y como soy, existo sin mantener el menor vínculo con nada, es porque no hay una verdad que lo abarque todo, una Verdad con V mayúscula. Y mi vida entera se consume a la espera de ese «instante de terror», para, una vez acaecido, superarlo.

No hay nada que me vincule al pasado: mi conocimiento de él sigue siendo puramente intelectual, cerebral, inventado de principio a fin. No hay nada que me vincule al presente, porque ni la familia, ni el Estado, ni la religión, ni la naturaleza me retienen con sus tenazas, como ocurría antaño. No hay nada que me vincule al futuro, porque no puedo adivinar el lugar que ocuparé en él ni decidirme por una causa concreta ante lo que se nos viene encima y sólo los ciegos no ven. Intenté hallar algún sentido a todo esto en la belleza, pero fue en vano; también en la amistad, pero siempre había un

gusano en el fruto, aunque eso no era lo peor. Lo peor era que, desde el primer día, yo sabía por dónde y cómo lo iba a roer.

Y cuando me entregaba al amor acababa descubriendo que la soledad empezaba no «a dos pasos de ti», como dijo algún autor, sino «en tus brazos». La soledad, el aspecto fortuito del vínculo, no ya físico sino metafísico.

Ignoro quién destruyó la integridad del mundo y en qué momento. Tal vez todo empezara hace cien años o más. Para mucha gente, esos vestigios aún están vivos. La integridad del mundo se desmorona como el Imperio romano, y tal vez tengan que pasar cinco siglos más hasta su completa aniquilación. Pero desaparecerá, acabará destruida o perdida; se agotará por sí misma o nos la arrebatarán, ¡qué más da! ¡El proceso está en marcha, y no hay forma de pararlo! Los que piensan que ya no existe o que está dando sus últimos coletazos, reaccionan como buenamente pueden, cada uno a su manera: unos ven en ello la consecuencia natural de una evolución que, en teoría, nos iba a hacer más libres y, de pronto, incluso sienten una cierta dicha por ello; otros no ven más allá de sus narices: reemplazan el universo por sus propias personas, y se contentan con su propio equilibrio; otros creen que aún se puede remediar, arguyendo nuestros dos mil años de experiencia (experiencia que, en mi opinión, se ha evaporado como el agua de un charco); otros, en fin, se pegan un tiro en la cabeza, en sentido literal y figurado: «Byron, ¿dónde está tu Missolonghi?».

Yo envidio a los primeros, porque eligieron la vía del consuelo y de la ilusión, pero mucho me temo que me hallo entre estos últimos. Los que se separan del mundo, los que se encierran en sí mismos, los que sólo se interesan por el arte, o por su familia, o por la política, parecen sombras que pasan sin entender nada de su propia existencia. Yo suelo prestar atención a los que sueñan con arreglar, con cambiar las tosas. Pero ¿qué diablos vamos a reparar nosotros, que estamos poseídos por un espíritu de destrucción que todo lo rompe, que todo lo desparrama? ¿Nosotros, para quienes la destrucción es algo tan natural como la creación, y la armonía algo contra natura?

Antes, todo estaba claro: el hombre era un ser de contornos precisos, arrojado al mundo para gravitar entorno a su sol, igual que un planeta. Cada cosa estaba en su sitio y se manifestaba con vigor: el ansia de lucha, la procreación, el pan ganado a diario, la belleza que se transformaba en arte, el saber que estaba al servicio de la verdad. Aquí estaba el bien, y allí el mal. Los buenos se unían, los malos se quedaban solos. Los héroes amaban la gloria, las mujeres amaban a los héroes. Los verdugos ejecutaban a los

condenados; los muertos debían resucitar. Pero ¿qué queda de todo eso ahora? ¿Hay alguien que se lance a una lucha desinteresada? La mitad de los seres humanos va no quiere procrear. ¿Tiene uno que ganarse el pan? ¿No le sería más sencillo reducir sus necesidades al mínimo? Al arte ya no le interesa la belleza, que ha quedado relegada a las postales. El conocimiento ya no permite acceder a la verdad, que ahora es inaprensible. Los buenos ya no se juntan entre sí, y, hastiados, se dispersan y se unen a los malos para imitarlos o para echarles una mano, para aliarse con ellos o para estudiarlos. Los héroes prefieren el dinero a la gloria, y hay mujeres que ni siquiera les miran. Los poetas han perdido su don profético, y, aunque lo siguieran teniendo, nadie les escucharía. El criminal y el verdugo nos repugnan por igual —si es que no nos atraen de modo parejo. Los muertos jamás resucitarán: ahora los arrojamamos al vertedero. Igual que, en tiempos de paz, el rival intriga a veces más que el amigo, en tiempos de guerra, el enemigo despierta más curiosidad que el aliado. Así pues, ya no existe nada absoluto e incontestable, no hay más que ambivalencia, cada pregunta tiene siempre dos respuestas, y en todo el universo no existe ni una sola piedra incommovible.

Pero, del mismo modo en que espero que mi pesadilla regrese, me hundo una y otra vez en el corazón de estas contradicciones, y ya no concibo mi existencia sin ellas; mis contradicciones son mi vida, y ni por un solo instante he creído poder desembarazarme de ellas, ni escapar para huir de ellas, ni tomármelas a la ligera, ni embrutecerme para no percibir las. No, yo las afronto, ruedo sobre unos raíles negros, produciendo un leve zumbido, rodeada por una neblina amarilla grisácea, densa, inmóvil, en la que estoy sola, aunque me cruzo con otras iguales a mí.

—¡Pues menos mal que estás sola! —me dijo un día B.—. Menuda barbaridad es ésa de tener una responsabilidad colectiva, una vida gregaria en la que cada uno responde por todos y todos por cada uno. ¿Qué necesidad hay de que el espíritu grupal lo domine todo, de que cada decisión sea tomada de común acuerdo? ¿Por qué debería responder yo de todos los imbéciles y de todos los mamones de la tierra? Tú eres una mujer europea, así que ya va siendo hora de que te olvides de esas leyes borreguiles. Tú respondes de ti misma, pagas por tus actos. Cualquier pacto de interdependencia con los semejantes es humillante e inútil.

Salimos de su despacho polvoriento y sombrío; bajando por una escalera estrecha, llegamos a las salas de la planta baja y las atravesamos; en ellas había un gran número de empleados de los que B. no sabía nada ni quería saber nada, y que tampoco sabían nada ni querían saber nada los unos de los



otros. Salimos a la calle, donde había gente paseando, personas extrañas para nosotros pero también para ellas mismas. Entonces caí en la cuenta de que a mí, con toda mi angustia, con toda mi sed, con todos estos años de inquietud, nadie me comprendería nunca... La fusión. ¿Tendré que esperar a estar muerta para ir al unísono con el mundo? ¿O bien la muerte es, también ella, ambivalente? ¿Fuerza y debilidad a la vez? ¿El único, incontestable acto de voluntad y, al mismo tiempo, nada?

Zai le ocultó a B. que estaba haciendo teatro, y yo le prometí no contárselo. El día del ensayo general, fuimos a buscarla a la librería para ir juntos a la sala, pero ella montó un numerito, diciendo que había quedado con alguien para picar algo antes. Volodia Smirnov le dijo en francés, de esa manera habitual que tanto le gusta a Madeleine:

—Zai, ¿sabes lo que significa mandar a paseo? ¡Pues eso es lo que debes hacer!

Zai se puso colorada y comentó que, si armábamos jaleo, la echarían del trabajo.

—¡Vosotros lleváis todo el día por ahí, sin hacer nada, pero yo tengo que estar aquí, ganando el pan para todos!

A todas luces, Zai no quería que nos vieses. Seguro que suele vender hablando del señor Hugo, el señor Simenon, el señor Mauriac<sup>[40]</sup>... O, por lo menos, daba esa sensación.

¡Pobres! ¡La representación fue todo un fiasco! pero no todo fueron abucheos: también les aplaudieron algo los amigos del autor y del director, que eran una veintena. Dos o tres críticos dormitaban tristemente en un rincón. Nosotros les silbamos y les aplaudimos al mismo tiempo, ¡armando un jaleo del demonio! Zai estuvo encantadora: maquillada y tocada con una extraña peluca; pero, al igual que los demás, daba la impresión de tener la boca llena de guijarros, sin duda a causa de la emoción y de la falta de experiencia. En fin, que aquello fue un pestiñazo de muerte. «¡El autor! ¡El autor!», gritaban algunas damas vestidas con colores chillones. El autor apareció llevando de la mano al actor principal, un apuesto muchacho que aún era peor que los otros. «¡Bravo, Jean—Guy!», gritó alguien desde el fondo de la sala, al que respondieron con silbidos unos gamberros que estaban sentados a nuestro lado. El público se levantó. El espectáculo había acabado.

¡Qué ruidosa puede llegar a ser la gente triste! Lo digo porque me apostaría la cabeza a que no había ni una sola persona contenta en aquella sala.

Volodia Smirnov, el líder de la pandilla con la que salgo de vez en cuando, es un sorprendente ejemplo del espíritu franco—ruso propio de nuestra generación. Sus padres, claro, llevan divorciados mucho tiempo, como ocurre en casi todos los casos. Su padre es un personaje de lo más pintoresco: habla cinco idiomas a la perfección, pero inició su vida en el exilio como bailarín profesional, aunque ahora es portero de un gran hotel en el *midi* francés. Su madre borda cojines. Toda la familia vive de ella, incluidas dos viejas tías y un ama igual de anciana, que están con ellos. Volodia, que apenas tenía para comer, entró de milagro en la universidad, pero luego dejó la carrera, cuando un escritor francés lo contrató como secretario. El tal escritor vive solo, es célebre, caprichoso y viejo. Con Volodia se muestra muy tacaño y excesivamente tierno, el cual, desde hace un tiempo, luce una continua expresión de enojo y de rencor contra el mundo entero. Siempre está armando bronca, y cuanto más agitado, parlanchín y follonero está, más penosa nos resulta su presencia. Entretanto, su madre sigue bordando cojines, y sus tías no quieren morir todavía.

Hay una chica que está enamorada de Volodia: Madeleine. Nadie sabe de dónde procede. Está absolutamente sola en el mundo y dice que jamás en su vida ha recibido una carta ni ha salido de París. Tampoco sabemos de qué vive. A veces se las arregla para tener un poco de dinero, y, entonces, durante varios días, se la ve emocionada, excitadísima. Suele llorar con frecuencia, en nuestra opinión, por nada. El año pasado, intentó envenenarse por una razón que jamás llegamos a dilucidar. Volodia dice que a ella le gusta zurrarle, pero es obvio que miente.

El hermano de Volodia, que llegó de Praga no hace mucho, tiene diez años más que todos nosotros. No tiene estudios, y cambia con frecuencia de oficio, jamás sonríe. Dejó a su mujer y a su hijo en Praga, y ahora se pasa el día hablando del inminente fin de todo. Nadie le lleva la contraria, como si la cosa no fuera con nosotros. Tengo la impresión de que cualquier día de éstos desaparecerá sin dejar ninguna dirección y de que nadie se sorprenderá al enterarse.

También hay una bailarina bajita y su marido, un pintor. Nosotros los llamamos «los pálidos», porque los dos tienen el mismo semblante azulado. Ella, vestida con una prenda de punto multicolor, ejecuta danzas acrobáticas extremadamente complejas: igual se dobla en dos que hace la rueda; siempre anda buscando a alguien para formar pareja artística, pero no encuentra a nadie. Entonces, se marcha a Monaco o desaparece durante noches enteras en los cabarés parisienses, siempre triste, con su rostro macilento y sus grandes

ojos húmedos. Acabará siendo la encargada del guardarropa de algún *music hall* y desapareciendo de nuestro horizonte. Aunque por ahora no.

Silvio, su marido, ha expuesto varias veces en el Salón de los Independientes, pero ahora no tiene medios para pintar; él y su mujer viven en la habitacioncilla de un hotel, y Silvio ha aceptado un empleo. Tiene que escribir «¡Oh, mi dulce Jesús!» tres mil quinientas veces en tres mil quinientas postales (que representan a un bebé iluminado por los rayos del sol), y encima a la acuarela, con un pincel muy fino. Postales que luego serán vendidas en Lisieux y en Lourdes por Navidad. El pálido Silvio pasa allí sus días. Yo le miro y cada vez lo veo más lívido, y siempre serio. Creo que está enfermo.

Esta tarde, dos amigos inseparables, a los que a veces encontramos en compañía de Volodia y de Silvio, se unieron a nuestro cortejo. Uno es agente de seguros, aunque, hace cinco años, intentó ser periodista. Desde que cambió de oficio, parece un hombre maltratado por la vida. Jamás habla de su pasado (que a él le debe parecer brillante), pero, con frecuencia, se queja de que se aburre: «Me aburro, señores, ¡me aburro! —le oímos decir todo el tiempo—. Ah, cuánto se aburre uno en esta ciudad. Y qué aburridos son todos ustedes... Sonia, Sonia, ¿por qué todo es tan aburrido?».

Con él va siempre su camarada, uno de mis antiguos compañeros de la facultad, que ahora da clases en el instituto de Asnières. Es un viejo conocido: hace años que contemplo esa mirada temblorosa bajo esos párpados un tanto enrojecidos, esas manos cerosas, ese mechón negro que le cae sobre sus pobladas cejas, también negras. Él me agarra del brazo, y su áspero aliento de fumador me produce la sensación de ir caminando no por un bulevar impregnado de aromas primaverales sino por el pasillo asfixiante de un vagón de tercera clase. Y de repente comprendo que no tenemos nada que ver con esta maravillosa, esta tierna primavera parisiense, con este cielo de porcelana, esta corona de faroles, esta plaza en forma de estrella; que todos estamos en un vagón de tercera clase, o bien acabamos de bajarnos de él y deambulamos sin objeto por una estación desconocida, por el vestíbulo, entre los escupitajos y las colillas, las moscas y los periódicos viejos...

—¿Por qué? ¿Por qué? ¿Lo nota usted, Frédéric? ¿Se acuerda de que, hace cinco años, todo era distinto?

—No, no, esto siempre fue igual —responde él tranquilamente—. No veo ninguna diferencia.

—¿No cree usted, Frédéric, que antes participábamos, aunque no fuera más que un poco, en todo lo que nos rodeaba, y que lo real (como la

primavera, por ejemplo) nos afectaba de algún modo, y que también nosotros, cuando lo deseábamos, podíamos influir en las cosas? Mientras que ahora, todo esto (digo, señalando lo que hay a nuestro alrededor) existe fuera de nosotros, sin llegar a concernirnos.

Frédéric me mira con sus ojos inexpresivos y concluye, al cabo de un momento:

—Entiendo en parte lo que quiere decir. Pero no hay nada que hacer al respecto.

Ya no entiendo nada. El antiguo periodista y actual agente de seguros aparece a mi lado, interviene en la conversación.

—Usted no comprende su época, Sonia. Hay que vivir de acuerdo con los tiempos, y usted va retrasada con respecto a éstos.

—¿Qué quiere decir con eso? —le pregunto—. ¿Acaso no soy yo misma mi propia época?

Pero él es incapaz de decirme qué es eso de «nuestra época», ni por qué voy retrasada con respecto a ella. Él opina que todo va mejor. La vida es bella, Francia es un país maravilloso, París es la capital del inundo y no va a haber ninguna guerra porque los hombres son inteligentes, precavidos y desean, al igual que él, llevar una vida cómoda y apacible.

—Todo eso está muy bien —digo yo riendo—, pero habrá una guerra y durará cincuenta años.

Él se aleja encogiéndose de hombros. Tal vez le esté invadiendo un odio intenso hacia mí, pero no creo: eso no es propio de él.

Alcanzo a Silvio.

—Eh, paliducho, ¿por qué estás más triste que de costumbre? —le digo, agarrándolo del brazo.

Él no responde.

—¡Silvio, estamos en primavera! —insisto de nuevo, e intento canturrear algo.

Él aparta suavemente el brazo, aminora el paso; yo hago otro tanto. Él se vuelve y me mira con tal cara de pena que me obliga a pararme un instante.

—Ruth está embarazada —dice Silvio, y me doy cuenta de que eso supone una catástrofe para ambos.

«¡Oh, mi dulce Jesús!». Hace dos meses que a ella se le acabó el contrato. Ya no baila, y no volverá a hacerlo hasta dentro de un año por lo menos, si todo va bien; quién sabe si podrá volver a trabajar como antes. Ella y Silvio viven en un cuartucho de hotel, él jamás tendrá un taller, ni ella la posibilidad de convertirse en una auténtica bailarina...

Yo le miro en silencio. Silvio ya me ha respondido, así que ¿para qué insistir?

Entramos en el apartamento de Smirnov el mayor, en realidad, una inmensa estancia medio vacía, que parece un granero.

No hay cortinas en las ventanas. Clavados en las paredes, todavía se ven los carteles de los conciertos que el inquilino anterior, un cantante, dio en Brasil y en Argentina. Después de examinarlos, me siento en un taburete y enciendo un cigarrillo. Volodia se acerca a mí.

—Oye, gordita —dice—, me gustaría dar un golpe de efecto para dejaros alucinados a todos. ¿Qué me aconsejas?

—Que pongas un disco —respondo sin demasiada convicción.

Volodia me monta un numerito.

—¡Pero qué dices! ¡Serás tonta! ¡Lo que quiero es dar un auténtico golpe de efecto! ¿Y si me casara con Madeleine? Así le aseguraría una pensión en el caso de que me movilizaran o de que me mataran. ¿Y tú? ¿No quieres casarte conmigo?

—No.

—Peor para ti. Como dice ese chiste armenio, ya encontraré otra *gachí*.

—Como dice ese chiste, Volodia: cuando un enano se ahoga, se agarra a cualquier hierbajo... Dime, ¿por qué ya no hay salida para nosotros?

Él me mira y su cara adquiere de pronto una expresión dulce, triste, humana: ha comprendido.

—¿Crees que lo sé? ¿Te figuras que estoy informado, o qué?

—¿Será porque ya no existe Rusia?

—Tal vez.

—¿Porque Dios ha muerto?

—Tal vez.

—¿Porque vivimos entre dos épocas?

—Tal vez.

—Entonces, ¿qué? ¿Qué podemos hacer?

Él me acaricia la cabeza.

—Tú tienes amigos más listos que yo. ¿Por qué me lo preguntas a mí?

La verdad —la verdad que no me atrevo a decirle— es que tan sólo puedo hablar con él de estos temas, precisamente porque no es inteligente, ni culto; porque es un tanto cobarde, un tanto patán y, en fin, un infeliz.

Volodia se sienta en la mesa, a mi lado, por encima de mí, en cierto modo. Al posar las manos sobre sus rodillas, noto lo delgado que es.

—Llevan mil años diciéndoles: ¡Resignáos! ¡Soportadlo todo! Y ahora duermen, en todo ese vasto espacio, acunados por ese pasado milenario; duermen el sueño del mamut. Tienen una industria... —Volodia bosteza, abriendo del todo la boca—... lización muy intensiva... tensiva... siva.

—¿Y no se despertarán? ¿No se levantarán?

Volodia se encoge de hombros.

—Hay que entender eso a escala de la humanidad.

—Pues yo me niego. Mi escala es la del derecho romano.

Callamos. Ambos. Y de repente me doy cuenta de que todos se callan a nuestro alrededor, como si esperaran algo. Pero no hay nada que esperar: todo se volverá aún más terrible, aún más sombrío. Pues, en realidad, estamos en una gran estación, esperando hacer un trasbordo, vivimos, estamos vivos, existimos.

Al despedirnos, Volodia me dice:

—Mira, yo creo que todo eso tiene dos causas: las exigencias de una época férrea y nuestra situación de huérfanos conscientes de serlo.

Luego se da la vuelta, avergonzado por lo banales que me resultan sus palabras. Sobre todo eso de «una época férrea».

Volodia y Madeleine paran un taxi. Silvio y Ruth se van caminando despacio, en dirección al Sena: viven cerca. Los otros dos se apresuran a coger un autobús nocturno. Yo me quedo en la calle con Smirnov el mayor, que se ha ofrecido a acompañarme. Me agarra del brazo y caminamos en silencio, al mismo paso, ni muy deprisa, ni muy despacio; seguimos callados un buen rato, como si fuéramos mudos, incapaces de comunicarnos por gestos en la oscuridad.

Una vez vi a dos sordomudos al atardecer, parecían tener prisa: la noche estaba cayendo tan rápidamente que sin duda apuraban el tiempo para convenir lo que fuera. Estaban parados en una esquina, y los transeúntes se volvían a mirarlos.

Nosotros caminamos en silencio, y el silencio deviene en algo nuevo para mí; algo sorprendente, cargado de sentido, doloroso. ¿Sabe Smirnov algo de mí? ¿Ha oído hablar de mí, al menos esta tarde? Las cinco o seis veces que nos vimos antes, ¿hizo preguntas sobre mí? No lo sé. Pero me doy cuenta de que si este silencio dura tanto no es porque él no tenga nada que decirme y esté buscado desesperadamente un tema de conversación (para contar, por ejemplo, mañana: «Durante todo el camino, me estuve devanando los sesos para encontrar algo que decirle, pero no se me ocurrió nada»). No, yo sé que este silencio le resulta tan ligero como a mí, que una extraña connivencia se

ha creado entre nosotros, que ambos tenemos la impresión de conocer al otro, de comprenderlo. ¡La contradicción actúa por doquier! ¡Basta que el lenguaje se desarrolle y se imponga para que una vuelta al silencio nos reconforte!

¿Es posible imaginar a dos personas que apenas se conocen y no saben nada la una de la otra, caminando por las calles en silencio, sin sentir el menor embarazo, rompiendo las convenciones, las reglas sociales que para todos los demás se han convertido en una segunda naturaleza? Y no porque esas dos personas no tengan nada que decirse sino porque, muy al contrario, lo que tendrían que decirse es demasiado importante: cosa que los dos sabíamos. Por primera vez en mi vida, sentí que ya no estaba encerrada en mi interior, que un hombre me hacía compañía en mi prisión. Esa felicidad surgida de la negación muda, esa complicidad negativa, me resultaba muy extraña. En medio de la penumbra de la calle no nos veíamos: ni una sola vez nos miramos para leer algo en la cara del otro, interrogar a los ojos, siempre tan elocuentes. El ruido de nuestros pasos era estable, continuo, amortiguado. La media luna, clara y puntiaguda en los extremos, estaba justo delante, por encima de los árboles cuyo verdor aún era reciente; durante un buen rato, ella guió nuestros pasos, hasta que le dimos la espalda. Todo era sosiego y calma. Yo agradecía aquel brazo inmóvil, impasible, que me llevaba sosteniendo el mío.

Cuando pasamos por delante de nuestro callejón, comprendí de pronto, al doblar la esquina, que ya habíamos pasado por allí. La media luna pendía ahora del otro lado. Nos detuvimos. Él me soltó el brazo, echó un vistazo alrededor. «Estuvo bien —me dijo—, realmente muy bien». Como si estuviera hablando de un viaje o, en cualquier caso, de algo ya realizado, concluido y único. Yo volví en mí y me sentí terriblemente cansada, como si hubiera atravesado toda la ciudad. Luego le di la mano, sin decir palabra.

Lo más sorprendente de ese silencio era que no entrañaba ningún misterio. Todo estaba claro. Nuestro mutuo silencio expresaba plenamente nuestra mutua soledad. Y también, mientras duró, estaba lleno de sentido, no sólo para nosotros dos sino lleno de sentido en sí. Para mí, fue una experiencia inédita, un hecho enriquecedor. Hoy, en cambio, tengo la impresión de que ese silencio ha perdido parte de su sentido, igual que una carta escrita con «las lágrimas del corazón» puede parecer, años después, ampulosa y absurda: tanto que incluso nos da vergüenza releerla. O bien (por hacer una comparación más patética) como las caras que suelo garabatear al margen de este cuaderno: mientras mi mano las dibuja, veo en ellas algo espantoso o gracioso, una «miss América», un mongol, un *clown*, un pastor... Pero, un

instante después, ya no representan nada, no son más que unos perfiles mal dibujados, planos y sin vida.

Con todo, durante los minutos en que estuvimos callados a la vez (¿por qué con él y no con Ledd, que es tan voluble, ni con B., ni con Volodia?) — esos minutos que, pase lo que pase, siempre conservaré en mí—, sé con certeza en qué íbamos pensando los dos: en la «época férrea» y en nuestra «condición de huérfanos conscientes de serlo», en el sueño milenario del mamut, en el final del Dios común (de ese Dios que no exiliaba al hombre a un círculo cerrado fuera del mundo), en la Europa del Este de la que procede Smirnov, en los meses que están por venir y que, probablemente, nos aplastarán, en ese rayo de esperanza que, quizá (digo bien: quizá), y a pesar de todo, nos queda. De eso hablaba nuestro silencio.



## XIV

Zai llevaba una semana enferma. Le dolía la garganta y un oído, tenía mucha fiebre, estaba casi todo el tiempo durmiendo. Cuando abría los ojos, la habitación le parecía inmensa y vacía, pero, al cabo de unos instantes, los dos escritorios y las sillas, los libros, la ventana e incluso la cama de Dacha, que allí seguía, volvían a su sitio, surgiendo de golpe de la nada; las paredes dejaban de moverse, y Zai, ya calmada, volvía a cerrar los ojos.

Lo más espantoso sería que... A Zai le gusta jugar a «lo más espantoso». Por ejemplo: bien podría estar un día acostada en esa misma cama pero en plena calle. No en una camilla que los camilleros hubieran posado en el suelo antes de subirla a la ambulancia, como hacían a veces. (De hecho, Zai vio un día una camilla en medio de la calle, aunque nadie se volvía a mirarla). No, lo más espantoso sería estar acostada bajo una manta en medio de una plaza bulliciosa, entre los autobuses, los camiones y los coches, y ver cómo la muchedumbre se va congregando a su alrededor. La gente se ríe, sorprendida, mientras a ella le corre una gota de sudor frío por la cara, entre el ojo y la nariz. Liubov Ivánovna, que acaba de entrar en la habitación, le dice muy suavemente: «Eso es: cuanto más transpires, mejor». También sería muy, muy espantoso verse en una clínica tumbada sobre una gran mesa blanca. El doctor le alzaría la camisa, y veinte personas se inclinarían sobre ella para examinarla, porque... Tal vez no esté hecha como todo el mundo. De nuevo, el sudor le corre por la mejilla, los pies se le hielan de terror.

Por fin, se despierta. La fiebre ha bajado un poco. Zai agarra un espejito: ¡qué cara tan vulgar, tan insignificante! Sus ojos no expresan nada, no hay rastro alguno en ellos de profundas y prolongadas reflexiones. Su padre le dice, riendo: «Para tener cara de inteligente, debes reflexionar más». ¡Como si ella supiera hacerlo! Aunque lleva razón. Cuanto más inteligente se vuelve uno, más se le ilumina el rostro. Por eso a los ancianos se les nota en la cara si han reflexionado o no a lo largo de su vida. Todo está escrito ahí. Todo salta a

la vista de inmediato. A unos se les nota a los cuarenta, a otros a los cincuenta, a otros a los sesenta, pero el caso es que uno sabe si la persona en cuestión ha pensado en profundidad o no, y adivina su naturaleza. El padre de Zai tiene una cara dulce y cansada. Por su cabeza, claro, han pasado diversos pensamientos, muchos de ellos tristes, pero todos aproximados, y por eso su padre tiene una cara así, también aproximada. Zai decide decirle, en cuanto tenga ocasión: «Papá, qué cara tan aproximada tienes... Pero te quiero, eso lo tengo claro, te quiero tal y como eres».

También B. tiene una cara de las de verdad, singular y seria. Cada día le elige un libro, libro que Zai lee por la tarde y parte de la noche, luego por la mañana, mientras se viste, y durante el desayuno. B. tiene un rostro inteligente y duro. Liubov Ivánovna tiene una doble cara: por un lado parece gentil, dulce, solícita, pero, por otra, se nota que su vida no ha girado sólo alrededor de Tiaguine y de sus tres hijas, que ha conocido algo más que la colada, la radio y la farmacia, que su historia es mucho más compleja; que en su vida hubo pasiones y celos, la lucha por conservar al hombre que intentó dejarla en varias ocasiones, la huida por toda Rusia para seguirle, el nacimiento de Sonia antes de casarse y también, en una vida anterior, todo el drama de la ruptura con sus padres, que jamás le perdonaron su relación con un hombre casado, ligero de cascos y veleta, como se decía entonces. También ella tiene ahora una doble cara. Zai, asimismo, le dirá un día: «Tía Liuba, tiene usted una doble cara, pero yo la quiero de todos modos, aunque usted no me quiere a mí».

Suavemente, Zai saca del cajón de su mesilla de noche un marquito redondo de cobre, como los que se fabricaban a principios de siglo, orlado de bucles que se enganchan en todas partes: colocado cerca de un encaje, de un velo o de una media, el dichoso marco se las ingenia para acercarse, plantar sus garras dentro y desgarrarlos. Fue Alexis Andréievich Boiko quien, antaño, le regaló esa fotografía (el retrato de una persona que tenía la cara más hermosa del mundo). La mujer está pálida, una arruga la corta en dos. Es la madre de Zai, Dumontel, la actriz. Lleva un gran sombrero encima de los cabellos esponjados y no tiene ninguna cara en absoluto. Demasiado joven como para tener una. Un día, Zai también le dirá a ella, de frente y sin tapujos: «¡Qué lástima, querida mamá, que no tuvieras una cara entonces!».

Sí, lo hará cuando sus temores la hayan abandonado del todo. Cuando se sienta absolutamente feliz y libre en cualquier rincón del mundo, cuando se pueda hallar en todas partes a la vez, ir y venir, subir y bajar, en todo momento.

Ovillada bajo tres mantas, Zai se queda otra vez dormida.

A eso de las ocho, Tiaguine entreabrió despacio la puerta de su habitación.

—Lisa<sup>[41]</sup>, despierta, hay un joven que quiere verte —dijo acercándose a la cama.

Él era el único que la llamaba por su verdadero nombre.

—Despiértate, Lisona, ya dormirás esta noche. Ahora tienes visita.

Zai abrió los ojos. Vio a su padre de pie en un espacio vacío. Pero enseguida la habitación se llenó de muebles, las paredes brotaron alrededor.

—Que entre —dijo sacando un peine de debajo de su almohada.

Tiaguine se volvió hacia la puerta. Jean—Guy ya estaba allí, aguardando en el umbral.

—Papá, éste es Jean—Guy —dijo Zai.

—Ya lo sé.

Zai se pasó el peine por una sien, y luego por la otra, reordenando sus mechones oscuros a ambos lados de la cara.

—¿Por qué andas tan despacio, como un malayo?

—Ando como puedo.

—Hola, Jean—Guy.

—Hola, Zai.

El joven se sentó en su cama. Tiaguine cerró la puerta al salir. Zai observó la cara de Jean—Guy, joven, bronceada, de rasgos regulares: tenía una expresión de avidez que ella nunca había advertido. Pero, un minuto después, se esfumó, y la ternura invadió sus ojos, su sonrisa.

Después de la lamentable velada teatral, Jean—Guy había desaparecido durante una semana entera; tan sólo se habían visto de pasada en casa de él, con otra gente, y luego se había marchado a Brest, a casa de un tío suyo, tal y como le explicó más tarde. Después la había telefoneado dos veces, pero ella no había podido ponerse porque ya estaba enferma. El día anterior, Jean—Guy había venido a las nueve de la noche, y Liubov Ivánovna se había quejado de que ésas no eran horas de visita. Ahora estaba ahí, con ella, agarrándole la mano, sonriendo.

«¡Cómo pude pensar que ya no le amaba! Cambiaría todos los libros del mundo por su sonrisa, renunciaría a todo y a todos por él. Cuando está conmigo, ya no tengo miedo de nada, ya no tengo miedo de mí misma. Ah, mi dicha, ¡quédate conmigo!».

—Entonces, ¿es una enfermedad seria? —le preguntó él—. ¿Contagiosa?

—No, claro que no. ¿Tienes miedo?

—No, no demasiado.

—Pero un poco sí, ¿eh? ¡Menudo futuro psiquiatra!... Dime, Jean—Guy, ¿qué has estado haciendo durante todo este tiempo?

—Estuve preparando los exámenes. Aprobé dos, y tengo otros dos esta semana... ¿Cómo te explicas nuestro fracaso?

—Creo que la obra era estúpida, que los actores eran malos y que yo no te quería lo suficiente.

—¿En serio? —la interrumpió él, asustado, y su expresivo rostro se volvió de repente triste—. ¿Y por qué dices que no me querías lo suficiente? ¿Cuándo te diste cuenta?

Ella le agarró la cabeza, le besó varias veces en los ojos y en las mejillas, le acarició el pelo.

—Así es. Me di cuenta de ello. Lo sentí la noche del ensayo general, y, luego, creí que todo se había acabado. Pero ahora sé que no puedo vivir sin ti, que sin ti no existo.

—Tampoco yo puedo vivir sin ti —dijo él en un suspiro, y la abrazó por los hombros, cubriéndole de besos la cara y el cuello.

—Jean—Guy, ¿tú crees que hablo de más?

—No, sólo un poco, a veces. ¿Qué enfermedad tienes? ¿No será contagiosa?

—No, creo que no. Me da miedo que pienses que soy terriblemente habladora.

—No más que el resto de la gente.

—¡Ah! —suspiró Zai—. No vuelvas a decir eso nunca. Me hieres.

Él apoyó suavemente la cabeza de Zai en la almohada.

—¿Herirte yo a ti? Imposible.

—¿Tú crees que eres amable?

—Sí, lo soy.

—¿E inteligente?

—Sí. Eres tú la que me obliga a decir tonterías.

—Bueno, eso no es grave. ¿Me amas?

Jean—Guy asintió con la cabeza y pegó su rostro al de Zai. Qué cálido era su aliento: parecía el de una fiera. Zai se quedó un rato inmóvil en sus brazos.

—¿Me amas? —insistió ella.

—Te amo.

Esas palabras sorprendentes tenían el doble poder de sumergirla en una dicha instantánea y de arrastrarla muy lejos, a una vida auténtica, grande, fuerte, en la que el miedo no tenía cabida. Una parte de su alma seguía ahí,

pasmada de placer; la otra aumentaba a sacudidas, crecía, se alargaba, volviéndose vigorosa, sólida.

Por fin, Zai se apartó y dijo, agarrándolo aún de las manos:

—Cuánto me alegra que hayas venido.

—Ayer, no me dejaron acercarme a ti.

—Mañana te dejarán verme de nuevo. Ven antes.

—¿Cuándo estarás curada? Ojalá te curaras ya.

—¿Te molesta ver a la gente enferma?

—Lo detesto. Sobre todo si es contagioso.

—¿Pero al menos serás amable con ella?

—Sí, mucho —respondió él con un placer manifiesto, y Zai se echó a reír: ¡decididamente, Jean—Guy era el mejor de los hombres!

Él sacó un cigarrillo del bolsillo y le pidió fuego. Ella no tenía, así que Jean—Guy fue a la cocina, encontró el interruptor, agarró una caja de cerillas y volvió a la habitación de Zai.

—Te has vuelto un auténtico malayo —dijo ella riendo, y le entraron ganas de pegar saltos en la cama—. No haces el menor ruido.

Él se volvió a sentar.

—Una vez —dijo observando atentamente el humo del cigarrillo— me dijiste una cosa extraña. ¿Te acuerdas que un día me dijiste: «Todo pasa, también esto pasará. Ésta es mi manera de liberarme»? ¿Qué significaban esas palabras?

Zai se sentó, apoyándose en la almohada.

—¿Yo dije eso? ¡No es posible! ¡Me habrás entendido mal!

—Así que... yo no soy más que un medio. Y tu amor no es más que un camino hacia otra cosa...

—¡Estás loco! ¡Yo no pude decir ni pensar eso!

—Sí, haz memoria. Fue una noche, cerca del metro.

Zai miró justo delante de ella, frunciendo el ceño.

—No, imposible. ¡No lo recuerdo en absoluto!

—Y ahora no pensarás, por casualidad, que así son las cosas entre nosotros, que todo esto pasará y que mañana estarás con otro...

—¡Calla! ¿Cómo puedes decir algo así? Yo te amo y tú me amas. ¿De qué otro estás hablando?

—¿Me amas?

—Desde luego que sí.

Zai y Jean—Guy se arrojaron de nuevo uno en los brazos del otro, y así se quedaron un buen rato, inmóviles, en silencio. Hasta que él se levantó.

—Pero entonces ¿por qué abandonas todo lo que emprendes? ¿Por qué ya no escribes poemas? ¿Por qué no creías en nuestro espectáculo? ¿También eso era provisional, y sabías que pasaría?

—No, no lo sabía. Un día, incluso llegué a pensar que el montaje acabaría en algo bueno. Te lo juro.

—¿Un día nada más?

Zai lo atrajo hacia ella sin decir nada. ¿Qué podía responder? No tenía ganas de hablar, y menos aún de evocar el pasado, que no siempre había sido sencillo y honesto. Jean—Guy se quedó un minuto o dos en silencio.

—Ahora trabajas, y eso, por el momento, te apasiona...

—¿Y? ¿Preferirías que no me apasionara? ¿Qué trabajara en la librería a disgusto?

—No lo sé. Tal vez sí.

—¿Acaso tú apruebas los exámenes a disgusto?

—No es lo mismo.

—¿Por qué no? ¿Es que tú no eres como los demás?

—Ni tú ni yo somos como los demás.

Zai se rió levemente y bajó la vista.

—Vaya: yo no soy como los demás, y tú eres amable e inteligente. Hoy no paramos de decirnos cosas agradables.

Jean—Guy cerró sus ojos de largas pestañas curvadas, femeninos.

—Si supieras —dijo muy quedo— cuánto anhelo ser amado.

—¿Cómo? ¿Qué es lo que anhelas?

—Ser amado.

—¿Por mí sola o en general?

Él volvió a abrir los ojos.

—En general.

Ella notó que él se apartaba y le soltó la mano.

—En general —repitió él—. Pero, en este momento, por ti.

Jean—Guy volvió a acercarse a ella, emergiendo de su lejana soledad. ¡Qué misterioso era! Pero lo que estaba sucediendo dentro de ella era aún más misterioso.

—¿Crees en los milagros? —le preguntó Zai tímidamente.

—¿En los milagros? No.

Ella lamentó la pregunta. Pero ¡qué tierno y seguro era su abrazo, qué fogosos y largos sus besos! Y todo cuanto él le decía mientras la abrazaba era aún más tierno, más apasionado que sus besos.

Luego, él la arropó y empezó a acariciarle el pelo.

—Desde que era muy pequeño, tengo miedo, no sé por qué, de que nadie me ame —dijo Jean—Guy, como si fuera a iniciar un relato largo; pero de pronto se paró y se hundió en el silencio.

—¿Desde que eras muy pequeño, tienes miedo? ¿Tú?

—Sí, desde que era muy pequeño. Tenía la impresión de que podría no darme cuenta de ello, era terrible.

—¿Y ahora?

—Ya pasó. Bueno, casi.

Ella lo miró, conmovida.

—Te amo —dijo, insistiendo, dos veces—. Tenemos que ayudarnos mutuamente.

—¿A hacer qué?

Ella pareció molestarse.

—Todo. Así, seríamos muy felices.

—¿Crees que se puede llegar a ser muy feliz?

—¡Claro que sí! ¡Cuándo se nos pasen los miedos!

—Los míos ya no me incomodan, estoy acostumbrado a ellos. Forman parte de mí.

—¡Qué dices! ¡Yo odio los míos!

—¿Cómo puede alguien odiarse a sí mismo?

—Vaya, ¿tanto te quieres?

Jean—Guy reflexionó.

—Sí, me quiero.

Zai se sintió triste.

—Escucha, Jean—Guy, ¿me estás diciendo que te quieres a ti mismo pero que, al mismo tiempo, quieres que yo te quiera? ¿Es así o me he olvidado de algo? ¿Y qué me queda a mí?

Él se rió:

—Tú serás una parte de mí.

Algo se rompió, se detuvo dentro de Zai. En un solo instante, sus brazos aparecieron de debajo de la manta y abrazaron a Jean—Guy; luego su cabeza se pegó al pecho de él.

—¡Cállate, cállate! ¡No digas nada más! Amémonos sin hablar, no necesitamos palabras. Las palabras me dan miedo, la vida me da miedo, Jean—Guy. Te confío ese secreto. Por momentos, el miedo se desvanece, pero tiene que desaparecer del todo... ¿Qué piensas tú? ¿Cómo acabará esto?

—Pienso que, en la vida, todo acaba en agua de cerrajas.

Ella se quedó de piedra. Esperaba que dijese algo así como: «Esto no acabará nunca», o: «Es mejor no hacerse esa clase de preguntas». Desde luego, aquello no acabaría nunca, en el sentido maravilloso de que, incluso aunque dejaran de amarse y se separasen, incluso aunque cada uno de ellos olvidase al otro, algo de lo que ella había vivido, de lo que aún existía en ese momento, subsistiría en su interior para siempre. Sí, ese algo seguiría existiendo mientras ella viviese, e incluso, quizá, mucho más tiempo, ¡cuándo ya no fuera más que un recuerdo!

A él no le costó nada pasar de esa idea a una conversación frívola sobre lo que había hecho en Brest, sobre lo que había sido de su desdichado grupo. Jean—Guy no había vuelto a ver a ninguno de sus compañeros, el autor había desaparecido, al parecer estaba escribiendo un libro. De repente, Zai le sugirió con delicadeza:

—Me temo que ya es muy tarde. Deberías irte.

Le agarró la mano y, tras quitarse despacio un pequeño anillo de oro que llevaba en la suya, se lo puso a Jean—Guy en el dedo meñique.

—Qué finos son tus dedos... El anillo que llevo en el dedo corazón te queda demasiado grande incluso en el pulgar. Me gustaría tanto regalártelo, Jean—Guy... Me gustaría darte algo que aprecio mucho. Pero no vas a querer llevarlo, ¿verdad?

—No —dijo él riendo.

—Entiendo. Pero ¿te importaría quedártelo hasta mañana?

—¿Estás loca?

Zai volvió a coger el anillo con tristeza.

—Qué adorable eres, Zai, ¡qué adorable y qué diferente! Jamás he conocido una chica como tú.

Ella sonrió.

—¿Y has conocido a muchas?

—A bastantes.

Antes de irse, Jean—Guy volvió a chincharla una vez más, exigiéndole que se curara lo más pronto posible; luego quiso volver a auscultarla, pero ella se negó en rotundo, tapándose con la manta.

—Los médicos tan sólo atienden a los extraños.

—¡Bobadas!

—¿Tú atenderías a alguien cercano a ti?

—¿Por qué no?

—¿Incluso lo operarías?

—Por supuesto, ¿qué hay de raro en eso?



—¡Ah, eres maravilloso, Jean—Guy! ¡Un ser realmente extraordinario!  
Él la agarró en sus brazos, con manta y todo, y la estrechó contra él.

—Siempre he pensado que soy extraordinario, Zai. Jamás he conocido a nadie que se me parezca.

Ella le miró con admiración; su cara estaba tan pegada a la suya que tan sólo podía ver un pedacito: un ojo, un pómulo, un trozo de sien, pero eso le bastaba.

—Dime, Jean—Guy, ¿por qué los pintores hacen unos cuadros inmensos cuando, en realidad, se puede comprender todo a partir de un cuadrado pequeño: un pedazo de cara, de vestido, de papel pintado...? Igual ocurre en la música: ¡te aseguro que cinco o seis notas bastarían! No hay necesidad de sinfonías ni de óperas. ¿Sabes? Creo que la humanidad llegará a eso un día. ¡Y ahorraremos un montón de tiempo!

—¿Y por qué cinco o seis? Sería mejor una sola nota.

—Y una sola palabra. Pero habrá que encontrarla. Una obra de arte estará hecha de una sola palabra pronunciada en el instante preciso. Cada uno tendrá que encontrar su palabra y su instante.

—Y todo el mundo se aburrirá terriblemente —respondió Jean—Guy.

Ella se calló, inmóvil. El silencio, que duró unos segundos, le pareció infinito.

—¿Seguro que no te parezco demasiado habladora? —le preguntó ella de nuevo.

—Ya te dije antes que no.

—Entonces, ¿te parezco muy fea?

—¡Pero qué tonta eres! No eres fea en absoluto, eres muy linda, y te amo.

—¿De veras?

A Zai le habría gustado que se lo repitiera diez veces, y él deseaba que ella hiciera otro tanto. Las caras de ambos estaban radiantes de felicidad; el silencio se iba imponiendo a su alrededor, inmóvil, cargado de sentido.

Detrás de las paredes del edificio no se oía ningún ruido, ni el de los transeúntes ni el de las bocinas de los coches. Zai tuvo ganas de contarle a Jean—Guy lo que Dacha solía decir, o sea, que las ventanas de su piso no liaban ni a la calle ni al patio, sino como a un local cubierto. Cosa que a ella le recordaba la casa en la que había vivido allí, en Rusia (transformada luego en una cantina): las ventanas del vestíbulo daban a una galería cubierta, a menos que fuera a la inversa, que las ventanas de la galería daban a un vestíbulo. Dacha decía que, de niña, a veces imaginaba que aquel vestíbulo era una sala de baile con música y luces, en la que reinaban la felicidad y la

belleza. Pero luego había pasado algo en aquel vestíbulo, y aquella impresión la había abandonado para siempre. Zai jamás había llegado a ver la casa de Dacha: ¿qué podía hacer ella allí, en aquella cantina? Sí, de pronto le entraron ganas de contarle todo eso a Jean—Guy, mientras aún estaba con ella, en su cuarto, pero al final no lo hizo: ya había hablado demasiado por hoy. Si seguía haciéndolo, corría el riesgo de que Jean—Guy se aburriese y se marchase. Además, él no había conocido a Dacha. Tampoco conocía a Sonia, así que no valía la pena hablar de ella.

Entonces se oyeron unos pasos en el pasillo, y Sonia entró en la habitación.

—Lo siento, pero es hora de que se marche. Ya es tarde, y Zai debe dormir. Aunque, esto no es cosa mía: si de mí dependiese, les dejaría tranquilos toda la noche. Pero se trata de la *patria potestas*.

—Yo no sé latín —dijo Zai en un tono glacial.

—Lástima. Te aconsejo que leas el diccionario Larousse: las páginas rosa son muy instructivas.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo: *Quia nominor leo*, o bien *Post mortem nihil est*. Pero lo más útil es leer a Séneca o *Fedra* en el original.

—¿Por qué se burla de ti? —preguntó Jean—Guy—. ¿Quién es ésta?

—Es Sonia. No te preocupes. ¿Qué quiere decir *Quia nominor leo*?

—«Porque yo me llamo león».

—¡Porque yo me llamo león! —exclamó Zai, toda jocosa—. ¡Jean—Guy, yo me llamo león! ¿Y tú, cómo te llamas?

—Sería mejor que nos presentases, señorita león.

—Perdón. Sonia, éste es Jean—Guy, a quien viste en la representación. Ella es mi hermana Sonia. Bueno, mi hermanastra —rectificó Zai.

Sonia se quedó allí, cerca de la cama, con los brazos cruzados sobre el pecho, y ni le dio la mano a Jean—Guy, ni lo saludó.

—¡Ah, usted es ese actor tan malo! —dijo, burlona.

—Él mismo, sí. Aunque había otros cuantos.

—Ya, pero ésa no es una circunstancia atenuante. Esa obra fue escrita para gente que se aburría: estaba abocada al fracaso.

—Bueno, eso suele pasar. Incluso a los actores profesionales.

—¿Ah, sí? No sé, yo jamás voy al teatro.

—Pues sí, suele pasar, incluso más a menudo de lo que pueda imaginar. La obra era una farsa, pero nosotros la fastidiamos.

—Un fracaso colectivo, ¡menuda ocurrencia! Hay algo penoso en ese tipo de farsas.

—Tiene toda la razón.

Jean—Guy se levantó, besó a Zai y le murmuró algo al oído. Ella, radiante, le respondió: «Hasta mañana». Al pasar delante de Sonia, él se inclinó, y ella se dirigió también hacia la puerta.

—¿Quiere usted venir a mi habitación a fumar un cigarrillo conmigo? Aún es pronto.

Él asintió con la cabeza y le dio las gracias.

—¡Jean—Guy! —gritó Zai justo cuando ellos salían—, ¡No vayas a su habitación, por favor, vuelve a tu casa!

Él volvió sobre sus pasos.

—¿Te has vuelto loca o qué? Yo hago lo que quiero.

—Te lo ruego, no vayas a su habitación. No quiero que vayas a su habitación.

—Desde luego —dijo él alzando los brazos al cielo—, eres un fenómeno de la naturaleza.

—Sonia —gritó Zai con todas sus fuerzas (o al menos creyó hacerlo)—, ¡te prohíbo que lleves a Jean—Guy a tu habitación! ¡Te lo prohíbo!

No hubo respuesta. La puerta se cerró, los pasos se hicieron inaudibles, otra puerta rechinó, pero no era la de la entrada.

Avergonzada por haber gritado de ese modo, por haber montado esa escena breve e inesperada, Zai hundió la cara entre las manos.

—Señor, perdona mi estupidez, mi desconfianza idiota, mi falta de dominio —suspiró—. Yo me llamo león... No, en realidad me llaman liebre, y ardo de vergüenza, ¿o será que aún tengo fiebre? Tengo la impresión de hallarme justo en medio de la plaza de la Concorde, entre las fuentes y el muelle, y de que todo el mundo ve a través de mi piel, como si yo fuera transparente. Una vez vi a través de mi piel, y me entró miedo. ¡Jean—Guy, protégame, la vida me espanta! Quisiera esconder la cabeza debajo de la manta, arrebujarme del todo, hacer como si nunca hubiera existido.

Poco a poco, esa sensación se fue disipando, como si alguien hubiera cerrado una ventana por la que se estaba colando una corriente de aire glacial en la habitación; acurrucada en su cálido rincón, Zai se sintió protegida, menos que un caracol o una tortuga pero, aun así, a salvo. Hacía tiempo que se había percatado de esa ventana. Siempre había sabido de dónde venía esa corriente: de su infancia. Y no se trataba de un suceso o de una impresión en particular, sino de un terrible peso de esclavitud y de muerte, de desaliento y

de miedo. ¿Llegaría éste a disiparse un día, tal y como ella esperaba en sus momentos de alegría y despreocupación, o tendría que luchar durante mucho tiempo para vencerlo? ¿Y cómo? ¿Por qué medio conseguiría ella llegar a ser una auténtica persona? ¿Había alguien así a su alrededor? ¿En su ambiente? ¿Le ofrecían los libros algunos ejemplos de ello? ¿O bien era ella y sólo ella la única que podía hallar respuesta a esa pregunta? Y, en tal caso, ¿era ella lo bastante inteligente como para comprender esa respuesta, para aceptarla, para resucitar, a fin de cuentas?

Zai volvió sus pensamientos hacia las personas que conocía. Pensó en Dacha y desaprobó su elección. Al recordar que, la víspera de la boda, se había sentido triste y decepcionada, comprendió que ese despecho casi infantil entrañaba una confusa verdad. Descartada, en un primer momento, por la evidente satisfacción que le provocaba el porvenir de Dacha, esa verdad, que ya no tenía nada de infantil, emergía ahora más fuerte, brutal e ineludible que tres meses atrás. Algo había quedado incompleto, Dacha no había terminado de moldear su persona, dejándose seducir por una vida fácil, para gran alegría de todos aquellos que la conocían. ¿Y eso era bueno? No, no lo era. Zai lo veía ahora con toda claridad.

Y luego estaba Sonia. Sonia, que, sin duda, jamás había tenido miedo de nada. Al contrario, Zai tenía la impresión de que eran los demás quienes tenían miedo en su presencia. ¿Cuál era la clave de su secreto, si es que tenía alguno? ¿Sabía ella algo que Zai ignoraba? Desde luego, tenía unos conocimientos amplísimos; Zai jamás había conocido una persona tan culta. Pero su cultura y su libertad, ¿adónde la conducían? ¿Era una persona de verdad, en el sentido que Zai le daba a ese concepto? ¿Podía alguien seguir su ejemplo? Zai se sentía perdida. Probablemente, el camino que Sonia había elegido tan sólo podía seguirlo ella misma. O, quizá, ni siquiera era un camino, sino un callejón sin salida.

Sonia emanaba un frío glacial. Algo que... ¿no era, precisamente, esa corriente de aire, ese frío que daba ganas de «no haber existido nunca»? A veces se quedaba todo el día acostada en su habitación, y su cara, oculta tras un libro abierto al azar, evidenciaba una angustia sombría. A todas luces, su vasta cultura no le aportaba nada en absoluto; Sonia vivía al día, haciendo a veces el bien y a veces el mal. Estaba muy, muy alejada de todo el mundo. Sonia no podía enseñarle nada a Zai, y Zai no podía seguir su ejemplo. ¡Ni siquiera valía la pena pensar en ella!

Pero había otras personas en el mundo capaces de ayudar a Zai. Personas como Jean—Guy. Él no sabía nada, temía las enfermedades contagiosas

(¡cosa un tanto extraña para un futuro médico!), se gustaba a sí mismo, se creía amable, inteligente y extraordinario. Zai estaba dispuesta a oírsele decir una y mil veces (¡era tan reconfortante!), aunque le preocupaba un poco la idea de que otras personas también se lo oyeran decir y le tomaran por un engreído. Nadie se creería que tan sólo lo decía para complacerla a ella. Aunque, ¿qué importaban los demás?

De pronto, Zai pensó en un libro. No estaba segura de si lo había visto en realidad o si tan sólo lo había soñado. Era un pequeño volumen grueso, un diccionario o un misal. Aquel libro hablaba de todo. El hombre al que Zai había conocido en el tren lo llevaba en las manos y lo consultaba sin cesar. Aquel libro le servía de agenda, y en él hallaba también los horarios de los trenes; la imagen de aquel volumen negro, misterioso y mágico, devino ahora para Zai en el símbolo de la respuesta definitiva, libre y sabia a todas las preguntas de la vida.

Pero tal libro no existía. Como tampoco existían las personas que ella tanto necesitaba. Zai estaba absolutamente sola con sus pensamientos, y la vida, que se asemejaba a una luna menguante, fluía lentamente a través de ella.

## XV

Esa primavera, al empezar su nueva vida, Dacha se vio sorprendida por un sinfín de acontecimientos varios: bodas, nacimientos, bautizos, divorcios, funerales, herencias. Todo era nuevo para ella. Y, en secreto, le había puesto un apodo a los vestidos que colgaban en su guardarropa: los vestidos de los funerales, los vestidos de las bodas... Tenía varios para cada ocasión: aquél era el dominio de la doncella, una árabe delgada que llevaba zapatos de tacón y que, al atardecer, tocaba la armónica en el jardín, bajo la palmera. Tocaba maravillosamente bien, Dacha jamás se cansaba de escucharla, aunque el concierto duraba poco. Su prometido, también árabe, iba a buscarla a casa, y luego se marchaban los dos llevándose la armónica consigo. Dacha nunca había tenido ese instrumento en las manos, y, antes de verlo, ni siquiera sabía qué forma tenía. Los vestidos colgaban de un gran ropero que olía muy bien, al igual que el armario de los zapatos, que exhalaba un agradable olor a cuero.

Todo estaba perfectamente ordenado en aquella casa; una de las paredes del pasillo estaba cubierta, de lado a lado, de armarios empotrados; en el enorme salón, siempre lleno de flores, de la planta baja, donde estaba el piano, había una vitrina con porcelana y, encajada también en un armario empotrado, una radio en la que se oía el mundo entero. Había armarios en el cuarto de los niños y en el cuarto de baño. En cambio, no había mesas, a excepción de aquélla en la que comían. En su lugar, habían puesto, aquí y allá, varios veladores bajos, con soporte de metal o de vidrio y unos pesados ceniceros de cristal encima, limpios y relucientes.

Los inmensos ventanales del salón estaban todo el día ocultos por los postigos y las cortinas de tela; en el interior de sus casas, las familias vivían resguardadas en el frescor de la penumbra. El calor seco se abatía sobre el jardín, sobre la calle, sobre la ciudad, y en la casa de los Moreau hacían todo lo posible para impedir que entrara en ella. Por la mañana, al despertar en su gran dormitorio, Dacha estaba sola. Apenas le había dado tiempo a pensar en

el desayuno, cuando el velador con la cafetera y las tazas ya empezaba a rodar silenciosamente sobre la alfombra y, en el ángulo opuesto, alteradas por su movimiento, las flores del jarrón perdían sus pétalos; de repente, la puerta del tocador se abría despacio, con un suspiro, y los objetos inanimados pero sensibles cobraban vida.

Tres meses antes, en una noche ventosa y negra, la vida de allí, completamente cerrada, se había entreabierto un instante para dejarla entrar, y luego se había vuelto a cerrar sobre ella. A la mañana siguiente, Dacha era la dueña y señora de la casa, la mujer de Moreau, y ya formaba parte de esa vida. Había recorrido la mansión varias veces. Moreau, como siempre, estaba muy serio, pero su cara también expresaba un sosiego, una felicidad nueva. Nada más verla llegar, la había abrazado y, después de haberle besado la mano varias veces, le había dicho junto a la ventana del comedor:

—Me gustaría que siempre tuvieras la misma cara de serenidad y de dicha que te vi esta mañana por primera vez, cuando te despertaste.

Ella no se había atrevido a prometérselo, pero había sentido que no era algo imposible.

Dacha se había presentado a los chicos. Ahora los conocía bien, pero aquel día no sabía cómo tratarlos. Lo más importante era actuar con la mayor naturalidad, pero también lo más difícil. Dacha se percató luego de que el mayor era un chico sentimental y perezoso, algo mentiroso y algo chivato; el pequeño, camorrista, caprichoso y un tanto grosero; una vez le había roto la radio, y otra había estado a punto de perder un ojo jugando con el perro. Aquella mañana, los dos estaban de pie ante ella, enfurruñados y cerrados en banda. La institutriz la observaba con desconfianza, pero al final todo había ido como la seda, al igual que con la servidumbre. Y así se habían ido sucediendo los días, uno tras otro.

Para Dacha, dirigir aquella casa era toda una ciencia, así como encontrar su lugar en ella. En aquel mundo nuevo, Dacha tenía que elegir los nuevos discos, los vestidos y los vinos, conducir el coche, probarse sombreros, mandar preparar comida para veinte personas, acostumbrarse a la gente que venía a bailar y a jugar al *bridge* y al tenis, que hablaba de aviones, yates y moda, que evocaban París, pero no el París que ella conocía y amaba. El París de esa gente parecía haber sido construido por encima del suyo y no coincidir nunca con él, y hasta le faltaban barrios enteros que Dacha, sin embargo, conocía al dedillo. Ahora le parecía que, además de esos dos París que ella conocía antes, podía haber un tercero, quizá incluso un cuarto... Y quizá, en la ciudad donde ella vivía ahora y que, poco a poco, iba descubriendo a través

de la blancura, el calor y la austeridad de sus calles, había asimismo un nivel que siempre permanecería oculto para ella. Nadie podía conocerlo todo.

Al anoecer, ellos dos, solos o acompañados, salían de la ciudad, los coches circulaban a toda velocidad, y a menudo sin una meta concreta, por las carreteras blancas, bajo una inmensa luna baja; se sentaban bajo algún tejadillo, bebían mucho y hablaban poco, o paraban a cenar en un restaurante al borde del mar, en el que había una orquesta tocando con una veintena de instrumentos exóticos: aquella música, al igual que el silencio que reinaba en los alrededores, los sumía en un estado de extraño torpor.

A diferencia del mundo abigarrado, cosmopolita y heterogéneo en el que Dacha había vivido hasta entonces, la gente de allí, con su frialdad, su humor, su reserva, se asemejaba más entre sí. Tenía su propio mundo, no siempre tranquilizador, el mundo cruel de los negocios. El amor y el dinero, el progreso y la guerra inminente eran sus principales temas de conversación. Tenían más, pero esos cuatro formaban la base sobre la que se construían las relaciones humanas. Si alguien hubiera examinado con mayor profundidad cada una de aquellas existencias, habría encontrado toda una cadena de pequeñas fechorías, de verdades y de mentiras, de deseos insatisfechos y de actos realizados, pero Dacha no lo hacía. Un día, Moreau le había dicho, mirándola con arrobó:

—Cada vez tienes más cara de serenidad y de dicha. Cosa de la que también yo me alegro.

Era verdad. Reflejada por los numerosos espejos del dormitorio y el gran espejo del vestíbulo de la entrada, la cara de Dacha resplandecía tanto que Moreau no se cansaba de verla. Todas las cosas, allí y en los alrededores, eran tal y como debían ser.

En su interior, Dacha veía aquello como si fuera una habitación en la que alguien hubiese desplazado todos los muebles: nada era como antes. Antaño había ahí una habitación ocupada, no siempre confortable ni limpia; había un viejo estante de libros encima del sofá, la ventana daba a un edificio. Ahora todo había cambiado. Tras la ventana, había eucaliptos y naranjales, los libros estaban colocados en un velador que nadie sabía de dónde había salido, la alfombra, enrollada, dejaba ver un magnífico parqué tan encerado que uno corría siempre el riesgo de resbalar y caerse. Seguramente había que volver a colocar todo en su sitio, pero Dacha no tenía tiempo, sus ocupaciones diarias no le dejaban ni un minuto para mirar en su interior. Y por la noche dormía apaciblemente en su enorme y baja cama.



Rara vez escribía a los suyos. Sus cartas no iban dirigidas a nadie en particular, sino que parecían destinadas a todos los miembros de la familia. «Aquí ya hace mucho calor —escribía—, y hemos puesto en el jardín una magnífica sombrilla multicolor (ver foto). Nos bañamos todos los días al caer la tarde, con el perro, que, por cierto, no es muy católico: para empezar, se llama *Lola*, aunque es un macho; en segundo lugar, ya es viejo, y, para colmo, creo que no le soy muy simpática. Los niños también se bañan, y, el resto del tiempo, estudian (mal). Todas las noches tenemos invitados. Jóvenes y ancianos, gente simpática y otra que no lo es tanto; pero aquí eso no tiene importancia, aunque no sabría decirlos por qué».

Y así todo, hasta llenar una hoja de papel estándar.

El viejo cocinero árabe era mucho más inteligente y mucho más educado que la mayoría de los invitados que, noche tras noche, se sentaban alrededor de la mesa del comedor. Dacha se lo comentó un día a Moreau, para gran sorpresa de éste. Pero eso tampoco tenía importancia. Ese viejo cocinero, que antaño había estado prisionero en Alemania, había corrido mucho mundo y era un excelente contador de historias. Los invitados, mujeres y hombres, hablaban sin ton ni son, mezclaban todos los temas contentándose con quinientas palabras, se apasionaban siempre a coro por un juego, por un nuevo restaurante con orquesta «al borde del desierto», por el *lamheth walk*; lo único que los diferenciaba de los niños era el ímpetu y el desorden de las pasiones que dominaban por completo su vida. Pasiones mezcla de distracción y sufrimiento que acababan con las fortunas de los hombres y las lágrimas de las mujeres. Aquellos que no estaban sujetos a ellas parecían seres un tanto amorfos, y daban la impresión —también a Dacha— de estar enfermos o ser retrasados.

Los hombres se distinguían entre sí por sus gustos y la naturaleza de sus ocupaciones. Las mujeres, por su edad. A los treinta, era fácil predecir cómo serían a los cuarenta: exactamente igual que las que ya tenían cuarenta; a los cuarenta, ya se sabía qué aspecto tendrían a los cincuenta: el porcentaje de error era cero. Dacha sabía que se arriesgaba a ser presa de ese engranaje sin tan siquiera darse cuenta. Cosa que, por otra parte, le parecía del todo normal, pues el orden tranquilo y lógico que reinaba allí no era, a fin de cuentas, desagradable.

La institutriz de los niños, *miss Mill*, era un espécimen humano muy singular. Una mujer de edad indefinida que llevaba vestidos sombríos, discretos y que jamás pronunciaba una palabra de más. Se movía por la casa sin que nadie oyera sus pasos ni su voz. Sus ojos, un tanto desorbitados e

inexpresivos, miraban siempre al frente. *Miss Mill* cumplía con todas sus obligaciones y, durante sus días libres, se encerraba en su habitación para mirar las revistas ilustradas que había acumulado allí durante la semana. Su cuarto estaba siempre limpio y vacío. Sobre la mesa, había una jarra vacía, un vaso, un cepillo de ropa. No se veía ningún objeto, nada que le perteneciese: ni siquiera una lima de uñas, ni un huevo de madera para zurcir, ni una vieja carta, ni ningún utensilio, aunque fuese de los más banales. Su cama estaba siempre impecable, como si nadie la hubiese tocado en una semana; el espejo resplandecía, el mantel estaba immaculado y el aire era más puro que en las otras habitaciones. No era difícil imaginarla al anochecer o a la hora del descanso, sentada en su silla ante la mesa, inmóvil e inanimada, aguardando, con los brazos cruzados, la hora de... Pero sólo ella sabía lo que esperaba.

—Qué rara es... —le comentó un día Dacha a su marido—. Jamás he conocido a una persona igual. Da la impresión de que no se encuentra a gusto aquí.

—No, ella se siente perfectamente bien, lleva ocho años viviendo con nosotros y sabe que tiene asegurada su vejez. Creo que la inmensa mayoría de la gente del planeta vive exactamente igual que ella, o casi.

Aquello era muy extraño, pero, al parecer, Dacha era la única que se asombraba de ello. Así que acabó por acostumbrarse a aquella institutriz, igual que a todo lo que había en aquella casa, a la que ahora siempre se refería como «nuestra casa».

«Nuestra casa», «nuestro dormitorio», «mi jarrón preferido», «a mis chicos y a los suyos les gustaría dar un paseo juntos, en bicicleta». «No venga a cenar mañana, porque es el día libre de nuestro cocinero». «Mi marido ha encargado el nuevo Packard». Dacha decía estas cosas con cara de serenidad y de dicha.

—Ellos me juzgan, está claro. ¿Pero cómo? —le preguntaba a veces a Moreau—. Tú que los conoces desde hace tiempo, dime qué pueden pensar de mí.

—Les agradas mucho —exclamaba él, en tono de admiración—, como no podía ser de otra manera. Ya lo sabía yo. ¡Mírate!

Y Dacha se miraba. En su interior reinaba el más absoluto desorden, igual que en su habitación, que ella no había ordenado cuando se marchó de París. Pero ¿qué iba a hacer ella ahora con ese cuarto de papeles descoloridos, con los trapos viejos que había en el cajón de la cómoda? ¿De qué podía servirle aquel rincón abandonado que nadie había vuelto a barrer, ahora que era dueña y señora de una casa entera, espaciosa y agradable, limpia y confortable a más

no poder, donde todo estaba en su sitio, donde, a través de la radio, se oían Roma, El Cairo, Londres, donde una árabe bajita llevaba, posada sobre sus finos brazos, una bandeja con grandes vasos, donde una gruesa novela estaba abierta por la primera página?: *La violeta de Brooklyn* o *La rosa del Prater*, o algo por el estilo. ¡Sólo alguien como *miss Mill* podía no haber leído ni un libro en su vida!

De hecho, ¿qué había cambiado? Casi nada. Dacha siempre se había sentido en paz con todos y con todo, seguía estando en paz consigo misma, con la gente, con el mundo. Y no era ella la única que estaba hecha así: bien mirado, la gente como ella era mayoría en la tierra. Pero no todos veían el mundo del mismo modo. Unos decían: «¡Qué hermoso es el mundo que Dios creó y del que yo formo parte!». Otros: «¡Por todos los santos: a ver si conseguimos no alterar el equilibrio del universo!». Los terceros exclamaban: «¡Ni visto ni oído!». Y luego se escondían para seguir gozando de su bienestar. Los poetas rimaban «mundo» con «trasmundo<sup>[42]</sup>», y, en la inmensa e inmutable armonía del mundo, se abandonaban a la contemplación de un maravilloso paisaje, de una naturaleza algo indiferente pero maternal, a pesar de todo, que prodigaba al ser humano sus favores como si fueran productos lácteos, ocasos pintorescos y cosas por el estilo, hasta más no poder. El chico camorrista que disfrutaba rompiendo todo lo que caía en sus manos acabaría metamorfoseándose entre las manos de *miss Mill*; el tierno delator hallaría su lugar bajo el sol. Era agradable sentirse joven, sana, amada, sin preocuparse por el mañana; tener vestidos para todas las ocasiones, unos armarios maravillosos repletos de objetos útiles y hermosos, una nevera deslumbrante en una cocina deslumbrante donde, día y noche, el leve tictac de un reloj de péndulo invisible acompañaba la transformación del agua en cubitos de hielo, muy apreciados durante la estación cálida.

El día se iba volando. A las ocho, Moreau se marchaba a la ciudad. Dacha pasaba casi toda la mañana con el cocinero y *miss Mill*. Antes de comer, solían venir algunas visitas; pequeñas alegrías, pequeñas preocupaciones desfilaban ante ella sin apenas rozarla. A las dos, la puerta de la cancela se abría para dejar entrar el largo coche negro de Moreau, y Dacha, bronceada, esbelta, con unas sandalias africanas y un vestido fresco, echaba un último vistazo a la mesa ya puesta para almorzar en el comedor, bajo las amplias aspas del ventilador que giraba en el techo emitiendo un ligero zumbido.

Moreau bajaba a comer después de haberse dado una ducha. Los chicos comían antes, y, a esa hora, ya estaban de vuelta en el colegio. Cuando no había invitados, hablaban poco en la mesa: ésa era una de las tradiciones que

Dacha veía como una herencia del pasado. Desde el principio, se había percatado de que, en casa de Moreau, el siglo anterior coexistía con el presente: allí había reglas que él respetaba siguiendo el ejemplo de sus abuelos, pero, a la vez, la vida actual le liberaba de un montón de costumbres. Moreau no veía conflicto alguno entre la antigua y la nueva época, a la cual cedía gustosamente terreno; de ahí que, por costumbre, dejara que las cosas vinieran solas en su vida, sin pensar en ellas demasiado.

Un día, Dacha le preguntó:

—Me gustaría mucho saber por quién votas en las elecciones legislativas.

Él sonrió con aire misterioso:

—Cómo se nota que procedes de un país bárbaro. Ése es un secreto terrible, y nadie tiene derecho a hacer semejante pregunta.

—Ya, pero aun así...

Él no respondió.

—Está bien. Entonces, yo también tendré secretos para ti, y no pienso decirte por quién voto.

Pero a él ni siquiera se le había pasado por la cabeza preguntárselo. Ella podía votar a quien le diera la gana, incluso a los socialistas, si eso la hacía feliz. Él, por su parte, seguiría votando a Maurras<sup>[43]</sup>. «Pero jamás discutiremos. ¡A Dios gracias!», pensó Dacha aquel día.

—No hay manera de discutir contigo —le dijo él un día—. Creo que mi vida a tu lado es la mayor alegría que me podía suceder.

Después de comer, la vida se detenía, tanto en la casa como en la ciudad: era la hora sagrada de la siesta, en la que todo movimiento cesaba. El sol cegador arreciaba detrás de las paredes de la casa, caldeando la ciudad inmóvil; cada cuarto de hora, en medio de un silencio narcotizante, resonaba el delicado soniquete del reloj de pared. Después, un agua perfumada con reflejos verdes empezaba a correr en las bañeras. Había que irse a la playa, a jugar al golf, a admirar los céspedes frescos, bien regados. Luego cenaban en la casa y descansaban en la amplia terraza.

A esa hora era cuando se escuchaba el sonido de la armónica en el jardín.

—¿No te molesta esta música? —le preguntó Moreau una noche, abrazándola con su único brazo.

—¡Oh, no! ¿Y a ti?

—En absoluto.

Poco a poco, en el cuarto de los niños, los rumores del día se apaciguaban.

El pequeño, en calzoncillos, bajaba por última vez deslizándose ruidosamente por la barandilla que daba al vestíbulo, golpeaba con el puño el

viejo gong de cobre que colgaba en la puerta, soplabá en una suerte de silbato, emitiendo un silbido estridente, y luego volvía a subir a gatas, repitiendo cien veces una palabra que ese día hubiera encontrado de su agrado. Después se oía el crujido de una puerta y la consiguiente carrera de *miss* Mill. El mayor, que acababa de cumplir trece años, solía padecer accesos de fiebre, y, en tal caso, lo mandaban a la cama mucho antes. Normalmente, Dacha subía a verlo a las nueve. A veces le entraban ganas de sentarse a su lado, de ponerle la mano en la frente y quedarse así unos minutos, concentrada, callada... Pero eso era absolutamente imposible. La única vez que había intentado hacerlo, él la había mirado tan fría y brutalmente que Dacha había tenido que retirar la mano enseguida. Mientras, el más joven había dejado la cama patas arriba, y luego le había soltado, con aire burlón:

—¡Yo también quiero mimos!

Al día siguiente, Dacha también se había quedado un rato junto a él. El pequeño siempre estaba insolentemente bien, y Dacha le temía un poco. En cuanto al mayor, quizá Dacha habría podido curarlo si hubiera tenido ganas y si todo hubiera sido distinto, pero ¿para qué iba a cambiar nada ahora que había conseguido tener esa cara de serenidad y de dicha? Además, aquellas cosas de antaño no habían sido más que tonterías, y ahora le daba vergüenza pensar en ellas. Dacha se había allegado un momento a remeterle las sábanas bordadas. Él la había mirado mientras lo hacía, y luego había vuelto a desordenar la ropa de la cama de un puntapié; al salir, Dacha había escuchado una gran carcajada. Los chicos no lo hacían por maldad, y, desde luego, Dacha no podía cambiar nada al respecto.

Cuando no tenían invitados y el coche no los llevaba fuera de la ciudad, a alguna de aquellas extensiones que ya parecían el desierto, Dacha bajaba al jardín silencioso, donde había algunas palmeras grises y secas, muy cerca unas de las otras, como si las hubieran transportado hasta allí e instalado en aquel suelo duro y chamuscado, en aquella arena que, bajo el manto de la oscuridad, era un hervidero de cosas vivas y nocturnas, y, por el día, de lagartos invisibles, que quizá tuvieran un abdomen coloreado y unos ojillos vivaces y astutos, pero que siempre permanecían ocultos a la mirada de la gente. Las estrellas, extrañamente grandes, verdes, brillantes, formaban sorprendentes dibujos en el cielo. La Osa Mayor apenas se dejaba ver en el horizonte y, por alguna razón oscura, resultaba absolutamente obvio que la Tierra era redonda.

En el salón, orientado al Norte, las ventanas estaban, a esas horas, abiertas de par en par. Junto a una de ellas estaba Moreau, leyendo en un sillón, con

las piernas cruzadas. Los candelabros estaban encendidos. Moreau no toleraba los mosquiteros, salvo en las habitaciones, y, en esos momentos, meneaba suavemente la cabeza para espantar a las minúsculas polillas azules que revoloteaban a su alrededor. Al principio, Dacha se quedaba boquiabierta al ver el color de la basura que, tras barrer cada mañana, se sacaba de la planta baja: era azul. Porque, durante la noche, las polillas se desecaban hasta hacerse polvo.

Dacha se quedó un buen rato mirando a su marido desde el jardín. Moreau alzó la cabeza varias veces, echando un breve vistazo en dirección a la ventana que ocupaba todo un paño de pared, aunque, por supuesto, no vio más que oscuridad. Dacha se tendió sin hacer ruido en la tumbona, estiró las piernas, dejó caer los brazos. El hombre se parece a una cruz con patas... Había un juego así, que consistía en trazar cruces... ¿Habrán aquí arañas de jardín, esas que tejen una tela cruciforme? La Cruz del Sur no está aquí sino mucho más lejos, al otro lado del Ecuador. Tal vez algún día se muden a algún lugar desde el que se pueda ver. La Cruz del Sur y la estrella Eridano, de la que el público empieza a cansarse... Allí, ninguna Osa se atrevería a asomar ya ni la punta del hocico... Los osos blancos viven en la banquisa... El hielo... Mañana les enviarán veinte botellas de champán. ¿Habrán suficiente hielo? Dacha hace bien en mostrarse un tanto fría con los chicos: no hay más remedio. Pero todo se arreglará, todo está arreglado. En su caso, todo se arregla siempre.

Dacha mira hacia a lo alto. Mira en su interior. Allí, en lo más hondo, en el lugar donde se origina el pensamiento, las cosas han dado un giro, nada es como antes. Allí reina un orden nuevo, y también la quietud. Ya no hay cabida para el escalofrío, el éxtasis de la unión con algo inmenso, el reflejo del cielo estrellado. Todo es apacible, claro y tranquilizador. Allí, en la transparencia de su conciencia en paz, de su pensamiento aquietado, se extiende... simplemente el sueño. Allí, nada brilla ya. Al perder las referencias de lo alto y de lo bajo, Dacha ve flotar en su memoria, bogando entre dos vacíos, la factura que le presentó el viejo cocinero sabio, y que no ha tenido tiempo de repasar... Los gastos de comida para una semana...

—Dacha —dijo Moreau inclinándose sobre ella—, ¿estás dormida? Por un momento creí que estabas allí, de pie, junto a la ventana, mirándome... Aún es muy pronto para dormir. Vamos a cenar a algún sitio... Si no estás cansada.

—A todas luces, la Tierra es absolutamente redonda —dijo Dacha al levantarse.

## XVI

### EL CUADERNO DE SONIA TIAGUINE

En lo que sucede a mi alrededor, en el mundo, hay una voz que no escucho. Una voz que espero. Una voz que me es indispensable. Llevo años esperando, pero *allí* todo es silencio, y mi deseo se ha vuelto tan exasperado, tan doloroso que ya no me deja vivir, llenando mis días y mis noches, invadiéndome. De Rusia ya no espero ni libros, ni óperas, ni discusiones antiguas o nuevas. Necesito una voz, un acto de voluntad, una palabra que se concrete en una acción... Aunque ignoro cómo debe ser esa palabra. ¿Cómo podría saberlo? Nadie lo sabe. La mayoría de la gente no le da, quizá, ninguna importancia a esa voz que al fin resonará en todo nuestro planeta, pero yo he ligado mentalmente mi destino a esa voz, a ese acto de voluntad. Y si esa voz no llega a resonar, estaré perdida.

Feltman, el viejo y amable Feltman a quien tanto quiero —cosa que nadie sospecha, claro, porque me muestro insolente con él y me marchó de la habitación en cuanto llega—, dijo un día, dirigiéndose a mi madre pero mirándome a mí con sus ojos inteligentes, luminosos:

—No, se equivoca usted, Liubov Ivánovna, no tiene razón. Soniechka<sup>[44]</sup> no es en absoluto una extranjera, como usted dice, sino que es la persona más rusa que pueda haber. Dacha tiene mucho más aire de extranjera. O Zai.

Mi madre insistía:

—Si Zai pareciera una extranjera, sería algo normal, ¡piénselo! En cambio Dacha es cien por cien rusa, ¡rusa hasta la médula! Tiene un nombre ruso, un peinado ruso, un temperamento ruso. ¡Pero ésta! ¿De dónde le viene todo eso? No lo entiendo. No ha sacado nada de mí, ni de Tiaguine.

—Las tres son extranjeras —dijo mi padre, en tono conciliador.

Pero Feltman no estaba de acuerdo, y, de nuevo, me observó con atención. Mi padre montó su numerito habitual sobre los ciudadanos del cantón de Uri.

Yo miré a Feltman con enemistad, pero él, como siempre, no se percató; nunca se da cuenta, se niega a verlo, e insiste en mostrarse resplandeciente de placer. Tengo miedo por él: ¿cómo habrá conseguido sobrevivir hasta ahora, y qué será de él?

Así pues, sigo esperando. Una última, una única esperanza, loca y secreta, me impulsa a vivir: la esperanza de que la guerra no estalle, esa guerra que el mundo presiente y que, una vez desencadenada, podría no acabar nunca o prolongarse en exceso, lo cual vendría a ser lo mismo. Aislada del mundo entero, me aferro a esa esperanza, que representa para mí un absoluto, brumoso pero decisivo.

Durante toda mi vida, durante los veintinueve años de mi existencia, he ido en busca de ese absoluto. Al principio, se trataba de una necesidad confusa; después, los límites y la finalidad de la vida se me revelaron con mayor claridad. Busqué personas que estuvieran recorriendo el mismo camino y que, al igual que yo, anhelaran la única plenitud que merecía ser experimentada. Valoré, por encima de todo, las experiencias que podían provocarme la sensación, la consciencia de esa plenitud. Me aparté, orgullosamente, de todo lo que no podía conducirme a ella. Las alegrías de la existencia me estaban, por esa razón, vedadas, pues no podían aportarme ni siquiera un pequeño anticipo de lo absoluto. Alegrías entre las que, para mí, se cuenta la amistad. De ahí que jamás la haya sentido, y también que la irresponsabilidad propia de la amistad siempre me haya dejado fría. Para mí, la amistad es un quiero y no puedo, un mero término medio en las relaciones humanas. No es posible hallar lo absoluto en una amistad.

En la vida, hay cosas que nos gustan y otras que no, aunque, ante estas últimas, solemos cerrar los ojos. Hay cosas que perdonamos y cosas que combatimos. Perdonamos muchas, porque no solemos comprometernos más que en la medida en que lo anhelamos, permaneciendo, por lo demás, completamente libres, tanto en lo tocante a nuestro comportamiento como en lo tocante a nuestro tiempo y a nuestra voluntad. Al perdonar, sabemos que, a la vez, seremos perdonados, y que, en consecuencia, podemos ir viviendo sin demasiados esfuerzos; cuando tenemos que prestar algún servicio (de índole concreta o moral), no olvidamos que, en su día y a su hora, nos será devuelto el favor; así que todo eso no es más que una suerte de seguro mutuo contra las desgracias de la existencia. En ello hallamos placer pero sin riesgo. Sin sometemos a ninguna prueba de fuerza: es igual lo que se da que lo que se recibe. No nos vemos a nosotros mismos salvo cuando nos apetece:



diariamente, una vez por semana o al mes, según un acuerdo tácito y libre de coacción. Lo cual puede durar eternamente.

Con frecuencia he pensado que entre el amor y la amistad se da un cierto fenómeno al que ni siquiera podemos poner un nombre. Pero existe, aunque anónimo, y, en él, uno de los dos protagonistas siente por momentos la proximidad, la posibilidad de lo absoluto. Eso es lo que unía a Luis II de Baviera y a Wagner, a Brahms y a Schumann. ¿El qué? Una relación entre maestro y discípulo; una mezcla de adoración, de amistad, de amor, de libertad y de esclavitud; la fusión de dos personalidades en la que la imagen del amigo es más importante que la del hombre. Algo que a mí jamás me ha sido dado experimentar: mi época no le permite al individuo hacer saltar tal chispa en su vida. Sin Dios, embriagado por la idea de la igualdad social (ya adquirida o aún por adquirir), el hombre ha perdido el camino hacia esa clase de amor o de amistad, que conduce (aunque a tientas) a la plenitud: una barrera transparente y, empero, constante protege el gran, el eterno misterio de las relaciones humanas. Y nunca se entrea bre.

Sí, hemos perdido la llave de esa clase de amistad, aunque hay otra razón importante para ello: nos hemos vuelto eminentemente transformables. El hombre moderno sufre durante toda su vida una serie de metamorfosis en las que deja de reconocerse a sí mismo y que hacen que en él haya cada vez menos lugar para una adoración perdurable. Los hombres de antaño no experimentaban tales transformaciones: a veces, en el transcurso de su existencia (cuando ésta era lo bastante larga), cambiaban de maneras, de gustos, de convicciones (cosa que su ambiente no cesaba de desaprob ar), pero su fondo permanecía inalterable, lo cual se consideraba como algo natural, evidente. Aunque una persona evolucionara, siempre se podían hallar, en su juventud o en su infancia, los rasgos que permitían predecir su evolución, prever su curso. Pero nosotros progresamos a saltos, nuestra vida no es más que pura agitación, como si unas partículas dormidas en nuestro interior hubieran empezado a moverse. ¡Y pobre de aquel que encuentren a su paso!

Mi experiencia del amor no es demasiado amplia: las únicas veces que lo he vivido, el amor estaba ya, desde el principio, en su apogeo, como si la orquesta hubiera empezado de golpe por los *tutti* y los *forte*<sup>[45]</sup>. Para ser más precisa, el amor, en mi caso, hizo siempre una entrada triunfal, sin dejar la menor duda acerca de su naturaleza: era él. Y, cuando yo me daba cuenta, ya no había vuelta posible. Cosa que, por otra parte, ni se me pasaba por la cabeza, pues me limitaba a vivirlo, me abandonaba a él sin más preocupación que la de retener, inmortalizar mi dicha, ya que lo absoluto no está en la

inmediatez sino en la duración, y «el gozo tiene sed de eternidad». Luego, salía de esa experiencia más muerta que viva. Pero ¿qué era lo que precipitaba su fin? No una tempestad ni una explosión, sino una ligera falla. Entonces era yo quien daba el golpe de gracia a aquel amor, quien lo remataba sin piedad: cuando un objeto está roto ya no sirve para nada; cuando un recipiente está desportillado es mejor tirarlo a la basura. De nada vale pegar, pulir o reparar.

¡Al diablo con todo lo que se ha hundido, aunque sea un poco! Con ello se acabó la perfección, la belleza, la integridad. No conviene avanzar más por un camino en el ya no parece posible encontrar lo absoluto. ¡Hay un gusano en el fruto!

¿Y cómo iba a ser de otro modo? Los últimos románticos, los más próximos a nosotros en el tiempo, nos legaron esa sed de absoluto: «*Comme si quelque chose de la religion se mêlait aux douceurs d'un amour, jusque—là profane, et lui imprimait le caractère de l'éternité*<sup>[46]</sup>», había dicho con timidez uno de ellos antes de colgarse finalmente en el inmueble situado justo encima del muelle del Sena y del banco en el que B. y yo solíamos sentarnos<sup>[47]</sup>. Nosotros habíamos seguido avanzando en esa dirección, cada uno a su manera, tomando nuestros propios caminos, caminos que las personas sabias y pragmáticas sitúan fuera de la vida, y que los creyentes juzgan sacrílegos. Aún no habíamos hallado nada que justificara nuestro movimiento, simplemente nos movíamos.

¡Ah, esta sed de plenitud, de integridad! ¡Esta necesidad de una ley única para todos! El anhelo secreto de resistir la desintegración y de preservar de ella al universo que se rompe en mil pedazos; de realizar la armonía en la propia persona y, por lo tanto, en el mundo que uno quiere salvar, salvándose a sí mismo... Ideas demenciales, proyectos alocados. ¿Irrealizables? Puede, pero ¿cómo vivir sin ellos? ¿Cómo arreglar lo que se ha roto si no es recogién dose en el alma? No teníamos otra vía. La antigua, antaño tan seductora y tan sencilla, aún estaba al alcance de la mano: consoladora, confortable. ¿Que algo se había desajustado en nosotros? ¿Que las ruedas del mecanismo chirriaban, los engranajes rechinaban, las tuercas estaban oxidadas? Bueno, pues, ¡bastaba con echar un vistazo alrededor (a la naturaleza, a la gente, al arte, al mundo), recordar que uno no era más que una parte de ése todo íntegro, sabio y hermoso (algunos incluso añadirían «bueno»), para fundirse en él, alabando la creación! Pero esa antigua vía resultó ser... no ya falsa, sino completamente absurda, pues, de golpe, en vez de un camino pintoresco se abrió una enorme grieta, un abismo, una sima

profunda y tenebrosa, similar a las de las ilustraciones que hizo Gustave Doré para la Biblia.

Había que partir de otro punto: nosotros mismos. La labor era ardua. Cada cual tenía que encontrar el equilibrio del mundo en su interior. Para religarme al universo, debía hallar antes mi propio absoluto. Sólo él podía justificarlo todo, recrearlo todo. Ése era nuestro sueño. Soñábamos con recomponer el objeto roto, con crear la armonía universal por nuestro propio esfuerzo. Yo aún no he encontrado el hilo que podría religarme al mundo, ni conozco a nadie que lo haya encontrado. No he hallado lo absoluto. Y por eso, poco a poco, me he ido sumiendo en una profunda, terrible, insoportable indiferencia con respecto al jarrón roto. Durante mucho tiempo, amé al mundo con un amor inquieto y celoso, sin recibir nada a cambio. Entonces, un terrible sentimiento de abandono, sin esperanza, sin recursos, se abatió sobre mí. Aunque todavía conservo un pequeño espacio, el último quizá, para albergar una ínfima esperanza. Tal vez no sea yo sino mi país el que deba reparar el mundo, o, mejor dicho, resucitarlo, volver a ponerlo en pie. Creo que no tendré que esperar mucho tiempo para saber la respuesta a esta pregunta... «¡Respuestas tan concretas a preguntas tan filosóficas!», me soltó un día B. «¡No deberías leer tanto los periódicos!», me dijo Dacha. Pero si la respuesta no llega, si realmente lo que se ha roto ya no tiene arreglo, si todo está perdido, entonces también yo estoy perdida. Y tan sólo veo mi salvación en el hundimiento definitivo de todo: perecer con todo, fundirme con el universo, encontrar al fin mi lugar en él, destruirme con el mundo.

Porque no es en la muerte sino en la vida donde estamos solos; elegir nuestro fin es ser libre, unirse al todo; existir es vivir en la desunión. Si todo está muerto a mi alrededor, ¿por qué sigo aún con vida? Esta búsqueda dolorosa y estéril de una unión con el todo, ¿no es precisamente el signo del deterioro de ése todo? El espíritu se ha ido del mundo, y nosotros, sin saberlo, vivimos al lado de un cadáver, y, aun así, deseamos (¡oh, santa ingenuidad!) unirnos a él. Si yo y otros cuantos más (aunque, ¿dónde están éstos?) seguimos aún con vida, entonces yo misma soy responsable de esta antiarmonía en la que permanezco. Yo aprendí a vivir con el mundo sin comprender que todo eso era fruto del pasado, que, después de haber hecho tantos esfuerzos por seguir su evolución, iba retrasada con respecto a él, que me faltaba un último gesto para parecerme a él. Todo en mí se oponía a él, ¡y yo buscando un vínculo! Mi vínculo con él es la nada.

Por otro lado, puede que ese vínculo no esté en la nada —en el sentido literal del término—, sino en una nada relativa: en la ausencia de

pensamiento, en el embrutecimiento, en el «nosotros tan sólo amamos el pasado» de los imbéciles y de los haraganes, en el «destruir—construir» de la clase obrera. Poco importan las formas que esa nada adquiera de día en día: la ruda existencia del trabajador agobiado de tareas o el mariposeo ligero e insignificante de un parásito. El miedo y la opresión que sufren los parias o el hastío y la dominación que imponen los cerdos del mundo.

Pero yo no puedo contentarme con una nada relativa. Aún estoy viva y soy libre, por el momento. Qué alegría poder decir alto y claro: ¡Estoy viva y soy libre! Y, por eso, porque estoy viva y soy libre, elijo el único absoluto que tengo a mi alcance: la nada absoluta.

Si al menos... Jamás he querido analizar esta esperanza insensata de ver un día a los humildes rebelarse y a los mudos tomar la palabra. Es algo irracional, algo que está en mí: no en los sentimientos ni en la mente, sino en la sangre. Hace tiempo, leí en alguna parte una idea que me impresionó y que contribuyó a alimentar esta esperanza. (Ya no recuerdo quién la expresó ni cuándo: tal vez sea una invención mía). Una vida difícil asegura la resurrección del alma individual y del renacimiento de un pueblo; una vida fácil conduce al deterioro del alma y a la decadencia de los pueblos. Era de ahí y también de algo inaprensible —que, prácticamente se ha volatilizado ya, pero cuyo rastro aprecio mucho— de donde esta esperanza extraía su vivacidad insensata, paradójica. Ahora lo veo claro: mis raíces no están del todo cortadas, y ellas me conducen a mi infancia, a esa dimensión que solemos llamar misericordia, compasión, anhelo de universalidad, deseo de poner fin a las desigualdades sociales, perspicacia, capacidad de mirar de frente la más terrible de las verdades. ¿Todo eso no eran más que vanas palabras? ¿Una bruma que ya se ha disipado allí, en el silencio y la sumisión? No, me negaré a creerlo hasta el último momento; o, mejor dicho: mi último momento llegará el día en que esa esperanza me sea arrebatada.

Lo cual significa que yo, desengañada de todo, creo, no obstante, igual que una simple campesina, en mi propia sangre, o bien que espero un milagro; milagro que, desde luego, podría producirse, aunque sólo en un mundo íntegro. Pero ¿qué milagro cabe esperar en este mundo nuestro? La gente se calla cuando debe hablar y habla cuando debe callarse. Considera el suicidio como el único acto que puede ayudarle a acceder a la armonía. Encuentra la ambigüedad natural, y prefiere el sufrimiento a la dicha. Creo que sólo abandonando este mundo —y supongo que no existe otro— podré realizar mi unión con él.

A menudo tengo la impresión de que no soy la única persona que, este verano, padece un malestar. Durante este último año, todo el mundo ha cambiado. ¿Por qué «último»? Sencillamente, este año. Junio ya ha pasado, julio pasará, y agosto le sucederá. Jean—Guy ya casi no viene por aquí. Zai se ha recuperado.

La última vez que la visitó, Jean—Guy volvió a quedarse un buen rato en mi habitación.

—¿Qué le gustaría a usted? —le pregunté mirando su cara de enojo o de pesar.

—Me gustaría que todo se fuera al diablo.

Yo me reí:

—Ojo: puede que su deseo se cumpla muy pronto. Y no creo que eso le vaya a hacer muy feliz.

—Así al menos tendremos una razón para intentar cambiar de vida.

—¡Ah, eso es muy irresponsable! Ya lo dijo alguien antes que usted. Y, además, ¿qué necesidad tiene usted de cambiar? ¿No está contento con su vida?

Jean—Guy apoyó la cabeza sobre su fino brazo y una sombra de tristeza cruzó sus grandes ojos marrones, que evidencian cada uno de sus cambios de humor.

—Ella no me quiere lo suficiente —dijo.

Y yo pensé: «¿Por qué me lo cuenta a mí? ¿Será que, sin pretenderlo, incito a la gente a hacerme confidencias?».

—¿Qué espera usted de ella?

—Algo de amor. Pero no lo hay. Quiero decir que ella no me da la cantidad de amor que yo espero. Siempre está en otra parte, habla de otras personas, se ríe de cosas que sólo ella sabe... Vamos, que vive sin mí, fuera de mí, incluso cuando estoy con ella. No tengo ningún poder sobre ella. No es esto lo que yo esperaba.

—Y usted, ¿qué siente?

—¿Yo? Yo quiero ser amado. Lo necesito. Absolutamente. Y, si no lo consigo, no sé lo que va a ser de mí.

—No le comprendo —le dije con total sinceridad—, usted es un muchacho inteligente, más bien guapo (como muy bien sabe) ¿y teme que nadie lo ame? ¿Cuántos años tiene?

—Veinticinco.

—¿Y nadie lo ha amado nunca?

—No. Bueno, quiero decir que nadie me ha amado como yo deseo, o sea, como si fuera para toda la vida.

—Ha dicho usted bien: «como si fuera». ¿No le parece, Jean—Guy, que todos hemos tocado fondo? ¿Qué hemos llegado al punto culminante, a una suerte de apogeo?

Él no me respondió. Se limitó a estirarse en el sillón, y ambos nos quedamos en silencio.

Entonces entró Zai, delgada y pálida, con su camisón gris: parecía una adolescente de catorce años. Ya está acostumbrada a que Jean—Guy pase las veladas conmigo, y ya no protesta como la primera vez; tan sólo vino a escuchar nuestra conversación. Durante unos dos minutos, se quedó sentada en las rodillas de Jean—Guy, dándole la espalda a él mientras me miraba a mí; luego se sentó discretamente en mi cama y, como nosotros seguíamos callados, empezó a tararear algo en voz muy baja. Vi cómo la tristeza, el descontento, la taciturnidad se alejaban de Jean—Guy. Su cara expresaba ahora inquietud, y noté que observaba con recelo.

—Cada día —dijo Zai sin mirar a nadie— debería traernos algo. El sol se levanta con mucho esfuerzo, pero luego no pasa nada. Comemos, bebemos, dormimos: eso es todo. Ahora tengo lo de los libros. Pero también vino la enfermedad. Estos días tuve tiempo para pensar en muchas cosas. Mañana me levantaré, y pasado mañana volveré al trabajo.

Yo no dije nada. Jean—Guy la miró largamente sin pestañear.

—Vine a escuchar vuestra conversación —prosiguió Zai—, y ahora resulta que no habláis, que soy yo la que hablo. ¿Habéis discutido?

—En absoluto.

—Me gustaría que fueseis aliados; no que os aliarais forzosamente en contra de nadie, sino tan sólo que fueseis aliados. Podríais poneros de acuerdo sobre un montón de cosas.

—¿Por ejemplo? —pregunté yo, y ella sin duda notó una cierta ironía en mi voz—. ¿Sobre qué cosas podríamos ponernos de acuerdo? Y aliarnos, ¿para qué?

—Lo esencial —dijo Zai con toda tranquilidad— es comprender quién es nuestro aliado y quién nuestro enemigo, como bien sabe cualquier persona inteligente.

—¿Y después?

—Después, nada. Me gustaría irme lejos, lejos... O no: me gustaría pasar toda mi vida en París, quedarme para siempre en esta ciudad. Aquí se está bien.

—Sí, aquí se está bien.

—Me gustaría conocer todo, comprender todo y no ver a nadie, no saber nada. Me gustaría romperme en mil pedazos y permanecer para siempre entera. ¡No os riáis! Ya sé que es extraño, pero todo eso cohabita en mí.

—Nadie se ha reído.

—Me gustaría amar al mismo hombre toda la vida y, al mismo tiempo, tengo miedo de dejar pasar cualquier otra dicha...

—¿Una doble?

Zai no respondió. Él reaccionó con violencia, con pasión:

—¿Lo ves? ¿Lo ves? Estaba seguro, tú no sabes lo que quieres, tú no me amas en absoluto.

—¿No preferiríais discutirlo en otro sitio? —pregunté.

—Sí, vayamos fuera. Vosotras dos me habéis arrastrado a una conversación que ya no tengo la menor intención de proseguir. ¿Cómo se puede abordar tales temas entre tres? Esto sólo se puede hablar entre dos.

—Pero es preciso que todo esté equilibrado en el mundo —dijo Zai sin inmutarse—. ¿No te parece? Todo lo que existe en el mundo debe estar bien equilibrado.

Él se encogió de hombros.

—Lo que me gustaría saber —dijo molesto— es qué estamos equilibrando nosotros, nosotros tres, en este momento y en esta habitación. ¿Qué clase de equilibrio va a resultar de esta conversación? Hay una cosa muy clara para mí... Pero me niego a hablar de nosotros dos delante de extraños. ¡Vosotras estáis acostumbradas a debatirlo todo en público!

—¡Marchaos ahora mismo los dos! —les dije muy seca—. ¡Zai, acompaña!

Me quedé sola. No tenía nada que reprocharme. ¿Qué culpa tenía yo de sus desavenencias? ¡Ninguna! Pero si yo no hubiera estado allí, ellos habrían estado más tranquilos. Habrían sido más felices. A su alrededor, todo bulle, y ellos también bullen: él se inquieta por todo y duda de todo; ella está buscando, creciendo. Lo cual me recuerda el modo en que giran los planetas en el cielo, el mundo a mi alrededor.

Pues, alrededor de mí, el mundo vive, sí. Sólo yo no vivo, esperando día tras día, noche tras noche, a que pase algo. Porque algo debe pasar. Una voz debe hacerse oír, una palabra debe ser dicha. Para trastocarlo todo. Para resucitarme.

«Soniechka es la más rusa de las tres», repite Feltman, mi querido Feltman, ese hombre de alma tan sensible, tan inteligente, siempre sonriente.

Las personas como él escasean hoy en día. Ayer, nos habló de la muerte de un amigo suyo, cuyas exequias tuvieron lugar no hace mucho, y tuve la impresión de que nos estaba contando su propio entierro: no sé por qué, pero veo claramente su muerte detrás de él, y, no sé por qué, creo que será una muerte difícil. Mi padre es mayor que él, últimamente casi siempre está enfermo, y, sin embargo, no veo su muerte detrás de él. Incluso tengo la sensación de que su ligereza habitual va en aumento. No me sorprendería descubrir un día de éstos que tiene otra hija o un hijo en algún sitio. Ha mentido mucho en su vida.

Hoy, Volodia Smirnov me confesó, en su estúpida mezcla de ruso y francés, que «en caso de que hubiera algún problema» lo movilizarían ya el primer día. No pude dejar de preguntarle:

—¿Crees que sucederá pronto?

—Mucho antes de lo que pensamos. Por eso, para que todo esté en regla «en caso de que hubiera algún problema», he decidido casarme con Madeleine.

Lo cual era muy loable y previsor por su parte, así que lo felicité. Antes de despedirnos, le pregunté adónde se había marchado su hermano de Praga. Me dijo que por fin había conseguido el visado, y que había embarcado hacía dos días para Estados Unidos. El hombre que, aquella noche, me regaló un hermosísimo momento de silencio. No creo que lo olvide así como así. Es uno de los mejores recuerdos que conservo de este año. La gente suele recordar sus conversaciones, y yo recuerdo ese silencio. Cosa que no me sorprende, ya que tengo la impresión de no ir al unísono con ella.

Hace ya tiempo que me percaté de ese contraste entre el mundo y yo, y de ahí que mi vida sea particularmente difícil y solitaria: por momentos, tengo una imagen distinta de mí, clara, lúcida, pero entonces no veo nada a mi alrededor. Todo lo demás parece estar sumido en la bruma del sueño, cada vez más opaca, y, bajo la luz del foco, tan sólo estoy yo. Y, a la inversa: cuando contemplo la realidad en toda su desnudez, en toda su verdad, mi imagen se vuelve evanescente, apenas visible. Lo cual produce una dolorosa sensación de ruptura entre el sueño y la realidad: o bien el mundo que me rodea es simple y sólido —mientras que mi propia imagen, toda borrosa, se halla proyectada fuera de mi campo de visión—, o bien es el mundo lo que se me aparece como velado, engañoso e inasible —mientras que puedo ver cada una de mis venillas, distinguir cada uno de mis rasgos, incluso los que aún no han cobrado forma.



No hay equilibrio. Ahora bien: lo que carece de equilibrio, de armonía, de medida, no existe. Cada ser humano debe ser armonioso. Luego, yo no existo, jamás he existido. Y soy lo bastante fuerte como para confesármelo.

Hay seres, personajes de libros que nos devuelven, proyectada, la conciencia de su propia inexistencia. Pero, a la par de eso, hallamos en ellos un orgullo tremendo: el orgullo de no ser como los demás, de estar deshechos, perdidos, de vivir en este mundo tal y como es, en una época en la que nada existe —aunque, por otra parte, ellos no tienen necesidad de nada. ¿Por qué, pues, no me enorgullezco yo de pensar así? Ni siquiera encuentro en ello un gozo malsano. El orgullo y el gozo me habrían cegado para toda la vida, y no habría podido ver esta terrible miseria espiritual, esta apertura pasmosa a la que he llegado. El hecho de verla no me produce ninguna satisfacción. Sí, la veo, pero no me hago ilusiones. Sí, es el vacío.

¿Qué más podría haber? No sé, aunque a veces creo que sí, que podría haber algo más, pese a todo.

## XVII

Llegó agosto, ventoso y tórrido, en el polvo y el ruido de las calles vacías. Liubov Ivánovna y Tiaguine se fueron al campo, cerca de París, tras haber contado su dinero casi franco por franco. Zai seguía trabajando en la librería (el primer año, no tenía vacaciones), volvía al anochecer, agotada por el calor y el trabajo. Sonia, que ya había enviado su solicitud de destino, se pasaba días enteros en la cama, fumando. Cada dos semanas, según una costumbre ya establecida, llegaba una carta de Dacha, que no iba dirigida a nadie en particular y en la que hablaba de África, de los chicos, del perro, del tiempo que hacía, de Moreau y de ella misma. Era Zai quien abría y leía esas misivas, y también quien las apilaba encima de la chimenea del comedor, para contemplarlas luego con desolación.

Feltman ya no iba a verlos. Desde la partida de los Tiaguine, tan sólo había aparecido una vez, trayendo un reloj que había llevado a arreglar al taller de un relojero amigo suyo. Nueve horas habían sonado, y él pensaba que las chicas —como las llamaba él— ya habrían cenado hacía un rato. Pero se encontró a Sonia y a Zai sentadas a la mesa, una frente a otra, en el comedor; Jean—Guy, sentado en la cabecera, mordisqueaba una rebanada de pan simulando no tener hambre. La luz brillaba en todas las habitaciones y Feltman creyó al principio que la casa estaba llena de invitados. Pero no había nadie, e incluso se notaba demasiado silencio. El hombre se percató enseguida de que, antes de llegar él, nadie había hablado en el comedor.

Feltman se sentó en una silla. Zai le preguntó si tenía hambre, pero él ya había cenado. Dejó el reloj de Tiaguine en la mesa y preguntó si todo iba bien. Sí, todo iba bien. Aunque Sonia —saltaba a la vista— había adelgazado.

—Así que usted no se ha ido... —le preguntó a ésta para romper el silencio.

Ella lo miró con absoluta indiferencia.

—¿Adónde iba a ir? ¿Al campo? No, gracias, yo no voy al campo.

—Lástima —dijo él—. Aquí, en la ciudad, hace mucho calor, y encima todo este polvo...

—Hace calor en todas partes —replicó ella—. Pero el año que viene iré, en efecto, al campo, e incluso ahorraré un poco de dinero para hacerlo.

Zai llevó los platos a la cocina y volvió con una bolsa de papel, llena de albaricoques; con su mano libre acarició el pelo negro y ondulado de Jean—Guy.

—Aquí están los albaricoques —dijo poniéndolos en un plato—. Comed y echad los huesos en la bolsa.

Todos le obedecieron, incluso Feltman, que también empezó a morder uno.

—¿Ha estado de nuevo en algún entierro? —le preguntó Sonia.

—¿Yo? ¿Por qué lo dice? ¿Es que voy a tantos entierros?

—Creo que sí.

—¿Cuándo he ido yo a un entierro? Sólo una vez, la semana pasada. Ah, bueno, también a principios de julio, y en la primavera, cuando el pobre Piotr Semionovich... Tiene usted razón. La verdad es que ya he ido a unos cuantos entierros. Mucha gente, muchos conocidos están muriendo últimamente... ¿Por qué cree usted? ¡Y no se imagina la cantidad de desconocidos que mueren a diario!

Nadie respondió. Sonia, después de un breve silencio, dijo:

—Conocidos y desconocidos. Pero sobre todo anónimos.

Feltman se animó:

—Eso es, bien dicho: anónimos. La conozco desde hace tiempo, Soniechka, y, la verdad, nunca la he oído decir nada tan apropiado.

Zai recogió la mesa y, sujetando el salero y la pimentera contra su pecho, se fue despacio a la cocina, donde, de pronto, empezó a oírse el ruido de los platos. Jean—Guy la siguió. Se sentó en el taburete y se puso a observarla mientras fregaba.

—Esa señoritinga con tantos diplomas podría ayudarte de vez en cuando, ¿no crees? ¡No mueve un dedo en todo el día, mientras que tú trabajas!

—¿Y tú qué? ¡No haces más que refunfuñar!

—Si viviéramos juntos, te instalarías en nuestra casa, y obligaríamos a mi madre a ocuparse de ella. ¡Se pasa la vida quitándole las pulgas al perro y echando las cartas! ¡Ya le vale!

—Dime, Jean—Guy, ¿es cierto que hace cosas... arriesgadas, cosas por las que puede ir a la cárcel?

—¿Te has vuelto loca? ¿Quién te ha contado eso? Bueno, de todos modos, eso acabó hace dos años.

Zai extendió un trapo en los brazos de Jean—Guy, puso encima los tenedores y los cuchillos, y él empezó a secarlos lenta, cuidadosamente, mientras, a todas luces, pensaba en otra cosa; luego los colocó en el cajón abierto de la mesa de la cocina.

En el comedor, Sonia, con la barbilla apoyada en la mano, miraba a Feltman preguntándose: «¿Por qué no se va?». Feltman estaba examinando un hueso de albaricoque, seco y veloso, haciéndose la misma pregunta: «¿Qué me impide levantarme e irme?».

—Podría contarle muchas cosas interesantes —dijo reflexionando— sobre esos seres anónimos. Sobre sus diversos y variados modos de desaparecer. Imagínese, por ejemplo, este incidente, que ocurrió no hace mucho. Un señor —ruso, claro—, se hallaba en un balneario. Le gustaban los niños, a los que solía dar caramelos. Sobre él cayó la sospecha —y digo bien, la sospecha, que no la acusación— de ser un perverso. Al volver a su casa, tras haberse presentado ante el juez de instrucción, el pobre hombre se ahorcó. Nunca se supo quién era ni de dónde venía. Los periódicos tan sólo publicaron sus iniciales.

—¡Menudo fin!

—Y también está el caso de ese emigrante anónimo que se ahorcó cuando mataron al presidente Doumer<sup>[48]</sup>.

—¡No es posible!

—Sí, y dejó una nota: «Ya no puedo seguir viviendo —escribió—. Me siento responsable de este crimen».

—¡Qué extraño!

—¿Se imagina, Soniechka —dijo Feltman, cada vez más animado (cuando se inclinaba a la luz del candelabro, sus cabellos cortados al cepillo, todos blancos, brillaban como la plata)—, se imagina que su portero se sintiera responsable de algo, de un robo con violencia, pongamos por caso?

Sonia no dijo nada.

—O pensemos en Paul Valéry: ¿habría él declarado que se sentía afectado por la estupidez o la bajeza de alguien?

—Seguro que no.

—Pero ¿lo comprende usted? Me refiero al hecho de que alguien pueda morir de vergüenza a causa de otra persona...

Sonia apartó la vista de Feltman.

—No, no lo comprendo —dijo—. ¿Por qué me hace esa pregunta? No tengo ninguna opinión al respecto.

Feltman se apartó de la luz.

—¿Ninguna opinión? Entonces, ¿por qué se interesa tanto en los seres anónimos?

Hubo un silencio. El reloj de Tiaguine, posado en la mesa, delante de Feltman, un reloj de oro redondo y liso, emitía un tictac tan leve que sólo él podía percibirlo, recordándole que era hora de marcharse. De marcharse para no volver en una semana, hasta que regresaran los Tiaguine, a finales de mes.

Feltman se levantó, se aclaró la garganta, acercándose a Sonia.

—Hasta pronto —dijo con su sonrisa apacible de siempre, su sonrisa de niño—. Es usted la reina de las nieves, Soniechka. Debería derretirse un poco.

Ella también se levantó.

—Un clavo pensante —dijo ella, muy seca—. ¿Conoce ese objeto?

—¿Eso es usted? —exclamó él, asustado.

—No, yo no —respondió ella sonriendo—, pero existe.

Sonia reflexionó un momento.

—Espéreme, voy con usted.

Bajaron a la calle. Feltman iba hacia el metro. Vivía lejos, pero se desplazaba hasta cualquier rincón de París con una facilidad envidiable; las distancias no lo asustaban y siempre tenía tiempo.

Feltman le preguntó adónde iba, pero Sonia no sabía qué responder. Lo más sencillo era decirle la verdad: «Voy a acompañarle». Y eso hizo.

—¿Usted, a acompañarme? —exclamó él sorprendido y conmovido—. ¡Qué cosas tan graciosas ocurren en el mundo!

Él acomodó su paso al de ella, cortésmente, riendo para sus adentros. Sonia no, no se rió, ni sonrió siquiera. Se quedó muy pensativa.

—Podría contarle tantas historias interesantes, ¡he visto tantas cosas en mi vida! La vida pasa, de hecho, ya ha pasado. No me quedan más que un año o dos, quizá tres. A veces me entristezco pensando que no tengo a nadie a quien transmitir mi experiencia, todas estas nimiedades graciosas, divertidas que, en realidad, no son del todo insignificantes y que van a caer en el olvido. Pensándolo bien, ¡es increíble la cantidad de cosas que se lleva uno consigo! ¡Un equipaje para ochenta personas! Ningún libro podría contenerlas.

—Ni ninguna canción —dijo Sonia.

—¿Una canción? ¡Ni de broma! Una nota quizá, una sola nota, ¡eso es todo lo que queda de ello en una canción! Una nota que nadie reconoce, que nadie oye salvo el compositor. Y, tras ella, hay un drama en cinco actos.

—Pero esa nota expresa algo, a pesar de todo. Lo cual es mejor que nada.

—Para serle sincero, la diferencia es mínima. La diferencia se mide en valores infinitesimales. Además, ¿no soy yo mismo un valor infinitesimal?

Feltman y Sonia se despidieron. Él se metió bajo tierra, y ella volvió a casa. Sonia jamás se había visto a sí misma como un valor infinitesimal. Pero ahora le pareció que lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño se habían juntado. Esas manos, esos dedos delgados, esa cara con ojos y boca, esos cabellos finos, ensortijados, esos pies cuyos pasos eran tan regulares: sólo un cuerpecillo, en efecto, apenas fijado al suelo, ocupando muy poco sitio, y, detrás, delante, alrededor de él, un espacio infinito, miles de millones de kilómetros y de años. Pero lo que había dentro de ese pequeño objeto débil y frágil, y que no pedía más que salir de él, ¡era tan inmenso, tan poderoso, tan terriblemente explosivo!

En verano, se oía vivir y respirar a la ciudad, a lo lejos, alrededor de aquel barrio silencioso. En agosto, no sólo el callejón de los Tiaguine, sino también todas las calles que lo rodeaban, empezaban a parecer la sala vacía de algún inmenso edificio de piedra. Una fortaleza con sus murallas, sus salas y sus subterráneos, o bien los salones de un palacio misterioso, o también el pasillo de una prisión surgida antaño en el cerebro de algún Piranesi<sup>[49]</sup>; la plaza en la que, a esa hora sombría de la noche, el plátano y el cedro, la acacia y la lila parecían árboles exóticos, tropicales o quizá incluso artificiales, recordaban el invernadero de algún palacete.

Sonia se adentró bajo el arco. Por la acera de enfrente, vio pasar a Jean—Guy, que iba casi corriendo. Aún podía llamarlo, gritarle algo... «Márchate, Jean—Guy, vete, corre, Zai no te ama, tú no has sido para ella más que un medio para conocer la vida, ella ya te ha dejado, y tan sólo desea una cosa: crecer. Te costará mucho dominarla. Y, además, ¿para qué? Déjala que crezca, que cambie, que te engañe, hasta que encuentre, por fin, lo que la liberará...».

Sonia siguió con los ojos a Jean—Guy, hasta verlo desaparecer por la esquina. En ese momento, le pareció increíble haber llamado también a esa puerta. Él, desde luego, no había abierto. ¿Tal vez porque la había comprendido mal? Sus intenciones era absolutamente «puras», igual que hoy con Feltman. Para ella, todos eran iguales. Pero eso de las «intenciones puras», ¿qué quería decir exactamente? Las cosas habrían podido ir de otro modo, y entonces tan sólo Ledd le habría pesado en la conciencia.

En el comedor, de pie junto a la chimenea, estaba Zai, hojeando las cartas de Dacha, sumida en una profunda reflexión. Dándole vueltas y vueltas a lo

mismo. ¿Sería verdad todo eso? Sí, claro, Dacha no sabía mentir, y además, ¿por qué iba a hacerlo? Todo era verdad; de hecho, en la vida, por lo general, la verdad se imponía a la ficción. Zai notó cómo la invadía la tristeza. Acodada sobre la pantalla de la chimenea, se miró en el espejo: ¡no, no había embellecido! Justo en ese momento, entró Sonia y se detuvo junto a la mesa.

—¿Estás sola?

Zai no respondió.

—¡Buenas noches!

Zai no se movió, no se volvió. Sonia empezó a jugar con el interruptor.

—Yo creo en los milagros —dijo Zai de repente—. Fui testigo de un milagro, una vez en mi vida. Pero no tuvo consecuencias. No sirvió para nada.

Sonia se llegó a ella y la observó con atención.

—No sirvió absolutamente para nada. Todo se disipó, todo se evaporó, todo se olvidó. Como si no hubiera pasado nada.

—Y tú, claro, habrías preferido una serie de milagros, ¿no? Pero eso no existe.

Zai murmuró:

—Una serie de milagros.

Sonia estaba en lo cierto: eso era lo que ella habría querido. Lo que no se había cumplido: Dacha no había sido capaz de realizar una serie de milagros. ¡Tan sólo había hecho uno!

—No hubo una serie, pero hubo uno. Un solo milagro. Aunque no tuvo consecuencias.

—¿Y de quién fue la culpa?

—No lo sé —dijo Zai mirando el espejo en el que ahora veía el rostro de Sonia de perfil—. Tuya, quizá. Pero eso ocurrió hace casi un año. Ya no vale la pena pensar en ello.

—¿Conque mía, eh? —exclamó Sonia, sorprendida—. Bueno, al menos la cosa es muy simple. ¿No me estarás echando en cara tu fracaso con Jean—Guy, verdad?

—No es un fracaso, es un triunfo.

—¡Vaya, pues qué alivio! Al menos no tengo nada que ver con eso.

—A ti te habría gustado tener algo que ver, Sonia —dijo Zai apartándose de la chimenea—. Pero erraste el tiro. Tú, por lo general, pasas por la vida sin implicarte en nada.

—Pero ¿te das cuenta de lo que estás diciendo?

—Sí. Y es la verdad.

—¿Crees que no soy capaz de conseguir todo lo que quiero?

—Sí.

—¿Que nunca me implico?

—Sí. Lo intentaste, Sonia, pero no pudiste. No conseguiste tu objetivo con Jean—Guy; y eso que te ayudé. Desde la primera noche en que él fue a tu habitación, cuando yo estaba enferma, comprendí que me había equivocado de hombre. Él ya era libre, en cierto modo... Pero la cuestión no es ésa. Todo eso acabó, pasó, y algún día lo recordaré con agrado. Pero ya no existe... Sonia: uno se asfixia a tu lado.

—Sí, ya lo sé —dijo Sonia que, inmóvil en medio de la estancia, miraba cómo Zai cerraba los postigos, lenta y silenciosamente—. Pero quizá eso cambie un día. Y confío en que entonces me lo digas. Tengo cierta esperanza. Una esperanza que debe realizarse pronto, muy pronto. Antes del invierno, en cualquier caso.

—Hablas de esperanza pero tu voz parece anunciar algo desesperanzador, una catástrofe. Y eso no casa. ¿Sabes, Sonia? Hoy ya nada me da miedo, o casi nada; pero tú me aterrorizas con tus «esperanzas».

—Entonces, ¿ya se te han pasado todos tus miedos de la infancia?

—Eso parece. Y no sólo los de la infancia. Yo misma estoy asombrada de mi valor. Aunque tampoco puedo conseguir todo lo que deseo.

—¿Y crees que alguien puede? —preguntó Sonia con una risa triste.

—Te estás burlando de mí. Ya no quiero hablar más contigo.

—Qué niña eres. Enseguida te enfadas.

Hubo un silencio.

—Y, sin embargo, cómo has crecido, Zai... ¿Cuántos años tienes ya? ¿Veinte?

—Diecinueve y medio.

Sonia rodeó la mesa, se acercó a Zai, la miró con atención, con un aire extraño, acarició suavemente sus cabellos, le acomodó un mechón, y luego, de pronto, se echó para atrás.

—Tu vida, tu única vida, la vivirás igual que todos, ni mejor, ni peor que los demás.

—¿Y si esta vida no fuera la única?

Una sonrisa forzada estiró lentamente los labios de Sonia, pero no dijo nada. Antes de alejarse, miró, durante un instante, algo que había en el aparador: un viejo salero que, hacía tiempo, habían dejado de utilizar. Zai recogió una servilleta que estaba debajo de una silla, apagó la luz, colocó el reloj de su padre en la cómoda del dormitorio y se fue a su habitación. Se



desvistió aprisa, se acostó, fijó una pequeña lámpara de cabecera por encima de su libro y se sumió en la lectura. El silencio invadió la casa.

El mundo en el que vivía Zai día tras día y que la había acaparado por completo durante estas últimas semanas era un mundo especial, mágico, cautivador. Se levantaba pronto, tomaba un café en la cocina, se vestía, pasaba como un ratoncillo por delante de la puerta de la habitación de Sonia y se iba a trabajar a la librería, que también le servía de depósito a una gran editorial del Barrio Latino<sup>[50]</sup>. Sonia iba a pie, a paso ligero, apresurado. Abajo, en la inmensa entrada del viejo palacete con restos de molduras en el techo ennegrecido y varios teléfonos detrás de los tabiques de contrachapado en las esquinas, se embalaban los libros: dos mujeronas con delantal gris ataban los paquetes, un joven delgado y miope pegaba las etiquetas. Un empleado mayor, muy competente en apariencia, recibía a los clientes, registro en mano; por el portillo de uno de los tabiques se veían los rizos abombados de la telefonista. Las paredes estaban cubiertas, de abajo arriba, de estantes; entre las ventanas, había afiches y retratos: los de los grandes autores del siglo XIX, editados ahí, que observaban todo ese revuelo con mirada de satisfacción, propia de la gente que ha llevado una vida agradable y, al mismo tiempo, útil. También había un arco que iba a dar a la librería, donde tres dependientas y una cajera se encargaban de vender, y una amplia escalera, por la que se accedía al entresuelo: a la recepción, donde se hallaban dos grandes divanes de diferente tamaño y una mesa con un cenicero, a los despachos de la secretaria y del director, así como al del dueño, al que Zai, imitando a Sonia, seguía llamando B.

Encima del entresuelo, la escalera se volvía lúgubre y estrecha. En el primer piso, una hilera de cuartos albergaba multitud de máquinas de escribir: allí había un corrector y varios empleados sentados muy cerca los unos de los otros, y tan numerosos que Zai aún no los conocía a todos. Porque ella trabajaba en uno de aquellos cuartos, en «el lugar más pequeño de toda esta enorme casa», según le había dicho B. un día. Zai tenía que cortar y pegar, bajar corriendo al sótano de las embaladoras, sellar los sobres, llevar la correspondencia a la oficina de correos..., para ganar ochocientos francos al mes. Su porvenir estaba asegurado.

Pero tras ese mundo visible que entrañaba el viejo palacete, había otro, invisible a simple vista. Por una puerta estrecha, disimulada, casi secreta, se accedía de pronto al rellano del entresuelo, y la luz eléctrica iluminaba unas largas hileras de estanterías, y, enseguida, una interminable sucesión de cuartos exiguos cuyo número real nadie sabía y cuyas puertas habían sido

arrancadas. Cuando Zai los había atravesado todos, volvía a dar con el primero de ellos, como si aquello fuera un laberinto de la sabiduría en el que se perdiese diariamente. El olor de los libros reinaba por doquier, pues no había allí nada más: ni ventanas, ni muebles, tan sólo estanterías.

Cada vez que Zai entraba en aquel lugar misterioso, volvía a tener la misma sensación que había experimentado el primer día: la de ya haber vivido ese asombro, esa curiosidad, ese temor, ese arrobamiento, esa conciencia de su propia pequeñez. La primera vez que había entrado allí, el director y B., muy contentos, estaban a punto de hojear unos preciosos librillos blancos mirando las pruebas de las cubiertas a la luz. Inmediatamente después, el director se había marchado, mientras que B. se había quedado allí, observando cómo Zai se encaramaba a lo alto de la escalera y cogía del estante superior un ejemplar de los Goncourt tras haber comprobado el título en una lista. Al toparse con su mirada intensa, atenta, mientras ésta recorría los estantes, B. le había sonreído.

—Elisabeth —había dicho—, si desea llevarse prestados algunos libros, la señorita Pinson puede darle los ejemplares que ya están cortados<sup>[51]</sup>. Dígale de mi parte que le preste todo lo que desee.

Zai se había puesto colorada.

—Arriba no me llaman Elisabeth, porque una de las embaladoras se llama así. Me han puesto un apodo.

—¿Cuál?

—Lili.

—Bueno, pues entonces Lili.

Zai le había dado las gracias. B. se había marchado y, unos días más tarde, al subir para resolver un asunto, le había llevado, en persona, los dos volúmenes de la correspondencia de Van Gogh, que aún olían a tinta fresca, y se los había dejado encima de su escritorio. A partir de ese día, una nueva vida había empezado para Zai.

De repente había comprendido lo que significaba aquella confusa sensación de *déjà vu* que la había invadido desde el primer día en que había cruzado el umbral. Ya no era un solo librito mágico en las manos de un pasajero del rápido Varsovia—París —un extraño cuyo recuerdo se había difuminado—, sino centenares de libros que la rodeaban en hileras juntas, llamándola, yendo hacia ella, abriéndole una vida nueva y preciosa; cada uno de ellos parecía ser una parcela de algo grande, necesario, que el libro desconocido de aquel viajero no había sino anunciado confusamente. Había

un tesoro junto a ella, un tesoro que había tocado, que ahora le pertenecía. Y Zai se había entregado a él sin reservas.

Ni siquiera se le pasaba por la cabeza la idea de cambiar de trabajo. Todo cuanto precisaba estaba ahí, y solo ahí, y el dueño de todo aquello no era aquel gracioso viajero con modales de pastor sino B., ese hombre serio, alto, reservado, nada apuesto, pero con un rostro extraordinario cuya mirada la estremecía ahora. Cuando sonreía —cosa rara—, Zai se quedaba de piedra, inundada de dicha, temiendo hacer algo que perturbase ese encanto misterioso. Él tenía la llave de ese mundo nuevo en el que ella vivía ahora y que la colmaba.

La señorita Pinson abría, impasible, la puerta de una gran biblioteca empotrada a la pared de su despacho y dejaba a Zai delante de una hilera de libros; Zai miraba los títulos impresos en el lomo de los volúmenes, y a veces los sacaba uno tras otro. La señorita Pinson, entretanto, se ponía su sombrero adornado de racimos, mirándose en un espejito de bolsillo, y luego sus guantes de encaje irlandés.

—Devuelvo a Montaigne —decía Zai— y me llevó a Anatole France, si no tiene inconveniente. Aún tengo en casa el último volumen de *En busca del tiempo perdido*, pero se lo devolveré mañana.

Lo cual no exigía respuesta, y la señorita Pinson se limitaba a decir: «Deje la llave en el cajón», o: «Adiós, Lili». Zai salía del despacho, ya envuelta en la bruma que emanaba de aquellas páginas desconocidas.

Había días en que B. no subía y Zai no bajaba: entonces intentaba verle de lejos, en el hueco de la escalera, o escuchar su voz, cuando él la alzaba al acompañar a alguna visita. Su presencia llenaba el mundo en el que Zai vivía y crecía, en el que todo estaba impregnado de un sentido grave, en el que ella entraba cada mañana con un entusiasmo inquietante que ella ocultaba ante todo el mundo y que luego, por la tarde, se llevaba a su habitación.

Elisabeth y la otra mujerona embalaban y ataban los paquetes; en la librería, las páginas de los ejemplares susurraban bajo los dedos de los clientes; la señorita Pinson corría por la escalera; los teléfonos sonaban; en la recepción, un autor de brazos largos y cuello delgado miraba fijamente el cenicero, esperando que el cielo de su destino se despejara. La portezuela disimulada por los papeles pintados se abría, la luz se encendía. Con una lista en la mano y un torrente de pensamientos en la cabeza, Zai avanzaba temblorosa, temiendo que quizá hoy o mañana él le dirigiese la palabra, sonriendo:

—¡Ah, Lili! ¿Ya se ha acostumbrado a esto?

O que, si se encontraban a solas, él le dijese algo más personal, como aquella vez:

—¡Ah, Lili! Entonces, ¿todo va bien? ¿No echa de menos su libertad? Usted no se parece a Sonia. ¿Qué tal está, por cierto? Salúdela de mi parte y dígame que venga un día a verme...

Zai no había tenido tiempo de responder porque él se había marchado de la habitación justo después; con todo, cuando estaban cara a cara, ella no sentía ningún miedo, tan sólo le temía en presencia de extraños, porque, de hecho, era a los extraños a los que ella temía. Zai ya no tenía miedo, al contrario: ahora experimentaba un bienestar como nunca había sentido. Ya no tenía la impresión de que todo eso pasaría, de que no era más que un medio para conseguir un fin. Esta vez veía todo de un modo distinto, sentía que, cualquier día, aquello sería algo muy importante, esencial para ella. De hecho, ya lo era.

## XVIII

En la segunda quincena de agosto, los Tiaguine volvieron del campo; unos días después, recibieron una carta alarmante de Dacha: estaba inquieta, tenía malos presentimientos, a todas luces, los acontecimientos se precipitaban; le rogaba a Zai que fuera a verla cuanto antes, prometiéndole una estancia agradable; podría quedarse un mes, y luego ya verían. Dacha, por su parte, no podía realizar ahora su proyecto de ir a París. Según ella, «en nuestra casa». Zai no estaría desocupada: había una escuela de idiomas en la que, por ejemplo, podía hacer un curso de español...

—¡Pero si yo no tengo ganas de aprender español! —dijo Zai, lo cual le recordó la época en la que decía: «¡Pero si yo no tengo ganas de ir a París!».

A finales de mes, la ciudad empezó a llenarse de gente, como siempre, pero ninguno de los conocidos de Sonia había vuelto, y ésta se pasaba el día postrada en la cama. Liubov Ivánovna, presa de los quehaceres de la casa y de las preocupaciones cotidianas, se enojaba constantemente con Sonia y, en parte, con ella misma, y ya no le dirigía la palabra. «No se puede luchar contra el destino —se decía varias veces al día—. ¡Es una parásita! ¿A quién habrá salido? ¿Quién la habrá vuelto así? ¿Es holgazana? No. ¿Tonta? Tampoco. ¿Qué vamos a hacer con ella? Y el caso es que, a pesar de su belleza, le falta algo para gustar a los hombres. Me da tanto miedo que no me atrevo a preguntarle si ha recibido respuesta a su petición de destino y qué clase de respuesta». Cada vez más molesta consigo misma, Liubov Ivánovna acababa por no hacerle ninguna pregunta a Sonia.

Tiaguine seguía trabajando. Al envejecer, se había aficionado mucho a las largas conversaciones sobre política internacional. Feltman y Sipovski habían reaparecido: los tres pasaban largas horas discutiendo sobre cuestiones militares. Ahora anochecía antes. Liubov Ivánovna cosía y zurcía en el comedor donde ellos acostumbraban a reunirse, escuchando aquellas interminables charlas. A veces, oían la radio: una música suave, apacible,

voces belicosas y amenazantes o cansadas y siniestras. Inconscientemente, Zai se defendía de todo eso zambulléndose en los libros. Ahora tenía su propia vida, vasta y misteriosa, y tan semejante a la dicha. El mundo de los libros y B. formaban un todo. Hacía mucho tiempo que Zai había dejado de ver a Jean—Guy.

A veces, Sonia entraba en su cuarto, perturbando un poco esa magia que también colmaba sus noches. Como todos, Zai se había dado cuenta de lo mucho que había cambiado Sonia durante el verano. Estaba tan delgada que le daba vergüenza enseñar los brazos, y por eso evitaba llevar ropa de manga corta. Dacha, entre otras cosas, decía en su carta: «Ya no la entiendo en absoluto. ¡Este asunto se está volviendo sencillamente estúpido! ¿Pero no se da cuenta (leedle esto, por favor) que se está volviendo una carga para todo el mundo? Papá ya no es tan joven, Zai trabaja y se gana la vida. Pero ella, ¿con qué cuenta? Si no hubiera hecho el tonto durante el invierno, se habría ido de vacaciones al mar y tendría el año asegurado. ¡De qué le sirve haber escrito sobre Jenofonte! Ella podría haberlo hecho todo tan bien...», y cosas así.

—Qué sabia se ha vuelto —murmuró Zai después de haber leído esas frases.

La mayoría de las veces, Zai dejaba de mala gana el libro cuando Sonia entraba en su cuarto, pero algunas noches seguía leyendo igual, mientras Sonia, sentada delante de su escritorio, con las manos detrás de la cabeza, miraba al vacío. Al cabo de un cuarto de hora, decía:

—Sonia, ¿qué te pasa hoy?

Y ella le respondía, invariablemente:

—Ya me preguntaste eso ayer, o hace tres días. —Ah, ya.

Zai posaba el libro, inclinándose hacia ella. Un día, le entraron ganas de agarrar a Sonia en sus brazos, de darle un beso, pero Sonia le apartó la mano:

—¿A qué viene esta ternura, así, de repente? Déjalo, por favor.

Algunos días, se notaba una suerte de excitación tanto en la librería como en la casa. Liubov Ivánovna tenía el semblante descompuesto, Elisabeth, la embaladora, los ojos enrojecidos. Dacha volvió a escribir: «Zai debe venir de inmediato. Parece como si todos estuvierais viviendo fuera de la realidad. ¿No os dais cuenta de que corremos el riesgo de vernos aislados los unos de los otros?». Pero Zai declaró que no iría a ninguna parte.

Tiaguine soltó un suspiro y arrancó la última hoja de agosto del calendario; luego le dio la vuelta mientras bostezaba con hosquedad. Era un calendario ruso, de los de taco: cada año, desde hacía diecisiete, compraban el mismo. Poco a poco, las costumbres rusas —cenas y conmemoraciones entre

antiguos combatientes, botas relucientes cada día, camisón para dormir, ayuno durante la Semana Santa, baños de vapor en una sauna turca a falta de una estufa<sup>[52]</sup> rusa— habían desaparecido de su vida. Tan sólo le quedaban el calendario, el aforismo sobre la vanidad de vanidades, la cuarteta sobre el tema «nosotros tan sólo amamos el pasado» y el menú para el día siguiente. Y los santos: Florian y Lorenzo, Hilarión, Serapión... Por ahí venía ya Liubov Ivánovna, trayéndole la bolsa de agua caliente que él acostumbraba a ponerse sobre el vientre al acostarse. Era hora de irse a la cama.

Zai estaba sentada ante su escritorio. Sonia no había ido hoy a su cuarto, cosa que no le disgustaba: sin duda, la conversación habría girado en torno a los acontecimientos políticos que ella describía tan acertadamente. Zai, en cambio, hacía todo lo posible para no enterarse de ellos. Ahora tenía delante la carta de Jean—Guy, con sus garabatos ilegibles; las letras se superponían formando palabras, las palabras se alineaban haciendo surgir una pregunta, clara y definitiva: ¿sí o no? Zai no tenía ganas de responder. Pensaba en la jornada de hoy. Al volver de comer, se había cruzado con B. en la calle: «Dese prisa —le había dicho, poniendo cara de ogro—: como llegue tarde, la van a despedir, y ni siquiera ese precioso vestido de lunares, que tan bien le sienta, podrá hacer nada para impedirlo». Zai lo recordaría durante varios días. ¡La vida era hermosa! Uno podía vivir la realidad como si fuera un sueño maravilloso. Aislarse de todo para crear un fabuloso mundo de alegría, de juventud y de esperanza.

Sonia no había ido hoy al cuarto de Zai, llevaba mucho tiempo encerrado en el suyo. Últimamente deambulaba por el piso como una sombra, como si hubiera ocurrido algo grave, cuando, en principio, no había pasado nada, ni ayer, ni antes de ayer, ni en toda la semana. Zai tenía mucho trabajo en la editorial (la mitad de los empleados se habían ido de vacaciones) y no tenía tiempo de hablar con los demás. No se había atrevido a preguntarle a B. si él también se iba, aunque, evidentemente, él no pensaba en eso. Verle todos los días. Verle. Eso le bastaba.

Hacia las diez y media, ya no volvió a oír ningún ruido en la habitación de Sonia. Desde el pasillo, se veía un rayo de luz por debajo de su puerta. A la mañana siguiente, la luz seguía encendida y, varios días después, Zai recordó que, al ir a la cocina esa mañana, se había percatado de ello, pero no le había dado ninguna importancia. Además, aquella luz podía confundirse con la del sol: durante los meses de verano, un fino rayo de sol solía colarse en el pequeño cuarto de Sonia.

Sonia no se desvistió: tan sólo se quitó los zapatos y siguió dando vueltas por la habitación, descalza. De golpe, el desorden de su escritorio la molestó: apiló sus libros, colocó los objetos en su lugar habitual y tiró un montón de papeles al cesto.

La principal causa de aquel desorden era el sinfín de periódicos que Sonia había acumulado durante la semana pasada, y que estaban tirados por doquier; en cuanto los recogió, la habitación pareció más espaciosa y limpia. Sonia se sentó en la cama y los dobló con sumo cuidado. ¡Cuántas palabras! Sonia lo había leído, comprendido, analizado todo. No los razonamientos de la gente artera y manipuladora, sino los hechos; no las predicciones, ni los presentimientos, sino la realidad. Durante ese mes, no había abierto un solo libro: para ella, había algo deshonesto en los libros, un juego. En vez de decir sencillamente: Ivánov se disparó un tiro en la sien, el autor elaboraba minuciosamente todo un decorado con nubes que no cesaban de ocultar la luna, locomotoras que gemían a lo lejos, un grifo que goteaba en la cocina. Decorado que, sin duda, estaba muy bien construido: en efecto, las locomotoras gemían, los grifos goteaban, las nubes ocultaban la luna y al suicida con ella. Pero el lector no tenía por qué saber todo eso. Los periódicos, en cambio, eran menos frívolos, a veces incluso no lo eran en absoluto. El viernes pasado, el martes pasado... Todo eso, sí, ya había pasado. Mañana sería otro día. O no.

El silencio se había apoderado de la casa. Mejor. Un oído cien veces más sensible habría percibido el murmullo de una conversación en la habitación de los Tiaguine, el susurro de las páginas en la de Zai, el bisbiseo del vecino de al lado, dormido detrás del tabique, el ligero entrechocar de las agujas de tejer de la vecina de arriba... La gente...

Sonia vivía como si la gente no existiera, o, mejor dicho, la gente vivía como si Sonia no existiera. ¿Qué le importaba a la gente que Sonia se sintiera, desde hacía varios días, responsable de ella, de la gente de aquí y de la de allí, responsable de ella y ante ella? Responsable, sí. Responsable de todo lo que ocurría. Porque la única y última esperanza que había tenido durante tanto tiempo, su esperanza secreta, jamás confesada, se había desmoronado. Un choque de una violencia inaudita (ocurrido hacía poco más de una semana) había dado el golpe de gracia a esa esperanza que se había infiltrado insidiosamente en su alma<sup>[53]</sup>. Después, todo se había aclarado: «¡Sé honesta hasta el final, no tengas miedo de responder de todo y de un golpe! No te hagas preguntas inútiles (basadas en una tradición, bien es cierto), del tipo: “¿Quién tiene la culpa?” o “¿Qué hacer?”<sup>[54]</sup>. La culpa la tengo yo. Yo soy la



única culpable. Soy yo quien debe responder de todo. Soy yo, y nadie más, quien ha provocado todo esto».

Sonia coloca un vaso lleno de agua hasta el borde en una silla, junto a la cabecera de su cama, retira la manta, se saca la camiseta y aparta la falda que ha caído a sus pies. Afortunadamente, nadie puede ver que su ligero está completamente desgastado; sus finos pies, helados. Sonia adelgazó tanto últimamente que tuvo que reajustarse por dos veces el sujetador. Ahora, envolverse en una manta, hundir la cabeza en la almohada. ¿Qué sueños tendrá? Aunque, ¿quién ha dicho que tendrá sueños?

Tras numerosos altercados con Liubov Ivánovna y Tiaguine, Zai consiguió que le permitieran no tener que ir a casa a comer. Se sentaba en un pequeño café de la plaza Saint-Sulpice, donde se zampaba un inmenso bocadillo de jamón y se bebía un café. A veces, Thérèse, una de las mecanógrafas, la acompañaba, y luego iban a comer manzanas en un banco de la plazuela, mientras arrojaban migas a las palomas. En el café, Zai aprovechaba para leer hasta el último momento, antes de volver al trabajo corriendo. «Ese precioso vestido de lunares», le había dicho él hoy. Y, al decirlo, había puesto una cara espantosa, dura, irreconocible. «Que tan bien le sienta». «Que tan bien le sienta». A veces, él la miraba de un modo muy distinto, sus ojos se volvían muy amables y muy tristes, pero pronunciaba unas frases muy cortantes, relativas al trabajo. «Que tan bien le sienta», le había dicho hoy.

Al día siguiente, Zai se levantó temprano, como de costumbre, pero Tiaguine ya estaba en pie: había aceptado un empleo de contable en Clichy, y se marchaba a las ocho. Liubov Ivánovna estaba de lo más atareada en la cocina; a veces, por la mañana, discutían: ella sospechaba que Tiaguine le había echado el ojo a una empleada; él se incomodaba, negaba haber sido nunca un mujeriego (y creía sinceramente en lo que decía). Luego él, a su vez, le reprochaba haber coqueteado con Sipovski o haberle servido el mejor trozo a Feltman, demostrándole un exceso de afecto, la semana pasada. Cuando entraba Zai, la discusión cesaba. Tras beberse su taza y a punto ya de marcharse, Tiaguine miraba a su mujer con aire de complicidad, ella se le echaba al cuello y, contentos uno del otro, se separaban hasta el anochecer. Zai se tomaba el café despacio, con un libro sobre las rodillas, calentaba la plancha, planchaba su vestido, comprobaba que no hubiese ni la más pequeña mancha en él, se vestía y se marchaba a su vez.

En la esquina del bulevar, en la tienda de la florista de rostro macilento, las flores recién regadas olían a gloria. La florista acababa de abrir su tienda y

de colgar una pizarrita negra en la que había escrito con tiza: «Hoy viernes 1 de septiembre: San Gil». Los Giles, altos y bajos, confiaban en recibir regalos y flores. Era un día de felicidad para todos los Giles del mundo. En el escaparate de la joyería, hacía ya tiempo que el collar de perlas se había vuelto a acurrucar en su concha; ahora, unos gruesos anillos miraban de reojo a los transeúntes, encerrados detrás de los barrotes. Había una tienda de electrodomésticos, una tienda de muebles, una tienda de tejidos. Y todo para hacer la vida más fácil, más feliz y más hermosa. Sí, porque el objetivo del hombre era hacer la vida más agradable de lo que era. El ser humano consagraba toda su existencia a rodearse de comodidad, para sí mismo y para los suyos. Ésa era ahora la gran especialidad de Dacha. «Dacha, ¿qué has hecho con tu vida?». Qué frase tan tonta, ya era hora de dejar de repetirla todas las mañanas, corriendo al trabajo, cruzando las calles.

Ese día, B. no apareció por la editorial, y todos los demás se mostraron reservados con ella y entre ellos. Zai comprendía que la gente no dejara de pensar en la guerra inminente, aunque a ella no le preocupara demasiado. Era obvio que aquel librito que contenía tantas cosas distintas se había convertido, definitivamente, en otros mil libros; libros entre los que su destino había querido que viviese y trabajase, así como la niña que abrazaba las flores en el jardín se había transformado en una señorita esbelta, seria, con un vestido impecable, unas uñas largas y pintadas y una cadenilla de oro al cuello.

A la hora de comer, la plazoleta estaba desierta. Las primeras hojas amarillas crujían a su paso. Sin duda también estaban ahí ayer, pero Zai iba pensando en otra cosa, y sólo hoy se había percatado de ellas. Mañana empezaría el fin de semana: dos largos días en los que no vería a B. Así que, hasta el lunes, allí, en la plazoleta, tan sólo estarían las hojas —amarillas en el sendero y verdes en las ramas—, y los pájaros —¡gorriones y palomas!

Al atardecer, Zai se dirigió a su casa, con la paga en el bolsillo. Siempre le daba la mitad a Liubov Ivánovna y se gastaba enseguida la otra mitad, lo que a veces la obligaba a renunciar a las manzanas. Había un extraño revuelo alrededor del quiosco de periódicos. El sol se estaba poniendo. El bulevar descendía hacia el Sena, en medio de una neblina gris—lila pastel, cuya lejana opacidad aún no había perforado ninguna luz.

Zai subió la escalera corriendo y llamó dos veces al timbre. Todo estaba en silencio. No se oía ni una voz, ni un movimiento tras la puerta. Normalmente, a esa hora, Tiaguine ya había regresado, la cena estaba servida, se oía el estrépito de las cacerolas en la cocina y la música de la radio en el comedor. Zai afinó el oído. Ni un solo ruido llegaba hasta el descansillo en el

que estaba esperando, con el cuello estirado, al acecho de un tintineo, del sonido de unos pasos... Zai tocó el timbre dos veces más, brevemente, pero el silencio persistió. Fue entonces cuando sintió una vaga inquietud, y una serie de imágenes empezó a desfilar a toda velocidad por su memoria, sin ninguna relación entre ellas ni con lo que ocurría: la gente arremolinándose en silencio alrededor del quiosco de periódicos, su solitaria velada de ayer, leyendo un libro, la ausencia de B. hoy, las innumerables y vanas llamadas telefónicas de gente de provincias preguntando por él; la plazoleta de los pájaros desierta; Sonia, encerrándose ayer temprano en su habitación, con la llave girada en la cerradura. Zai tocó el timbre de nuevo, y un sonido prolongado, insistente resonó en el piso. Retiró la mano, pegó el oído a la puerta: muy al fondo, escuchó, a duras penas, unos pasos. El corazón empezó a acelerarse. Los pasos se desvanecieron. Un cuchicheo detrás de la puerta: dos murmullos de discusión. Zai llamó a la puerta: «¿Por qué no abris? ¿Qué pasa?». ¿Quién hablaba en voz tan baja, allí al fondo? Los pasos se acercaron de nuevo. La cara de Feltman apareció enmarcada en la puerta entreabierta; Tiaguine estaba detrás. De pronto, Zai sintió que un grito, un aullido tremendo, le subía hasta los labios, y tuvo que hacer un esfuerzo para no abalanzarse sobre Feltman y Tiaguine. Empezó a temblar de pies a cabeza, soltó los libros y el bolso, algo se salió de éste y huyó rodando por el suelo.

Zai entró corriendo en el dormitorio y vio a Liubov Ivánovna tumbada en la cama, con la cara pálida, los ojos enrojecidos y clavados en algún sitio, quien, lejos de volverse hacia ella, se quedó tal cual, con la misma expresión en la mirada.

—No vayas —dijo en voz baja—. No la veas.

Tiaguine estalló en sollozos. Profirió unas palabras confusas y aceleradas: según él, habría sido mejor que Zai se hubiera ido a dormir a casa de algún amigo. Pero Zai no lo entendió. Feltman estaba en un rincón, callado.

—No vayas —repitió Liubov Ivánovna—, no hay por qué verla. Ya no se puede hacer nada.

Pero Zai abrió la puerta del cuarto de Sonia. La lámpara destilaba su luz amarillenta, no había nadie dentro. Sonia yacía, muerta, en su cama estrecha, pegada a la pared.

El parqué liso y brillante, sobre el que antes se podía caminar con toda tranquilidad, incluso divertirse deslizándose por él, había desaparecido. Ya no había nada en lo que poner los pies, ya no había suelo, ni ningún tipo de apoyo: el abismo se había abierto ante Zai. Un paso más y caería por él. Ésa era la realidad, mientras que el parqué que rozaban sus pies no era más que un

sueño. Todo, absolutamente todo, había sido un mero espejismo en el que Zai se había refugiado; había vivido en un mundo inexistente, un mundo que las personas habían inventado compinchándose, poniéndose de acuerdo para engañarse unas a otras —y ella con ellas— en una conmovedora unanimidad. Zai había inventado los poemas, el teatro, el amor, la alegría de vivir, la lámpara que iluminaba todas las noches su libro abierto, la idea de que podía librarse de sus miedos, de que cada ser humano tenía un alma luminosa, altiva, fuerte y quizá eterna. Ya le había ocurrido una vez, de noche, como si alguien la hubiera amenazado con el dedo, igual que a una niña: «¡Cuidado, señorita! ¡Está usted equivocada, señorita!». Allí, junto a la verja del jardín donde yacía el perro muerto, despatarrado, bajo la lluvia: no una lluvia mansa, juguetona y alegre de primavera, sino una lluvia cuyo rumor contaba algo importante y amenazador que ella no había comprendido. Sí, toda su vida había sido un mero espejismo, y todos sus esfuerzos para transformarse en una persona, para dejar de ser un insecto tembloroso, habían sido en vano. Ahí estaba otra vez, temblando sin parar, incluso más que antes. Nada había servido de nada, las alegrías habían resultado ser falsas, las esperanzas, inútiles: la muerte lo anulaba todo.

También leer libros era andarse por las ramas, y la ciudad en la que vivía no era más que otro espejismo, tan hermoso como falso. De hecho, era un desierto, una prisión. Y los edificios, las habitaciones, un montón de jaulas bien delimitadas. Por todas partes había gente, gente, gente, multitudes de prisioneros que temblaban, que se arremolinaban alrededor de los altavoces y de los quioscos de periódicos. El mundo entero estaba dividido en jaulas sin aire, sin sol. La gente se aplastaba entre ella, formando un único amasijo. Incluso la luna que brillaba encima del mundo estaba encarcelada, encerrada en una jaula de hierro en el cielo de París, como en las noches de plenilunio, cuando la miraban desde la terraza del Trocadero y ella se escondía, por unos minutos, detrás de la torre Eiffel.

Sí, una noche, Zai había estado allí con Jean—Guy. Todo eso había ocurrido: ¡niñerías sin razón y sin sentido! Ante ella, ya no había nada. Tan sólo el miedo. Si algún día se volviera a topar con algo que no pareciese un espejismo o un sueño, se tataría los oídos y cerraría los ojos. Zai acababa de ser arrojada a su pasado, a su debilidad, a su fealdad de antaño, a ese temblor al que esta vez ya no conseguiría poner fin. El mundo en el que las ventanas de los demás estaban iluminadas y en el que Zai aparecía en un pequeño escenario con una graciosa peluca y unos zapatos sin contrafuertes, acababa de desmoronarse...

Nos reíamos mucho. Teníamos ganas de vivir. Yo quería protegerme, aislarme de todo, no saber nada, no escuchar nada. Pero ¿quién soy yo? ¿Y para qué sirvo? Porque soy y siempre he sido una incapaz.

El escritorio, los estantes, el armario, todo estaba perfectamente ordenado. ¿Quién lo había hecho, y cuándo? Liubov Ivánovna ni siquiera se había atrevido a forzar la puerta: Tiaguine, al que habían llamado al trabajo, se había encargado de hacerlo con la ayuda del portero. A eso de las once de la mañana. Primero había llegado el médico, y luego Feltman. A menos que hubiera sido al revés. Nadie más lo sabía, Feltman ni siquiera recordaba ya a qué hora había venido. El médico había exigido, con aire severo, que le entregaran la caja de somníferos vacía que estaba bajo la cama. Alguien había tirado el vaso; el agua se había derramado, pero todo se había secado a lo largo del día. Un pie distraído había hecho añicos el vaso.

Llamaron a Zai. Ésta cerró la puerta al salir y volvió al dormitorio.

—¿Por qué tiembles tanto? Ve a por un vaso de agua a la cocina. Por Dios, papá, mira cómo tiembla —dijo Liubov Ivánovna angustiada, tumbada en la cama de matrimonio, con los brazos cruzados.

No paraba de llorar. Nadie le respondió. La luz seguía encendida en el comedor. Zai tuvo la impresión de que su padre quería estar solo y que se escondía de ellas. Zai, en cambio, no sabía dónde meterse. Tras permanecer un momento en el pasillo, volvió al cuarto de Sonia, intentando que no rechinara la puerta.

¿Había sido Sonia la que había ordenado y limpiado todo tan bien ayer por la noche, o lo había hecho otra persona hoy? Sonia estaba tumbada en su cama estrecha, totalmente cubierta con una sábana. Eso era una realidad, una verdad, y todo lo demás no era más que una pobre, mísera y lamentable ficción humana. La silla que normalmente estaba junto al escritorio de Sonia yacía ahora en un rincón, con un par de medias colgadas: seguramente el único que tenía. Sobre la silla, una gran pila de periódicos plegados, acumulados sin duda durante una decena de días. En el escritorio, una pluma, un lápiz, un par de tijeras, un abrecartas fino: todo extraordinariamente ordenado, muerto. De nuevo, llamaron a Zai, y ella se alejó de la mesa, agarró las medias que había en la silla, las guardó en la mano un instante y luego las tiró. La sábana blanca cubría el cuerpo largo y delgado con sus pliegues pétreos.

—No, es imposible, imposible, imposible —dijo de pronto Zai—, no puede ser, no puede ocurrir tal cosa... Pero ¿entonces? ¿Qué es esto? Venga, resucita... Ya no puedo seguir. ¿Todo es mentira, entonces? ¿Todo ha sido,

todo será siempre mentira? Pero ¿qué estoy diciendo? ¿Y a quién? ¿Quién me escucha?

Zai agarró instintivamente la pila de periódicos y salió al pasillo, cerrando la puerta; luego fue a la cocina y los tiró sobre la mesa. De repente, en un rincón de la cocina, vio a Feltman sentado en una silla. ¿Por qué estaba ahí y desde cuándo?

Tiaguine no paraba de ir de un lado a otro; el leve crujido de sus suelas, su cuchicheo y sus sollozos resonaban ora en el vestíbulo sumido en la oscuridad, ora en el dormitorio, ora en el cuarto de baño. Algo cayó al suelo. Zai volvió al cuarto de Liubov Ivánovna. Aquellas idas y venidas amenazaban con durar toda la noche, diez noches, cien noches. No había ninguna razón para que cesaran. Liubov Ivánovna le pidió que apagara la lámpara: quería estar a oscuras. Y Zai obedeció. En la cocina, Feltman hojeaba, como ido, los periódicos.

—No lo entiendo —decía—, no entiendo nada. Tiene que haber una razón lógica ¿no?

Zai se sentó en un taburete frente a él, cerca del fregadero.

—¿De qué sirve eso, entender? —le preguntó.

—Es necesario entender. Pero no hay manera de hacerlo. ¿Por qué? ¿Alguien entiende algo? ¿Usted lo entiende?

—No.

—Ya veo, usted no para de temblar, tiene miedo, igual que una niña. Hay que ser valiente, firme, hay que intentar entender. Hay que buscar la razón.

—No, no hay que hacerlo —dijo Zai.

A Feltman, se le caían los periódicos de las manos; los recogía, los miraba, los volvía a soltar, y luego, una vez más, se zambullía en ellos como un autómatas. Aquí y allá, se veían caras dibujadas, idénticas, planas, obtusas, con el pelo tieso, los ojos rasgados, sin nariz, con una línea ondulada por boca.

—¿Qué importancia tiene? —preguntó Zai después de un largo silencio.

—¿No se da cuenta de que esto entraña algo que debemos entender? Esto no puede haber sucedido así porque sí, sin ninguna razón. No es lógico, es imposible.

—¿Imposible por qué?

Feltman no respondió. Zai cerró los ojos.

—Habría que volver a partir de cero. Aunque quizá no valga la pena. Todo es pura ilusión.

A Feltman se le escapaba el sentido de estas palabras.

—Desde luego —dijo—, la vida no es más que una ilusión.

—Me he equivocado de principio a fin.

—Sí, desde luego —asintió él de nuevo, sin poder adivinar lo que pensaba Zai.

—Y ahora, todo es más espantoso que nunca... ¿Sabe usted si telegrafiaron a Dacha?

Feltman afirmó con la cabeza. Zai salió de la cocina. Tal vez, en alguna parte, fuera de otro modo, pero ahí y en ese momento, daba exactamente igual saber si habían telegrafiado o no a Dacha.

En la oscuridad, ya no se oía a Liubov Ivánovna; Tiaguine seguía andando alrededor de la mesa del comedor, a oscuras; en la cocina, se oía el rumor de las páginas de los periódicos en las manos de Feltman.

A uno de ellos les faltaba un trozo, otro estaba cubierto de dibujitos. El de ayer, bien plegado, daba la impresión de no haber sido abierto. En otro, una gruesa raya hecha a lápiz cruzaba la primera página, tachando un gran titular. Feltman arrojó todo el montón.

—Entender, entender —murmuraba—. Lo esencial es entender. ¡Sí que había una razón! ¡Una lógica!

Feltman se marchó después de medianoche. Zai, bañada en lágrimas, se había tumbado junto a Liubov Ivánovna. Aún se oían los pasos de Tiaguine en el comedor y en el pasillo. Maquinalmente, éste acompañó a Feltman y cerró la puerta tras él. «¿Para qué? —pensó Zai—. Si ya no hay cerraduras, no hay paredes, no hay nada, ninguna protección. Prefiero tumbarme aquí que en mi habitación, para temblar juntas. ¡Sí, buenas gentes, temblemos todos juntos!».

—¡Papá, ven aquí!

Tiaguine entró, Liubov Ivánovna abrió los ojos.

—Podemos tumbarnos los tres aquí —dijo Zai, haciéndole sitio en la cama.

«Quizá les haría algún bien el que les dijera: “¡Temblemos juntos!”. Pero ellos no lo entenderían, porque han conservado los restos de su coraje, desde la época en la que él combatía y ella le seguía ciegamente; los restos de su antigua fe... Pero yo... Yo sólo sé temblar, como antaño. Creí que mi destino iba a ser esto y aquello. ¡He soñado tanto!... Mi destino sólo es temblar. Nada más. Soy una persona aplastada desde su nacimiento. ¡Todo lo demás es pura ilusión!».

En ese momento, algo invisible le rozó la cara. (La habitación estaba a oscuras, sólo la luz del vestíbulo seguía encendida: Tiaguine aún no la había

apagado). Era una polilla, un moscardón o algún otro insecto, pero ella pensó que era un pelo y, levantando el brazo con mucho esfuerzo, se pasó la mano por la cara. Tenía la mejilla húmeda, y se mojó la mano al tocarla. Zai se la secó con la funda de la almohada.

*Hemmarö—París, 1948—1950.*





NINA NIKOLÁYEVNA BERBEROVA (San Petersburgo, 26 de julio de 1901 - Filadelfia, Estados Unidos, 26 de septiembre de 1993) fue una escritora rusa, famosa, entre otras cosas, por narrar la vida de los exiliados rusos en París.

Hija única de Nikolái Ivánovich Berberov, funcionario del Ministerio de Finanzas y de Nataliya Ivánovna Karaúlova, su historia como escritora comienza en Berlín, más tarde en París y luego en Estados Unidos como describe en su autobiografía «*Kursiv moi*», (Курсив мой) publicada en 1957.

Vivió en París desde 1925 a 1950, año en que se estableció en Estados Unidos, donde trabajó para las universidades de Princeton y Yale.

Murió el 27 de septiembre de 1993 por complicaciones tras una caída.

# Notas

[1] Algunas enciclopedias actuales, como la Larousse, afirman, sin embargo, que Bartolomeu Dias fue el primero en doblar el «Cabo de las Tormentas» (o «de las Tempestades»), si bien fue Vasco de Gama quien lo dejó atrás y descubrió la ruta de las Indias rodeando el continente africano. (*N. del T.*). <<

[2] Diminutivo de Alexis. (*N. de la T. francesa*). <<

[3] *Diminutivo de Dacha.* (N. de la T. francesa). <<

[4] Diminutivo de Elisabeth, que evoca a la liebre, *zaiats*. (*N. de la T. francesa*). <<

[5] Entiendo que la traductora francesa no se refiere a una *carte de rationnement* sino a otro tipo de «talones» o cupones y a otro tipo de avituallamiento. (N. del T.). <<

[6] Diminutivo de Alexis. (*N. de la T. francesa*). <<



[7] *Diminutivo de Sofía. (N. de la T. francesa).* <<

[8] Aquí, y más adelante, el tema de la armonía parece aludir a la problemática de la armonía universal y de la salvación tal y como aparece desarrollada en *Los hermanos Karamazov* de Dostoievski. Los personajes de las tres hermanas, en su búsqueda de la armonía y del equilibrio, se oponen a los tres hermanos Karamazov, reformulando, al mismo tiempo, el debate implícito: incluso en el caso de que la armonía y la redención final fueran posibles, ¿podría el ser humano aceptarlas, sabiendo que, por ese motivo, habría aceptado todo el mal que el mundo ha conocido a lo largo de su historia? (*N. de la T. francesa*). <<

[9] Abraham Uria Kovner, periodista (el lector puede hallar la biografía de este hombre sorprendente en *Confessions d'un Juif* de Léonid Grossman, Phébus, Paris, 2001), fue encarcelado por haber estafado al Banco de Comercio de Moscú ciento sesenta y ocho mil rublos. Según le explicó al autor de *La casa de los muertos* en dos cartas fechadas el 26 y el 28 de enero de 1877, Kovner había robado presionado por las circunstancias, y nunca se había arrepentido de hacerlo. Sus palabras desconcertaron a Dostoievski, quien, sin embargo, se rindió ante los argumentos de Kovner: en su respuesta del 14 de febrero de 1877, el gran escritor decía ver ya el asunto con los ojos del propio Kovner. En cambio, a éste le costó hacerle cambiar de opinión con respecto a los judíos y trastocar sus convicciones religiosas, dos grandes temas presentes en la extensa carta de Kovner. La correspondencia entre estos dos hombres refleja, con gran agudeza, los grandes debates de la segunda mitad del siglo XIX. (Texto ruso: edición académica, carta de Dostoievski a Kovner, 14 de febrero 1877, t. XXIX, libro II, Izd. Naouka, Leningrado, 1986. En francés: *Correspondance*, vol. III, texto íntegro, presentado y anotado por Jacques Catteau, trad, por Anne Coldefy—Faucard, Bartillot, París, en prensa). (N. de la T. francesa). <<

[10] Todo el texto en francés en el original. <<

[11] *La heroína de Eugenio Oneguín de Pushkin. (N. de la T. francesa).* <<

[12] Arthur Ivánovich Benni, un inglés de origen polaco, que participó en los movimientos revolucionarios de la década de 1860. Acusado injustamente por sus camaradas de haber informado en varias ocasiones a la sección 3.<sup>a</sup> de la policía (la policía política), rechazado por los revolucionarios y sospechoso a los ojos de las autoridades, Benni fue expulsado de Rusia y murió en Italia, combatiendo al lado de los partisanos de Garibaldi, contra el Ejército francés y el del Papa. Nicolás Leskov lo describió parcialmente en su novela *Vers nulle part* [A ninguna parte] (L'Age d'Homme, 1997) y en un ensayo inédito en francés titulado *Un homme mystérieux* [Un hombre misterioso], (*N. de la T. francesa*). <<

[13] Hungría estaba, por entonces, bajo el régimen del almirante Horthy, ideológicamente cercano a la Alemania nazi. <<

[14] Personaje de una novela epónima de Turguéniev. (*Notas de la T. francesa*). <<



[15] Imposible mantener en castellano el doble sentido de «*vous mourez*» con el que juega Ledd: *dans votre lit [mademoiselle]*. (N. del T.). <<

[16] Réplica de Leporello en *El convidado de piedra* de Pushkin. (*N. de la T. francesa.*) «... *d'autres encore*», «... otros/as más», en el original. Tampoco esta vez se puede conservar en castellano la doble acepción que tiene en francés el adjetivo único *autres*. (*N. del T.*). <<

[17] Ciudad de Grecia, célebre por la resistencia que ofreció al Ejército turco durante la guerra de independencia helena, en la que Byron, el poeta inglés, murió combatiendo. (*N. del T.*). <<

[18] O *Libro de los cambios: I-Ching. (N. del T.)*. <<

[19] Escritor, filósofo y político griego (V. 430-V. 355 a. C.). Fue, como Platón, uno de los alumnos de Sócrates, sobre quien escribió varios tratados (los *Memorables*). Autor asimismo de relatos históricos, obras de economía y de política, ensayos técnicos y una novela histórica y filosófica (la *Ciropedia*). <<

[20] O Felipe II de Macedonia, reinó sobre su país y dominó Grecia desde el 336 al 323 a. C. Su hijo, Alejandro Magno, inició su célebre carrera como alumno de Aristóteles. (Notas del T.). <<

[21] Repin, Iliá Efimovich: pintor ruso (1844-1930), miembro de la Sociedad de los «itinerantes» que se dedicaban a promover y divulgar el arte entre el pueblo. Es conocido por sus obras de temática histórica. (*N. del T.*). <<

[22] Erídano (Eridan, en francés) es, en efecto, el nombre de una constelación, y, al parecer, también el antiguo nombre del río Po. (*N. del T.*). <<



[23] Estos versos están en francés en el texto original. (*N. de la T. francesa*).  
«Ver brillar Erídano / en un cielo desconocido...». (*N. del T.*). <<

[24] Diminutivo de Liubov. (*N. de la T. francesa*). <<

[25] Ciudad rusa de Asia central, famosa por sus monumentos y su industria textil. (*N. del T.*). <<

[26] Nombres de sendas montañas del Cáucaso. (*N. de la T. francesa*). <<

[27] Alusiones a *El banquete* de Platón, Beethoven y *La tempestad* de Shakespeare. (N. del T.). <<

[28] Esta frase, dirigida a un hombre que mató a su mujer por celos, y que pertenece a un poema de Pushkin titulado *Los cíngaros*, devino en el prototipo de la exhortación a la humildad espiritual desde que Dostoievski le dio ese sentido en un discurso de 1880 dedicado a la memoria de Pushkin. (*N. de la T. francesa*). <<

[29] Blok, Alexandr Alexándrovich (1880-1921), poeta, uno de los mayores representantes del movimiento simbolista y sobre el que Nina Berberova escribió un ensayo: *Alexandre Blok et son temps* [Alexandr Blok y su época], Actes Sud, 1991. (*N. de la T. francesa*). <<

[30] *La piel de zapa*, novela de Balzac. También, piel de «chagrín» («pena, tristeza», en francés) o de lija (pez de piel muy áspera). (*N. del T.*). <<



[31] «Conchesta» (un maravilloso dialectalismo aragonés) es la traducción exacta del término francés *congère*: montón de nieve formado por una ventisca. (*N. del T.*). <<

[32] Según la costumbre rusa de sentarse un momento antes de iniciar un largo viaje. (*N. de la T. francesa*). <<

[33] En francés en el original. [La «dulzura de (su) vivir», su «dulce vivir»].  
(*N. de la T. francesa y del T.*). <<

[34] *Roseau*: en francés, figuradamente, «persona débil y sin carácter», al contrario que en el taoísmo, en el que se elogia la «flexibilidad», propia del junco y de la caña, como una de las mayores virtudes. (*N. del T.*). <<

[35] Yehudi Menuhin, violinista de nacionalidad estadounidense (1916), y Walter Giesecking, pianista alemán (1895-1956). <<

[36] *Tronche*: popularmente, también «jeta». (*Notas del T.*). <<

[37] Stajanovista: de Alexei Stajanov, minero ruso. Movimiento de los países de economía socialista, basado en la iniciativa del trabajador para aumentar el rendimiento. (*N. del T.*). <<

[38] Equivalente a «hacer una montaña de un grano de arena» o «ahogarse en un vaso de agua». (*N. del T.*). <<



[39] Esta expresión (sacada de la Biblia, si no me equivoco) dice en francés: «A *chaque jour suffit sa peine*», «cada día tiene su afán», o (según tengo oído también) «cada día tiene bastante con su inquietud», aunque en la versión francesa aparece con un juego de palabras: «a *chaque jour suffit sa peur*», que, obviamente, respeto. (N. del T.). <<

[40] Referencia a los escritores franceses: Victor Hugo, Georges Simenon, François Mauriac. (*N. del T.*). <<

[41] Diminutivo corriente de Elisabeth (Isa[bel]). Véase también la nota de la pág. 29. (N. del T.). <<

[42] En el original francés, «cosmos» con «osmose» (osmosis). (*N. del T.*). <<

[43] O sea, por la Acción Francesa. Charles Maurras (1868-1952), su ideólogo neomonárquico, fue también el principal animador de su diario, fundado por él en 1908. Enemigo acérrimo de la democracia, Maurras expresó sus ideas en *L'Avenir de l'intelligence* [El porvenir de la inteligencia] (1900), *Anthinéa* (1901), *Romantisme et Révolution* [Romanticismo y revolución] (1925), *Enquête sur la monarchie* [Encuesta sobre la monarquía] (1900), *De Dèmos à César* [De Demos a César] (1930), *Mes idées politiques* [Mis ideas políticas] (1937), etc. Fue uno de los teóricos del antisemitismo moderno en Francia. Tras haber apoyado a Mussolini y a Franco, y luego a Pétain, Maurras fue condenado a cadena perpetua en 1945, pena que le fue conmutada antes de morir. <<

[44] *Diminutivo de Sonia. (N. de la T. francesa).* <<

[45] Tutti: conjunto de los instrumentos de una orquesta, en oposición, por ejemplo, al instrumento solista. Forte: *tempo forte* de una pieza musical. La frase española, «a bombo y platillo», está demasiado relacionada con el fenómeno de la publicidad como para utilizarla aquí, aunque, obviamente, ése es el sentido de la frase original. (N. del T.). <<

[46] En francés, en el original. (N. de la T. francesa). «Como si algo de la religión se mezclara con las dulzuras de un amor, hasta entonces profano, y le imprimiese el carácter de la eternidad». (N. del T.). <<



[47] Gerard de Nerval (1808-1855), [poeta francés, de gran influencia en la literatura moderna], que se ahorcó cerca del Châtelet. (*N. de la T. francesa y del T.*). <<

[48] Paul Doumer (1857-1932), asesinado por el ruso Gorgulov. (*N. de la T. francesa*). <<

[49] Giovanni Battista Piranesi —Piranèse, en francés— (1720-1778): grabador y arquitecto italiano, autor de más de dos mil aguafuertes de carácter visionario, entre los cuales se halla la serie de las Prisiones, a las que alude el texto. Su obra influyó tanto en el neoclasicismo como en el romanticismo. (*N. del T.*). <<

[50] La editorial Gallimard, situada en el número 5 de la calle Sébastien-Bottin. (*N. de la T. francesa*). <<

[51] La frase alude a que, en aquella época (y, en algunos casos, incluso hoy día) los pliegos de las páginas venían sin abrir o cortar. (*N. del T.*). <<

[52] En el sentido de «apósito termal». (*N. del T.*). <<

[53] La firma del pacto de no agresión entre la Alemania nazi y la Unión Soviética, el 23 de agosto de 1939, y del acuerdo secreto sobre la partición de Polonia y de las esferas de interés en Europa del Este. La Segunda Guerra Mundial empezó el 1 de septiembre. (*N. de la T. francesa*). <<

[54] *¿Qué hacer?* Es el título de una novela utópica de Nicolas Chernichevski (1828-1889), quien propone la reorganización de la vida social rusa según un modelo comunitario, retomado por Lenin en 1902 en una obra en la que formula su primera teoría de un partido marxista. *¿Quién tiene la culpa?* es el título de un texto político de Alexandre Herzen (1812-1870). Según un chiste muy conocido, estas dos preguntas resumen el pensamiento social y político ruso. (*N. de la T. francesa*). <<